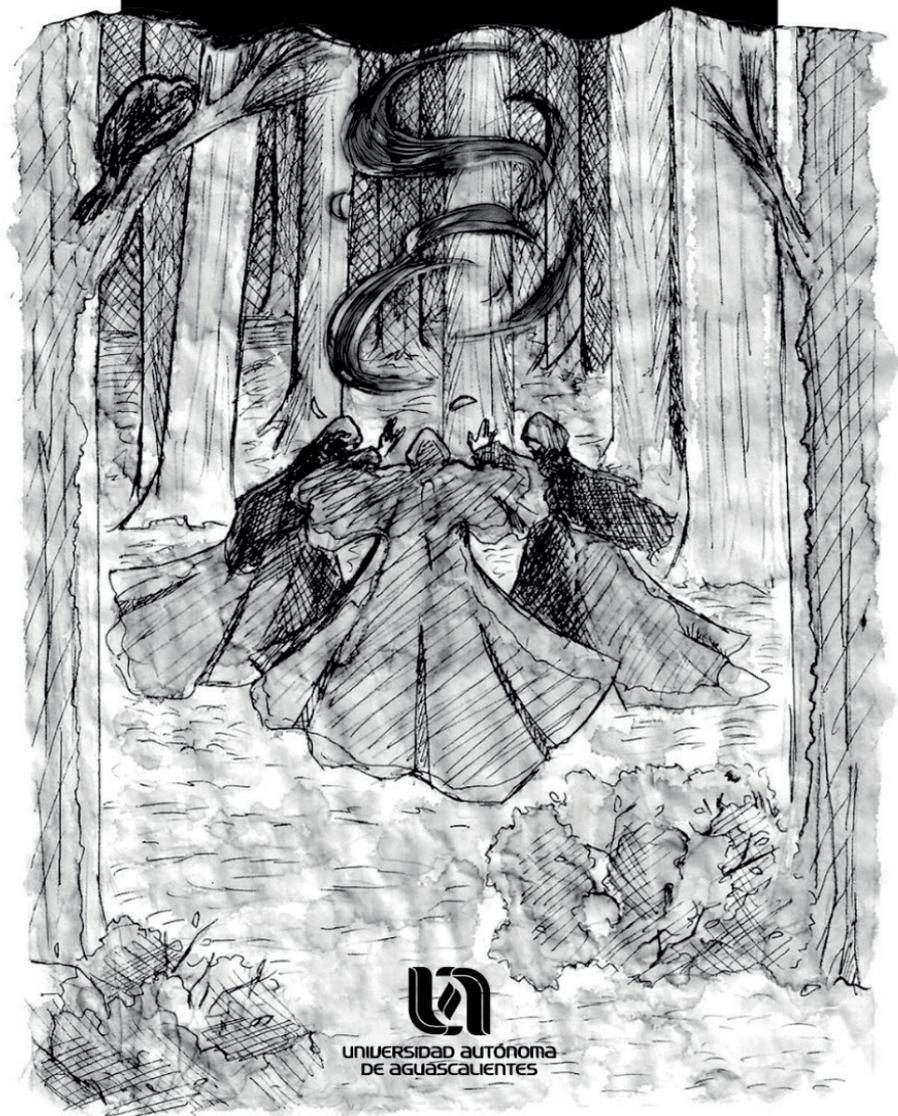


PISADA DE BRUJA

Iris Rivero



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

PISADA DE BRUJA

PISADA DE BRUJA

Iris Rivero



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

PISADA DE BRUJA

Primera edición 2024

(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Av. Universidad 940

Ciudad Universitaria, 20100

Aguascalientes, México

editorial.uaa.mx

libros.uaa.mx

Iris Lucero Sánchez Rivero

Consuelo Meza Márquez (PROLOGUISTA)

ISBN 978-607-8972-26-5

Hecho en México / *Made in Mexico*



*A todas las mujeres que me rodean y a mis ancestras,
por guiarme en medio del caos.*

ÍNDICE

Prólogo	13
El Pueblo Blanco	21
PRIMERA PARTE	
Ogronios: la hora de las brujas	23
La ceremonia	25
Bajo el agua	28
El encuentro	33
Una tormenta se avecina	37
SEGUNDA PARTE	
<i>Fracture</i> : al otro lado del <i>velo</i>	47
<i>Apertura</i> : al pie del Camino	49
Donde habitan los muertos	55
<i>Unguentum Sabbati</i>	63
<i>In suspense</i> : el retorno	74
Insania	77

TERCERA PARTE

Cvtios: de sangre y leche	83
La historia de las hilanderas	85
Al caer la noche	91
Mireya	98
La puerta	104
En el bosque	113
El sueño de la mandrágora	116

CUARTA PARTE

Giamonios	125
<i>Les sorcières Antigy (ou la favorite du diable)</i>	127
<i>Ma douce Alexandre</i>	136
En el claro del dios	140
Seis días antes de Buenfuego I: orisha	148
Seis días antes de Buenfuego II: el huevo de obsidiana	154
Bealtaine	157
La noche de los fuegos	165
Donde las luminarias encuentran el caos	171
Vaticinios de guerra	178

QUINTA PARTE

Eqvos: Sarsgrum	181
Punto de partida	183
Interludio: <i>In profundis</i>	187
A través del espejo	188
La <i>bean ruadh</i>	196
Uróboros	206
La <i>Sith Baobhan</i>	209
Los fantasmas del pasado	211
Un lugar intermedio	221

Kapuzinergruft	226
La hora del diablo	230

SEXTA PARTE

Edrinios: el círculo se abre	233
------------------------------	-----

A nuestra llegada	235
Será nuestro secreto	239
En la umbra	241
Bajo el roble	246
Lo que duerme en la oscuridad: la historia de Katherine	248
Pira de sal	258
Ménade	263
La reunión: el oráculo negro	266
En el que Katherine hace un trato	273

SÉPTIMA PARTE

Samonios: la sombra de Érebo y Thanatos	275
---	-----

En las entrañas de la Tierra	277
Tres lunas antes: misterios primordiales	284
Samhain	287
La hija de Olokun	292
Día de Todos los Santos	301
Primigenio	306
La procesión	308
Rivros: al otro lado del mar	312

APÉNDICES	313
-----------	-----

Nota histórica	313
Glosario de términos gaélicos y celtas	314
Calendario celta y correspondencias lunares	316

PRÓLOGO

La voz del bosque

Elis Rivero, autora de la novela, la dedica, en una especie de canto, a las “sacerdotisas, curanderas [...] brujas”; alude a las civilizaciones antiguas que, bajo diferentes nombres, veneraban a la Diosa de tres rostros: doncella, madre y harpía. Éstas erigieron templos en nombre de la Diosa: la veneraron, le rezaron, se cobijaron en su regazo, hasta que fueron derrumbados y la Diosa fue sustituida por un dios cristiano sediento de sangre y poder. “Pero nosotras somos el último bastión del Pueblo Antiguo, del poder que gobernó la tierra durante una época remota, cuando los Ancestrales, que ahora yacen bajo tierra, habitaron el mundo”. Fuimos diosas y ahora no somos más que un mito.

El epígrafe del primer capítulo se recupera del libro *Malleus Maleficarum*, latín de “Martillo de las brujas”, publicado en 1486 por dos inquisidores dominicos: Heinrich Kramer y Jacob Sprenger. El libro afirmaba la existencia de las brujas (y brujos), y que no creer en la obra de las brujas representaba un delito de herejía. El epígrafe es el siguiente: “Pero nadie que lea

las historias puede dudar de que siempre hubo brujas, que con sus malas artes se hizo mucho daño a los hombres, animales y frutos de la tierra, y que los demonios incubos-súcubos existieron siempre”. Ese libro, de naturaleza misógina, llegaría a ser el manual más utilizado en la caza de brujas en los Estados católicos del Sacro Imperio Romano Germánico. Si bien se aceptaba la existencia de hechiceros, consideraban que la mayoría eran mujeres, por ser más propensas a la malignidad y al engaño: participaban en aquelarres adorando al diablo, sostenían relaciones carnales con ese ser maligno que se materializaba en hombres o machos cabríos, realizaban sacrificios de las más hermosas doncellas que se ofrecían al diablo, degollaban niños y animales, además de otras muchas fantasías que estos frailes “piadosos” imaginaron. Se consideraba que las brujas eran responsables de todos los males de la sociedad y por ello deberían ser encontradas y quemadas en la hoguera.

Ambos, dedicatoria y epígrafe, representan el tejido intertextual que se encuentra en la novela, pues afirman la existencia de la diosa Hécate y de un linaje matrilineal de brujas; en el caso de la novela, la dinastía Moray, integrada por Vivian, madre de Elizabeth y Katherine, y Amaris Moray, la protagonista. La novela inicia en 1720, pero la llegada del clan sería en 1520, quienes huían de Escocia, del dios cristiano y de la caza de brujas. Esles, Santa María de Cayón, Cantabria,¹ fue el punto de llegada escogido porque era un poblado pequeño situado en medio de un exuberante bosque, en el que, a través del crujido de las ramas de los árboles y los ruidos del viento, era posible escuchar el bramido del dios cabrío, la voz del bosque, y porque los vestigios ancestrales de la sangre ofrendada a la Diosa madre Hécate eran percibidos por criaturas como ellas. Hécate es la divinidad que preside la magia y los hechizos. Está ligada al mundo de las sombras. Se aparece a las brujas en for-

1 Actualmente perteneciente a la capital autonómica de Santander.

ma de distintos animales, como yegua, perra, loba. Preside las encrucijadas o lugares por excelencia de la magia. Sus estatuas o imágenes expresan a la triple Diosa en sus tres edades: doncella, madre y anciana. Estas estatuas eran muy abundantes, antiguamente, en los cruces de caminos, en los campos y en lugares como Esles de Cayón.

Las brujas no siempre fueron consideradas como hechiceras y seres del diablo; por el contrario, eran parteras, curanderas y alquimistas con conocimientos en botánica y anatomía, sobre el cuerpo femenino, la sexualidad y la reproducción. Preparaban pócimas y ungüentos para curar, a partir de plantas, animales y minerales. En ese sentido, brindaban un alivio a los malestares físicos de las personas humildes de la comunidad. Esta actividad de preparar las recetas se realizaba en el espacio de la cocina, entre cazuelas y herbarios, desde donde se desplegaba el poder de las mujeres, uno que desafiaba el monopolio del conocimiento de los varones y que invadía el espacio de lo público. Asimismo, representaba una alianza entre mujeres, que en el presente se denomina sororidad, puesto que eran las mujeres las encargadas de la salud de la familia, las que parían a sus hijas e hijos, y por ello necesitaban del apoyo de la curandera, de la bruja.

Es en la Edad Media cuando la situación de las brujas se modifica. A partir de la nueva concepción de la idea cristiana que afirmaba que sólo Dios era capaz de curar el cuerpo y el alma, los grupos dominantes se vieron amenazados, pues les temían, por lo que fueron perseguidas y quemadas en la hoguera. Probablemente a causa de las calamidades del siglo XIV: hambrunas, pestes, Guerra de los Cien Años, se desencadenó y justificó la persecución de las brujas, al grado de llegar a ejecutarlas en grupos, debido a que se les consideraba las causantes de todas las desdichas.²

2 Isabel Genovés Estrada, "Las brujas en la historia", en <https://losojos-dehipatia.com.es/cultura/brujas-historia/>

La novela se construye como una respuesta que reivindica a las brujas, no en el sentido de negar su existencia, sino en el de afirmarse desde un cuerpo sexuado femenino. Es contradiscursiva a lo señalado por el *Malleus Maleficarum* y los inquisidores dominicos, quienes afirmaban la existencia de las brujas, construidas desde sus temores misóginos, incluso fantasías. En esta historia, humanos, animales y espíritus se confunden y coexisten: humanos que se convierten en animales y viceversa; brujas que cohabitan con humanos pero se niegan a tener a sus hijos para no debilitar su especie; brujas que desean y que no son castigadas.

“[...] mi madre me explicó que las visiones venían a mí a través del cruce que separaba los mundos”. Las hechiceras creían que el agua era un conductor capaz de fluir entre ambos mundos si se encontraba el espacio en que el velo que dividía ambos mundos era menos denso. Amaris realizó ese viaje: bajó al mundo de los espíritus y regresó. Amaris, la última bruja del linaje Moray, leía los pensamientos de las personas que la rodeaban y, si se lo proponía, podía extraer sus recuerdos. Llevaba en su rostro la marca de la bruja: un ojo gris y el otro negro. “Sí. Amaris era disciplinada y desde joven había revelado sus capacidades. Beatrix la conoció poco después de que Katherine la sacara de Escocia. Entonces apenas era una niña, pero ya poseía la altivez y la locura de las sibilas”. A lo largo de la novela, Amaris le reza a la Diosa, fortaleciéndose, y expresa: “Desde jóvenes se nos educaba a servir a la Diosa y al *coven* al que pertenecíamos como si de un enjambre se tratara. Se nos permitía alejarnos, pero era imposible darle la espalda a nuestra naturaleza y marcharnos del todo”. Probablemente esto representa el mayor desafío en la construcción del mundo masculino, patriarcal y androcéntrico: rezarle a una Diosa, no a un dios masculino, ajeno y castigador; sino a una mujer con la que se comparte una subjetividad similar, con la capacidad empática de percibir y experimentar las sensaciones que llegan a través de los senti-

dos; que conoce de los sinsabores y las traiciones; que, en una relación de sororidad y complicidad, seduce en la posibilidad y capacidad de imaginar, de inventar un mundo para las mujeres en el que puedan ser libres, dueñas de su cuerpo y de su deseo.

Pisada de bruja es un tejido fino de lo señalado por los frailes dominicos y lo expresado por las brujas en un diálogo intersubjetivo con la escritora. Iris Rivero no niega las leyendas misóginas en torno a las brujas, pero las resignifica desde un cuerpo y una conciencia sexuada de mujer, en un profundo y comprometido acompañamiento sororal. En la novela, las brujas lo realizan desde la transgresión, pero tal como sería un mundo donde las mujeres no tuvieran que quedar al margen del orden social por cumplir con un destino autoelegido.

La caza de brujas representa un episodio histórico de violencia brutal contra las mujeres marginales dentro del discurso patriarcal: mujeres solas, mujeres viejas, curanderas que rompieron con el monopolio del conocimiento masculino; mujeres que se atrevieron a desafiar el brutal orden masculino y las instituciones que lo sostienen y legitiman. Felicito a Iris Rivero por esta novela e invito a sus lectoras y lectores a extraer posibles elementos simbólicos de una utopía, en un sentido de propuesta, parafraseando a Rosario Castellanos, de otra manera de ser mujer, humana y libre.

Consuelo Meza Márquez

*La Iglesia ha rechazado a la Naturaleza por impura
y sospechosa. Satán se apodera de ella; se adorna con
ella. Más aún, la explota, se sirve de ella y hace brotar
de su seno las artes. Hace suyo el nombre con el que se le
quiere condenar, el de Príncipe del Mundo.*

Jules Michelet

*Blanco como el lomo de un armiño y los ojos grises en
vez de aceituna, niño albino de luna.*

Mecano, Hijo de la luna

EL PUEBLO BLANCO

A las descendientes del Pueblo de las Hadas se nos ha llamado de distintas formas: sacerdotisas, curanderas, hechiceras... brujas. Es verdad que lo somos, pues comprendemos el idioma de las bestias, el ulular del aire y sus presagios. Lee-mos el futuro en los movimientos de los astros y conocemos el lenguaje de los espíritus. Nos criamos entre cánticos, runas y presagios, reconociendo el valor de los huesos y la muerte, así como el de la vida. Solemos habitar los árboles y copular bajo las estrellas.

Durante las noches sin luna adoramos a la Gran Madre: una deidad tan antigua como el primer océano. La Diosa siempre fue venerada por mi pueblo; sin embargo, tras el nacimiento de los hombres, nos vimos obligadas a erigir templos y altares de piedra y huesos. Nuestra Diosa poseía varios rostros, cada uno más bello que el anterior: Mabd, Freyja, Hécate, Ceridwen, Astarté, Cailleach, Messiatz, Danu; portadora de tres caras: doncella, madre y harpía.

Mas, con el paso de los años, los bosques de poder, nuestros templos, fueron derrumbándose a los pies de un Nuevo Dios; una entidad sedienta de sangre y poder, cuyos seguidores afirmaban que nuestras artes provenían de Satán. Pero nosotras somos el último bastión del Pueblo Antiguo, del poder que go-

bernó la tierra durante una época remota, cuando los Ancestrales, que ahora yacen bajo tierra, habitaron el mundo.

«Fuimos dioses, pero nos hemos convertido en un mito...».

PRIMERA PARTE

Ogronios: la hora de las brujas

Pero nadie que lea las historias puede dudar de que siempre hubo brujas, que con sus malas artes se hizo mucho daño a los hombres, animales y frutos de la tierra, y que los demonios íncubos-súcubos existieron siempre.

Heinrich Kramer y Jacobus Sprenger

La ceremonia

Beltane. Luna de flores

El redoble del *bodhrán* recorrió el valle, llamando a las mujeres del Pueblo Antiguo para que emergieran del agua y los árboles y bailaran en torno al claro, donde crearon grandes círculos que cada tanto se cruzaban entre sí. Al caer la tarde, bañaron el campo con sangre animal para honrar la unión de la Diosa y el Hombre Verde, y cuando la noche ascendió, decenas de hogueras iluminaron el bosque, anunciando el comienzo del cortejo. A dicha ceremonia le llamaban el Gran Matrimonio: la unión de los dioses. Cada año, al principio de la cosecha, elegían a un hombre y a una mujer de pueblos distintos para que representaran a la diosa y a su consorte. En él, el muchacho que deseara reclamar el derecho del dios debía abatir al Ciervo Macho –el espíritu del bosque– y con sus astas marchar al círculo de piedras para encontrar a la doncella con la que habría de yacer.

Esa noche, la moza, elegida doce meses antes para representar a la diosa, hizo un voto de silencio y la tarde previa se

dedicó a tejer una corona de bayas y flores que ella misma había recolectado, luego se la colocó en la cabeza. Poco antes del atardecer de la segunda luna, las Ancianas de su tribu la llevaron al río para lavar su cuerpo y en su piel trazaron runas de poder y locura con tintes de distintos colores. Cuando el día llegó a su fin, le dieron a beber una infusión de trigonella y angelica para robustecer sus entrañas. Al subir la colina donde se hallaba el crómlech, la muchacha sintió la pulsión del monolito que la reconocía como a una vieja amiga. Mientras tanto, en la otra punta del bosque, el Cazador se preparaba para su encuentro: los hombres de su pueblo lo ungieron en la grasa del venado y cuando las estrellas iluminaron el cielo, emprendió el camino hacia el círculo de piedras. Ahí cortó la palma de su mano y, de rodillas, ofrendó su sangre a la roca más alta.

Según la leyenda, no era la primera vez que los dioses se encontraban; habían tenido múltiples vidas en las que se unían para fecundar la Tierra. Su encuentro siempre era breve y apasionado, como el calor abrasador en el vientre de la doncella que humedecía sus muslos. La muchacha conocía aquel deseo, aquel temor reverencial que amenazaba con consumirla como las brasas de una hoguera. Era el susurro de la certeza de aquel encuentro como su destino. Al otro lado de la colina, hombres y mujeres se rendían ante el efluvio del matrimonio sagrado.

Al cabo, el Cazador se internó en el círculo e hincándose frente a ella le ofreció el corazón del venado abatido por su propia mano. El llanto amenazó con ahogarla cuando, al tomarlo, sintió la agonía del ciervo. Aun así, tragó saliva e ignorando sus emociones lo llevó hasta su boca. Sólo entonces el Cazador pudo incorporarse para mirarla a los ojos. Turbada, notó que aquel joven, demasiado alto para ver su rostro bajo la máscara del Astado, había perdido todo rastro de la niñez. No era un muchacho como le habían prometido, sino un hombre que, a diferencia de ella, debía conocer los placeres de la carne. Él también parecía aturdido, aun cuando una fina mata de pelo

negro y rizado apenas y ocultaba la rigidez de su miembro. Era evidente que no pertenecía a su pueblo, que no era hijo de la isla. ¿Por qué lo habían elegido?

«¿Te conozco?», pareció preguntar cuando inclinó su rostro hacia ella.

Silencio.

El Cazador se adelantó un paso para acariciar la mejilla de la muchacha, en un intento por apaciguarla, y le susurró palabras incomprensibles para sus oídos, lo que le provocó una convulsión similar al aleteo furioso de cientos de mariposas en su interior. La doncella era demasiado pequeña, demasiado joven, y se sintió desfallecer cuando el Cazador depositó un beso casto en su frente. Ése sería un error que más tarde habría de costarle a ambos. Pero la Gran Madre no podía retroceder como una cría asustada, así que en el momento en que los labios del Cazador volvieron a rozar su piel enfebrecida, la muchacha fue a su encuentro. Luego, bocado a bocado, acabó con el corazón del ciervo. Al terminar, el Cazador cogió sus manos todavía pegajosas por la sangre para lamer cada uno de sus dedos y, como en un sueño, se recostaron en el suelo húmedo por el rocío. La doncella cerró los ojos y, guiada por la sabiduría de la Madre, hizo que el Cazador entrara en ella como cuando no poseían carne ni cuerpo y sólo eran agua y luces refulgentes en el éter.

Bajo el agua

Esles de Cayón
Febrero. Luna de nieve
1720

Siempre he visto fantasmas. Las Ancianas me llamaban vidente porque mi alma transitaba la senda de los espíritus desde que me uní al mundo de los vivos. Yo era un *medio*, una puerta para acceder a los vados del *velo*. Pero esa noche no sólo los sentía, sino que era capaz de escucharlos: un suspiro que se fundía con el viento. De niña me enseñaron que algunos espíritus se comunicaban en el idioma antiguo, cuyas palabras resultaban incomprensibles a los oídos humanos.

La brisa gélida se coló en mi habitación a través de la ventana y, con ella, el perfume de la tierra húmeda. Una tormenta se avecinaba. Durante la última semana, la lluvia había asolado Esles, derrumbando árboles y obstruyendo caminos, aunque esa noche había amainado. Me parecía curiosa la forma en que el mundo cambiaba y cómo las constelaciones continuaban inalterables; como lo habían estado desde la génesis del

tiempo. Sus verdaderos nombres cobraron forma en mi mente mientras escrutaba las copas de los árboles que rodeaban mi hogar. Aquel verdor que parecía antinatural y se adhería a todo: al suelo cubierto de helechos, a los troncos de los árboles donde hongos y musgo encontraban un lugar al que afianzarse, me recordaba a Escocia, el lugar donde nací.

El fragante aroma de la resina interrumpió mis elucubraciones. Todavía faltaban un par de horas para el amanecer, pero sabía que no volvería a conciliar el sueño. Suspiré con resignación. Al igual que las noches anteriores, había soñado con el Gran Matrimonio, pero cuando la quimera desaparecía en medio de la bruma de la irrealidad y de la duermevela, sólo me quedaba la sensación de soledad, la certeza de que no existía nadie con quien compartir mis recuerdos, si podía llamarlos de aquel modo. Veía escenas como esa desde que era una cría, cuando mi madre me explicó que las visiones venían a mí a través del cruce que separaba los mundos. Las reminiscencias eran más fuertes en mí que en ninguna otra mujer blanca, debido a mis características como oráculo.

Vivimos entre fantasmas, entre ecos que se niegan a abandonar los lugares que conocieron en vida. Caminamos con ellos, aunque la mayoría es incapaz de percibirlos. A veces la certeza de su presencia era más clara que otras, como en ese momento cuando sabía que me encontraba sola en el cuarto y aun así estaba segura de que había alguien más en su interior. Todas las luces de la casa estaban apagadas y sólo un halo mortecino se filtraba por la ventana, acariciando los tablones del piso. Un hilo de sudor gélido descendió por mi espalda, confirmándome que ya no me encontraba sola.

«¿Dónde estoy?».

El miedo se instaló en mi pecho. Así empezaban las visiones: sabía que todo continuaba como hasta hacía unos segundos, pero, para mí, el tiempo había adquirido un ritmo parsimonioso,

ralentizándose hasta detenerse. Las escenas del Gran Matrimonio se repitieron en mi cabeza a una velocidad vertiginosa. Tirité bajo la tela empapada de mi camisón. A tientas, busqué el marco de la ventana para asirme a él, pero los muros de la casa habían desaparecido. Debía escapar del *velo* y encontrar el camino de regreso a la realidad. Apenas y podía registrar la presencia de los objetos que se materializaban a mi alrededor: la puerta frente a mí, el pasillo y las paredes que oscilaban hasta desaparecer, convirtiéndose en sombras reptantes.

Una absurda sensación de libertad me invadió en cuanto sentí el frío del soto en las plantas de mis pies. Y ahí, en medio de la confusión, sentía a los desencarnados, ocultos en la niebla que flotaba entre los árboles. No eran más que siluetas que se desvanecían enseguida, captadas únicamente por mi visión periférica. Caminé sin rumbo como una sonámbula y cuando finalmente me detuve, me golpeé la cabeza tan fuerte que la sangre manó de mi nariz. El dolor se abrió paso en medio de la visión y cuando alcé la mirada descubrí que volvía a encontrarme en el presente, en el bosque de Esles.

En mi carrera había llegado al río. El nacimiento del agua iniciaba más allá de la fronda, bajo tierra, pues atravesaba las montañas que bordeaban Cantabria y desembocaba en el océano, a una hora de distancia. Me limpié la sangre con el dorso de la mano y me encaminé hacia el borde del río. Me costó un poco desprenderme de mi ropa. El aire fresco erizó mi piel cuando con los dedos intenté desenmarañar mi cabello, luego me hincé al borde del agua para lavar mi rostro. Bajo el rumor de la corriente, el susurro de los espíritus continuaba incesante, como una advertencia a la que era mejor no prestar atención.

«No dejes que entren».

Conforme crecía, aprendí a ignorar su aliento helado y la lascivia con la que luchaban por aferrarse a mí. Indiferente a su roce, me dirigí a un tronco hueco que yacía como un coloso durmiente a la orilla del agua para dejar mi ropa ahí. No era la

primera vez que salía de mi hogar en medio de la noche para nadar en el río, aquel que conocía como la palma de mi mano. Así que sabía que, a unos pasos del borde, el suelo desaparecería bajo mis pies y me dejaría a la deriva. Me recosté en la superficie del agua, flotando como la corteza de un árbol.

Sobre mí, las nubes volvían a juntarse, ocultando las estrellas y el despunte del alba. En el río me era fácil ser consciente de cada uno de mis movimientos, de las ondulaciones que alcanzaban la punta de mis dedos. Permanecí así un buen rato hasta que sentí cómo el peso de mi cuerpo me halaba hacia abajo. Dentro del agua era yo, aun cuando sentía que mi cuerpo no me pertenecía, pues me habían educado para creer que en el futuro se convertiría en el receptáculo de los espíritus.

«No dejes que entren».

Ya no podía cerrarme a la intrusión de sus voces, así que me sumergí en el río y me abandoné al adormecimiento de mis sentidos: allí no existía el tiempo ni los colores ni las formas, sólo la penumbra. Los segundos dieron paso a minutos cada vez más largos. La ausencia de aire hizo que mis pulmones se estremecieran. Lo primero en fallar fue mi visión, seguida de mi pulso. Abrí los ojos en cuanto sentí una mano invisible intentando arrastrarme hacia abajo. Pataleé con fuerza para salir, a sabiendas de que, si me quedaba dentro del río, no podría escapar. Finalmente rompí la superficie del agua y tragué una bocanada de aire antes de ser engullida por la negrura.

El latido errático de mi corazón se acompañó al ritmo de sus pasos. Las sombras adquirieron forma y se transformaron en árboles que, como antiquísimos centinelas, se apostaron por el bosque. La mujer que se dirigía al muro de piedra era una sombra más perdida en la oscuridad que reinaba en el corazón de la floresta. En esa parte del soto la energía era distinta, más antigua. Su piel se erizó al sentir el efluvio del Otro Mundo. Estaba cerca del

límite y aun así era incapaz de cruzarlo. Ya no se encontraba en su bosque, pero, de algún modo, seguía en él.

Al otro lado del muro había un viejo anillo de hadas donde crecían cientos de mandrágoras, las flores nacidas de las lágrimas de las hechiceras. Ahí la magia de la gente blanca se había extinguido y sólo quedaba el Espino que, como un dios, se encumbraba en el centro del círculo y cuyas ramas retorcidas se alzaban por encima del suelo, cubiertas de flores blancas. Sus raíces eran tan profundas que debían envolver los huesos de las criaturas nacidas en el Primer Océano.

La mujer se sentó con las piernas cruzadas bajo el árbol y alzó la mirada, con lo que dejó al descubierto sus rasgos inhumanos, herencia del Pueblo de los Duendes. De los pliegues de su capa extrajo un fetiche: un atado de dientes y huesos de lobo tallados como alfileres y tejidos con flores violáceas de amapelo. Lo colocó a las raíces del árbol y desenfundó el athame que llevaba sujeto a su cintura, hendió el viento y trazó el símbolo del Sexto, del Primer Padre. Después, cortó la palma de sus manos y con su sangre dibujó un círculo alrededor del fetiche.

Finalmente, alzó los brazos por encima de su cabeza, con las palmas vueltas hacia el cielo, y clavó la mirada en el tronco del árbol. Sus ojos se tornaron blancos justo en el momento en el que un chillido capaz de partir la tierra en dos se abrió paso desde su garganta hasta sus labios. Cuando el eco se hubo apagado, la joven, que no lo era, empezó a cantar y bañó los huesos de lobo con su sangre. Su conjuro demandaba muerte: era viejo y peligroso y el costo era alto. Como si se supiera observada, la mujer levantó la vista del fetiche.

El encuentro

Los últimos girones de la visión se desvanecieron con la certeza de la realidad; con la voluntad maquinales que ponía en movimiento cada uno de mis órganos y músculos, y con la noción latente de la extensión del río y el bosque más allá de mi cuerpo. Lo primero en lo que reparé fue en el repentino estallido de luz filtrándose entre las copas de los árboles y en las nubes grises que creaban una suerte de claroscuros, presagiando el preludio de una nueva borrasca.

Los escoceses tenían una palabra para referirse al Otro Mundo, al reino de las hadas: *Saoghal Eile*. Un lugar regido por sus propias leyes, donde el tiempo, la distancia y la razón carecían de sentido. Las Ancianas creían que sólo las sibilas podían viajar hasta él a través de las raíces de los Árboles Sagrados. Sin embargo, los bosques de poder eran cada vez más escasos, al igual que nosotras; incluso para las clarividentes el viaje tenía un precio: el deseo aberrante por permanecer en su lugar de origen.

La jaqueca solía venir después de las visiones. El dolor era atroz, capaz de cegarme y a menudo de paralizar parte de mi rostro. Un aura negra oscureció mi visión, insinuando el inicio de las palpitaciones en mi cráneo. Me incorporé con lentitud, presa de las náuseas. Un nuevo hilo de sangre descendió por mi nariz. Aturdida como estaba, fui vagamente consciente de que el agua me había arrastrado unos metros más allá del lugar por donde me había internado en el río. La cuenca era menos profunda; al ponerme en pie, descubrí que podía sentir la superficie mohosa de las piedras bajo mis pies. Una gota de sangre cayó al agua, expandiéndose hasta desaparecer.

Fui presa de un sobresalto cuando me di cuenta del silencio que reinaba en el bosque: el trino de las aves, el riachuelo y el estruendo de la tormenta habían enmudecido. El frío reptó por mis pies y se instaló en mis huesos cuando noté *su* presencia.

«No dejes que entren».

Al igual que la mujer de mi visión, supe que alguien me observaba. Iniciaba como una corazonada, un ligero cosquilleo, una vacilación apenas ostensible en mi ritmo cardíaco como respuesta a los cambios sutiles que provocaban su presencia. La primera vez que supe de él acababa de cumplir siete años y aún vivía en un valle al norte de Escocia. Mi madre solía dejarme jugar cerca de nuestra cabaña, la cual se hallaba a poco más de medio kilómetro de un círculo de piedras. En ese entonces me gustaba caminar hasta el crómlech para entretenerme entre los monolitos erigidos por el *Aes Sidhe*. En retrospectiva, he comprendido que nunca fui lo suficientemente alegre ni lo suficientemente estúpida como para desconocer que el círculo era sagrado, que entre sus rocas mis ancestros habían venerado a la Luna.

Siempre supe que existían leyendas en torno a las piedras. Algunas hablaban de los fuegos fatuos que hechizaban a los viajeros, obligándolos a seguirlos hasta las profundidades del soto, donde perdían el sentido de la orientación y enloquecían hasta morir. Pero no fueron los espíritus menores quienes me

guiaron hasta él. Aun ahora, a diez años de aquello, era capaz de reconstruir con precisión la mañana de nuestro primer encuentro. La niebla cubría el otero y ocultaba las rocas a simple vista. Caminaba a ciegas, guiada únicamente por el presentimiento que me había despertado antes del amanecer.

Supe el momento exacto cuando entré al círculo porque tuve una visión, no la primera, pero sí la definitiva que marcó mi destino como vidente. En ella nada había cambiado, mas el mundo resultaba distinto, más joven. La bruma había desaparecido, lo que me hizo presa de una sensación de fragilidad hasta entonces desconocida. Los símbolos tribales en las piedras habían sido cincelados recientemente y, pese a que el sol estaba en su cénit, las estrellas refulgían en el cielo.

Me encontraba en el crómlech, sí, pero mi corazón latía en otro tiempo, uno en el que algunas de esas estrellas habían dejado de existir. La quietud resultaba opresiva: sólo el vaivén de la hierba me indicaba el paso del tiempo. Las sombras de las piedras comenzaron a alargarse cuando la muchacha cruzó el círculo. Me acuerdo de que su atavío me pareció extraño; bonito, aunque anticuado: una túnica sobria, carente de adorno o puntilla. Llevaba el cabello negro recogido en una trenza. Ésa fue la primera vez que la vi. La joven permaneció en medio del círculo un largo rato, pero, justo en el momento en el que creí que se iría, un bramido similar al de un animal inundó el promontorio. El grito de una *ban-sidhe*. Con un sobresalto me di cuenta de que fue ella quien produjo ese lamento. Entonces la vi alzar la mano en busca de algo que no estaba en el crómlech.

La visión se disipó pero no lo hicieron los gritos, pues éstos se abrían paso a través de mi garganta con una suerte de enajenación que me desconcertó. Pronunciaba la misma palabra proferida por la mujer del monolito. La única diferencia radicaba en que yo ya no me encontraba sola: unos dedos invisibles se aferraban a mi mano.

El espíritu empezó a seguirme desde entonces como una sombra traslúcida que, de no reunir la fuerza suficiente, permanecía invisible. Sólo la atracción que ejercía en mí delataba su presencia. Pasado el tiempo, su cercanía se volvió una constante a la que terminé por familiarizarme. Con el transcurso de los años aprendí que no se limitaría a acecharme y alimentarse de la energía de mi aura, pues a menudo hacía demostraciones de poder tal que me provocaban arrebatos de histeria, como cuando me tocaba. Al final, comprendí que conforme yo maduraba, él también lo hacía. De esa forma, llegué a intuir que era distinto de los muertos enceguecidos por su ambición de volver a poseer carne.

La realidad era que crecí asediada por un ente con la fuerza necesaria para interferir en la naturaleza, pues suscitaba pequeñas ráfagas de aire o lluvias esporádicas que agotaban su energía. Pero nunca me atreví a hablar de su existencia con nadie. Era *mi* secreto.

Una tormenta se avecina

Un parpadeo. Era todo cuanto necesitaba para que volviera el dolor. Podía ignorarlo, convencerme de que no era real, de mi capacidad para mover los dedos, los labios. Como si no me sintiera atrapada en ese instante. Otro parpadeo. El espíritu se había marchado. Aquel truco nunca duraba, adquirir solidez le demandaba más fuerza de la que poseía.

La primera gota de lluvia se abrió paso a través de las hojas e impactó en la superficie del río, devolviéndome a la realidad. Llegué a la orilla cuando la tormenta se desataba. Torpemente recorrí el trecho que me separaba del tronco donde había dejado mi ropa, pero me detuve en seco. La borrasca todavía no alcanzaba mi camisola, por lo que pude distinguir el rastro de tierra en su faldón. Cerca del cuello reposaba un austero ramillete de flores silvestres, margaritas: sus pétalos lozanos de color amarillo tenían una apariencia tan delicada que estuve segura se desharían con sólo tocarlos, aun cuando habían soportado las recientes tormentas con estoicismo.

Eran flores carentes de perfume, meros hierbajos que las damas arrancaban de raíz para evitar que invadieran sus jardines.

Por unos segundos me debatí con la idea de desbaratarlas y ver cómo sus pétalos caían entre los surcos que dejaba la lluvia en la tierra blanda. Al final, me decidí a llevarlas conmigo, como si se trataran de un objeto valioso. No era la primera vez que pasaba. Al espíritu parecía complacerle llevarme baratijas: flores, piedras iridiscentes y animalillos con corazones agonizantes; objetos que para los humanos carecían de valor, pero para los seres del bosque eran ofrendas.

El caserío se hallaba enclavado en la profundidad del bosque, al pie de la montaña, oculto a la vista por el abrazo de los robles y las hayas. Sus hojas y ramas se desprendían bajo el peso de la lluvia, mas no fue el ruido de la tormenta lo que me detuvo a medio camino hacia mi casa, sino el crujido de una rama al partirse detrás de mí. El viento sopló en mi dirección y trajo consigo un olor dulce, tan denso que pude paladearlo. Alguien me seguía. El tamborileo de su corazón era reconocible aun con el aguacero. Estaba tan cerca que pude sentir el miedo en sus pensamientos. Giré sobre mis talones, pero ya era tarde, se había marchado. Dilaté cerca de cinco minutos en serenarme lo suficiente para retomar mi camino. Sabía que ya no estaba atrás de mí; aun así, me inquietaba que hubiera logrado acercarse tanto a la casa sin que nadie notara su presencia.

Finalmente, la mole de piedra oscura que era mi hogar me dio la bienvenida nada más penetré en la arboleda. La casa de dos plantas había sido construida en una depresión de la colina, un siglo después de la llegada de mi familia al continente. Con el paso del tiempo, sus muros de rústica mampostería habían perdido su lustre, cediendo ante las enredaderas y zarzas que crecían entre sus grietas, lo que le concedía, así, la apariencia de haber brotado de la tierra. En su interior, las raíces de los árboles que la circundaban se abrían paso a través de las rocas que formaban sus cimientos. A pocos metros, medio hundido y orientado hacia el sur, se encontraba el granero. Era el edificio más viejo, cons-

truido como una burda casucha de roca con patín¹ que permitía el acceso al henar. Sus ventanucos y muros yacían sepultados bajo la hiedra y el líquen que crecían en torno a ambos edificios.

Una muchacha de ojos negros aguardaba en el pórtico, bajo el alero, con las manos fuertemente sujetas a la barandilla. Cual estatua de ébano, Iana Matumba poseía una belleza y sensualidad poco comunes. Gruesos rizos negros caían en torno a su rostro cubierto de cicatrices; antiguos recuerdos del mundo que había dejado atrás. Era una princesa perdida en medio del bosque, tan distante de su planicie y de las enormes cataratas que habían resguardado a su pueblo durante cientos de años hasta la llegada del hombre blanco. La llamábamos Ayanna² porque sólo la Diosa y la orisha de su tribu conocían su verdadero nombre, el mismo que su madre le había dado el día de su nacimiento, aquel con el que podían atar su espíritu y subyugarla.

El latido de mis sienes no hizo más que empeorar al acercarme a la casa y percibir el hedor nauseabundo, demasiado añejo de la sangre y los huesos humanos que habían sido colocados bajo sus cimientos para ahuyentar a los muertos. Mi vista se tiñó de negro, haciéndome trastabillar. De inmediato, Iana abandonó la protección del pórtico y se precipitó bajo la tormenta para sujetarme del brazo y evitar que me derrumbara en el fango. Luego me llevó hasta la arcada, donde me acomodó en el suelo gélido. Cerré los ojos durante unos minutos, a sabiendas del movimiento irregular que hacía mi pecho cada vez que el aire entraba en mis pulmones y de la orina que resbalaba entre mis piernas.

«Hay alguien en el bosque». Mis labios temblaron sin llegar a formar palabra alguna.

1 Elemento arquitectónico propio de las construcciones tradicionales de Cantabria que permite acceder desde el exterior a las plantas altas de las viviendas.

2 Nombre completo del que Iana es diminutivo.

Ningún hombre se atrevería a adentrarse tanto en el soto por miedo a perderse y por miedo a las ojáncanas que habitaban los arroyos. Sin embargo, estaba segura de que alguien me había seguido hasta el límite del claro.

Iana se sentó a mi lado sin soltarme. Lentamente, sus dedos fueron aflojando su agarre y su mano cayó inerte al costado de su cuerpo. Fue mientras apartaba un mechón húmedo de mi frente que reparó en mi semblante.

—¿Dónde has estado?—inquirió en voz baja.

—En el río—admití con debilidad, volviendo a cerrar los ojos.

—¿Viste algo?

No tenía sentido ocultarlo. Todas las mujeres de mi *coven* estaban al tanto de mis capacidades. El dolor y la debilidad que suponían no importaban. Empero, ninguna estaba al tanto del sueño que había tenido desde el comienzo del año. Aún faltaban varios meses para Samhain, pero su cercanía no hacía más que empeorar la necesidad visceral de la que a menudo era presa por penetrar en el *velo*.

—Bealtaine—contesté—. He visto las luces de *Walpurgis* iluminar los árboles de un bosque antiguo, distinto a éste. En mi visión estaba en el círculo de piedras. Era el ritual de la cosecha, pero no sé lo que significa.

Mentía y ella lo sabía, pero no importaba. Iana estaba acostumbrada a mi silencio, a la ambigüedad de mis palabras y de las visiones. Ambas éramos descendientes del Pueblo Antiguo y desde jóvenes habíamos sido instruidas para conocer nuestro legado. Aprendimos nuestra historia gracias a los relatos de las Ancianas, quienes afirmaban que los recuerdos volverían; recuerdos prístinos que pertenecían al tiempo antes de la tierra. Centurias atrás, las videntes se habían convertido en un mito, un cuento no muy distinto del *Saoghal Eile*. Descendíamos del *Aes Sidhe*, pero la sangre de nuestros antepasados—nuestra sangre— hacía tiempo que se había perdido, diluida por la unión de nuestras mujeres con los machos humanos.

Iana se removió con inquietud, provocando que abriera los ojos cuando cruzaba los brazos, lo que dejó al descubierto las profundas cicatrices que acostumbraba mantener ocultas bajo su ropa. Ella era lo más parecido a una hermana. Después de todo, habíamos crecido juntas, escondidas y alejadas del pueblo. Nacida en la profundidad de la selva negra y de tan sólo ocho años, Iana atestiguó la destrucción de su mundo. Las mujeres de su linaje, las sacerdotisas de su tribu afirmaban que descendían de seres celestiales, pero ni siquiera el poder de su sangre pudo detener el avance de los esclavistas.

Un día, mientras el sol se ocultaba tras las cascadas, los demonios albinos irrumpieron en la tierra sagrada de Oşun-Oşogb. De piel blanca y ojos refulgentes, los comerciantes de esclavos ultrajaron a las mujeres y encadenaron a los hombres, matando a todo aquel que osó interponerse en su camino. Iana fue encontrada poco antes del amanecer, oculta cerca del arroyo. Pese a tratarse de una niña maltrecha y desnutrida, la embarcaron con rumbo al viejo continente; ahí sería vendida y enviada a las Antillas. Los hombres blancos le arrancaron sangre, lágrimas y un lamento elevado a la Madre, a quien imploraba por su protección. Aún era una cría, pero pronto –si sobrevivía al viaje– tendría su primer sangrado y podría ser forzada a quedar encinta. Sus oraciones fueron escuchadas cinco lunas tras su arribo al puerto, cuando mi tía viajó hasta Valencia para comprarla.

Habían pasado diez años desde que la obligaron a abandonar los escombros de su hogar y los cadáveres de su gente a merced de las bestias, pero las cicatrices y los recuerdos jamás desaparecerían. En un gesto que compartíamos desde pequeñas, busqué su mano a tientas para enlazarla con la mía. De manera instintiva, Iana me devolvió el apretón.

–Katherine desea verte –dijo antes de soltarme.

Al regresar del *velo* me invadía una extraña sensación de lejanía. Sabía que existía en Esles, que poseía un cuerpo de carne

y hueso, pero todo aquello me parecía irreal. Los objetos a mi alrededor no eran más que fantasmas en la profundidad de mi psique y una parte de mí se negaba a creer que fueran del todo tangibles. Las notas del clavicordio parecían encajarse en mi piel, tirando de mí para devolverme a la realidad. Su eco resonaba a través de las paredes. Era una tonadilla popular de las montañas, música rural tocada por el pueblo cántabro antes de la llegada de los cristianos al norte de la península. Iana me había preparado una infusión de jengibre y valeriana, gracias a la cual el dolor de cabeza disminuyó e hizo tolerable el perfume que emanaba de las velas ardientes hechas de cera de abeja, cuyo aroma iba del vestíbulo hasta la puerta entornada del salón.

Mi tía se encontraba sentada de espalda a la puerta, por lo que sólo alcanzaba a ver el suave movimiento de sus dedos revoloteando sobre las teclas. No necesitaba volverse para saber que la observaba a través de la rendija. Había algo en aquella escena que me provocó un ligero escalofrío. Katherine era hermosa: poseía la apariencia de una muchacha poco mayor que yo, pero cada uno de sus gestos era una pantomima, la lograda imitación de actos ensayados durante años. Bajo la luz de las velas, su cuerpo emanaba un ligero resplandor añil, el mismo que poseían todas las hembras de nuestra especie; un remanente del Pueblo Antiguo. En su juventud más temprana, ella y mi madre habían sido educadas para comportarse acorde a su posición. Mi abuela, Vivian, se había encargado de enseñarles a bordar, cantar, andar y hablar como sólo las señoritas de buena familia debían hacerlo. Fue así como, tras convertirse en la señora de la casa, mi tía desarrolló la afición por tocar el clavicordio. La música fue perdiendo contundencia conforme se acercaba a su desenlace. Las últimas notas se disiparon en el silencio, roto únicamente por la lluvia que arremetía contra las ventanas y el tejado con inclemencia.

Amaris.

Mi nombre. No era el verdadero, pero sí el único que conocían. Su voz era dulce y persuasiva. La voz de una sirena capaz de dominar los pensamientos, controlarlos y arrastrar a quien la escuchara al fondo del mar. Mi tía se volvió hacia mí. Verla era como volver en el tiempo y contemplar a mi madre. Katherine era su hermana menor, pero su parecido físico resultaba sorprendente. Ella, al igual que todas las mujeres de mi familia, poseía un cuerpo ligero y grácil, herencia del Pueblo de las Hadas. Aunado a esto, nuestra sangre nórdica era patente en cada uno de sus rasgos: cabellos rojizos, piel pálida y ojos verdes, semejantes a las agujas de los pinos en invierno. Hizo un gesto para que me acercara.

–Iana acaba de regresar del pueblo –dijo en voz alta, luego de que entrara en el salón–. La doncella de Rebecca le informó que la diligencia de su ama llegó ayer, pero la tormenta retuvo a Alexandra.

Alexandra era la sobrina de Beatrix Antigý, una dama de origen francés perteneciente a la nobleza, quien a temprana edad se había desposado con un rico aristócrata veinte años mayor y cuya fuente de ingresos era el comercio. La prosperidad en sus negocios les había granjeado el abolengo suficiente para establecerse como una de las familias más acaudaladas de la aldea. Sin embargo, su sobrina se había negado a contraer matrimonio cuando Beatrix así se lo insinuó once años atrás. Al oponerse por segunda vez y en contra de toda objeción, Alexandra había abandonado su hogar para emplearse como institutriz en el caserío de nuestra familia. Durante nueve años había ocupado el mismo cuarto hasta el invierno anterior, cuando recibió una invitación de su prima; en ella, Rebecca le expresaba su ferviente deseo porque la acompañara a París, donde una de sus tías pretendía presentarlas ante la corte. Dicha excursión las había alejado de Cantabria durante meses.

–Han enviado esto –Katherine sacó una carta de entre sus ropas; el sello lacrado estaba roto–. Beatrix desea que asistamos a la cena en la que darán a conocer el compromiso de su hija.

Mi tía guardó la invitación y fijó la atención en mí.

–Me iré en unos días, *a nighean*. A Viena. Lucrecia dice que han encontrado otro cuerpo. Por eso le pedí a Alexandra que anticipara su regreso.

Katherine viajaba con frecuencia. Al tratarse de una mujer soltera y sin parientes varones, ella se encargaba de administrar los bienes de la familia. Aunque eran los viajes que hacía en nombre de Lucrecia los que la alejaban de Cantabria por largos periodos de tiempo. No obstante, durante el último año había permanecido en el caserío, razón por la cual aquella noticia me tomó por sorpresa.

–¿Cuánto tiempo planeas estar fuera?

–No estoy segura –admitió–. Es probable que me ausente por un par de meses.

Después de eso me dijo que podía marcharme. No había nada más que decir. Estaba acostumbrada a su forma de actuar, lejana, a la vez que siempre parecía querer agregar algo más. Katherine era mi tutora y mi tía, y nuestra relación no era la mejor, pero hacíamos lo que podíamos.

Más tarde pasé por la habitación de Iana de camino a la mía. Por la rendija de la puerta podía verla sentada en la orilla de su cama. Entre sus manos yacía la vieja muñeca que Sharika, su abuela, le había legado antes de su muerte. Aquel artilugio había sido elaborado a base de huesos y cabellos humanos que, así como la tela que la cubría a modo de vestido, le habían pertenecido a las primeras orishas de su tribu. Su rostro había sido tallado y dibujado con sangre animal. Se trataba de un fetiche, un medio para comunicarse con los muertos y, quizá, el último vestigio de su linaje. Iana me la había mostrado el día que nos conocimos. Desde entonces la había visto hablar con la muñeca varias veces,

pero nunca me permitió tocarla; aunque no hacía falta hacerlo para oír el murmullo bajo proveniente de los huesos, semejante al aleteo de decenas de polillas atrapadas contra la ventana. La muñeca pertenecía a los espíritus de sus ancestros, a las hechiceras Matumba. Un regalo como ese estaba ligado a la sangre de sus descendientes, por lo que era imposible rechazarlo.

Iana no alzó la mirada y yo tampoco hice nada por acercarme. Le di la espalda y me encaminé hacia las escaleras, hasta mi cuarto. La estancia estaba a oscuras y las contraventanas fuertemente cerradas, de modo que amortiguaban el sonido de la tormenta. Tanteé la mesa que había a un lado de la cama y encendí una vela. Al otro lado del cuarto se hallaba la jofaina y el aguamanil, pero no fue ahí a donde me dirigí en primer lugar, sino hacia el espejo; algunas leyendas afirmaban que las almas podían ser atrapadas en su interior, pero aquel objeto no era natural como los lagos y manantiales, sino que había sido fabricado por manos humanas, así que su reflejo era sólo una ilusión óptica.

Donde Katherine conservaba los rasgos heredados por el pueblo vikingo, los míos distaban mucho de aquella elegancia altiva y poderosa, pues eran más bien morenos y atávicos, como los del Pueblo de los Duendes. A diferencia de ella, mis cabellos eran tan negros que contrastaban con el color de mi piel y acentuaban mis facciones pictas. Paseé la mirada por mi rostro: algunos rasguños habían cicatrizado mejor que otros. Eran recuerdos de la locura que habitaba en mi interior, vestigios de una batalla encarnizada contra... ¿qué? No lo sabía con exactitud. Aparté la vista de las cicatrices para posarla en mis ojos, mi atributo más extraño: uno gris y otro negro. «Un signo de brujería», como afirmaba la iglesia. La marca del diablo. Aquella aseveración era absurda, mas no estaba desencaminada. Entre mi gente, ésa era una marca de poder. Abandoné el espejo y cogí una toalla para lavarme. Cuando mi mano entró en contacto con el agua, sentí la atracción que latía en el núcleo del *velo*.

Una a una rodearon un roble de gran tamaño, cuyas ramas parecían querer alcanzar el cielo y desafiarlo. Un árbol vetusto, nacido bajo las primeras luces. Las tres mujeres se ocultaban debajo de sendas capas blancas que caían con gracia hasta sus pies. Cada una cortó su muñeca hasta el pliegue del codo, dejando que su sangre alimentara las raíces del árbol. Entonces comenzaron a cantar con la voz del río y a llamar a la diosa que las observaba desde el firmamento. Bajo las raíces nudosas yacía su hermana muerta.

La escena de las mujeres desapareció tan súbitamente como había empezado. En el suelo se encontraba la palangana hecha añicos. El agua había salpicado mis pies, pero apenas y reparé en el charco que se formaba entre mis dedos. Estaba segura de que mi cuerpo me pertenecía, mas las manos, *mis* manos me resultaban ajenas, así como el ímpetu que sentí al agacharme para recoger los fragmentos de porcelana.

Amaris.

Un estremecimiento me recorrió. Ahí no había nadie más y, sin embargo, estaba segura de haber escuchado mi nombre. Una ensoñación que terminó por desvanecerse junto con los restos de la visión.

Me eché a temblar tras volver a donde el espejo. El sonido de la porcelana al caer me hizo consciente de la sangre que manaba de mi mano. Me había hecho un rasguño absurdo al clavarme la loza en la piel, carente de forma o utilidad. Aun así, coloqué la palma contra la superficie del espejo. A lo mejor me equivocaba y no hacía falta que se tratara de un reflejo natural. El espíritu estaba ahí, tan cerca que podía sentirlo tocar mi espalda. Un roce invisible recorrió mi brazo hasta mis dedos. Como si yo no fuera otra cosa más que una marioneta cuyos hilos eran tirados por un titiritero invisible, hizo que mi mano cayera.

SEGUNDA PARTE

Fracture: al otro lado del velo

*No descansa en equilibrio, más bien
parece emprender el vuelo.*

Apuleyo

Apertura: al pie del Camino

Los *tannaisg* siempre han sentido atracción por las hechiceras. En la antigüedad, era común que las videntes se entregaran al ayuno y al aislamiento para entrar en contacto con ellos. Durante ese periodo sus cuerpos se debilitaban lo suficiente para servir como receptáculos. Sin embargo, los desencarnados eran compañeros inestables e infantiles, capaces de llevar a la locura a su anfitrión.

Existían dos tipos de entidades: aquellas que nunca habían poseído cuerpo eran las más poderosas y antiguas, y las que habían pertenecido al plano físico, pero lo habían olvidado, convirtiéndose en poco más que una parodia obscena de lo que fueron en vida. Si bien carecían de presencia material, los *tannaisg* exhibían lo que parecía ser una especie de inteligencia que, aunque primitiva, les concedía la facultad para mover objetos, leer los pensamientos y provocar pequeñas hecatombes. Y más importante aún, los desencarnados ostentaban la capacidad de poseer las mentes y los cuerpos de aquellos que eran demasiado débiles para oponerse a su intrusión.

«No dejes que entren».

Me hallaba sumida en un estado de sopor. Hacía un rato que los objetos de mi habitación se habían convertido en sombras imprecisas. La tormenta había remitido poco antes del anochecer, precedida por la niebla que se extendía por el bosque. Cerré los ojos y dejé que mi mente vagara sin rumbo, atenta a cada movimiento que se suscitaba a mi alrededor. El crepitar de la chimenea, un ave de gran tamaño que emprendía el vuelo, el polvo que se arremolinaba en una habitación al otro lado del pasillo y el murmullo de alguien que se movía en su interior... Desvié mi atención hacia el herbolario, hacia el crujido de las semillas secas al ser pulverizadas.

Envuelta en una sensación de sugestiva irrealidad, llevé la mano hasta mi pecho. Luego de un rato dejé de contar los segundos y la desplazé por mi vientre hasta mi pelvis y, aún más abajo, donde el calor resultaba extrañamente abrasador. ¿Estaba soñando? Tenía que estarlo, sólo así podía explicar la inexistencia de la casa y el bosque, así como el roce de unas manos que no me pertenecían. Luché contra aquella quimera y entreabrí los ojos a la realidad, segura de que había alguien más en el cuarto al pie de la cama. Una sombra que, por momentos, se fundía con la penumbra. Algo rozó mi rostro. Apenas y lograba moverme. Manos incorpóreas.

«Es sólo un sueño, sólo un sueño».

Tenía que despertar. En contra de todo pensamiento racional, mi cuerpo se arqueó. Me debatí con fuerza en busca de una nueva brecha de realidad a la cual asirme. Quise gritar, pero era incapaz de reconocer los límites de mi cuerpo, mis cuerdas vocales y la fuerza que se requería para henchir mis pulmones. Cuando creí que no podría soportarlo más, abrí los ojos. Había olvidado dónde me encontraba, pero ahora todo resultaba claro. Estaba sola, bañada en un sudor frío que me hacía tiritar. Aún presa de la semiinconsciencia, me incorporé y, trastabillando, abandoné la habitación.

«No dejes que entren».

Ahogué una risilla histérica mientras cruzaba el pasillo. Temblaba con tanta fuerza que me sorprendí al percatarme de haber alcanzado el vestíbulo. Me movía como en un sueño, cautiva por los ruidos y movimientos de la casa, sus suspiros y chirridos. En el recibidor, el calor de la chimenea resultaba insoportable. Presa de los escalofríos, encontré la tranca de la puerta y salí.

Agradecí el soplo de aire fresco que erizó mi piel al recargarme contra la pared y me dispuse a respirar profundo hasta conseguir un ápice de serenidad. Lo que sea que hubiera ocurrido en el cuarto carecía de sentido. Busqué algún tipo de certeza que lo esclareciera, además del temblor de mis rodillas y del ardor entre mis muslos. Nada. ¿Había sido real? Sí, decidí al sentir la leve contracción que recorrió mi vientre en respuesta. Una sacudida atravesó mi cuerpo ante el reconocimiento de la verdad; si bien no fue miedo lo que me provocó, sino expectación.

Al final, desistí y aparté mis pensamientos de esos derroteros, concentrándome en la realidad, en el rumor del viento entre las hojas, en el perfume de la tierra húmeda y del bosque en flor. En ese momento me acordé de que Alexandra había llegado al caer la noche, cuando su montura corría menos peligro de desbocarse. Tras su llegada, Katherine se había marchado al establo. Sin más en mente, rodeé la casa.

El exterior del granero se hallaba sumido en tinieblas. En contra de todo pronóstico, un gorrión surgió de entre los árboles y revoloteó sobre mi cabeza hasta posarse en el travesaño de la puerta. El *familiar* de Katherine emitió un suave silbido en señal de reconocimiento y emprendió el vuelo en cuanto abrí la puerta, para desaparecer entre las vigas del techo. Dentro, el pajar se encontraba relativamente seco. Sin embargo, el olor del serrín y los orines se mezclaba con el hedor de la sangre

y el miedo. Una cabra lechera y dos caballos dormitaban con tranquilidad en sus cubículos, ajenos a mi intrusión. La voz de Katherine entonando lo que reconocí vagamente como una nana en gaélico antiguo provenía del fondo del granero.

Encontré a mi tía arrodillada en la última pesebrera, donde se afanaba en apaciguar a la montura de Alexandra: una yegua torda que yacía despatarrada en un charco de su propia sangre. El animal emitió un resoplido al descubrir mi presencia; acto seguido, y antes de que Katherine pudiera detenerla, intentó levantarse, pero, incapacitada como estaba por una de sus patas delanteras que permanecía inerte con el hueso de la rodilla perforando su corva, se derrumbó, al tiempo que dejaba escapar un resuello. Era evidente que la herida había sido provocada por algún tipo de cuchillo.

–La atacaron después de abandonar el pueblo –confirmó Katherine en voz alta tras leer mis pensamientos. Se había deshecho la trenza y su densa melena pelirroja caía sobre sus hombros como un velo que ocultaba parte de su rostro–. Intentó seguir a Alexandra hasta la casa.

«Hay alguien en el bosque».

Permanecí en silencio, cavilando. No podía tratarse de una coincidencia.

–¿Saben quién lo hizo? –Katherine negó con la cabeza, aunque bien podía estar mintiendo.

Mi tía había colocado una lámpara de aceite a una distancia prudencial de la yegua, pero lo suficiente cerca para alumbrar el interior del cubículo. A la luz de la linterna pude ver que había usado la sangre del animal para dibujar dos símbolos rúnicos en la superficie de una de las tablas que sobresalían de la pared. Los trazos, aunque simples, resultaban inconfundibles: *Kano* y *Perth*. Apertura y búsqueda.

Es inútil. Fue su muda respuesta.

Katherine hizo un gesto con la mano para que me acercara. La yegua intentó retroceder cuando me introduje en el habi-

táculo e imitando la postura de mi tía me hincó a su lado, tan cerca que pude sentir la espuma en su cuerpo. Ignorando las tentativas del animal por incorporarse, Katherine tomó mi mano y la llevó hasta su carótida. Supe nada más tocarla que su agonía se prolongaría durante horas. La vena seccionada era importante, pero no lo suficiente como para brindarle una muerte rápida. Quien quiera que lo hubiera hecho sólo deseaba ralentizar su andar. Deslicé la punta de mis dedos por su cuello, delineando un triángulo invertido con una línea que atravesaba su ángulo principal: el símbolo de la tierra. El animal se estremeció bajo el efecto gélido de la muerte que amenazaba con robar su aliento.

«Demasiado tarde».

Ambas lo sabíamos. Si fuera un humano, Iana podría detener la hemorragia, pero al tratarse de un animal, el sangrado sería imposible de contener, ya que sus tejidos eran distintos a los de los hombres y las mujeres blancas sólo podíamos tratar las dolencias de nuestros ascendentes más cercanos. Nequé con la cabeza en respuesta a una pregunta no formulada. Consciente de lo que debía hacer, coloqué mis dedos índice y medio sobre su yugular, cerré los ojos y dejé que los latidos de mi corazón se acompasaran a los de ella. Todavía había vestigios de vida en su interior, en sus músculos ansiosos por echar a correr y en el centro de su ser. Al principio, el acoplamiento entre mi presencia y la fuerza de sus pulsaciones semejava una danza iracunda y carente de ritmo: una última carrera contra un enemigo invisible y una lucha absurda destinada únicamente a menguar sus fuerzas. El dolor se abrió paso a través de nuestra unión. Mientras lo dejaba fluir por mis brazos, por mi vientre y mis piernas, comencé a cantar: una tonada antigua, más vieja que las baladas celtas y los hombres que las habían creado. Con el pasar de los minutos, su corazón adquirió una cadencia regular, cada vez más lenta, hasta que simplemente dejó de existir.

En algún momento dejé de medir el tiempo por medio de los segundos que se desgajaban uno a uno y empecé a hacerlo por el número de latidos que se extendían desde mi pecho hasta mis sienes y hacia las yemas de mis dedos. Al hacerlo, advertí la presencia de los espíritus que viajaban a través del *velo*, tan cerca que casi podía tocarlos. ¿Acaso no era yo uno de ellos?

–*Tha e seachad, a nighean* –una parte de mí reconoció ese sonido; *esas palabras* que no significaban nada, salvo lo que los hombres creían. Del mismo modo, conocía la voz que las producía: Katherine. Su rostro fue adquiriendo nitidez en mi memoria. El sonido de su voz parecía provenir de muy lejos, de un lugar inalcanzable al otro lado del agua. «Todo ha terminado, muchacha». No estaba segura de a quién se dirigía—. Deja que se vaya.

En medio del aturdimiento, era capaz de sentir mi cuerpo y la parálisis del que era preso. Cada minúscula partícula que lo conformaba, cada terminal nerviosa llevando información a todos los rincones de aquel cascarón de carne y hueso. Algo rozó lo que supuse era mi mano, intentando apartarme del cadáver. Poco a poco iba registrando nuevas sensaciones que me devolvieron a la vida. Me revolví contra su agarre, arañando la piel delicada y frígida.

–¡Amaris, mírame! –insistió la voz de mi tía, frenética, al tiempo que rompía la barrera que nos separaba. Abrí los ojos al sentir sus manos en mi rostro, en mis mejillas. ¿*Dónde estoy?* El mundo osciló cuando nuestros ojos quedaron a la misma altura—. *Leig às i.*
«Déjala ir, déjala ir, déjala ir...».

Katherine posó sus labios en mi boca. Sólo un roce, igual al del ala de una mariposa al quebrarse y caer. Su aliento se abrió paso por mi garganta hasta asentarse en mis pulmones entumecidos. Mi tía saboreó la sangre en mis labios después de soltarme.

–Shhh, todo ha pasado, *mo nighean*. Se ha ido –la oí decir mientras cogía mis manos entre las suyas y empezaba a masajearlas. Con un sobresalto, me di cuenta de que las puntas de mis dedos se habían teñido de añil.

Donde habitan los muertos

*A*l cabo de un rato, el mundo volvió a su cauce. Al percibir mi malestar, Katherine me cogió del brazo y me apoyó contra su cuerpo para guiarme fuera de la cuadra hasta una banqueta, luego se sentó en el piso frente a mí. Estaba completamente agotada. Lo notaba en la rigidez de mis miembros y en el hormigueo que los recorría con inclemencia. Hasta el simple acto de respirar me requería un esfuerzo excesivo. Mientras aguardaba a que mi pulso volviera a la normalidad, me volví hacia mi tía, cuyo halo insustancial, casi diáfano, captó mi interés. Había algo marcadamente sugestivo en cada uno de sus gestos, en su apariencia y en el sudor que bañaba su cuerpo: en el perfume almizclado que emanaba su piel y que se mezclaba con los olores del granero que, no obstante, resultaba inconfundible, pues se trataba del mismo aroma que exudaban todas las hembras de mi especie cuando aún eran fértiles.

Su atuendo no hacía más que acentuar la impresión de sensualidad bucólica. Esa noche había prescindido del corpiño y sólo llevaba una tosca camisola de algodón que dejaba al des-

cubierto la desnudez de su torso, a juego con unas sayas que antaño fueran marrón y que ahora lucían un color indefinido a causa de las salpicaduras de sangre y lejía. Al igual que yo, no usaba zapatos ni medias que le impidieran el contacto directo con el suelo, por lo que la pálida piel de sus pantorrillas quedaba indecorosamente a la vista. Ajena a mis pensamientos, Katherine alzó su enagua por encima de sus muslos, dejando al descubierto la protuberancia por la cual alimentaba a su *familiar*. Se trataba de una marca rosácea similar a un pezón, que una vez satisfecho el apetito del pardal, se volvía imperceptible a la vista. Atraído por el aroma de la sangre fresca, el gorrión emergió de su escondite, a la par que emitía un suave gorjeo. Luego, sacudió su cuerpecillo, erizando sus plumas, y procedió a picotear la piel de su ama. En respuesta, Katherine cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que arqueaba su espalda en una convulsión espontánea.

No era la primera vez que presenciaba una escena como esa. Años atrás, en las Tierras Altas, había visto a mi madre amamantar a su *familiar* del mismo modo. Con el tiempo, comprendí que había algo hondamente íntimo, por no decir carnal, en aquel acto por demás primitivo, algo que me suscitaba una ligera excitación difícil de satisfacer. Aparté la mirada, fijando mi atención en el último cubículo, ahora en silencio. Desde mi posición, apenas y alcanzaba a vislumbrar la curva de su grupa moteada. Sabía que era cuestión de horas para que los músculos de la yegua abandonaran su flacidez inicial y empezaran a atrofiarse. ¿Cuánto tiempo tardaría en descomponerse por completo para convertirse en parte del bosque? Y más importante aún: ¿cuánto tiempo tendría que pasar antes de que la trasladaran al soto para ofrendarla a los *sidhes*?

Cha bhuin am beatha dhaibh. La voz de Katherine irrumpió mis cavilaciones, tan clara como si lo hubiera pronunciado en voz alta, de modo que había captado mis pensamientos. «Su vida no les pertenece». Su intrusión era como un ligero revol-

teo, una suave ondulación que no se limitaba a presentimientos velados, sino a pensamientos coherentes y autónomos ajenos a mi psique. Sabía que Katherine prefería comunicarse de ese modo, sin palabras, como si hablar le supusiera una mundanalidad.

¿Se ha ido? Inquirí en silencio. Una imagen se formó en mi mente a modo de respuesta: las runas emborronadas. Mi tía negó con la cabeza. De pronto comprendí que ni ella ni Alexandra conocían la identidad de quien estuviera tratando de llegar hasta el caserío. De ser cierto, aquello constituía una nueva posibilidad; una que cobró fuerza cuando otro aroma captó mi atención. Sabía que lo había notado antes en el bosque y al entrar en el granero, pero por alguna razón no reparé en él hasta ese momento, pues el olor se confundía con la fetidez de la boñiga y la corrupción. Instintivamente, supe que provenía de la piel de la yegua.

Fui presa de un ligero escalofrío al penetrar en la última cuadra, donde el aroma era más intenso. Al abandonar la banqueta, Katherine me había seguido a través del pajar hasta la puerta del cubículo, donde se detuvo para observarme mientras me arrodillaba entre las patas inertes de la yegua. Conforme pasaba la mano por su grupa, fui captando nuevas impresiones, pero nada parecido a un rastro de vida. Mi tía tenía razón: se había ido. Al acariciar la piel de su pecho, reparé en las puntas de mis dedos, que habían perdido todo rastro de coloración azul.

Apenas y era consciente de lo que hacía al extraer mi athame de su funda y abrir el vientre de la yegua. La sangre aún estaba tibia cuando hendí la bolsa que retenía los intestinos en su lugar y dejé que su contenido se desparramara en el suelo. El dolor de mis sienes no hizo más que empeorar cuando introduje la mano en sus entrañas. Sí, entre los restos de sangre y líquido estomacal aún había un rastro que comenzaba a disiparse. Cerré los ojos, concentrándome en el vestigio que acababa de encontrar. Inhalé con fuerza y, al igual que antes, comencé a cantar mientras imaginaba el vínculo reparándose.

Los rastros inmatrimales eran más complejos que el tejido vivo, pues los primeros pertenecían al mundo de los espíritus. El frío atenazó mis huesos cuando logré rozar el vago rumor de lo que reconocí como los pensamientos fragmentados de su atacante. Entonces vi a la mujer que deambulaba por el bosque.

No, no, no... Me encontraba dentro de su mente y veía a través de sus ojos... Sus manos, *nuestras* manos, estaban cubiertas de sangre y barro. Nuestras uñas eran demasiado largas para ser humanas... Nuestros recuerdos amenazaban con ahogarnos. Parpadeamos para borrar la imagen del fuego. Árboles que, como monstruos, parecían moverse, inclinándose para arrancarnos la piel, para devorar nuestros huesos... Ojos castaños... *¿Los míos?*... Un parpadeo. El recuerdo de un bulto cubierto de sangre y tejido humano.

«¿Dónde estás?». Mi voz pareció surgir de otro tiempo, de otro lugar.

No respondió; ni siquiera era capaz de oírme. A ciegas busqué en mi memoria hasta dar con las runas de Katherine y, procurando imitarlas, dejé que mis dedos se deslizaran en la oscuridad. Los trazos fluyeron con precisión: *Kano*, *Perth* y *Raido*. Apertura, búsqueda y reunión. Una vez que hube terminado, mordí mi lengua con fuerza. Ver por medio del tacto requería de un tributo de sangre, uno que además fortalecería el lazo que había establecido con la mujer que vagaba en el bosque.

«¿Por qué te escondes, *a beag*? No tengas miedo. Mírame». Susurré con la voz del viento, a la par que envolvía su mente. De pronto, como si el cabo que me unía a sus pensamientos se hubiera roto, dejé de sentirla. Entonces, las sombras engulleron el brillo bermellón que coloreaba el interior de mis párpados, hundiéndome en la oscuridad.

La mujer exudaba un intenso aroma a sangre y a algo más, un olor familiar, común entre las hembras del Pueblo Antiguo que, no obstante, poseía una nota marchita. Era el aroma de la corrupción que contaminaba su sangre y debilitaba el ligero resplandor que poseían las que eran como ella. Tenía un sutil regusto a sangre en el fondo de su garganta. Sabía que estaba débil, que apenas y lograba mantenerse en pie. Se había desgarrado el andrajo que la cubría e iba descalza, las plantas de sus pies se hallaban en carne viva.

En ese instante empezó a oír una canción en su cabeza, una melodía que parecía provenir de todas partes –de los árboles, del aire– y que, aunque le resultaba vagamente conocida, no lograba recordar dónde la había oído antes.

«¿Dónde estás?». Murmuró luego de un rato la voz en su mente. La voz de su madre.

De pronto, volvía a ser una niña pequeña.

–Dime tu nombre, a beag, y te traeré de vuelta. Te mostraré el camino.

La mujer parpadeó, a sabiendas de que aquello sólo era una ilusión de su mente. Sí, era la voz de su madre, pero no podía ser real. Su madre había muerto y ella ya no era una chiquilla.

No la escuches.

Abrió los ojos, mas no reconocía el lugar donde se encontraba: la niebla lo invadía todo y las siluetas de los árboles, que antaño le fueran sagrados, ahora le parecían túmulos antiquísimos. Antes había entendido sus palabras, pero en ese bosque era incapaz de comprenderlas.

«Mírame».

Era sólo un rumor, el eco de un pensamiento que pretendía rodearla del mismo modo que la bruma.

Es sólo un truco. No es real.

La mujer alzó la vista en busca de un retazo de cielo, de algún cambio en la luz que le indicara la hora o el lento transitar de las estrellas, pero, tras la niebla, sólo se distinguían las sombras di-

fusas de la floresta. Cada noche, a lo largo de dos semanas, había escudriñado la cúpula celestial, siguiendo el mapa en las luminarias. Sin embargo, en ese bosque era incapaz de verlas, de sentir su curso; sólo perseguía el rastro de un recuerdo que comenzaba a evaporarse cual fantasma.

Ahí estaba de nuevo, el dulce canturreo en su cabeza.

«Mírame».

¡NO! Cállate, cállate... ¡CÁLLATE!

La sangre se deslizó entre sus muslos, seguida de una punzada que casi la hace caer. Como en un trance, la mujer comenzó a golpear su vientre repetidamente, descargando toda su furia, todo su dolor. No importaba que la criatura que otrora creciera en sus entrañas se hubiera ido.

—Madre, ¿qué me has hecho? —inquirió la voz en su cabeza.

La mujer llevó las manos a sus oídos. Los restos calcinados de la criatura debían nutrir la tierra, ¿por qué continuaba escuchándolo? Tras parirlo, se había arrastrado fuera de su refugio para construir una fogata en donde inmolarlo. Entonces, también, había escuchado su voz, sus gritos, su agonía. Era tan diminuto que apenas y cabía en su mano, pero ya poseía pestañas y uñas. No se había molestado en limpiarlo, en quitar el fino revestimiento que cubría su rostro. Ella conocía el dolor, pero no había encontrado palabras de consuelo para él, sólo deseaba hacerlo callar; además, había perdido su voz, y aunque intentara hablar, era probable que no recordara cómo hacerlo, le habían arrancado la lengua después de escucharla cantar, pues temían a la música de los duendes.

Estaba exhausta y sabía que dentro de poco dejaría de tener fuerzas para luchar contra su memoria. Finalmente, cerró los ojos y dejó que sus recuerdos la invadieran. El olor de los huesos carbonizados le había provocado arcadas. Estuvo segura de que perdería a la criatura al probar el sabor de las cenizas en sus labios agrietados, mientras contemplaba el valle y las piras en lo alto de la colina, semejantes a las hogueras de mayo. Recordaba

el dolor y la pérdida como también recordaba el placer. Un goce brutal que terminó por consumir su mente. Su semilla deslizándose en su interior y los espasmos de los que era presa cada vez que no lograba llegar al término del embarazo. Las manos que abrían sus piernas como los pétalos de una flor. No había luchado porque no había razón para hacerlo. Ése fue su error y ahora todas estaban muertas.

Escapar del valle no fue tarea fácil, pero el fuego los atraía del mismo modo en que lo hacía la música. Fue así como, cubierta por su propia mierda y sudor, había abandonado el otero, renqueando a través de las montañas hasta la fronda. Caminó durante más noches de las que podía recordar, siguiendo las luces en el cielo y nombrándolas en su mente hasta el desfallecimiento. Sólo se había detenido para beber de los ríos y lagos que encontraba a su paso.

Madre...

Poseía una voz melodiosa, como la de los seres que antiguamente bailaran en los círculos de piedras.

Madre...

Hasta su último suspiro le había hablado. La criatura comprendía su idioma y el de los hombres, aun cuando nunca lo había oído. Solía entretenerse imaginándolo crecer y nadar en su reducido universo.

Madre...

«Madre, mírame».

¡CÁLLATE!

Mad...

Ma...

Silencio.

Lo primero que advertí fue el hormigueo en mi rostro, seguido del intenso sabor a cenizas en mi boca amenazando con asfixiarme. Inspiré con fuerza y en medio de mi aturdimiento comprendí que volvía a encontrarme en el granero. Afuera, un trueno rasgó la noche para restallar en las montañas. Fui vagamente

consciente del estremecimiento que sacudió la tierra y de los sonidos que hacían los animales inquietos. Los pensamientos de la mujer se superponían a esas certezas, aferrándose a mi psique. Entonces, apoyé la frente contra el cadáver de la yegua y empecé a vomitar.

Había tardado años en aprender a controlar el efecto que me causaban las visiones, así como mi reacción ante ellas, pero lo que había visto en la cabeza de la mujer carecía de sentido. Estaba segura de que no podía estar lejos, no cuando se encontraba tan débil. Al cabo de un rato, comencé a reparar en los movimientos a mi alrededor: la respiración de los animales, el sonido de la lluvia, la luz que emitía la linterna y el fulgor que acariciaba el interior del cubículo. Las emociones que había compartido con la mujer del bosque tardaron en abandonarme, como si al hacerlo perdiera todo vínculo con su rastro.

Cuando la fuerza de los temblores hubo disminuido, limpié la porquería de mis labios y me incorporé, luego salí de la cuadra. Katherine permanecía inmóvil, aguardando en el mismo lugar donde la había visto por última vez.

—¿Qué fue lo que viste, *a nighean*?

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra alguna.

Es una hembra, pero no es humana. Contesté finalmente.

A mi tía no pareció sorprenderle mi respuesta.

Unguentum Sabbati

ncontré a la mariposa flotando en la superficie del estanque. Al verla, deslicé la mano bajo su cuerpo, procurando no hundirla para atraparla entre mis dedos; después la saqué del agua. Era una náyade, cuyas diminutas alas azul cobalto se deshacían en mi mano. Semejante coloración no era propia de las hembras, por lo que supuse se trataba de un macho. Lentamente la estrujé entre mis dedos hasta convertirla en poco más que un amasijo de nervios y alas, luego abrí la mano y tiré sus restos al piso. Al cabo, volví a sumergir la mano en el estanque, jugueteando con el agua hasta borrar todo rastro de la náyade. Abstraída como estaba en mis pensamientos, apenas y prestaba atención a los constantes ruidos a mi alrededor: la lluvia que golpeaba el alero y los murmullos apagados provenientes del interior de la casa.

El estanque, una estructura sencilla de piedras apiladas sin gran ornamento, se encontraba detrás del caserío, a un costado del granero. Antaño había sido el hogar de peces de diversos colores traídos con frecuencia de lugares lejanos, sin embargo,

tras la muerte de mi abuela, nadie se había encargado de alimentarlos, por lo que uno a uno habían seguido el destino de su dueña. Un rato antes, Katherine me había llevado hasta ahí para que lavara la inmundicia de mi ropa, pero no había nada que se pudiera hacer con mi falda, de la que tuve que deshacerme para quedar vestida únicamente con mi camisón, que, aunque tieso por el sudor que empezaba a secarse, había resultado prácticamente ileso tras lo ocurrido en el granero. Luego de limpiarme, mi tía había entrado en la casa. Al volver, traía consigo un chal con el que cubrió mis hombros y una infusión de jengibre para mitigar el dolor de cabeza. Una vez que estuvo segura de que me había terminado el té, se marchó nuevamente, alegando que quería brindarme un tiempo a solas.

Moví los dedos con aire ausente, segura de que las puntas ya no estaban azules, aunque no había tenido tanta suerte con la jaqueca. Al menos había dejado de sentir deseos de vomitar. De pronto, advertí que ya no estaba sola. Al girarme, descubrí a Iana de pie frente a mí. La luz que se colaba a través de las ventanas bañaba su figura, concediéndole un aura fantasmagórica, casi como una aparición.

–Quieren que la encuentres –dijo tras un leve titubeo.

Saqué la mano del agua –mis dedos estaban arrugados y fríos– y asentí, consciente de que nuestra conversación era perfectamente audible. Estaba demasiado fatigada para intentar hablar, pero, a diferencia de Katherine, en hembras jóvenes como nosotras la capacidad para comunicarnos en silencio requería de mayor concentración.

¿Crees que Alexandra sabía lo que era cuando cayó del caballo? Inquirí, usando la fuerza que aún me quedaba. Un hilo de sangre manó de mi nariz, provocándome un ligero mareo.

–Es posible –reconoció, sentándose a mi lado–. No sabían que pudieras buscarla. No lo habías hecho antes.

Me encogí de hombros, luego limpié la sangre de mi nariz con el dorso de mi mano y aplasté los restos de la náyade con el pie. ¿Cómo había volado hasta ahí en pleno invierno?

–He estado practicando, pero lo que quieren que haga... aún no sé si pueda lograrlo.

–Katherine dijo que buscar a la mujer te había debilitado –repuso–. Quiere intentarlo, pero necesita tu sangre para encontrarla.

No puede hacerlo, mi sangre no le servirá de nada. Si lo hace, se perderá; la mujer usó runas de protección para esconderse.

–¿Ella lo sabe?

–Sí, se lo expliqué cuando veníamos hacia aquí –respondí, llevando la mano hasta mi cabeza para limpiar la sangre que había brotado de mi oído.

–Entonces, ¿lo harás?

No contesté, en su lugar volví a encogerme de hombros. En realidad, no estaba segura de mi respuesta.

La primera vez que comprendí que las escenas que veía existían solamente en mi cabeza –por decirlo de algún modo–, ajenas al tiempo presente, también entendí que el cuerpo, la mente y el alma, pese a compartir un mismo espacio y objetivo –al menos en apariencia–, gozaban de independencia entre sí. Supe entonces que las visiones transcurrían en otro plano, en el *velo*, y que era mi espíritu el que lograba romper la barrera entre los mundos, aunque yo no poseía control alguno sobre el cómo ni el porqué. Forzar un viaje a través de él conscientemente en alguien tan joven y enfermo, no obstante, era un tema distinto. En otro tiempo preparaban a las videntes por anticipado de su primera menstrua, pero pocos se atrevían a usarlas antes de que alcanzaran la madurez, pues forzarlas a cruzar los vados del Otro Mundo desgastaba su fuerza hasta matarlas. Sin embargo, en la actualidad existían pocos datos respecto a los ritos que usaban para realizar la transición. Aun así, yo estaba por alcanzar la adultez, lo que me convertía en un medio casi ideal para transitar entre los mundos.

Katherine fue a nuestro encuentro cuando el sueño comenzaba a vencerme y la vieja canción volvía a ser entonada por los seres antiguos. ¿O era la voz de mi madre? En algún momento, mientras aguardaba su llegada, la fuerza de la borrasca había disminuido, insinuando el suave fulgor de las Pléyades que se abría paso imperceptiblemente a través del cielo encapotado, marcando un ritmo pausado en el transcurso de los hados. Me incorporé con lentitud y cogí la mano de Iana por debajo del chal. El joven rostro de mi tía tenía un tono macilento.

Sé que estás enferma, mo nighean. Afirmó luego de detenerse al pie del estanque. Lo huelo en tu sangre, y también sé que, si buscas a la mujer, empeorarás.

–Tal vez sea mejor que te llevemos a la casa y olvidemos todo esto –dijo en voz alta e hizo ademán de acercarse.

Me enderecé con cansancio y me eché hacia atrás, rehuyendo a su contacto.

–¿Qué pasará si la encuentro, *antaidh*? –la interrumpí sin poder contenerme–. Entonces, ¿qué se supone que deberé hacer?

–No lo sé, Amaris –admitió sin tratar de disimular su fatiga–. Es probable que muera antes de que la encuentres, si es que no lo ha hecho ya. Si pudiera, iría yo, pero tardaría días en dar con su escondite, y si es verdad que agoniza –alzó la mano para acallar mi protesta–, si es verdad que no vivirá por mucho tiempo más, entonces será demasiado tarde. Lo único que puedo hacer es guiarte, llevarte a través del *velo* y mostrarte el camino de vuelta.

¿Y si no logro la transición?

¿Acaso puedes negarte a ver?

Sabes que no... yo no controlo las visiones, sólo soy un medio. Pero tú misma lo has dicho, estoy enferma, apenas y consigo mantenerme en pie.

Asintió mientras reflexionaba.

–Puedo enseñarte a conseguir que tu magia se renueve para cruzar el *umbral*.

Era cerca de la medianoche cuando Katherine nos llevó al silo, donde me instó a entregar una parte de mí en sacrificio. Me encontraba demasiado débil para encender una hoguera, así que fue ella quien se encargó de hacerlo; apenas una fogata que podría arder durante varias lunas si así lo deseaba. Hacía años que me había hablado de los viejos ritos de poder heredados por el Pueblo de los Duendes, pero nunca había presenciado uno. Me arrodillé frente al fuego e introduje la mano izquierda en la lumbre. Katherine se acomodó detrás de mí para sostenerme mientras las llamas abrasaban mi mano, devorando piel, nervios y tejidos hasta convertirla en poco más que un muñón sanguinolento.

¡Quema! Gemí absurdamente cuando las lágrimas empañaron mi visión. *¡Quema!*

Aguanta un poco más. No te cierres, deja de luchar. Ríndete y permíte que el fuego te consuma. Sométete. Renuévate.

Temblaba con tanta fuerza que apenas y podía respirar, sin embargo, apreté los dientes tratando de ahogar el grito que pugnaba por desgarrar mi garganta. En ese instante imploré por perder el conocimiento. Alguien entonaba un canto antiguo, llamando a la Diosa e invocando la ira destructiva del fuego.

«Que se quemé toda. Únete a la Gran Madre».

Al final, cuando sólo quedó un pedazo de carne carbonizada donde antes había habido una mano: uñas, sangre, articulaciones y huesos, y la hoguera se había convertido en ascuas agonizantes, sólo el dolor logró mantenerme despierta al extenderse por mi cuerpo hasta mi cabeza con cada latido de sangre.

«Diosa, no me abandones», rogué al desplomarme.

A ratos percibía voces que hablaban a mi alrededor, aunque el sentido de sus palabras escapaba a mi entendimiento. Sus rostros (¿tenía los ojos abiertos?) eran una mancha imprecisa.

–¡No dejen que duerma! Quítenle la ropa... –gritaba alguien–. Llévenla al círculo, sostengan sus hombros. *Fosgail do shùilean, a nighean!*

«¡Abre los ojos, muchacha!». De haber podido, habría reído ante semejante absurdo. La misma voz emitió una maldición en gaélico.

Un alarido capaz de helarme la sangre recorrió mis huesos, despejando mi mente por unos segundos, tiempo suficiente para notar que alguien había colocado un paño húmedo sobre mi frente. Hilos de agua resbalaban por mi rostro, evaporándose de inmediato.

–Shhh, Amaris, todo ha acabado –aquella voz era nueva–. ¡Katherine, está ardiendo!

–Bebe esto, *mo nighean*. Te refrescará –murmuró la primera voz–. Iana, sostén su cabeza. No dejes que escupa.

El sueño me llamaba aun cuando algo en mi interior me impelía a buscar una brizna de lucidez, por vaga que ésta fuera. En ese momento presionaron algo contra mis labios, pero era incapaz de recordar cómo despejarlos. Una mano apretó mi nariz, obligándome a boquear en busca de aire, y algún tipo de caldo se deslizó por mi garganta.

–Bébelo todo, Amaris –dijo la segunda voz mientras apartaban el paño de mi rostro. Tras tragar lo que empezaba a intuir era una infusión, noté un leve regusto de dulzor en la lengua, que por un breve instante me pareció particularmente conocido. Una mano en mi frente–. La fiebre comienza a bajar.

Finalmente me dejaron en paz. Tardé varios minutos (¿horas?, ¿días?, ¿años?) en volver en mí. Aún presa de los efluvios del jugo de amapola –ya no me cabía duda de que ése era el sabor que había notado en el té–, fui captando nuevos detalles: me hallaba acostada bocarriba sobre el suelo, completamente desnuda. Alguien había sustituido la fogata por un puñado de velas de cebo, cuyo fulgor bañaba el interior del henar. De pronto reconocí el fragante aroma de la belladona, el eléboro y la grasa de cerdo: un unguento preparado cuidadosamente en luna nueva. Conocía la utilidad de cada hierba, como el significado de su presencia, pero no lograba acordarme de la

alineación que debían tener las estrellas en el momento propicio para cortarlas...

Abandoné mis intentos infructuosos por recordar y, en su lugar, me decidí por hacer un recuento de mi cuerpo, cuyos límites habían adquirido un aura iridiscente imposible de discernir. Me habían dispuesto sobre un círculo de tiza, colocando mis brazos a los costados, cual largos eran, y entrea-briendo mis piernas apenas un palmo; lo suficiente para formar un triángulo. Alguien había trazado un molinillo de seis puntas –un poco más grande que mi meñique– entre mis senos, con lo que supuse eran cenizas mezcladas con tinte de corteza de roble. Una pisada de bruja: la intersección entre los mundos.

Recargué la cabeza en el piso, pero en su lugar encontré una superficie mullida que se amoldaba a mi nuca. Tal vez, pensé, una manta doblada para hacer las veces de almohada. Fue entonces cuando noté la presencia de Katherine. Mi tía se hallaba sentada a mi lado con el tarro de ungüento entre sus manos y lo que tardé en reconocer como una piedra de ónix moldeada con maestría para imitar las suaves formas del falo masculino. Era vieja, quizá de antes de la Primera Inundación. Lo supe nada más en reparar en el brillo que emitía su superficie, perfectamente pulida a causa del paso de los años.

Al igual que mi cuerpo, la silueta de Katherine poseía un halo multicolor que contrastaba con la parsimonia de sus movimientos.

–Concéntrate, muchacha. Escucha el sonido de tu corazón –susurró, al tiempo que cubría mis labios con ungüento. El sabor de la belladona impregnó mi boca, dejando tras de sí un reconfortante hormigueo–. La Madre te acompañará en cada paso. No dudes ni vuelvas la vista atrás. Olvida lo que eras antes de esta noche y conviértete en viento y penumbra –recitó como si hubiera aprendido las palabras de memoria mientras untaba la cresta de la piedra con ungüento.

En algún punto me fue imposible distinguir sus movimientos, cada uno más lento que el anterior; una ondulación de muñeca que parecía durar cinco minutos cuando debía de haber tardado segundos. Empezaba a adormecerme. Incapaz de moverme o de formular un pensamiento más o menos coherente, me estremecí al sentir la caricia que ascendía por mis piernas hasta mis muslos.

—Cierra los ojos, *mo nighean*, y entrégate —ya no era su voz la que murmuraba en mi oído, sino la del río y la tormenta—. Libérate. Ofrece tu camino a la Luna.

Un nuevo espasmo recorrió mis vértebras, contrayendo mi cuerpo. Cuando la piedra se deslizó por mi pubis hasta el ardor de mi sexo, acariciándolo con suavidad en una suerte de cortejo atávico, creí que perdería la razón; que, de no adentrarse en la profundidad de mis pliegues, moriría. Unas manos retuvieron mis tobillos cuando arqueé la espalda y dejé escapar un jadeo. Me sobresalté al sentir el filo de su athame recorrer la palma de mi mano, pero no tuve tiempo suficiente para reaccionar antes de sentir los dedos de Katherine entre los míos, fuertemente sujetos.

Fuil m 'Fhuil. Dijo en silencio para que nadie más pudiera escucharla. «Sangre de mi sangre».

Comenzaba a hundirme. Intenté parpadear, pero el techo del granero había desaparecido junto con las nubes y la tormenta. Sólo existían las copas de los árboles y el cielo cuajado de estrellas sobre mi cabeza. En algún lugar alguien cantaba, recitando una vieja oración en la lengua de las hadas. Con un sobresalto comprendí que era mi voz la que me guiaba a través de la niebla.

En el agua no había lluvia ni estrellas ni árboles ni luna, sólo la creciente oscuridad. No había sonidos, salvo el restallar de mi corazón que palpitaba en el interior del estero. No, alguien hablaba, una niña.

–Tengo miedo, màthair...

Aquella voz. Conocía esa voz de otra vida. Un balbuceo infantil. Mi propia voz.

–Lo harás bien, mo chridhe.

Frente a mí se alzaba un árbol de gran tamaño. Un roble que refulgía bañado por la luz de una luna inexistente. Era un árbol antiguo, de poder, cuyas raíces se hundían más allá de la superficie diáfana del lago. Un dios muerto, compuesto por viejas cenizas desperdigadas en un bosque invisible. Y también un cruce entre los mundos.

Al cabo, la cabeza de una liebre parda emergió de su madriguera entre las raíces del árbol; luego, el cuerpo esbelto y grácil. Sus movimientos emitían suaves ondulaciones en el agua. Por un instante, la liebre me devolvió la mirada –sus ojos poseían un brillo extraño, casi humano–, antes de echar a correr y desaparecer de mi vista.

Abrí los ojos aun cuando estaba segura de que ya los tenía abiertos. El gran roble, el antiguo centinela había desaparecido al igual que el estero. El viento me acarició, atravesándome y devolviéndome al presente. La lluvia bañaba mi rostro. Me hallaba de regreso en la floresta. En apariencia, nada había cambiado, excepto la quietud antinatural que reinaba en el bosque, como si allí nada poseyera vida, salvo los árboles antiquísimos; aquellos nacidos antes que los hombres y la tormenta misma. Un caudal en las profundidades del *velo*. Al igual que el crepúsculo y la aurora, existían lugares y momentos que actuaban como intermedios. Los druidas los llamaban *caol' ait*, lugares delgados, a falta de una mejor interpretación. Y esa bifurcación apenas ostensible para mis sentidos era uno de ellos.

Eché la vista atrás. El granero se había convertido en una mancha escasamente visible en la penumbra. Su silueta me provocó una añoranza por desandar el camino y retornar al hennar. Aparté la mirada al comprender que aquella impresión de

pérdida era la atracción visceral que tiraba de mí de vuelta a mi cuerpo, a mi refugio de carne, a modo de recordatorio de que entre más tiempo pasara en el linde del *velo*, mayor era el peligro de perderme y quedar suspendida en el cruce.

Tras una leve vacilación, emprendí el camino hacia el bosque. Conforme me alejaba del caserío, fui cobrando consciencia de los desencarnados que se deslizaban entre los árboles, cual enredaderas deseosas de adentrarse en sus grietas, atraídos por el calor de mi aura; del zumbido de sus voces acariciando mi piel, halándome con insistencia. Los *tannaisg* me conocían; para ellos, yo era un *medio* que había osado irrumpir en su reino. Por un momento deseé cubrir mis oídos y comenzar a cantar como cuando era una chiquilla y fingía que era incapaz de escucharlos, de sentir su roce gélido en mi nuca, en mis brazos y en la profundidad de mis huesos.

«No dejes que entren».

Tragué saliva, reprimiendo el impulso irracional por cerrar los ojos y enterrar las uñas en mis manos hasta que la sensación de ahogo desapareciera, y continué andando.

«No dejes que entren».

Sorteé las coníferas que bordeaban el río. No podía estar lejos. Caminé durante un rato más hasta reconocer el aroma que desprendía su cuerpo marchito. La encontré oculta tras una pequeña colina, entre las raíces de un castaño demasiado joven para brindarle refugio frente al aguacero. Tenía el tamaño de una criatura y el aspecto de una moza. Un rápido vistazo me reveló que había perdido peso; era evidente por la apariencia maltrecha de su cuerpo. Le habían arrancado las uñas y su respiración era un resuello, todo cuanto sus costillas rotas le permitían hacer. No alcanzaba a ver su rostro, pues estaba cubierto por una maraña de cabello que antaño debió ser rubio. Podía salvarla. Estaba segura de que aún poseía un rastro de vida con el que traerla de regreso. Enterré ese pensamiento en el fondo de mi mente antes de inclinarme hacia ella.

¿Quién eres? Inquirí, sin atreverme a tocarla.

Silencio.

Dime tu nombre, a beag. Insistí, usando la voz de su madre.

No hubo respuesta ni un cambio.

Alcé la mirada al cielo. Aún faltaban un par de horas para el amanecer (¿cuánto tiempo llevaba ahí?). Me senté frente a ella y con la voz de su madre muerta empecé a cantar. No hubo lucha ni forcejeo, salvo la rendición cuando la sangre manó de su boca. Mi voz cobró fuerza, tanta que acalló el rumor de la lluvia y los muertos. Ahí estaba, el sonido de la sangre a través de su cabeza. Poco antes de que su corazón se detuviera para siempre, la oí responder:

Mireya.

Su nombre. El verdadero. Aquel que su madre le había dado al alumbrarla y que nadie debía poseer. Lo susurré al viento como si se tratara de un conjuro y rompí el hilo que la unía a la vida, durmiéndola para siempre.

–Que tu alma encuentre el camino de regreso a la Gran Madre, Mireya –murmuré.

In suspense: el retorno

«*N*o dejes que entren».

No supe durante cuánto tiempo permanecí inmóvil frente al cuerpo de Mireya, contemplando cómo el agua bañaba nuestra sangre. Yo era parte de ese mundo, del *velo*, y, no obstante, advertía la opresión que me impelía a volver sobre mis pasos. Tampoco estuve segura del momento en que cerré los ojos y comencé a imaginarme uniéndome a la tierra, a los árboles, al viento que susurraba palabras antiguas que nadie, excepto mi pueblo, conocía. Al cabo, abrí los ojos, inhalé con fuerza y me incorporé, sosteniéndome a duras penas del árbol más cercano. La verdad era que no podía, no *quería* continuar. Al igual que Mireya, deseaba encontrar un lugar apacible donde dormir, donde perder todo rastro de memoria, pero mis pies parecían tener otro plan.

Despacio, abandoné la protección que me había proporcionado la encina y eché a andar. Mi boca sabía a óxido, a bilis. Un relámpago partió el cielo, iluminando por un brevísimo instante al ser que acompañaba mis pasos. Fui presa de una sensación

puramente elemental que me invadió como un grito primitivo que sacudió la tierra cuando mis sentidos parecieron expandirse, incapacitándome para reanudar la marcha. Las voces de los *tannaïsg* se habían transformado en un bramido dispuesto a desgarrar mi mente. Una hendidura que se abría en el *velo*. Unos labios desconocidos besaron mi nuca. Sentí su aliento en mi cuello y el roce de sus dedos en mi espalda.

Amaris.

Intenté ignorarlo, llevar las manos hasta mis oídos y evocar las absurdas palabras que las madres acostumbraban a cantar para alejar a los malos espíritus de sus hijos, pero ni siquiera sabía dónde terminaba mi cuerpo y comenzaba el bosque. Una vocecilla en el fondo de mi cabeza me dijo que ningún desencarnado debía conocer mi nombre. Supe entonces que no podía tratarse de algo que antaño hubiese sido humano, por remota que fuera su existencia.

Amaris.

Poseía la voz de un hombre de carne y hueso, aun cuando era imposible. Sabía por experiencias anteriores que el espíritu conocía múltiples juegos e ilusiones... aquello no podía ser más que eso, un «truco».

Estoy aquí. Siénteme...

Un suspiro desapasionado. ¿Era un sueño? Lo sentía a mi alrededor, envolviéndome con el capricho del aire.

«No dejes que entren».

Quise gritar, pero carecía de boca. Tenía miedo, sí, pero había algo más, un sentimiento más profundo, semejante al palpito atroz del deseo no consumado.

Amaris.

Su roce no era muy distinto al de la piedra de ónix ni al de las íntimas caricias de un amante. Un escalofrío me recorrió hasta la médula.

Súbitamente dejé de percibirlo. Se había marchado, evaporándose como si de un soplo de aire se tratara. No había nada

más que sombras y la frondosidad del soto. Hablar –si concebía dicho truco de ese modo– había agotado sus fuerzas. Todos los sonidos de la noche habían cesado, sumiéndome en el vacío, mientras me esforzaba por ver a través de la negrura. Me quedé paralizada durante un instante al descubrir que me encontraba al pie del sendero que llevaba al caserío.

Alcancé la cima del promontorio entre resbalones y caídas. Dentro de mí albergaba la absurda esperanza de permanecer ahí, de unirme a él, cuya presencia me era más familiar que todo cuanto me esperaba al otro lado. Como en un ensueño, levanté la mirada. Fue entonces cuando divisé una figura pálida de silueta fulgurante, la figura de una mujer suspendida en el aire como un títere roto. Sus cabellos negros como la brea se arremolinaban en torno a su cara. Un fantasma hermoso, como el de mi madre. Sus pupilas habían desaparecido. No era una mujer; si acaso una niña que empieza a convertirse en una y que, sin embargo, no existía en el mundo de los vivos, sino en el reino de los espíritus.

Alguien lloraba. El lamento de un niño pequeño, el crujido de los árboles. La mano de la muchacha se extendió hacia mí en mudo reconocimiento.

Amaris.

La sangre se deslizó entre sus muslos. Sangre de mujer. En el cielo, la luna debía ser negra. Una a una, las gotas oscurecidas por la noche golpearon el piso. Alargué la mano hacia ella.

–¡Amaris!

En el sueño alguien gritaba. Conocía ese sonido, lo había oído antes, muchas veces; era el nombre de la mujer de cabellos negros cuyo cuerpo me pertenecía. Él se había ido, en el mundo de los hombres no era otra cosa que un eco voraz atrapado en las costuras que separaban los mundos, y yo me hallaba demasiado lejos para contestar, para nadar hacia la superficie.

Insania

Los chiquillas de cabello rojo y piel pálida corrían de la mano a través del bosque nevado. Sus risas, junto al olor a mocos, leche y flores silvestres inundaban el soto. La nieve se desprendía de las ramas de los árboles que se materializaban ante ellas como por arte de magia; como en las historias que contaban los críos de la aldea. En los cuentos, los niños siempre tenían miedo de los monstruos que habitaban la floresta. Pero ellas no temían, pues hablaban el mismo idioma que el río y la montaña. De repente, la mayor soltó la mano de su hermana.

—¿Ealasaíd? —el nombre de la niña emergió como un gemido teñido de pánico.

Por primera vez, la hermana pequeña fue presa del mismo terror que embargaba a los niños del pueblo cuando se perdían durante horas en el bosque.

—¿Ealasaíd?

Katherine tembló, atrapada en su memoria. En momentos como ese, en los que el agobio la embargaba, los recuerdos que era me-

jor mantener encerrados en el fondo de su cabeza solían aflorar y romper la superficie de sus pensamientos. Una vez que emergió del trance, se dirigió a la ventana. La lluvia estaba decayendo y el fulgor de las siete hermanas se adivinaba tras el cielo nuboso. El mapa que solía coronar la cúpula celeste era apenas un trazo insinuado. La ofrenda de sangre había calmado a los *sidhes*.

«Protégela, prométeme que la protegerás...». En la soledad de su habitación era fácil evocar la voz de su hermana.

Ealasaïd.

Un fantasma solitario que únicamente moraba el interior de su psique, que se arrastraba por los pasillos de su memoria. Elizabeth se había ido muchas lunas atrás, tantas que Katherine dejó de reprocharlo, de creer que la había abandonado. Pero todavía le resultaba demasiado fácil retroceder en el tiempo y visualizar el rostro de su hermana, la forma que adquirirían sus dedos cuando jugaban a imitar las aves en el cielo. A veces, incluso, creía ver el bajo de su vestido desaparecer al dar vuelta en alguna esquina o el destello cobrizo de sus cabellos. También le parecía escuchar el eco de su risa, de sus pisadas... Sólo eran jugarretas de su imaginación.

Antes había intentado llamarla, traerla de entre los muertos, pero no obtuvo respuesta alguna. Elizabeth se había ido. Y esa noche, más que nunca, anhelaba sentir su presencia; deseaba rogar su perdón por obligar a su hija a adentrarse en el *velo*, a perderse en el reino de los muertos. En ese preciso instante, mientras Katherine contemplaba las copas de los árboles, Amaris dormía profundamente, ajena a los dolores del mundo. Sumida en un sueño incitado por el láudano, ni siquiera se había enterado del ligero derrame en su cabeza, el cual habían solucionado rápidamente, lo suficiente para que más tarde no presentara secuelas en sus funciones cerebrales. Katherine estaba segura de que sobreviviría. Habían actuado a tiempo, pero la próxima vez... no lo sabía y no quería pensar en lo que podría ocurrir.

Fuil m' Fhuil. «Sangre de mi sangre».

En otro tiempo, las madres ahogaban a sus hijas al descubrir su capacidad para transitar la senda de los espíritus. No era común que las videntes alcanzaran la edad adulta; algunas ni siquiera sobrevivían al primer contacto. La comunión con los *tannaig* era algo inherente en ellas, un *don* con el que lidiaban desde temprana edad; uno que, además, deterioraba su salud física y mental, y por el que la mayoría enloquecía de manera irreversible en poco tiempo. Podían enseñarles a mantenerse alejadas de las presencias y los desencarnados, pero existía una pulsión inexorable que las atraía a su mundo. No había magia o cura capaz de retenerlas, sólo de prolongar su vida; de ralentizar el ciclo natural, sumiéndolas en un estado de aletargamiento indefinido que terminaba como todo lo demás, desencadenando en la locura. Al ser presas de la inconsciencia inducida, se volvían dóciles e inservibles, incapaces de discernir entre la realidad y el mundo onírico, inútiles para algo más que no fuera servir a sus dioses; y aquellas que no eran incitadas al letargo –que resistían *lúcidas* durante periodos significativos de tiempo– terminaban cortando su propia garganta para unirse al *Saoghal Eile*. Ése era el precio por ser la *entrada*.

Tras la unión de su pueblo con el de los hombres, la probabilidad de que naciera una niña capaz de penetrar en el *velo* se había reducido, tanto que ya nadie se preocupaba por eso. Y ahí estaba ella, quien había atestado de primera mano la locura de las sibilas y el instinto suicida que fluctuaba en su interior. Ella, que al igual que muchas madres antes había valorado la posibilidad de ahorcar a la niña antes de que se convirtiera en mujer, y, además, estaba completamente convencida de que Amaris lo habría permitido.

«Al final todas se entregan».

¿Por qué había dudado, entonces? Por estupidez, por debilidad... Katherine la quería como si ella misma la hubiera alumbrado. Amaba la brutalidad con la que se enfrentaba a su

propia condición y la fragilidad de su mente. Además –aunque no se atrevía a admitirlo en voz alta–, Amaris era la única razón por la que aún caminaba entre los hombres.

«Sangre de mi sangre».

Su madre se lo había dicho: el amor es malsano. Nos vuelve salvajes, imprudentes, *posesivas*. Y también es inevitable.

Entonces, de improviso, la asaltó la sensación de que alguien la observaba. Un estremecimiento la recorrió cuando su *familiar*, que dormitaba tranquilamente en una de las vigas del techo, emitió un chillido capaz de helarle la sangre. Permaneció inmóvil varios minutos, olfateando la noche, intentando descubrir la identidad de quien estuviera al otro lado del claro, pero ningún aroma llegó hasta ella. Haciendo un esfuerzo por ocultar su inquietud, cogió un alfiler de hueso de los que acostumbraba esconder en los puños de sus camisolas, lo clavó en su dedo índice y con la sangre dibujó una runa en el alféizar: *Algiz*. Antes de abandonar su lugar frente a la ventana, echó una última mirada hacia el bosque, pero entre los árboles sólo reinaba la quietud.

Acababa de devolver el alfiler a su lugar cuando alguien llamó a la puerta. Al entrar, Alexandra Antigy bajó la capucha de su capa, revelando un rostro que, en opinión de Katherine, poseía un aire vagamente reptil, acentuado quizá por la frialdad en su mirada. Durante años había sido su amante y confidente, una que albergaba un celo codicioso por el que Katherine la dejaba creer que sólo compartía el lecho con otros amantes cuando los ritos de apareamiento así lo precisaban. Ella, como todas las descendientes del pueblo antiguo, estaba acostumbrada a tener amantes de ambos sexos.

Alexandra conservaba el aspecto de una mujer joven, apenas menor que ella –rondando los veinticinco años– y, al igual que todas las hembras de su especie, poseía una apariencia seductoramente andrógina que atraía la atención de hombres y el legado por igual. Su piel de un tono ligeramente oliváceo era

legado del pueblo auverno, al igual que el color del trigo maduro en sus cabellos, los cuales acostumbraba a recoger en un rodete que dejaba al descubierto el vibrante violeta de sus ojos; signo inequívoco de que pertenecía al Pueblo de los Duendes.

El linaje Antigý era débil, aunque antiguo. Su supervivencia al paso del tiempo y al cambio de las Eras había dependido de los continuos matrimonios concertados, previos al nacimiento entre miembros cercanos de la familia. Las malformaciones y deficiencias mentales eran efectos secundarios que solventaban con suma discreción. Katherine sabía que los infantes Antigý yacían enterrados bajo los aleros de sus hogares, a modo de pequeños guardianes. En Francia, sin embargo, eran empareados o enterrados en los cruces de caminos.

—¿Qué viste? —inquirió casi con temor, luego de que Alexandra cerrara la puerta tras de sí.

Amaris tenía razón, estaba cerca del río. Era una Anciana del valle.

¿Estás segura?

Sí, y cuando la veas, tú también lo estarás.

En ese caso, debemos avisarle a Lucrecia.

¿Qué pasará cuando descubran que la dejaste morir?

Sabían que estaba en el bosque y lo que eso significaba. No hicieron nada por ella, la dejaron a su suerte durante días. Si es verdad que viene del valle, alguien debió reconocerla. No podemos hacer nada, además de esperar. Lucrecia sabrá qué hacer. ¿Lograste averiguar algo más?

No. Sólo que se deshizo de la criatura antes de llegar aquí. No debiste dejar que Amaris lo hiciera. En sus condiciones era un suicidio. Fue una imprudencia, ¿por qué lo permitiste?

Hubo un silencio. Katherine escuchó el rumor de la lluvia golpear la ventana.

Iana me dijo que estuvo a punto de sufrir una apoplejía, que tenía paralizada la mitad del rostro. Si no hubieran estado ahí

para detener el sangrado... es demasiado joven, y muchas, con más experiencia que ella, se han perdido en el Otro Lado.

«¿Crees que no lo sé?». Katherine quiso gritar y dar rienda suelta a su cólera. En su lugar, disimuló el temblor de sus manos, sujetando los pliegues de su falda con tanta fuerza que estuvo a punto de romper la tela.

Puedo contenerla, anularla, si a eso te refieres, pero no disminuiré el riesgo. Si no aprende a controlarse, se perderá.

Ya se está perdiendo, es sólo una cría. Si continúa así, terminarán descubriendo que la ocultaste.

No si me ayudas a seguirla escondiendo.

¿Qué es lo que no me quieres decir, Katherine?

No obtuvo respuesta, salvo la mirada de quien por años había sido su compañera y ahora le cerraba sus pensamientos. Aun así, no pudo evitar fijarse en que, por primera vez en todo ese tiempo, Katherine parecía haber envejecido. Finalmente, Alexandra se dio por vencida y abandonó la habitación.

TERCERA PARTE

Cvrios: de sangre y leche

*No era verde su fronda, sino oscura;
ni sus ramas derechas, mas torcidas;
sin frutas, mas con púas venenosas.*

*Tan tupidos, tan ásperos matojos
no conocen las fieras que aborrecen
entre Corneto y Cécina los campos.*

Hacen allí su nido las arpías...

Dante Alighieri

La historia de las hilanderas

l rumor del viento se unía a las voces surgidas de las entrañas de la tierra. La entrada de la caverna se hallaba en las faldas de la montaña que coronaba el fiordo. Otrora había sido sagrada para las hijas del océano, pero ahora sólo era un montículo más entre decenas de otros idénticos. Oculto a la vista de los hombres, existía un inmenso árbol de ramas descomunales que abrazaban el cielo y cuyas raíces se hundían hasta el centro del mundo. Habían pasado miles de años, evos de distancia desde que su gente formara los enormes círculos de piedra y las razas de poder encontraran su extinción tras el alzamiento de los hombres. Seres brutales; carentes de entendimiento, pero con suficiente ingenio para construir entre dos ríos lo que más tarde osarían proclamar su primer gran imperio.

Las tres nacieron en las raíces del Árbol Primordial y desde entonces vieron las estrellas más brillantes del firmamento nacer y morir. Para ellas, eran los soles de cuyo polvo se había gestado el mar del que sus ancestros habían emergido. Cubiertas por viejas capas apolilladas que habían fabricado con sus

propias manos cuando eran más jóvenes que el tiempo, observaron a los hombres corromperse hasta la médula desde la seguridad de las sombras. Antaño, cuando la raza humana era nueva, sus imágenes fueron talladas en distintos templos, tablillas y grutas. Los humanos dieron nombres que sólo en sus idiomas tenían significado y dibujaron sus rostros a modo de presagio. Pero ellas nunca pudieron olvidar el nombre que su madre les había dado al nacer. Eran incapaces de olvidar su primer rostro.

Cansadas de contemplar la destrucción de todo aquello que alguna vez había sido valioso para su pueblo, retornaron al Gran Árbol y abandonaron la superficie del mundo al encontrar la grieta que las guió hasta sus raíces más profundas. Ahí, el tejido del *velo* era más delgado que en otros lugares de poder. Aquella era la primera de cientos de encrucijadas entre los mundos. Su sangre era tan antigua que les permitió dominar a las bestias cuyos hogares se encontraban en las cercanías y a través de sus ojos observaron lo que ocurría en el exterior. Ellas, que habían andado por el mundo antes de que los hombres se reconocieran a sí mismos como animales, y habían formado parte de los Antiguos –la primera generación nacida de los árboles–, ahora se veían confinadas en una cueva que, aunque inhóspita, era la misma que recordaban de las historias de las Ancianas.

Luego de mucho tiempo sintieron el llamado atávico de su naturaleza y, atraídas por la luz que acariciaba la entrada de su santuario durante el plenilunio, emergieron de las raíces del Árbol y recorrieron valles y montañas en busca de una ofrenda que les devolviera el aspecto de tiernas mozas. Solían usar los huesos y las entrañas de los incautos que caían entre las redes que entretejían en torno a la ensenada para conocer los presagios y vaticinios. Poseían al espíritu de los árboles y cantaban para hechizar a los débiles, y una vez que éstos abrazaban su muerte, entregaban sus corazones a la Madre. Al inicio de la Era de los hombres fueron llamadas sacerdotisas, profetisas; emisarias de la Gran Bruja. Sus hogares habían sido los rús-

ticos templos de barro y piedra contruidos por toscas manos humanas. Pero la tierra había rotado y las viejas creencias habían caído.

El Diablo. Aquel ser orgulloso e iracundo era el culpable de toda ruina. Al inicio de la nueva religión, el mal había adquirido el rostro del Astado. El Hombre Verde, el Espíritu del Bosque fue consagrado a la oscuridad y, con ella, a toda depravación. Los antiguos dioses fueron acallados y transformados en demonios menores, cuya mera existencia desafiaba el reinado de *Yhwh*. Los emisarios del joven dios afirmaban que la mágica serpiente que alguna vez moró en el Edén se enroscaba en torno a los débiles de corazón. De ese modo, el mundo se vio sumido en el caos y la ignorancia.

Los primeros santuarios fueron derrumbados piedra por piedra y la sabiduría del pueblo antiguo fue estigmatizada. La sangre de miles de inocentes bañó los ríos y el cielo, y las efigies levantadas en honor a la Madre cayeron a los pies del nuevo dios. Clarividentes y curanderas fueron entregadas al fuego de la purificación y aquellas a las que llamaban hechiceras eran clavadas y violadas por entregar su alma a Lucifer, la estrella más brillante del firmamento. Los edictos redactados en nombre del imberbe dios afirmaban que durante las noches sin luna, las brujas se reunían en los prados para bailar e intimar con el Maligno. De su unión nacían criaturas abominables que inmolaban en el fuego durante la noche de san Juan.

Las hechiceras que habitaban el Árbol Cósmico atestiguaron el ascenso de la nueva fe en los pensamientos de los hombres. Mas, con el paso de los años, la luz de sus ojos se fue desvaneciendo hasta cubrirse de telarañas imposibles de franquear. De eso hacía demasiadas lunas. El mundo se había expandido y contraído como el útero sagrado: valles y montañas se colmaban de aldeas y enormes construcciones protegidas por altos muretes de piedra y madera. Las guerras encarniza-

das por ampliar los territorios y el poder se prolongaban hasta convertirse en épocas. Las plagas, las enfermedades y el hambre consumían a los hombres, pero la humanidad continuaba su avance. Al culto a la Madre lo relegaron a la omisión. No obstante, ellas recordaban. Tal vez ése fue el verdadero motivo de su caída: la vanidad, la confianza ciega en la sabiduría que las había llevado a esconderse; la seguridad de que el mundo se hallaba sumido en el caos y la miseria y en que los hombres estaban demasiado ocupados en su desesperación para reparar en ellas. Todavía recordaban la última noche en que fueron deidades, cuando la luna crecía bañando el fiordo.

Walpurgisnacht.

De sus gargantas surgió la voz de sus abuelas; la voz de las Asradi, los espíritus del océano, y cuando entonaron la música del mar, los hombres del burgo acudieron a su encuentro: se mezclaron con ellas y les entregaron su simiente; rejuvenecieron su piel, sus cabellos se tornaron rubios en lugar de blancos y humedecieron sus entrañas hasta fecundarlas. Sin embargo, los últimos vestigios luminiscentes de la fogata atrajeron la atención de la gente que vivía en la pequeña empalizada y al amanecer fueron aprehendidas en nombre de la fe de Roma. Júpiter, al igual que otros más viejos que él, habían sucumbido ante un dios inexperto y caprichoso. En tiempos modernos, la unión entre reyes y hechiceros, que antiguamente fuera sagrada, era una ofensa a los ojos de Dios.

La iglesia se encumbraba sobre la plaza principal; un grotesco edificio de madera negra muy distinto de las monstruosas catedrales que coronaban las grandes urbes. En su nave aún podían sentir el fantasma de los árboles que habían servido para semejante ofensa. De rodillas, frente al altar ungido con sangre inocente, conocieron al señor de los hebreos y su ley universal. De muñecas y tobillos fueron sujetas con cadenas de hierro. Incluso esos hombres que se preciaban de haber

olvidado sus orígenes bárbaros conocían el uso de las viejas armas. «Empuñad el hierro contra el demonio y lo ataréis a la voluntad de Dios».

Durante una semana fueron torturadas y mancilladas hasta la locura. Demasiado tarde entendieron que la perversidad de los seguidores de la cruz no conocía límites. No gritaron ni hablaron: ¿qué sentido tenía si los hombres no entendían el idioma de los dioses? El ministro de la iglesia las decretó culpables de hechicería y fornicación con el diablo. Culpables de envenenar el río, de la plaga que durante dos meses había asolado la cosecha y de la muerte del ganado durante el invierno anterior. Una vez leídos los cargos, fueron llevadas ante tres estacas que, como damas orgullosas, se alzaban en medio de la plazuela. Las clavaron de pies y manos. En ese momento eran poco más que humanas, pues el hierro se había instaurado en su sangre, debilitándolas. Sus cuerpos no fueron completamente consumidos por las llamas y al final quedaron sólo los huesos. Cuando la lluvia cesó, los restos de las brujas fueron abandonados a su suerte, hasta la noche que desaparecieron.

Entre la congregación de la aldea había algunos que, aunque oraban y entregaban sus tributos a la iglesia, recordaban las creencias de sus padres y de sus abuelos antes de ellos, que temían la ira de Hela. Después de las hogueras, durante la noche, cuando las nubes cubrieron la plaza, recogieron los huesos y los enterraron bajo un roble que crecía a una legua de distancia, cerca de un lago. Sus raíces se nutrieron con los restos de las hechiceras durante treinta días con sus noches, y cuando la luna del fuerte sol se alzó por encima del fiordo, las mareas cobraron vida y las brujas renacieron de la tierra. Cubiertas por una capa de sangre y envueltas en una membrana de carne, resurgieron del árbol. Estaban asustadas y ateridas de frío. Las luces de las estrellas las cegaban, pero una vez que recordaron el mundo, cómo respirar y comunicarse entre sí, distinguieron el delicado sendero estelar que se extendía hasta el infinito.

¿Dónde estaban? Habían perdido la noción del tiempo y las distancias. Ya no recordaban el nombre de aquel país; para ellas sólo eran palabras burdas pronunciadas por bocas corruptas. Sólo los bosques y sus dioses tenían importancia. Aun así, estaban convencidas de que no podían estar lejos del pueblo que las había visto perecer. Al alba, empezaron a cantar, llamando a los espíritus del bosque. Invocaron al aire y el viento arremetió contra puertas y ventanas. Invocaron a la tierra y un temblor sacudió la empalizada, abriendo una hendidura que atravesó la plaza. Invocaron al agua y la tormenta azotó las covachas. Llamaron al fuego y el pueblo entero ardió durante tres días mientras ordenaban a la luna que devorara la luz del astro rey. Nadie sobrevivió.

Cuando las primeras luces acariciaron la punta de la montaña, al comienzo del cuarto día, luego de que las llamas se extinguieran por completo, recorrieron los escombros y reunieron los huesos carbonizados que encontraron a su paso. Las cenizas fecundarían la tierra, aunque ningún hombre volvería a asentarse en la colina. Al caer la noche del sexto día regresaron a las entrañas del Gran Árbol y comenzaron a tejer un nido que rápidamente cubrió la ensenada. En la seguridad de la caverna parieron y alimentaron a las criaturas que durante meses habían crecido en sus vientres. Pasaron los años, pero nunca pudieron olvidar lo que habían visto en su letargo: un lobo con rostro de ciervo.

Al caer la noche

ana Matumba se despertó cerca del amanecer, cuando la luz del alba perfilaba los contornos de los muebles en la habitación. Desde su lugar, al pie del lecho, pudo ver la silueta inerte de Amaris. Esa noche, al igual que la anterior, carecía de luna. La lluvia había cesado, pero la niebla matinal inundaba el soto como el fantasma de la tormenta no consumada. Pronto tendría que levantarse y administrarle un poco de agua con miel para evitar que se deshidratara, además del jugo de amapola que la hundía en un sueño más o menos apacible; después retiraría la compresa que al anochecer había colocado en su abdomen para disminuir los dolores menstruales y al final habría que cambiar los ladrillos calientes que había colocado contra las plantas de sus pies. Pero primero haría su reconocimiento habitual. No había corrupción en la sangre, de eso estaba segura; sin embargo, la fiebre no disminuía y por la noche empeoraba, cuando se retorció en sueños y abrió los ojos en busca de algo que nunca parecía encontrar. Los oídos y la nariz ya no sangraban. Los puntos insensibles en su rostro se habían disipado du-

rante la primera noche y su flujo sanguíneo se había restablecido, borrando todo rastro azul en sus labios y dedos. Sólo era cuestión de esperar a que su cuerpo respondiera a los estímulos del exterior, a que su cerebro diera la orden de despertar.

Verificar el estado de los enfermos se había convertido en algo rutinario. Con Lucrecia había aprendido muchas cosas; otras tantas las recordaba de cuando ayudaba a su abuela a fabricar emplastos y unguentos, y algunas más eran simple charlatanería. La gente que vivía en el pueblo frecuentaba a su curandera por los remedios habituales, pero también por productos menos ortodoxos: filtros amorosos, remedios contra el mal de ojo, brebajes para deshacerse de niños no deseados y hechizos para dañar a los enemigos. Lucrecia solía proporcionarlos a un alto costo, además de la acostumbrada demanda de discreción. En tiempos como los que corrían, nadie podía arriesgarse por simples caprichos humanos tan cambiantes e irracionales.

Iana se estiró plácidamente dentro de su lecho provisional: un jergón de paja que Katherine había colocado en el piso para que se sintiera más cómoda por las noches. La tía de Amaris se había ofrecido a ocupar su lugar, alegando que si notaba algún cambio la llamaría de inmediato, pero ella se había negado. Amaris la necesitaba, lo sentía en la profundidad de su alma; la necesitaba para encontrar la forma de volver. Antes de instalarse en la habitación, Iana había visto sus ojos: casi transparentes y con un ligero derrame de sangre. Esa opacidad sólo la había encontrado en la mirada de los ancianos ciegos. Siempre era así después de una visión. Habían pasado dos días.

Estaba ovillada entre los brazos de mi madre, quien acariciaba mi cabello, al tiempo que canturreaba una nana cuyas palabras se perdían entre mis sueños. Permanecimos así durante un largo rato, formando un cálido capullo con nuestros cuerpos, hasta que descubrió que tenía los ojos abiertos. Entonces una sonrisa se dibujó en sus labios.

–Despierta, ceann cadail.

–¿Mamá...? –*inquirí en voz baja.*

Silencio.

No sabía si estaba dormida o despierta. Mi cuerpo y sus sentidos estaban fragmentados; no obstante, era capaz de percibir el martilleo de la lluvia en mi cara, en mi cuello y en los hombros, evaporándose de inmediato al entrar en contacto con mi piel, como si de piedra volcánica se tratara. A veces me parecía ver algo: pequeños fogonazos que olvidaba de inmediato, como la sombra que se apostaba en una esquina de mi cuarto por las noches. Al principio creí que se trataba del espíritu que me había acechado desde que era una cría, pero pronto caí en mi error al descubrir que aquella presencia en particular era de una naturaleza distinta; otras, creía oír voces, palabras inconexas que se unían al eco de la borrasca.

En algún punto, el límite entre el velo y el mundo real se fundió, transformándose en un sueño inquieto en el que me deslizaba entre los árboles siguiendo un impulso irracional que me llevó hasta las profundidades del bosque. Luego de un rato de vagar sin rumbo aparente, encontré un claro. A través de las hojas pude ver la luna creciente bañando las raíces de los árboles, donde las sombras reptaban. Sus voces llenaban el bosque, elevándose junto a los chillidos de las cornejas que sobrevolaban el soto, ensordeciéndome. En ese momento estuve segura de que la niebla era una trampa; una telaraña tejida en torno a mi presencia. Grité, pero el sonido emergió sin fuerza, estrangulado. Tenía los labios entumecidos por el frío. Justo en ese momento reparé en la liebre de pelaje marrón que me observaba impasible desde la base de un roble y cuya presencia no había notado con anterioridad. El animal echó a correr en dirección al río. Sin detenerme a reflexionar en lo que hacía, la seguí. Las ramas de los árboles se enganchaban en mi ropa, en mi piel, y estuve a punto de tropezar varias

veces a causa de sus raíces que parecían deslizarse para envolver mis tobillos. Lo que fuera que movía al bosque, como si de un escenario se tratara, deseaba que volviera al corazón de la fronda.

Era de noche cuando recobré la consciencia. Conforme la fiebre me abandonaba, aclarando mi mente, hice un esfuerzo por levantar la cabeza para ver mejor. En la habitación nada se movía, salvo el pecho de Iana que dormía a los pies de mi cama. Hacía rato que habían apagado las velas y sólo las ascuas del bracero permanecían encendidas, aun cuando no faltaba mucho para que también se extinguieran. Me sentía extraña, aunque por primera vez no enferma. Notaba el cuerpo débil y magullado y me dolían las articulaciones, además de los calambres menstruales que asediaban mis entrañas, pero creía tener la fuerza suficiente para al menos tratar de incorporarme.

La primera vez que intenté ponerme en pie después de superar el mareo inicial de volver a la verticalidad, las rodillas me fallaron y estuve a punto de caer. Necesité un par de tentativas más antes de poder sostenerme sin tambalearme demasiado. Junto a la cama había una jarra con agua tibia y miel que bebí con la glotonería de un niño pequeño, aunque mi mano temblaba tanto que en el proceso derramé gran parte de su contenido. Pese al alboroto, Iana parecía encontrarse demasiado agotada para despertar. Me paseé por el cuarto, satisfecha con el crujido de mis huesos y el ligero dolor que ascendía por los músculos de mis piernas. Me movía como en un sueño, aun con la certeza de que aquel cuerpo debilitado por la enfermedad le pertenecía a alguien más.

Después de un rato, el ambiente me resultó sofocante, impregnado como estaba por el olor a transpiración, enfermedad y lo que reconocí como valeriana, lavanda y algo más... el dulce aroma del opio y la resina. Asqueada por el encierro y el ambiente enrarecido, abrí la ventana para que el cuarto se aireara. Luego, haciendo acopio de una fuerza que no sentía, cogí mi

ropa y me vestí. Finalmente tomé mi capa del perchero y abandoné la habitación.

Al igual que en mi sueño, la luna era una hoz apenas ostensible. Aunque débil, el brillo de las estrellas era suficiente para iluminar el camino que tomé al internarme en la fronda. El bosque que se extendía por las montañas cántabras era demasiado grande para recorrerlo a pie, tanto que muchas partes permanecían inexploradas. A medida que me adentraba en el soto, los sonidos de los animales que lo habitaban se volvían más claros: pequeños corazones que latían acompasados, aleteos y chillidos convertidos en llamados que se abrían paso desde el ramaje. Hacía varios minutos que había dejado de oír el rumor del río, así que debía estar cerca. Pronto encontré lo que quedaba de la hondonada y, con ella, los escombros abandonados que había ido a buscar. Katherine me habló de ese lugar el día que llegué al caserío: un santuario cuya existencia era ignorada por los cristianos, erigido por los cántabros muchos años antes de la llegada de los romanos al norte de la península.

No se trataba de un altar construido para honrar a Lug, sino a Cantabria, la Diosa Madre a quien esa tierra debía su nombre. La piedra con la que fue construido se hallaba erosionada por el paso del tiempo y el abandono. Pero aun entonces, a la luz de la luna se podían distinguir las runas que habían sido talladas en su superficie casi mil años atrás. Aunque distinta de las rocas pictas que abundaban en las Tierras Altas, poseía un halo semejante; ahí habían adorado y realizado sacrificios en nombre de la Diosa Luna. Me desprendí de la capa y la deposité al pie del altar.

—Os saludo, Gran Madre. Os ruego vuestra bendición —dije en voz baja, procurando no romper la quietud del santuario.

Retrocedí y alcé la mirada al cielo. La luna desapareció por un momento tras las nubes cargadas de lluvia. El grito de las aves me alertó sobre la tormenta. Al cabo de un rato, el vendaval halló su desenlace. En ese momento me encontraba a mer-

ced de su cólera, como una simple humana. La canción vino poco después; un recuerdo prístino de otra vida, de cuando poseía otro nombre y otro cuerpo. Entoné aquella melodía conforme acudía a mi memoria hasta que algo pareció desgarrarse en mi interior con la fuerza de un relámpago que quemaba mis entrañas y me hendía por la mitad. Aun así, continué cantando, incluso cuando el temporal estalló, calándome hasta los huesos. Repetí las notas una y otra vez como sumida en un trance hasta que el bosque pareció. Por fin, con la garganta aterida y las piernas temblorosas, incapaces de sostenerme por más tiempo, caí frente al altar y dejé que la lluvia me guiara más allá de los confines de mi propia mente. Noté su presencia mucho antes de escucharlo pronunciar mi nombre.

Amaris.

Un lamento que viajaba a través de los árboles. No me quedaban fuerzas para resistirme a él y en mi interior sólo existía el caos que parecía sacudir el mundo. En medio de la confusión y la rabia, él acudió a mí. Su presencia, aunque extraña, no era una intromisión, sino el medio que me mantenía fuertemente sujeta a la tierra. El espíritu acarició mis cabellos, mi rostro y descendió por mi cuello, por mi clavícula y su extensión hasta mi mano, dibujando sobre las líneas de mi palma una pisada de bruja.

Vi al lobo que seguía a la mujer de cabellos negros transformarse en un hombre exudante de virilidad, luego de escucharla entonar una canción destinada a atraer al macho en celo. Era apenas una niña, pero ya había tomado parte de los ritos de fecundidad, pues varios meses antes había sido entregada al Cazador. La rueda del año se disponía a girar y en el séptimo mes la muchacha sería reclamada al servicio de la Madre.

La luz del amanecer se filtraba entre las ramas de los árboles. Tras meses de inclementes borrascas, las nubes se habían marchado, dando paso al albor astro rey. Sobre el ara, alguien había

depositado una camelia de pétalos blancos todavía cubiertos por el rocío, cuya bulbosa raíz aun ostentaba restos de barro fresco. Más tarde, cuando me dirigía al caserío, descubrí entre los pliegues de mi capa el capullo de un azafrán silvestre.

Mireya

Dormí varios días seguidos. Al principio despertaba sólo para comer el caldo que Katherine me llevaba tres veces al día, luego volvía a caer en el sopor del restablecimiento. Al cabo de una semana, Iana decidió sustituir el caldo por rebanadas de pan con miel y leche que se asentaban en mi estómago con satisfacción. No comíamos carne, pues nos enfermaba, por lo que sólo la consumíamos en las noches de poder y durante los ritos funerarios. Afuera, la temperatura había aumentado, disipando las nubes ante el preludio de la primavera. Con frecuencia salía a dar cortos paseos por los alrededores del caserío; un día miré al suelo y descubrí los primeros brotes de las flores vernales. Mi muñeca, huesos y tendones se habían regenerado. Aun así, el dolor me embargaba cuando flexionaba los dedos; aquel era el precio del renacimiento. A medida que pasaban los días iba recuperando las fuerzas, aunque mis pensamientos continuaban a la deriva en busca de comprensión y, de ser posible, de una respuesta convincente.

En mis caminatas procuraba evitar el bosque, como si albergara algo a lo que no me atrevía a enfrentar. Estaba segura de que no se trataba de los recuerdos de la noche en que había despertado, demasiado frescos para enterrarlos del todo, ni de la noche en que había transitado el *velo* lo que me inquietaba, sino la certeza de que algo cambió frente al altar. Era evidente que el espíritu había logrado alterar su naturaleza al *aprender*, incluso cuando eso iba en contra de todo cuanto sabíamos de los desencarnados. Los *tannaig* eran entidades inmutables, absurdas y pueriles; ecos carentes de consciencia que los guiara más allá de su condición; se movían a gran velocidad en busca de alguien que reconociera su existencia; seres voraces y envidiosos, ávidos de los placeres carnales.

Sin embargo, el ser había logrado articular sonidos: sílabas, palabras que traspasaron su mundo y quebrantaron sus leyes al obtener la fuerza necesaria para hablar, aun cuando no debía ser posible. Los espectros sentían especial avidez por el aura de los vivos, a los que se aferraban como garrapatas y luchaban por poseer sus mentes. *Él* –aún no hallaba otro modo de llamarlo, pese a que los *tannaig* no eran hembras ni machos, sino ambos– no parecía sentir inclinación por abandonar a su huésped, aun cuando éste no lo era del todo. Se fortalecía, de eso no me cabía la menor duda. Gradualmente había adquirido conocimiento y características tangibles que, aunque terminaban agotando su energía por periodos significativos de tiempo, eran innegables.

A mediodía me senté en la orilla del estanque, donde pasaba la mayor parte del tiempo cuando me encontraba en el exterior. Después de un rato, el sol me provocó un ligero mareo, seguido de un estallido de dolor en la cabeza, haciendo que cerrara los ojos antes de levantarme para volver a la casa. Acababa de incorporarme cuando me pareció ver algo por el rabillo del ojo: el embozo de una figura apenas visible o tal vez una silueta fruto de mi imaginación. Katherine me esperaba en el vestíbulo.

–¿Estás bien? –inquirió al verme.

Me encogí de hombros.

–Es sólo un dolor de cabeza, *antaidh*. Ya se me pasará.

–Bien –tras una pausa añadió–, porque hay algo que debo mostrarte.

Seguí a mi tía hasta el herbolario. Iana solía pasar buena parte del día en aquella estancia cuando no estaba en el pueblo con Lucrecia, pero en ese momento se hallaba vacía. A diferencia del resto de la casa, la habitación contaba con ventanas batientes que permitían el paso directo de la luz. El cuarto estaba equipado con armazones de gran tamaño y desecantes cubiertos con redes de gasa, ganchos sobre un pequeño hogar para secar al calor y estantes en los que se exponían una variedad de plantas y hierbas medicinales de diversas latitudes, así como cristales, piedras volcánicas y de río; algunas pulidas y otras talladas con figuras diminutas. También había una suerte de huesos y dientes de distintos animales. Una mesa ocupaba el lateral del cuarto; en su superficie había un surtido de morteros, frascos, trituradores, cuencos para mezclar, un alambique de cobre y una variedad de cuchillos y cucharas. En el rincón más alejado habían instalado un brasero del que brotaba un fuerte olor a salvia blanca, lavanda y romero. De cada ventana pendía un ramillete de ruda e hinojo. No obstante, lo que captó mi interés fue el cuerpo delicado, como el de un pajarillo, que yacía completamente laxo sobre la mesa que dominaba el centro del cuarto.

No era la primera vez que veía un cadáver, pero éste en particular me provocó una ligera sensación de incomodidad. La habían lavado con suma delicadeza, deshaciéndose de los restos de bosque adheridos a su piel, ahora incolora por la ausencia de sangre. La fina costura que la recorría desde el esternón hasta el pubis me indicó que la habían abierto en canal. Sus manos estaban acomodadas con las palmas hacia arriba, de forma que ocultaban las uñas faltantes. Tanto sus párpados como sus labios estaban cosidos con hilo rojo para evitar que su espíritu

contemplara el lugar donde reposaba su cuerpo y quedara atrapado en el mundo de los vivos. Pero también para que ningún *tannaisg* osara ultrajarlo.

«Nadie debe escuchar la voz de los muertos».

Sus cabellos estaban peinados con esmero, colocados en torno a su rostro, como el nimbo de algún santo. El olor de la corrupción la había abandonado; aquel cuerpo era sólo una cáscara vacía. De repente noté un extraño cosquilleo en la nuca. Alguien hablaba; cientos de voces que rápidamente se convirtieron en el zumbido de moscas deseosas de podredumbre. Resistí el impulso de cubrirme los oídos, convencida de que, al encontrarse dentro del perímetro de la casa, el herbolario se hallaba lo suficientemente lejos del influjo de los muertos. Ni siquiera el fantasma de aquella mujer podía cruzar los muros de piedra.

«No dejes que entren».

Me faltaba el aire. Aturdida, retrocedí hasta chocar con la pared. La jaqueca empeoró considerablemente mientras luchaba por persuadirme de que las voces no eran reales.

«MIREYA», su nombre emergió involuntariamente de mis recuerdos. Katherine se había acercado sin que yo me diera cuenta, pero se detuvo en seco al captar el grito en mis pensamientos. Lentamente el zumbido se fue apagando hasta desaparecer por completo. No era real, sólo un recuerdo, el residuo de lo ocurrido en el bosque; pero había bastado.

¿Por qué no dijiste que sabías su nombre? Preguntó con suavidad, como si temiera sobresaltarme.

¿Acaso importa? De cualquier forma está muerta. Conocer su nombre no le devolverá la vida. Repliqué, enterrando las uñas en mis manos para ocultar el temblor del que eran presas.

¿Sabías que era una Anciana?

–No es posible –argüí en voz alta–. La vi parir; las Ancianas son estériles. Estaba encinta cuando llegó a Esles.

–Mireya –repitió en voz baja, como si hablara consigo misma–. Hace tiempo que debió morir. Tuvo muchas vidas; vidas que no le pertenecían, pero que obtuvo gracias a la ingesta de huesos y corazones de otras más viejas que ella.

Alimentarse con los restos de sus muertos era una costumbre de mi raza, del mismo modo en que lo había sido en el pasado. Los huesos, el cerebro y los ojos eran receptáculos de la memoria y la mente, unos que se podían preservar por medio de la muerte y el renacimiento que nos eran concebidos en el cuerpo con el que habíamos nacido; de modo que podíamos morir tres veces con la misma identidad. Cada nacimiento nos fortalecía, dificultando la posibilidad de una muerte temprana. El hierro nos debilitaba durante el tiempo que permanecíamos bajo su yugo, pero, a menos que pereciéramos en la hoguera o nos cercenaran la cabeza, podíamos sobrevivir; e incluso en la muerte definitiva cabía la posibilidad de transmigrar nuestra consciencia a través del agua y la savia, reencarnando eones después con otros nombres y cuerpos, carentes de recuerdos de nuestras existencias primigenias. Algunas madres ingerían los cuerpos de sus hijos recién nacidos cuando eran demasiado débiles para sobrevivir –algo que sucedía con frecuencia después de mezclarnos con los hombres–. Empero, asesinar sólo con el fin de inmortalizar la vida era una práctica poco usual, si bien no se concebía como una aberración.

–Las viejas no tienen aroma –insistí–. Ningún macho puede preñarlas.

–No necesariamente, *mo nighean* –replicó, inalterable–. Una hembra puede vivir muchos años sin preñarse y mantener su fuente intacta, aunque pocas veces ocurre. No está en nuestra naturaleza ignorar la necesidad de aparearnos. De desearlo, una Anciana puede fortalecer sus órganos de mujer para procrear aun cuando su fuente se haya secado. Si copulan con machos cuya semilla es compatible con ellas, no es inaudito que ocurra. A esa edad es un riesgo fornicar con humanos, la

mayoría terminan perdiendo a la criatura. Incluso las hembras jóvenes debemos tener cuidado al copular con ellos, pues su semen suele marchitar nuestras entrañas prematuramente. Pero ella, no creo que deseara quedar encinta.

La obligaron a hacerlo. Repuse al recordar lo que había visto en los pensamientos de Mireya. *La violaron repetidas veces antes de preñarla.*

Katherine no parecía sorprendida.

¿Sabes quién lo hizo?

Negué con la cabeza.

¿Recuerdas algo más?

La voz... la voz de la criatura. Mireya podía escuchar sus pensamientos.

Una voz dulce y cantarina que no hacía más que repetir la misma palabra: «Madre». A veces hablaba tan rápido que Mireya era incapaz de comprender lo que decía. La criatura añoraba la música e imaginaba a su madre cantándole mientras crecía, expandiéndose hasta alcanzar el tamaño necesario para nacer.

¿Cómo es posible? Pregunté.

No lo sé. Nunca había oído de algo parecido.

En ese momento supe que Katherine mentía.

La puerta

*A*l abandonar el herbolario no me fui directo a mi habitación. La sola idea del encierro me resultaba insoportable; necesitaba aire fresco y lo hallé en una colina, lejos del caserío, en el bosque. Me tendí en el suelo cubierto de hojas de aliso y roble y me tapé el rostro con los brazos, aislándome de la luz que se colaba insensible entre las ramas de los árboles, del trino de las aves y del ulular del viento cada día más tibio. La cabeza continuaba doliéndome, mas el martilleo se había transformado en un pálpito sordo, asentado en la base de mi cráneo, más o menos soportable. A pesar del buen clima, la hierba áspera estaba fría bajo mi cuerpo. Permanecí en silencio, atenta al sonido de mi corazón, a la espera de que el torbellino en mi cabeza encontrara su cauce. Al cabo, inhalé profundamente, en un intento por contener los recuerdos vetustos, sepultados durante años de práctica.

La primera vez que vi a un desencarnado fue a los siete años, aunque es probable que lo hiciera con anterioridad. En ese momento no fui consciente de que aquella entidad no per-

tenecía al mundo de los vivos, hasta que mi madre me lo hizo saber al levantarme y cargarme contra su pecho para evitar que continuara contemplándolo.

«No mires».

«¿Tú también puedes verlo?».

Mamá negó con la cabeza, casi con resignación.

Habíamos ido a Durness para celebrar el equinoccio de primavera. Al atardecer, después de acomodarnos en el interior de una cueva cercana a la playa, vinieron las voces; cientos de voces fantasmales que se fundieron con el bramido de las olas. Notaba sus manos tocándome, aferrándose a mi piel; veía sus sombras a mi alrededor, incluso cuando cerraba los ojos. Estaban furiosos, pero también famélicos. La sangre manó de mi nariz y de mis oídos. Mi madre se apresuró a sentarme en su regazo, luego apartó las manos de mi cabeza y me dijo que me cerrara a su presencia, a sus voces.

«No dejes que entren. No dejes que te toquen».

Me explicó cómo hacerlo, aunque tuve que intentarlo varias veces antes de conseguir expulsarlos.

«¿Qué son?».

Le pregunté una vez que dejé de temblar.

«*Tannaisg* –murmuró contra mi oído–. Casi nadie puede verlos, *mo chridhe*. Yo puedo hacerlo, pero debo esforzarme para lograrlo. Los espíritus desean formar parte de nuestro mundo; nuestro calor los atrae y se nutren de él. Si descubren que puedes verlos, se aferrarán a ti y no te dejarán en paz. Es mejor que los ignores, olvida que puedes sentirlos».

Esa noche le prometí que lo haría, aun cuando nunca dejé de percibirlos. Al principio se trataba de vistazos furtivos, casi *tímidos*. Después empecé a verlos con frecuencia: figuras de pie detrás de un árbol, moviéndose, arrastrándose, mirándome. Más tarde entendí que, pese a los esfuerzos de mi madre, no habría podido detenerlos, pues los desencarnados no se conformaban con ser vistos, sino que a veces entraban en mí.

Pasó un largo rato antes de que me diera cuenta de que él estaba allí. No me atreví a moverme temiendo que, al hacerlo, se marchara. Incluso ante mí se negaba a mostrarse, aun cuando lo sentía acariciar la piel desnuda de mis brazos y tobillos. Un «amigo imaginario». Sabía que en algunos salones comenzaban a popularizarse las llamadas «sesiones espiritistas»; casi todas charlatanería. Empero, había algo de verdad en ellas, pues se hablaba de realizar invitaciones para comunicarse con los espíritus, de *ofrendas*.

«Háblame».

Deja que te vea.

En respuesta, el bosque pareció suspirar. Aparté los brazos de mi rostro al notar una alteración en mis pensamientos. Un cambio apenas perceptible, un parpadeo en mi mente. Un titubeo.

–Muéstrate –dije, esta vez en voz alta.

Silencio. El viento dejó de soplar, acallado por otro sonido: el batir de un corazón. Me incorporé con brusquedad en pos de su origen.

Lo encontré más adelante, enredado entre las raíces de un tronco caído, cuya corteza había desaparecido bajo un manto de musgo y líquen. La suave pelambreira cenicienta estaba cubierta de sangre. Sus patas se retorcían en un salto infinito, estertóreas. Había algo en aquel espectáculo que terminó por cautivarme: un paroxismo grotesco y placentero. Las raíces más delgadas lo habían perforado de lado a lado y los líquidos vitales se derramaban sobre los brotes recién nacidos. En un último intento por escapar, el animal se arqueó de forma antinatural; al hacerlo, un reguero de sangre empapó el suelo. En ese instante pude sentir cada latido escapándose de su cuerpo hasta detenerse. Debieron pasar varios minutos antes de que me atreviera a respirar, a moverme. Tenía la boca seca, pero era incapaz de marcharme. Todo lo que moría en la floresta se volvía parte de ella; devorado por los hongos, por las *velas*

de cadáver. Ante esa certeza no concebía abandonarlo. Hacerlo me pareció un error, pues era mío, un regalo.

Ya vienen.

Un delicioso escalofrío me recorrió al advertir que se trataba de *su* voz.

–Deja que te vea –repetí, reprimiendo un ataque de histerismo–. ¿Qué quieres de mí?

Hubo un grito en la distancia, pero no provenía de él. Mi nombre reverberó en el soto. En un arrebato de locura, me dejé caer de rodillas y arranqué el amasijo de sangre de las raíces del árbol. Incluso en la muerte era una criatura hermosa, apenas del tamaño de la palma de mi mano, con el pelaje tan suave como el algodón. Su sangre cubrió mi vestido cuando lo llevé hasta mi pecho para arrullarlo y, después, cuando enterré las uñas en su cuerpo y el abismo me devolvió la mirada.

La nieve caía con profusión. En el suelo había un saco gris de carne, empapado en sangre, cubierto con un fino revestimiento. No podía estar vivo y, no obstante, latía con una ligera cadencia. El saco se retorció, desgarrando la tela que lo protegía. A lo lejos, el graznido de un cuervo rompió el silencio.

Las polillas devoraban sus ojos y las moscas nacían de su interior... El grito desesperado de mi nombre me trajo de vuelta. Estaba atrapada en una mortaja de sangre. No lograba controlar el movimiento de mis labios ni de mi lengua, tampoco sentía mis manos. Sólo podía ver lo que ocurría a mi alrededor: el bosque lleno de sombras, repentinamente iluminadas por el resplandor de una lámpara.

Ya vienen.

–¿Qué hiciste? –inquirió la voz de Iana–. ¡Amaris!, ¿qué hiciste?

Al final me había encontrado. Cerré los ojos, incapaz de mantenerlos abiertos por más tiempo. De inmediato, la sentí

coger mi mano y separar mis dedos pegajosos por los restos de la masa sanguinolenta en la que había convertido a la cría de conejo. Quise rebatirme, pero no tenía fuerzas para hacerlo, sólo para abrir los ojos y observar cómo lo arrojaba al soto, donde desapareció tragado por la oscuridad. En la profundidad de las sombras algo se movía: una silueta indistinguible que empezaba a evaporarse.

«No, por favor. No me abandones».

Katherine se precipitó hacia su sobrina, quien yacía en el piso con la mitad del cuerpo paralizado. Iana la encontró a tiempo para observarla convulsionar y también para ver en lo que se había convertido. No, no en una sonámbula, aunque lo parecía –como cuando era pequeña y se internaba en el bosque–, con los ojos en blanco y la espuma que salía de su boca. Sus manos habían cambiado, ya no eran las de una muchacha, sino las garras de una harpía; al igual que su rostro, semejante al de un ave. Un parpadeo, sólo eso bastó para que la ilusión desapareciera. Quizá nada había cambiado y tan sólo era un juego en los claroscuros de su mente. Por un momento se atrevió a albergar la esperanza de que no fuera ella sino *otra cosa*, una que debió surgir de las profundidades del bosque; pero el vestido cubierto de sangre, el vestido de Elizabeth le hizo saber que efectivamente se trataba de Amaris.

No las escuchaba. Era incapaz de hacerlo: su psique estaba cautiva en otro lugar, en el *velo*. Durante años, Katherine se había convencido de que las capacidades de Amaris se limitarían a las visiones, pero lo que acababa de suceder era completamente distinto. Conocía los riesgos, puesto que los había oído en leyendas, en palabras de oráculos seniles que sólo ella se había atrevido a escuchar. Los ataques no eran frecuentes –de hecho, hacía años que no ocurrían–, pero cuando pasaban, Amaris golpeaba su cabeza con fuerza, como si al hacerlo pudiera expulsar

a los espíritus que la poseían. Los cristianos dirían que estaba endemoniada y no se equivocaban.

Los labios de su sobrina se movían, murmurando palabras ininteligibles que se agolpaban en su garganta, pero la voz que surgía de su boca no era la suya, sino la de lo que ocupaba su cuerpo. Todo pareció detenerse, como en una jaula de ámbar. El silencio era absoluto. Sólo la voz cortaba el aire como una guadaña recién afilada. Katherine aguardó a que las convulsiones terminaran, dejando el cuerpo de su sobrina por fin flojo e inconsciente. Los ojos de Amaris aún no eran completamente suyos. Estaba empapada en sudor y su pecho subía y bajaba con irregularidad.

Debemos alejarla de aquí. Dijo Alexandra a su lado, sobresaltándola. Durante todo ese tiempo había olvidado que ella también estaba ahí.

El aliento del bosque sacudió las copas de los árboles, atrayendo la atención de los cuervos. En silencio, contempló cómo la llevaban de vuelta a la hondonada, al monstruo de piedra donde sólo en sueños podía tocarla. No obstante, de algún modo, ella había logrado escuchar.

Ya vienen.

Me negué a dejar que Iana me ayudara a desvestirme, aunque las manos me temblaban tanto que tuve que tratar varias veces antes de lograr deshacer los nudos de mi corpiño; luego me entretuve al pasar el camisón por encima de mi cabeza. Le había pedido que se marchara, que me dejara a solas. No soportaba la idea de que me vieran así: inválida, enferma, vulnerable, a merced del reino del crepúsculo hasta la luna de Samhain; pero insistió en quedarse. Katherine y ella habían instalado una bañera de cobre en mi habitación, llena hasta el borde de agua caliente perfumada con toronjil. Las rodillas me flaquearon al

entrar en ella, pero me aparté de Iana en cuanto intentó cogermelo del codo. El agua se enturbió cuando empecé a frotar mi cuerpo con fuerza, tanta que terminé lastimándome. Hacía años que había aprendido a ocultar mis pensamientos y también mi debilidad. Nadie recordaba el tiempo de los oráculos, pero todos los mitos sostenían que el legado de las videntes era la locura, la fragilidad física y mental que las llevaba a alcanzar los vados del *velo*. Mientras lavaba mi cabello, no pude evitar rememorar la imagen de Mireya. En mi imaginación pude verla mientras fregaban sus extremidades a consciencia para conferirle la apariencia de una novia resplandeciente; una muñeca rota, carente de voluntad.

Una vez que el agua se hubo enfriado, salí de la bañera y, en lugar de envolverme con una toalla, me cubrí con una camisola limpia. Iana había salido para llevarse mi ropa sucia y al volver traía consigo una hogaza de pan, mermelada y una jarra de leche. Tenía un nudo en el estómago, así que me negué a probar bocado. Demasiado cansada para continuar resistiéndome, hice lo que me pedía cuando me instó a sentarme en la orilla del lecho y cogió el cepillo de plata de mi madre. Casi todo lo que había en mi cuarto pertenecía a Elizabeth: desde los vestidos carcomidos por el tiempo hasta los viejos libros de poesía, historia y ciencia. Incluso las botas de botones pasadas de moda hacía diez años habían sido de ella. Al terminar, Iana cogió las hebras que se habían enredado en el cepillo y las arrojó al fuego del bracero. Por el rabillo del ojo vi cómo se consumían. Desde muy jóvenes enseñaban a desechar nuestros dientes y cabellos. Cuando no había fuego debíamos tragarlos. Por algún motivo eso me hizo recordar el día en que mi madre fabricó una muñeca con ramas de serbal, sujeta con las hebras de su cabello, para protegerme de los *tannaïsg*. No había funcionado y, al igual que todo lo demás, la muñeca desapareció.

No estaba segura de la hora que era cuando me fui a la cama. Tardé un buen rato en conciliar el sueño hasta que el cansancio

finalmente me venció, convirtiéndose en una siesta intranquila que me hizo despertar en medio de la noche con un fuerte dolor de cabeza. Iana había cambiado la jarra de leche por una con agua y al incorporarme para tomarla, lo acaecido en el bosque me pareció lejano, como la nébula de un mal sueño al que no tenía por qué volver a enfrentarme. Ahora que el éter carecía de los nubarrones invernales, la luna había salido, creciente, brillante, y todos los objetos resultaban completamente visibles, aunque carentes de sombra. Entonces reparé en la presencia de Iana, quien se encontraba sentada en el alféizar y me observaba con atención.

—¿Cómo puedes continuar después de esto? —preguntó de repente, como si durante las horas en vela hubiera intentado desentrañar la respuesta a aquella pregunta con resultados infructuosos.

—Nada ha cambiado —reconoci—. Hoy dormiré y mañana estaré exhausta y tendré hambre. Entonces desayunaré gachas y, al terminar, iré al granero para ordeñar las cabras mientras tú vas al pueblo porque es día de mercado. Luego nos sentaremos a hilar. Y cuando me reponga, bajaré al río —forcé una sonrisa al decir esto último—. Lo que pasó es parte de mí, pero también lo demás.

Era una mentira, aunque no del todo; vivíamos en el mundo de las visiones, de la sangre y los sacrificios, pero también reíamos, cantábamos e íbamos al campo a recoger musgo y flores. Una mentira, sí. La misma que me había contado durante años y que mi madre me enseñó a repetir. Ese día pensé más en Elizabeth de lo que lo había hecho durante los últimos años.

La segunda vez que volví a la vigilia fue cerca del alba. Iana se había quedado a dormir conmigo. No supe en qué momento se había metido a la cama, pero en ese instante respiraba con suavidad a mi lado, ajena a mi inquietud. La luz había desaparecido, concibiéndole al cuarto una apariencia casi fantasmal. Ya no me dolía la cabeza, pero tampoco me veía capaz de volver

a dormir, así que me acomodé bocarriba y dejé que mi mente divagara. Aquel ejercicio parecía más un exorcismo que un acto de constricción. Mas, mis pensamientos no me llevaban a ninguna parte. Al evocar la tarde, recordé la muestra de control que el espíritu había dado después de matar al conejo. Era probable que siempre hubiera estado en el crómlech, a la espera de alguien que reconociera su existencia, de alguien que lo sacara de su letargo. Sin embargo, sus palabras eran la prueba inequívoca de que su voluntad era más fuerte de lo que yo había creído durante todos esos años.

Ya vienen.

En el bosque

Mientras caminaban entre los árboles, Katherine no pudo evitar recordar las palabras de su madre. Ella le había dicho que después de que los hombres abrazaran la nueva fe, construyeron cientos de templos con rocas y madera del bosque. Los *sidhes* se sentían atraídos por el tañido de sus campanas, por eso se recluyeron en la floresta, donde no podían oírlo. La raza antigua amaba la música, aunque la enloqueciera; aquel era un rasgo que se había diluido con el paso del tiempo, aunque las canciones continuaban siendo sagradas.

Los hombres y mujeres de Esles, del mismo modo que la gente de las Tierras Altas, aún llevaban leche, dulces y sangre de gallina al bosque para prevenir las sequías y enfermedades. Incluso en invierno, cuando la nieve entorpecía su paso, se ocultaban para entregar sangre, cerveza y pan a las Anjanas. Las mujeres de su *coven* eran las destinatarias de dichas ofrendas. Existían rumores de que los Antiguos habían dejado de existir; sin embargo, aún vivían, pertenecientes a los hijos de los árboles, viejas delirantes, ocultas en la profundidad de las encru-

cijadas, donde ningún hombre podría tocarlas. Se decía que las hechiceras como Katherine –sus descendientes– eran el último bastión del Pueblo de las Hadas e incluso ellas solían depositar regalos para los *sidhes*.

Después de dejar a Amaris en el caserío, ella y Alexandra habían regresado a la floresta para recoger los restos del conejo desgarrado y para hablar, donde ni Iana ni su sobrina podrían escucharlas.

Es más fuerte de lo que creíamos. Murmuró Alexandra en su mente. *No podrás ocultarla durante más tiempo. Ya lo saben, la han sentido.*

Katherine no respondió; cerró los ojos y se sentó en la hierba.

Amaris todavía era una cría cuando ella, Vivian y Alexandra la habían contenido escondiéndola, *anulándola*. Lo hicieron después de un ataque como el de esa noche. Fabricaron una muñeca con sus cabellos, ropa, saliva, sangre menstrual y la lastimaron, llevándola al borde de la muerte. La niña era fuerte, más de lo que se atrevía a reconocer y bloquearla fue como intentar dormirla para siempre, como cortar hueso y músculo. Amaris se había defendido; las había arañado y debilitado. Los símbolos en el piso se borraban y al final debieron trazarlos con su sangre y, aun así, sólo habían logrado esconderla temporalmente, hasta Samhain, cuando se entregara al seno de la Diosa. Mientras crecía, Amaris había aprendido y cada día era más fuerte. Pronto se convertiría en mujer y no habría vuelta atrás. Alexandra tenía razón.

«Protégela, prométeme que la protegerás...».

Fue entonces cuando notó que alguien las observaba. El aire continuaba oliendo a madera y flores nacientes, pero había algo más, el aroma de algo vivo que se ocultaba entre los árboles. Un aleteo en sus copas atrajo su atención. Alexandra se había acomodado frente a ella, aguardando una respuesta. Katherine se llevó el dedo a los labios.

Nos escuchan.

«¿Qué has visto que yo no puedo ver?», preguntó en la mente de su *familiar*.

El gorrión no contestó, se encontraba demasiado lejos para oírla, pero hubo una ligera oscilación en sus pensamientos. Algo más sobrevolaba el claro: un cuervo. Katherine dejó que su corazón se acompasara con el del ave, que sus latidos se convirtieran en uno y lentamente lo sumió en un sueño del que no podría regresar.

El sueño de la mandrágora

En su habitación, la muchacha de cabellos negros soñaba con sus recuerdos. Soñaba con manos que rodeaban sus tobillos, que ascendían por sus pantorrillas, convirtiéndose en una serpiente que se deslizaba entre sus muslos hasta el calor de su sexo. Una lengua bífida que la acariciaba como nunca nadie lo había hecho. Cuando la serpiente se adentró en ella, la muchacha despertó con un sobresalto. Su corazón latía desbocado.

Estaba empapada en sudor. Con cada latido, un estremecimiento me recorría como el vaticinio de una convulsión. Entrelacé mis manos con fuerza, en un intento por contener el nuevo ataque, pero éste nunca llegó. Bajo mi ropa se adivinaba la dureza de mis pezones y aún podía sentir el espasmo de placer entre mis piernas. El aroma almizcleño que había percibido mientras dormía acababa de desvanecerse y sólo quedaba el intenso olor de mi deseo. Cerré los ojos y llevé la mano hasta mi corazón, como si de esa manera pudiera calmarlo, transmitiéndole lo que

mi cabeza ya había aceptado: que sólo se trataba de un sueño. Cuando se redujo la contundencia de su palpito, me incorporé e incapaz de permanecer por más tiempo en la cama, abandoné mi cuarto.

Pronto mi sudor se secó, dejándome una sensación incómoda de suciedad pegajosa. Acababa de bajar las escaleras hasta el segundo rellano cuando la luz que se colaba debajo de la puerta de la habitación de mi tía atrajo mi atención. Llamé dos veces antes de entrar.

–Creí que estabas dormida –dije, cerrando la puerta.

Katherine apenas y alzó la mirada de la carta que estaba escribiendo. Metió la pluma de ganso en el tintero para humedecerla otra vez y la agitó antes de usarla. Llevaba un camión transparente que, a la luz titilante de la vela, revelaba la cremosidad de su piel y las venas azules que la surcaban.

–Todavía no. Debo enviar esto antes de que me vaya –luego, como si acabara de ocurrírsele, preguntó–: ¿Qué haces despierta a esta hora, *mo nighean dhubh*?

Me encogí de hombros y me senté en el arcón, al pie de su cama.

–No puedo dormir –admití después de un rato en silencio–. Me preguntaba si podía quedarme a hacerte compañía.

Una sonrisa cansada se dibujó en su semblante, concibiéndole un aire vagamente juvenil que no solía mostrar con frecuencia. No por primera vez me pregunté qué edad tendría en realidad.

–¿Por qué no intentas dormir? Voy a tardar un rato en acostarme.

Asentí y haciendo caso a su recomendación me metí en la cama. No me dormí de inmediato, pero caí en una especie de sopor reconfortante mientras escuchaba el armonioso rasqueado de la pluma sobre el papel, cuando Katherine volvía a sumergirla en la tinta y después, cuando enarenaba la carta. Al final, de lo único de lo que fui consciente fue de su respiración.

Allí, en la cama de mi tía, al resguardo de una vela que empezaba a consumirse, marcando el paso de las horas, me sentí segura, y luego, cuando Katherine se acostó a mi lado y comenzó a cantar en mi oído, al tiempo que acariciaba mi cabello, creí que volvía a estar entre los brazos de mi madre.

«*Gealach*». En algún momento mientras dormía estuve segura de haberla escuchado pronunciar mi nombre en gaélico. El verdadero.

Cuando desperté, Katherine se estaba trenzando el cabello. Bajo los rayos del sol matinal, brillaba de diversos tonos rojizos, semejantes al pelaje de un ciervo: cobre, ámbar y bermellón.

—¿Te desperté? Lo siento —susurró al notar mi escrutinio—. Todavía es temprano, *mo nighean*. Debo ir al pueblo a ver a Lucrecia, duerme un poco más. Volveré más tarde.

Para la ocasión, había elegido un vestido azul pálido que le confería la apariencia de una dama del río. Me dio un beso en la frente y abandonó la habitación. Una vez que el silencio se instaló en la casa, volví a dormirme. Sin sueños ni recuerdos ni visiones, sólo oscuridad.

Me levanté un par de horas después. Cuando entré a la cocina, Iana estaba desayunando tostadas con mantequilla y mermelada de ciruelas. Me senté junto a ella y cogí una tostada antes de aceptar acompañarla al bosque para recolectar algunas hierbas que le hacían falta y que, ahora que el invierno había llegado a su fin, volvían a crecer. Ya fuera de la casa y con las canastas entre nuestros brazos, decidimos separarnos: ella iría montaña arriba en busca de mejorana, manzanilla, eléboro y jugo de saúco, mientras que yo descendería hacia el río, donde debía encontrar musgo y berros, además de aquellas plantas que crecían bajo sus aguas, ocultas a los ojos de los hombres.

No llevaba medias, pero me recogí la falda y las enaguas por encima de mis rodillas para que al entrar al arroyo no se mojaran. El río era poco profundo en esa parte, así que resulta-

ba fácil ver los racimos de cola de caballo y las matas de hojas aromáticas que crecían en su orilla. Acababa de colocar un mechón de cabello detrás de mi oreja cuando lo sentí. Al igual que en otras ocasiones, el tiempo pareció contenerse en un instante eterno. El aire dejó de soplar y el río detuvo su curso. Una sensación gélida ascendió por mis pies hasta mi columna. Un beso fantasmal que se asentó en mi cuerpo, como el estallido de un relámpago que me obligó a enderezarme y alzar la cabeza en su búsqueda. Permanecí inmóvil mientras lo sentía acariciar mi piel con una suerte de deseo que me recordó al sueño que me había despertado esa noche. Sí, fue él quien me había acariciado del mismo modo. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás al sentirlo en mi garganta, en el pulso desbocado de mi cuello. Las rodillas empezaron a flaquearme y un jadeo se escapó de entre mis labios.

Para, por favor... ¡Para! Pensé, aunque una parte de mí deseaba lo contrario.

Entonces desapareció, robándose parte de mi aliento y del calor de mi cuerpo.

–Muéstrate –susurré, aferrándome a la canasta–. Deja que te vea.

Abrí los ojos y en ese momento el bosque cobró nueva vida: los árboles y sus sombras parecían observarme, erizando mi piel. La oscuridad se agitaba, pero ninguna figura se materializó. ¿Acaso jugaba conmigo? Los latidos de mi corazón resultaban casi dolorosos. Lo deseaba, sí, en la misma medida en que su contacto me repelía. ¿Cómo podía albergar sentimientos tan contradictorios? Me sentía indefensa ante él, a su merced; subyugada por su fuerza; cautiva. Entonces todo volvió a cambiar, el frío se vio repentinamente sucedido por el calor y por una ligera ondulación que creó un espejismo, una figura difusa y oscura: la figura de un hombre. Una silueta deliciosamente perfilada. ¿Ésas eran las líneas de un rostro? No, debía ser una ilusión. A lo mejor y continuaba dormida.

—¿Por qué no me hablas?

No hubo respuesta, salvo el gemido del aire.

«No dejes que entren».

Háblame, como lo hiciste antes.

Mientras evocaba esos pensamientos, caí en la cuenta de lo irónico que resultaban; aquello se parecía a la invocación de una bruja al demonio. Una hechicera que deseaba danzar para él alrededor de la hoguera.

La figura parpadeó, a punto de desvanecerse.

¡No! Rogué; sin embargo, no estuve segura de dónde había salido esa palabra. *No te vayas.*

La sombra se condensó nuevamente, como si lo único que aguardara fuera mi evocación.

«No me abandones».

Aparté la mirada de su silueta; verlo me resultaba terriblemente doloroso.

Te necesito para existir. Sus palabras fueron un rumor en el fondo de mi mente. *Sólo tú puedes verme.*

Me eché a temblar, pero no estaba segura de que fuese de miedo. Ahora lo sabía con certeza: necesitaba que yo lo deseara para manifestarse.

Existo para servirte. Murmuró en mi cabeza, al tiempo que me rodeaba.

—¿Qué quieres de mí? —inquirí en voz baja, temiendo que la estridencia de mi pregunta pudiera ahuyentarlo.

Un nuevo suspiro, pero esta vez estuve segura de notarlo en mi piel.

Soy lo que tú desees que sea. Sólo quiero complacerte.

Un sirviente. O un amante, pensé, reprimiendo un nuevo escalofrío.

¿Por qué esperaste tanto para hablarme?

Antes no podía hacerlo porque tú no deseabas escucharme. Además, eras demasiado joven para oírme.

Permanecimos en silencio un largo rato.

Amaris.

Su sollozo me erizó todos los vellos del cuerpo. Era como escuchar el lamento de un animal abatido.

Amaris. Repitió, como un hombre que clama el nombre de su dios.

De pronto lo sentí en mi muñeca, en mi mano, aferrado a mis dedos, del mismo modo en que lo hizo cuando yo era una cría y me había adentrado en el círculo de piedras, seducida por su llamado. Me guio a través del agua, río arriba. Sí –me dije cuando las rocas lastimaron las plantas de mis pies-, lo deseaba, necesitaba del placer y la compañía que me había proporcionado durante años. Sabía que ambos tenían un precio, aunque hasta entonces no me había detenido a pensar en lo alto que sería. Nos detuvimos en un pozo donde el agua me llegaba hasta los muslos. Un ligero estremecimiento recorrió mi espalda cuando mi cabello cayó sobre mis hombros, pese a que tan sólo unos minutos antes lo llevaba recogido en un moño.

Media hora más tarde llegué a un claro. Ya no me encontraba cerca de la cañada, sino en una parte del bosque que no conocía. A mi alrededor había un bosquecillo de abedules y tupidos arbustos que brotaban entre sus raíces y las rocas. Tardé un rato en procesar lo que estaba viendo. Era inconfundible, pese a que la mayor parte estaba enterrada bajo tierra y un manto de musgo y hongos cubría sus huesos. Las lluvias recientes debieron desenterrarlo; no obstante, a simple vista parecía formar parte del paisaje. Las enormes astas desgastadas por el tiempo me dieron la impresión de delicadas cosas semienterradas: cosas anudadas y retorcidas.

Me estremecí, no de miedo, sino a causa del sobrecogimiento que me provocó al reconocerlo. El sol había pasado de su cénit y el claro donde se hallaba estaba envuelto en sombras. La luz cayó sobre su intrincada cornamenta, como las ramas de un árbol, destacando la bóveda de su calavera. Debía de tratarse

de un ciervo antiguo, de antes del alzamiento de los hombres. Tan viejo como las primeras glaciaciones.

Más que un espíritu, *a Dhia*.

«Un Dios».

El espectro lo conocía y me había llevado hasta ahí. ¿Con qué propósito? No lo sabía. Al igual que todas las mujeres de mi pueblo, había oído las historias del hielo, de los enormes animales que habitaron la tierra, muy distintos de los modernos; incluso los hombres las conocían, pero para ellos eran sólo leyendas, cuentos de viejas. Aquella criatura, aunque carente de carne y músculos, era hermosa, enorme y atroz. En ese momento era fácil imaginarlo como el rey del bosque, como parte del Hombre Verde. ¿Acaso su presencia en aquel santuario no significaba nada?

¿Por qué me has traído?

Silencio.

Me quedé ahí un buen rato, tanto que perdí la noción del tiempo. Sabía que estaba irrumpiendo en un lugar sagrado y que nada podía llevarme ni dejar ahí. El esqueleto debía permanecer invisible, incluso ante ojos como los míos. Tragué saliva, me giré hacia donde creí que se hallaba el río y eché a correr sin volver la vista atrás. No me detuve hasta llegar al borde, donde caí de rodillas y fui presa de las arcadas. Acababa de irrumpir en un santuario, uno que no debía ser mancillado por el hombre. Una vez que terminé de vomitar, lavé mi rostro y enjuagué mi boca en un acto desesperado por deshacerme del sabor de la bilis y la sangre, de la impresión absurda de que no debía conocer la existencia del venado.

Ya vienen.

Impotente, golpeé la superficie del agua. Me hice daño en las manos, pero apenas y reparé en el dolor, en la piel que me había arrancado y en la sangre que se mezclaba con el río. Pasaron varios minutos antes de que fuera capaz de hilar un pensamiento coherente y llegara a la conclusión más obvia: no

podía permanecer más tiempo en la fronda, debía volver a casa. Con el cuerpo temblando como una hoja, registré el río hasta dar con mi canasta. La había olvidado cerca de la orilla, pero su contenido estaba intacto, así que me limité a recogerla y engancharla a mi brazo, segura de que el espíritu me había abandonado. Entonces emprendí el camino de regreso al caserío.

No fue hasta más tarde, mientras limpiaba el barro de las raíces de hierbamora, que noté que el espíritu había querido que viera algo más aparte del vetusto esqueleto: entre sus vértebras crecían un montón de mandrágoras. Debí reconocer las flores violáceas de inmediato, pero, aturdida como estaba, apenas y fui capaz de reaccionar. Mandrágoras: las plantas de las brujas. Al igual que la raíz que encontré entre las flores, setas y bayas que había recolectado.

CUARTA PARTE

Giamonios

Los búhos morarán allí, y los sátiros bailarán allí.

Isaías 13:21

Les sorcières Antigý (ou la favorite du diable)

No poseía mucho conocimiento respecto a la mandrágora, salvo lo que decían las leyendas: que se trataba de una planta maldita y que en la misma medida en que servía para sanar y sedar, podía envenenar y proteger; que había nacido de las lágrimas de las hembras del pueblo blanco y que su semilla era el semen de sus machos extintos, tras abandonar el océano y ser alumbrados por los árboles; que sus raíces tenían las delicadas formas de un humano, ya fuera hombre o mujer. Aquella en particular poseía un falo deliberadamente masculino que la delataba como lo primero. En algunos lugares era conocida como la planta de los dioses e indudablemente lo era. ¿*Cernunnos*? Quizá, o el gran dios Pan.

Por mi parte –aunque no era una planta fácil de conseguir–, sólo había hecho uso de ella para fabricar el ungüento volador que facilitaba la transición en el *velo*. Pero ésta era distinta, poseía un carácter inequívocamente erótico que me inquietaba sobremanera. Sin embargo, decidí quedármela y ocultarla bajo mi cama. Del mismo modo en que había leído

en un diario de mi abuela, la sumergí en una vasija llena de leche y la alimenté con mi sangre. No podía ofrecerle más, a menos que me marchara al pueblo para robar la simiente de algún hombre. Mas estaba segura de que él no me la había dado con tal propósito.

Llevaba alimentándola dos semanas cuando el día de la cena de compromiso en casa de la familia Antigü llegó. Mi primer recuerdo de Alexandra se remontaba a mucho tiempo atrás, cuando acababa de cumplir once años y ella se instaló en el caserío después de negarse a aceptar el matrimonio que su tía le había concertado. A cambio de protección, Alexandra nos había educado a Iana y a mí. Como tutora nos enseñó historia, botánica, arte, geografía, astronomía, música, filosofía e idiomas; pero también nos había instruido sobre los modales y las buenas costumbres entre las damas, tal y como otrora mi abuela hiciera con mi madre y Katherine. No obstante, aisladas como nos encontrábamos de la aldea, nuestro aprendizaje tenía pocas oportunidades de relucir, pues carecíamos de la necesidad de fingir un comportamiento decoroso. Si bien nuestras maneras eran un tanto burdas y artificiosas, solían pasar desapercibidas a los ojos de los hombres.

Iana, por ejemplo, frecuentaba lo suficiente el pueblo –como aprendiz de Lucrecia y para entregar los tributos a la parroquia– para saber conducirse entre sus habitantes con soltura. Por mi parte, aunque gozaba de unos modales impecables, carecía de experiencia suficiente para desenvolverme entre los humanos. A la sazón, Katherine había encargado un vestido ricamente bordado de color lapislázuli, de largas mangas y un escote más que generoso, como era usual entre las mozas, para mí. Además, había mandado traer un surtido de artículos de tocador: desde cepillos de grafito para oscurecer pestañas y cejas, polvo de arroz, hasta una taza de porcelana con colorete francés. Iana fue quien se encargó de peinarme y maquillarme

a la usanza de moda. Aunque un compromiso fuera irrelevante, al tratarse de la familia Antigý se convertía en un evento transcendental que además daría pie a las habladurías y chismorreos del pueblo por más de un año.

–Estás preciosa –afirmó Iana, irrumpiendo mis reflexiones.

–Gracias –repuse con timidez.

Al vivir aislada en la floresta, lejos de la afluencia de las grandes ciudades, no me consideraba vanidosa. Mas sabía que resultaba atractiva para los humanos y que la fragilidad de mi salud a menudo les era terriblemente sugestiva. Y, no obstante, había algo más profundo en su instinto que los hacía desconfiar de mí; algo que les susurraba que era distinta a ellos.

Mi tía y Alexandra aguardaban bajo el pórtico. Ambas iban elegantemente ataviadas, mientras que Iana usaba un vestido de sarga gris que le confería la imagen de una doncella silenciosa.

A su llegada al continente, mi familia se había establecido en el pueblo, pero un incidente que más tarde fuera tachado de escandaloso favoreció su traslado al bosque. Las personas de la aldea creían que nuestra residencia permanente estaba en Francia, pero conservábamos suficientes conexiones importantes en Cantabria para justificar nuestras idas y venidas a través de la frontera. Aun así, los rumores eran claros: las Moray éramos brujas, descendientes de la *gente del bosque*. Bendecíamos los campos y el ganado, maldecíamos a nuestros enemigos y si nos apetecía, podíamos envenenar las aguas del río, aunque nadie se atrevía a señalarnos en voz alta, pues continuábamos siendo una de las familias más importantes de Esles.

Katherine había rentado un coche techado que abordamos para dirigirnos al pueblo. Rápidamente, la diligencia dejó atrás el claro y se internó en el bosque, siguiendo un sendero que delimitaba el mundo de los hombres con el nuestro. Pronto dejamos atrás la floresta y nos internamos en las mugrientas callejas de Esles. Muros y casas de mampostería se alzaban a ambos lados

del coche, como impenetrables estacadas de piedra. La luz del crepúsculo bañaba las montañas cuando pasamos por la calle Mayor, donde se encontraba la plaza, usada tanto para el interés público durante los días de mercado como para el judicial. Su centro alojaba la picota, contigua al poste de la hoguera, usado a veces como palo de mayo, asta de bandera y poste de flagelación, dependiendo de la necesidad. Aunque hacía poco más de una semana que fue usada por última vez, el hedor a orines, excrementos y residuos humanos continuaba presente. La hermana de mi bisabuela había sido condenada en esa misma plaza, ciento setenta años atrás.

La residencia Antigü era una de las más grandes del pueblo. A una distancia prudencial de la plaza, contaba con un exuberante jardín iluminado por varios faroles colocados estratégicamente y cuya pieza principal era la fuente central; del tamaño de una piscina, albergaba peces de diversos tamaños, con colores que iban desde el dorado hasta el carmín. La diligencia se detuvo a unos metros de la arcada, donde aguardaba un sirviente que nos ayudó a auparnos y nos llevó hasta la casa, cuyo interior se desplegó ante mí como un nuevo mundo, lejano y desconocido. Además de estar bien iluminado, habían perfumado el salón con rosas y lirios, a la usanza de los salones parisinos. El padre de Rebecca, al ser un exitoso mercante naviero, contaba con la simpatía de los hombres más poderosos de la región. Cualquiera de éstos habría sido un candidato más que aceptable para desposarse con su hija, pero, por lo que sabía, su prometido no era español ni francés, aunque lo había conocido en París. Un rápido vistazo me hizo entender que sólo habían invitado a la crema y nata de Cantabria. Nada más verme, Rebecca se acercó para recibirnos como correspondía a la joven anfitriona y futura señora de su propio hogar.

—Creí que no vendrías, *ma chère* —dijo, después de besarme ambas mejillas.

Aunque sonreía, no pude evitar fijarme en la nota taciturna de su semblante. La futura novia iba impecablemente ataviada con un ostentoso vestido violeta que resaltaba la palidez de sus senos descubiertos, acentuados por un peinado recogido y el moño a juego. Sus enormes ojos azules le conferían un aire soñador a su ya de por sí marcada apariencia rubicunda.

De pronto, Rebecca me asió del brazo, afirmando que debía conocer a su prometido de inmediato. Mientras me guiaba a través de la estancia, continuó parlotando hasta detenernos frente al hogar. No necesité de más indicación para saber que su futuro esposo era el hombre alto de cabellos rubios atados en una trenza, como sólo había visto usar a los soldados de las Tierras Altas y que se hallaba cómodamente recargado contra la repisa de la chimenea. Había algo en su perfil que me resultó familiar, aunque bien podía tratarse de una impresión equívoca, producto de encontrarme con una persona que compartía mi lugar de origen tras muchos años. No pude evitar fijarme en sus ojos: azules y rasgados como los de un felino, como los de los conquistadores eslavos. Pese a su juventud, era fácil imaginarlo al mando de un barco vikingo que surcaba el mar céltico en pos de saqueos y violaciones.

Una vez que Rebecca captó su atención, el hombre se disculpó con el caballero con el que había estado hablando y fue a nuestro encuentro. A pesar de su corpulencia, se movía con la soltura de un hombre de buena crianza. Rebecca lo presentó como William Allanach, hijo de uno de los comerciantes de vinos más importantes de París. En ningún momento William se mostró descortés o grosero, pero más de una vez lo encontré rehuendo a mi mirada, pues, al igual que yo, no sólo había reconocido a una compatriota, sino a lo que su gente llamaría *sithiche*, «un hada».

Aunque los escoceses habían abrazado la nueva fe, continuaban creyendo en los viejos poderes. La única vez que nuestras miradas se cruzaron, percibí que había algo más en él que

se ocultaba tras la máscara de cortesía y aparente civilidad. Luego de un rato de charla lo supe: se trataba del almizcle de su piel que, pese a estar oculto bajo el aroma de su colonia, no era completamente humano.

Al cabo, el prometido de Rebecca se excusó, alegando que aún quedaban un par de asuntos pendientes que debía tratar con su futuro suegro, pese a que no parecía haber ningún pariente suyo cerca. Fue mientras atravesaba el salón que la luna se filtró por uno de los ventanales, iluminando su aura de un suave color añil. Era tan tenue que, de no estarle prestando atención, no lo habría percibido, pero al verlo abandonar la estancia, entendí por qué su aroma me había resultado tan perturbador: William Allanach descendía del pueblo blanco.

–Ven conmigo, Amaris –las palabras de Rebecca interrumpieron mis elucubraciones.

Al tomar el camino opuesto por el que William había desaparecido, hice un gesto hacia Iana para que nos siguiera. Subimos las escaleras y nos dirigimos a la habitación de Rebecca. Cuando la mayor de las señoritas Antigy cumplió nueve años, su padre le había regalado una muñeca «Pandora»: un artilugio que los modistas franceses usaban para mostrar sus nuevas creaciones en miniatura. La muñeca estaba hecha con papel maché y ataviada con un elegante vestido amarillo, cuyo esplendor le restaba importancia a la carencia de extremidades inferiores. Con el tiempo, Rebecca había desarrollado una afición por las Pandoras, y su padre, incapaz de negarse a sus caprichos, le compraba una muñeca cada vez que se marchaba, por lo que en algún momento había mandado reformar el cuarto de su primogénita para que pudiera albergar cómodamente a sus silenciosas compañeras. No estaba segura del número exacto de muñecas que Rebecca tenía en su posesión, mas, en el instante en que entramos a su cuarto, me extrañó encontrarme con una

estancia más bien espartana, en la que de las muñecas sólo quedaba el recuerdo.

–Las quemé –nos informó tras captar mis pensamientos–. En el jardín –agregó a modo de explicación. Después, alzó las manos que comenzaban a curarse tras los estragos de las llamas–. Traté de sacarlas, pero no pude. Me aterraba seguir viéndolas. Sabía que *mon père* se disgustaría si se enteraba, pero madre fue quien me encontró.

Su rostro carecía de expresión mientras hablaba, como si estuviera sumida en el trance de los recuerdos. En un gesto inconsciente, llevó las manos hasta su vientre en busca de protección. Ante esto, lo percibí bajo el olor del talco y los perfumes: Rebecca carecía del aroma de las hembras fértiles y había adquirido uno más suave y menos sugerente.

–Estoy encinta –confirmó, esquivando mi mirada–. Lo he escondido para que nadie lo note.

–¿Hace cuánto lo sabes? –inquirió Iana.

Rebecca se encogió de hombros como si tratara de quitarse un peso invisible de encima.

–Me di cuenta hace una semana. Creí que mi sangrado se había retrasado, pero lo he sentido –de repente, la expresión desenfadada que la caracterizaba se resquebrajó, dándole paso al cansancio y la amargura–. No puedo tenerlo, lo entienden, ¿no? Un niño antes de la boda sería un escándalo y mi reputación se vería arruinada. Pero, si madre lo sabe, querrá obligarme a tenerlo.

–Podemos ayudarte a seguir ocultándolo –repuso Iana–. Puedo hacer que parezca un parto complicado. No sería el primer niño que nace antes de tiempo.

Rebecca negó con la cabeza.

–No lo comprendes. El crío está enfermo, será débil mental o un monstruo –replicó histérica–. Lo sé, lo siento.

–¿Y William?

—Él no sabe nada. No se lo he dicho a nadie, si lo hago ahora es porque necesito su ayuda.

—Hay formas de evitar el embarazo. Pudiste cuidarte, masticar hierbas —dijo Iana con suavidad—. Tomar semillas de saúco.

Pero Rebecca no parecía escucharla.

Ambas sabíamos que tenía razón. Tras el alzamiento de los hombres, nuestra especie comenzó a menguar. El poder en nuestra sangre se había debilitado y aparearse con un humano, aunque poseyera el aura de los Antiguos, no garantizaba la supervivencia del producto. Podía ser débil o inservible. Un niño varón y sano garantizaba la perpetuación de nuestra estirpe, pero casi nunca ocurría, por eso muchos usaban la endogamia como recurso. Dos líneas cercanas de sangre a menudo aseguraban el nacimiento de hijos fuertes.

—¿Por eso quemaste las muñecas? —pregunté de pronto, sacándola de su ensimismamiento.

Rebecca volvió a negar con la cabeza. Sus labios temblaron, pero no parecía capaz de articular una sola sílaba coherente. Aun así, no fue necesario, acababa de verlo en sus pensamientos.

Algo la había seguido desde París. *Algo* que la atormentó y se alimentó de su vitalidad, aunque ella era incapaz de verlo. Un espectro, un desencarnado que se había aferrado a ella. Rebecca creía que estaba dentro de las muñecas, que el espíritu podía acecharla a través de sus ojos, que podía *tocarla*. Lo que quiera que fuera la había usado como mujer, lastimándola en el proceso. Al principio pensó que al abandonar Francia también la presencia lo haría, pero no fue así. La había seguido hasta su hogar. Por eso quemó las muñecas, porque creía que así podría deshacerse de *él*. Eso explicaba la presencia de los amuletos en cada ventana: pequeñas estacadas de heno que emulaban a las runas *Algiz* y *Mannaz*.

—A todo esto, ¿por qué decidiste comprometerte con William? —inquirió Iana, devolviéndome bruscamente a la reali-

dad-. Hay muchos hombres en tu familia que no necesitarían la aprobación de tus padres.

-*Ma mère* dijo que necesitábamos *nouveau sang* -respondió, agradecida por el cambio de tema-. Muchas mujeres Antigý han perdido a sus hijos antes de nacer, por eso debía buscar un hombre fuera de la familia, un hombre fuerte con aura azul. Pero, si este niño nace, sería mi ruina. Padre jamás me lo perdonaría y madre me enviaría a Auvernia para que nadie presenciara mi desgracia. Por eso necesito que me ayuden, *chère* Iana.

«Abortera». Era la palabra que usaban para las curanderas que ofrecían esa opción a las madres que no deseaban serlo. La gente de la aldea despreciaba ese oficio, pues ofendía las leyes de dios. Pero muchas mujeres pagaban por dicho servicio, ocultas a la luz de la luna. Iana era la aprendiz de Lucrecia casi desde su llegada a la península, del mismo modo en que lo había sido de su abuela. Y Lucrecia no sólo era la curandera del pueblo, sino una matrona y abortera de cierta reputación que la protegía de los edictos religiosos.

Iana asintió, aceptando su petición. Pero incluso yo con mis exiguos conocimientos sobre herbolaria sabía que haría falta algo más que rosas secas y eléboro.

-Gracias -contestó Rebecca, suspirando aliviada-. Aunque aún hay algo más que quisiera pedirles -vaciló antes de continuar-. William desea que vaya con él a Escocia para conocer a sus padres. *Ma mère* no puede abandonar a Enzo y Babette ahora que me he comprometido y Alexandra se niega a dejar España. Así que he pensado que podrían acompañarme, además de mi tía Louise. Seguro que madre y la señorita Moray aprueban la idea.

Estaba a punto de responder cuando Alexandra abrió la puerta para instar a su prima a bajar con los invitados. Después de todo, era ella a quien habían ido a ver.

Ma douce Alexandre

*A*l término de la reunión, su tía le pidió que se quedara, arguyendo que deseaba presentarle a alguien. No era la primera vez que lo hacía, así que finalmente accedió a su petición. Pero aquel embauque era únicamente un pretexto para que los invitados percibieran la unión familiar frente al compromiso de Rebecca.

Ya en la cama, vestida únicamente con un camisón prestado, la noche le pareció demasiado larga, sin embargo, se sabía incapaz de dormir. Había algo en el ambiente que la inquietaba; no se trataba de un presentimiento, sino de algo más, de un olor que la atemorizaba e intrigaba a partes iguales. Alexandra lo había notado en la habitación de Rebecca. Era un aroma dulce y embriagador, semejante al que había percibido entre las parras de vid en la casa de campo de su tía Louise, pero más *sugestivo*. Oscuro como el chocolate sin llegar a poseer tal dulzor. No, más bien se parecía al perfume del bosque. ¿Era posible? Incapaz de permanecer quieta, abandonó el lecho y, como si estuviera borracha, atravesó la casa envuelta en silencio hasta el mueble donde su tío guardaba los licores más fuertes.

Vino, pensó en un burdo intento por calmarse y sofocar el calor. Encontró la botella que estaba buscando. Al llevarla hasta sus labios, se escurrió de entre sus dedos, haciéndose añicos. El aroma afrutado inundó su nariz, ahogando por unos instantes el olor que la aturdió. Cerró los ojos, pese a que era incapaz de controlar los temblores. Se sentía desfallecer de calor y por culpa de aquel aroma. Tragó saliva y se dirigió a la cocina, hacia la puerta de servicio por la que salían las sirvientas para hacer la colada y la compra. Durante la noche se mantenía cerrada, pero para ella no era ningún impedimento.

El bochorno primaveral la invadió, haciendo que le sudaran las sienes al salir de la casa. ¡Cuánto calor! Lo sentía en su pecho y entre sus piernas temblorosas. Quizá se tratara de Bealtaine que estaba cerca. Repentinamente cobró consciencia de que había alguien más en el jardín, pero era incapaz de verlo. Esa certeza apenas la inquietó. Se sentía como si fuera una cría y estuvieran jugando al escondite. Si la encontraba primero, ella perdería. Aunque Alexandra no deseaba jugar, lo que realmente quería era deshacerse de aquel sofoco que amenazaba con quemarla desde dentro. Pasó el último recodo antes de llegar a la fuente. Había decidido sumergir sus pies como antaño hiciera con Rebecca cuando todavía era un bebé para refrescarse durante las tardes estivales.

Había alguien junto a la fuente, un hombre que esperaba a su encuentro. De pronto, el olor se volvió insoportable, al igual que la necesidad de echar a correr, del pavor que la invadió al comprender lo que ocurría. El desconocido era alto y su rostro estaba envuelto en penumbra. Alexandra estuvo a punto de echarse a reír. ¿No era eso lo que decían los cuentos, que las brujas iban al encuentro de la cabra transformada en hombre? Si acaso se tratara del diablo, debía ser hermoso, más que ningún otro ángel. Ella, a diferencia de las otras, conocía el evangelio de memoria, lo había aprendido por su madre; la hija bastarda de su abuelo y una prostituta parisina que desea-

ba entregarla a dios y apartarla de su naturaleza. El perfume emanaba de él. Empezaba a perder el hilo de sus pensamientos. La intriga le ganó la batalla a la incertidumbre. El desconocido pareció reconocerla y en realidad no había nada en su postura que le resultara amenazante.

Alexandre.

No era la voz de un hombre, pero ella apenas y reparó en eso.

Las lágrimas bañaron su rostro. Bien podía tratarse de su tío o de algún juerguista. Empero, ella sabía que no era así. No podía serlo. Conocía el significado de aquel aroma, pero ya no importaba.

Te necesito.

Lo miró desconcertada, ¿sus palabras tenían algún significado? Si era así, tampoco importaba.

Me conoces.

Sí, ¡sí!

El desconocido decía la verdad. Se acercó a ella y la besó con infinita ternura, como el beso de un hijo a su madre. Su fragancia la inundó, al igual que el aroma de su acre virilidad. Sus largos dedos sujetaron el rostro de Alexandra, mientras ella intentaba escapar, ¿de quién? De él, de sí misma.

No temas, ma douce Alexandre.

Volvió a besarla, esta vez con avidez, con una voracidad que ella conocía muy bien. No estaba segura de dónde había colocado sus manos, pero sí sabía que era inútil tratar de apartarse; era más fuerte que ella. De pronto sintió un espasmo.

No, por favor; no, por favor. Suplicó, pero incluso a ella le pareció un ruego vacuo. Nadie diría que se opuso porque no lo había hecho. Cerró los ojos y se rindió ante él. Ni siquiera trató de apartarse al sentirlo moverse rápida y violentamente dentro de ella. Después de todo, era lo que deseaba. Incluso cuando sintió dolor y su semen entre las piernas, fue incapaz de

gritar o resistirse. Él la necesitaba, lo había dicho y precisaba que recibiera su semilla.

Ma douce Alexandre...

Estaba medio dormida cuando un rayo de sol acarició su rostro. Alexandra abrió los ojos para contemplar el inicio de un nuevo día. La mañana era fría y su camión no la protegía del aire que le arañaba la piel. Súbitamente comprendió que se encontraba tumbada en el jardín y que estaba sola. El ardor entre sus muslos la hizo recobrar la cordura e instintivamente rodeó su cuerpo con los brazos, como si de esa manera pudiera retener el calor de la noche. No era capaz de llorar, pues ya no le quedaban más lágrimas. Estaba hecho. Notó una ligera sacudida en su interior, pero no se detuvo a pensar en su significado. En su lugar, se puso en pie al escuchar que alguien se acercaba y, acto seguido, echó a correr hasta su habitación.

En el claro del dios

*M*e desperté en la oscuridad previa a la aurora. Dormía desnuda, pues el cuarto estaba caldeado y resultaba insostenible. Me levanté para abrir la ventana y dejar que el aire nocturno templase mis nervios, luego me senté en el alféizar y me dispuse a observar el movimiento de las estrellas. Era una hora intermedia entre la noche más profunda y las primeras luces. Existen distintos tipos de sueños: unos son simples recuerdos; algunos más son creados a partir de situaciones reales y miedos enterrados en la profundidad de la psique; otros son lúcidos; mientras que hay algunos que resultan del todo irreales y unos más que arrastran al durmiente al borde de la locura.

Esa noche volví a soñar con el crómlech y con el retumbo de los tambores que anunciaba la unión de los dioses. Con frecuencia tenía sueños como ese, en los que veía bosques antiguos que nunca había pisado y sentía la ausencia de alguien que se había ido largo tiempo atrás. Eran como los fantasmas: sombras de una vida que ya no me pertenecía, recuerdos primigenios; tal y como dijeran las Ancianas en mi cumpleaños

número diecisiete, afirmando que todas pasábamos por eso. A veces, aunque menos recurrente, soñaba con recuerdos más cercanos: de mi madre, del océano y de su brisa acariciando mi rostro infantil. Mas, conforme Samhain se acercaba, los sueños de mi pasado inmediato eran sustituidos por otros de un pasado más remoto y doloroso. En un intento por aligerar mis pensamientos, volqué mi atención en la ventana. La floresta se extendía varios kilómetros hacia el océano. A su final se encontraban los hombres y sus hogares: su pueblo; uno que crecía a pasos agigantados, pese a su corta duración de vida. Seres que comían, dormían, fornicaban y se mantenían alegremente ignorantes del mundo atávico al que le habían dado la espalda.

Tan sólo una semana antes habían encarcelado a una mujer por sospecha de brujería. Le afeitaron la cabeza para inspeccionarla y probar que poseía una marca que delataba su culpabilidad. La ahorcaron al día siguiente. Sus tripas se vaciaron sobre el suelo de la plaza, pero nadie lo había limpiado. No descolgaron al cadáver, ni siquiera cuando los cuervos hicieron un festín de él. Necesitaban que todos lo vieran y comprendieran. Una advertencia para aquellos que se atrevían a querer interpretar un papel distinto al que sus creencias le habían impuesto. A menudo me entretenía pensando en lo que habría sido de mí de haber vivido en la aldea, escondida entre las buenas personas de Esles, ¿cuánto habría durado antes de que notaran que era distinta a ellos? Pero era inútil seguir dándole vueltas al tema, mi bisabuela se había encargado de eso. Con el dedo tracé la runa *Laguz* sobre la superficie de la ventana. Bealtaine estaba cada día más cerca y eso no sólo significaba la unión del sol y la luna, sino de lo sagrado, de lo etéreo y lo mundano; la bendición del campo, de los úteros y las cosechas; la renovación de nuestra energía.

Algo captó mi atención en el límite del bosque. Eran cuatro. Lobos. Surgidos de la profundidad de la fronda. No era común que se acercaran a curiosear, sobre todo después de que los

hombres les dieran caza durante las últimas décadas, luego de descubrir que se habían llevado las gallinas y atacado su rebaño. Pero la temporada de apareamiento estaba cerca y eso los volvía descuidados. Tal vez habían olfateado los restos de carne en los huesos que un día antes Iana puso a secar. A menudo compraba grandes piezas de cordero, cuyos huesos usábamos para hacer botones, amuletos, husos y cepillos. La carne, la sangre y las vísceras solíamos arrojarlas al bosque, donde los *sidhes* y los animales pudieran alimentarse de ellas.

De improvviso, los lobos desaparecieron, engullidos por las sombras. Algo debió asustarlos. ¿El qué? No tardé en encontrar la respuesta. Intuía que él estaba cerca. Sí, donde antes había visto a los lobos apareció una silueta vaporosa; la sombra de un hombre que aguarda a ser visto. No necesité de su gesto para saber lo que quería. Me incorporé con rapidez, cogí mi camisón y después de vestirme, me cubrí con mi capa y atravesé la habitación hasta la puerta. Me encontraba en medio del corredor cuando me pareció oír un crujido. No llevaba luz, pero estaba segura de que había alguien detrás de mí. Podía oír su respiración. Me volví de inmediato. Estaba sola. El pasillo se encontraba desierto y la casa sumida en silencio. En sus habitaciones, las brujas continuaban inmersas en un sueño profundo del que tardarían en despertar.

Me esperaba en el linde del claro. El viento ocultó el sonido de mis pisadas. Él se desvaneció en cuanto alcancé los primeros árboles, mas no precisaba de verlo para saber a dónde nos dirigiáramos: al otro lado del río. Por segunda vez me encontré en el santuario del ciervo. Me arrebujé en mi capa y busqué un lugar donde protegerme del viento. Aunque era incapaz de verlo, presentía su cercanía. Una ráfaga de aire helado agitó las hojas del aliso bajo el que me había sentado como muestra muda de su poder.

Estás aquí, ¿no?

–¿Acaso tienes miedo? –inquirí en voz alta, al no recibir respuesta.

Fui presa de un escalofrío cuando creí sentir sus labios en mi mejilla, ascendiendo hasta el lóbulo de mi oreja. Aquello era imposible. Los desencarnados carecían de materia y les requería demasiada energía provocar daño o manifestarse físicamente. Tan sólo para poseer una psique requerían de guía externa. Entonces, ¿cómo podía el espíritu imitar los movimientos de un cuerpo a la perfección?

Estoy aquí.

¿Dónde? En todos lados.

Cerré los ojos luego de que su roce se desvaneciera. Bajo mi camisola, mis pezones estaban erectos y las oleadas de deseo se asentaban entre mis piernas. La necesidad que sentía era profunda y dolorosa.

–¿Qué quieres de mí? –pregunté en un susurro, agradeciendo que mi voz no temblara como mi cuerpo–. Habla conmigo, espíritu.

¿Acaso me temes? Las palabras vibraron en mi mente, pero no las había formulado yo.

Te he visto antes.

El aire sacudió las copas de los árboles en respuesta. Ahí, en el claro del dios, se volvía más fuerte.

Amaris.

Su gemido arrancó un suspiro de mis labios. Lo sentía a mi alrededor, acariciando mis hombros, mis clavículas.

¿Qué es lo que deseas? Insistí, ignorando su súplica. *Sé que puedes hablar, espíritu. Te he oído.*

Silencio. Y luego su voz:

Tienes miedo de mí.

Aunque temblorosas, sus palabras eran lo suficiente claras para entenderlas.

¿Deseas que me convierta en una ilusión?, ¿quieres ver a un hombre?

No. Quiero conocerte como realmente eres.

En ese momento estuve segura de que, de haber tenido una boca, se habría reído. El espíritu no hablaba en el idioma de los hombres, sino en la lengua de los duendes. Lo sentí acariciar mi espalda y jugar con mis cabellos.

¿Qué eres? Pregunté, tratando de distraerlo.

¿Es que no lo sabes?, ¿sus historias y sus libros no lo dicen?

Replicó burlón.

Sé que, al igual que todos los tannaisg, eres un ser de sombra y ecos.

—¿Qué quieres de mí, espíritu?

Servirte. Te lo he dicho antes. Sólo existo para complacerte.

Sacudí la cabeza en un intento por aquietar las impresiones que empezaban a invadirme, cada vez más demandantes.

Has sacrificado vidas que yo no he solicitado.

Para ti y para tu Diosa.

—No soy una Diosa. No necesito tus regalos.

No somos tan distintos después de todo. La criatura parecía divertida.

¿Eres el mismo ser que atormentaba a Rebecca? No supe de dónde había salido aquella pregunta, pero necesitaba conocer la respuesta.

No.

Inhalé con lentitud. A pesar de todo, le creí.

No eres un fantasma. No era una pregunta, pero aun así respondió.

No, pero permanezco atrapado en su mundo.

¿Qué eres, pues?

¿Acaso sus espíritus poseen naturaleza definible?, ¿es que sus fantasmas tienen nombre? No soy como ellos, pero me rijo por sus leyes.

Asentí, aunque no era necesario.

Te he visto desde que era una cría, ¿soy la única que puede hacerlo?

Sí.

¿Sabes por qué?

No. La palabra se perdió en el temblor de su cansancio.

Cuando no estás a mi lado, ¿a dónde vas? Insistí, para evitar que se fuera. Todavía no estaba preparada para dejarlo ir.

¿Te burlas de mí? Sabes que no puedo alejarme de ti. Te necesito. Siempre estoy cerca, alrededor de ti. Y cuando te escondes en la casa de piedra, sólo aguardo a tu regreso.

¿Cómo lograste convertirte en hombre? Antes no podías hacerlo.

Algo acarició mi nuca, erizando mis vellos.

Quería que me vieras. Que me miraras sin miedo. Me debilitó mucho crear esa imagen.

¿Podrías hacerlo de nuevo?

Aún no.

Entonces, ¿cuándo?

Pronto.

Algo acariciaba mis pechos con dulzura. Jadeé, incapaz de detenerlo.

Cuando tengo una visión, ¿tú estás ahí? Tardé en lograr hilar esa pregunta.

Veo lo que tú ves.

¿Formas parte de las visiones?

Nuevamente el silencio como respuesta.

–¿Qué quieres de mí? –insistí, conteniendo el aliento.

Hacerte feliz.

¿Qué sabes tú de mi felicidad?

Sé que sientes placer cuando te acaricio y que te complace saberte observada.

¿Te gusta mirarme?

Sé que sueñas con dos amantes escondidos bajo la luna y que te preguntas qué sentirás al compartir tus miedos y anhelos. Sé que deseas que sea yo quien te muestre los placeres de la carne.

No me tientes, espíritu. No es un macho lo que deseo de ti ni lo que tu compañía pueda proporcionarme.

Sólo quieres atormentarme, pero veo en tu interior. Su voz aumentó de volumen. Tus deseos más profundos, aquellos que no te atreves a pronunciar en voz alta.

Un suspiro.

¿Podré verte de nuevo?

Con el tiempo. Si lo deseas, seré un hombre para ti.

Entonces desapareció, debía estar agotado.

Permanecí sentada en el mismo lugar hasta que las primeras luces acariciaron los huesos del venado. Sólo entonces me atreví a levantarme. Sentía los ojos y los miembros pesados, pero lo acontecido continuaba revoloteando en mi cabeza. Aún me ardían los pezones y mi sexo, aunque se trataba de un dolor exquisito. Abandoné el claro y emprendí el camino hacia el río, donde me detuve a lavarme. En mi camino de regreso recogí algunas flores para Iana, como si al mantener las manos ocupadas pudiera apartar las palabras del espíritu de mi mente.

Debían ser cerca de las nueve cuando vislumbré la casa sepultada bajo las raíces de los árboles y zarzas. Ascendí los escalones del pórtico con lentitud, como si temiera a lo que pudiera encontrarme dentro. En el último instante le di la espalda a la puerta de mi cuarto y me encaminé al de Iana. La encontré profundamente dormida. Procuré no hacer ruido para no despertarla y me acosté a su lado.

–Hola –dijo soñolienta, al tiempo que abría los ojos.

–Hola, *a beag*.

–¿A dónde fuiste? –inquirió al reparar en mi aspecto.

–Al bosque.

–No deberías ir sola, es peligroso –me recriminó–. Katherine no está, Lucrecia la ha llamado.

No contesté. En vez de eso, cogí su mano. Tras una ligera vacilación, Iana me devolvió el apretón. Ambas sabíamos que algo ocurría a nuestro alrededor, algo que no parecería tener importancia hasta que empezara a tenerla.

Seis días antes de Buenfuego I: orisha

No era la primera vez que lo hacía, sin embargo, en esa ocasión no iba a bastar con la sábila, el eléboro negro o la ruda que solía dispensar Lucrecia en casos como ese, a menos que la mujer estuviera tan desesperada para buscar el uso del fórceps que generalmente provocaba la muerte. Lucrecia despreciaba ese método, por eso se lo dejaba a los matasanos e Iana compartía su opinión. El uso del fórceps era un trabajo inmundo para hombres que carecían de entendimiento sobre el cuerpo femenino. Que se encargaran ellos de cortarlas como cerdos. En cambio, Lucrecia, al igual que su abuela, prefería las hierbas como método previo o, en casos desesperados, como abortivo.

Iana descendía de sacerdotisas, de mujeres sagradas cuya divinidad era incomprendible para los europeos. Su abuela había sido la última orisha verdadera. Según las tribus que las honraban, eran descendientes de un dios, pero todo eso no significaba nada para aquellos infelices que le escupían en la cara cuando la veían pasar por el pueblo. Sólo las mujeres de su raza la trataban como a una igual. Hasta Rebecca, que casi

siempre se comportaba como una niña mimada, lo hacía. Por eso su encomienda le resultaba tan dolorosa como importante. Amaris se ofreció a ayudarla y ella había estado a punto de negarse hasta que comprendió que no necesitaba pasar por aquel trance sola. Así que mientras la muchacha Moray preparaba el aceite de amapola, Iana se recluyó en uno de los tantos cuartos vacíos de la casa y se encerró en su mente durante horas. No se permitió salir de ahí hasta que hubo acabado.

Usó los huesos de cordero para el esqueleto –los mismos que solía colgar en los árboles cercanos al caserío, como otrora hiciera su abuela alrededor de su hogar–, rapaduras de raíz de mandrágora y la cera de abeja que tanto le gustaba a Katherine para el cuerpo; con la saliva, sangre y cabellos que Rebecca le había proporcionado una luna atrás lo dotó de órganos. Lo moldeó con sus manos hasta convertirlo en un niño tan dulce que parecía real. Aquel, al igual que el uso del fórceps, sería un trabajo sucio, pero era la única manera de lograr su cometido. Al final, engrasó el fetiche con el aceite que Amaris había preparado. Guardó lo necesario en la canasta que usaba para recolectar flores y bayas y, al caer la noche, se cubrió con su capa. La luna menguaba, propicia para lo que se proponían hacer. Amaris conocía mejor que ella el bosque, así que fue quien la guio a través de la fronda hasta una grieta de gran tamaño que fungía como foso común. El hedor era insoportable, al igual que el zumbido de las moscas que entraban y salían por los orificios de los cadáveres.

La fosa se encontraba demasiado cerca del pueblo para frecuentarla, aunque sabían de personas que vivían entre los cadáveres, hurtando lo poco que les hubieran dejado y alimentándose de los hongos que crecían de los cuerpos tumefactos. Su gente, al igual que los médicos modernos, necesitaba de los cadáveres para diseccionarlos y estudiarlos, pero para los hombres piadosos era un pecado atroz hacer uso de la necromancia, así que siempre cabía la posibilidad de que alguien las viera

revoloteando como carroñeras. Iana vio a Amaris tambalearse al llegar al foso y se apresuró a cogerla del codo, como si de esa forma pudiera ahuyentar a los desencarnados que, como pupas, se removían en busca de alimento.

–Estoy bien –se apresuró a decir, aunque no intentó apartarse.

Iana asintió, pero no la soltó hasta que se encontraron al otro lado de la fosa y Amaris dejó de temblar. Ella apenas era capaz de percibirlos, mas Amaris había nacido con la maldición de las sibilas.

Escogieron ese camino porque era el más directo hacia el pueblo y porque sabían que aquella parte sólo era frecuentada por los pobres e indeseables. Atravesaron las callejas en silencio y, una vez que dejaron la plaza atrás, se internaron en la calle adyacente a la casa de los Antigý, hasta la entrada de servicio. Rebecca las esperaba en su habitación. Estaba desnuda y había mandado traer mantas viejas para crear un nido que debía resultar más o menos cómodo cerca de la chimenea. Tras beber un largo trago de aguardiente, se tendió en el piso. Iana entregó a Amaris el aceite de amapola y le dijo que lo untara en su vientre: un bulto perfecto de no más de tres meses que palpó con delicadeza.

–Sentirás que te abres aguas como en el parto. No luches –le advirtió–. Es un varón –añadió en voz baja, antes de llamar aparte a Amaris.

No deberíamos hacerlo. El aura de la criatura es azul. Murmuró en su mente para evitar que Rebecca las escuchara mientras lavaba sus manos.

La comprensión se dibujó en el rostro de Amaris. Ella, al igual que Iana, sabía lo que eso significaba: un niño de poder. Un macho con la facultad de preñar a una hembra como ellas y de cuyo fruto podía nacer una criatura como la madre. Matarlo era una aberración.

–¿Estás segura de que es lo que quieres? –inquirió en voz alta.

Rebecca se limitó a asentir. Sabía que tenía miedo, lo veía en sus ojos y lo notaba en el sudor que bañaba su cuerpo. Iana le devolvió el gesto y le hizo una indicación a Amaris para que regresara junto a ella.

–Arrodíllate a su lado y masajea su vientre –ordenó mientras encendía el fuego del hogar y se sentaba frente a él.

La observó por el rabillo del ojo. Le había pedido que llevara el unguento volador consigo. Aunque no disminuiría el dolor, al menos facilitaría la transición. Al igual que en el vuelo, Amaris ungió a Rebecca con una piedra fálica y cuando la vio contraerse como si un hombre estuviera dentro de ella, supo que estaba lista. Amaris tomó el aceite, mojó sus dedos con él y procedió a masajear el cuerpo de Rebecca. Junto con Iana, compartiría su agonía. Una lágrima se deslizó por la mejilla acalorada de la posible madre. Ni Iana ni Amaris se mostraron compasivas ante los gritos de Rebecca. El dolor era rítmico, metódico. Su cuerpo se contraía como en el acto íntimo y también como si fuera una hembra parturienta. No supo cuánto tiempo había pasado. A ella le pareció una eternidad antes de que dijera en voz alta:

–Empuja ahora. En la próxima contracción, empuja para que salga.

Hubo un nuevo espasmo que catapultó a Rebecca a la cima del dolor y fue entonces cuando empujó con todas sus fuerzas. No hubo llantos que anunciaran el nacimiento, sólo sangre y la sensación de que el muñeco entre sus manos palpitaba, que tenía vida propia y que lucharía por aferrarse a ella mientras lo arrojaba al fuego. Aún no terminaban.

–No dejes que se mueva –ordenó sin mirarlas.

El muñeco parecía sangrar mientras se derretía. Rebecca se retorció, imitando a la perfección los movimientos espasmódi-

cos del fetiche. Nada, ni siquiera el dolor previo, la había preparado para la agonía del fuego. Cuando las llamas se hubieron apagado, Amaris soltó a Rebecca y corrió hacia Iana para ayudarla a sostenerse. Las tres estaban empapadas en sudor, pero pasarían varios días antes de que Rebecca pudiera lavarse. En ese momento, Iana hizo a Amaris a un lado para verla ovillada en el suelo. Entre sus piernas había un rastro de sangre, mas nada alarmante. Lo había conseguido, si bien eso no implicaba que el dolor hubiera acabado.

«Mejor así», pensó mientras se levantaba para que entre ella y Amaris ayudaran a Rebecca a meterse en la cama. Mientras sostenía al muñeco entre sus manos, había notado algo que al principio no había entendido: la criatura estaba malformada. Pero era imposible, los niños de aura azul nunca nacían deformes, sólo sucedía cuando se apareaban con hombres normales, si es que acaso lograban fecundarlas o si el producto resistía los nueve meses previos al alumbramiento. No se lo dijo a Rebecca al tajarla con las mantas mientras Amaris volvía a encender el hogar, esta vez para entrar en calor. Tampoco se lo dijo antes de marcharse. Sólo se atrevió a darle voz a sus reflexiones cuando se encontraron en el bosque. Amaris permaneció en silencio, pero sabía que también lo había sentido. La criatura era distinta a todo cuanto conocían. No era humano ni hombre de poder, sino otra cosa. Sus pensamientos se vieron abruptamente interrumpidos cuando repararon en la oscuridad que embargaba la casa. Estaban solas. Ni Alexandra ni Katherine habían regresado.

Ya en el interior del caserío, luego de lavarse, Iana salió de su cuarto y llamó a la puerta de Amaris. Ella tampoco parecía tener sueño.

—¿Puedo dormir contigo? —le preguntó.

Amaris colocó un dedo entre las páginas del libro que estaba leyendo y le hizo un gesto para que se acercara. Iana no se creía capaz de conciliar el sueño mientras continuara

recordando lo que había sentido cuando la criatura moría en el interior del hogar. Empero, en contra de todo pronóstico, se durmió después de un largo rato en vela.

Seis días antes de Buenfuego II: el huevo de obsidiana

Su madre les contó una historia cuando ella y Ealasaíd eran niñas: la vida a través de la cadena alimenticia. «El zorro devorará a la cría de conejo que hemos preparado durante lunas para parir una piedra de obsidiana. Pero, ya en su estómago, será incapaz de digerirlo porque nuestra magia es más fuerte y el que lo haya comido lo hace cumpliendo nuestra voluntad. Abriremos el vientre del zorro y de su estómago extraeremos al conejo intacto. Después, desgarraremos el cuerpo del conejo y le sacaremos la piedra, como a un huevo». Pero Katherine sabía que ninguna piedra podría ayudar a Alexandra. Luego de soñarla muerta, decidió ir al pueblo en su búsqueda. El sol había salido por completo cuando escuchó su grito quebrar el silencio de la casa. Al entrar en su cuarto no tuvo necesidad de preguntar lo que había ocurrido. La encontró ovillada en su lecho, temblando con tanta fuerza que era incapaz de articular palabra alguna. De inmediato notó el aroma acre del semen entre sus muslos. Además, había otro olor, uno dulce y profundo que reconoció de inmediato.

«¿Cómo sobreviviste?».

–Shhh... todo está bien –mintió mientras retiraba los mechones rubios de su frente sudorosa–. Ya ha pasado, se ha ido. No volverá. No permitiré que te haga daño, *mo ghràdh* –continuó canturreando mientras la mecía entre sus brazos y se impregnaba de su aroma.

No había amor en su abrazo, sólo la necesidad de asirse a lo conocido frente a la incertidumbre. En cierto momento, Alexandra se revolvió entre sus brazos.

–No lo entiendes –susurró en voz tan baja que Katherine creyó que lo había imaginado–. Vino a mí durante la noche y yo lo deseaba. Quería que lo hiciera.

–Shhh, no tienes por qué contármelo, *mo nighean* –la regañó como si se tratara de una niña–. Debías creerlo para que funcionara, pero no es real.

Volverá.

No lo hará. Permaneceré a tu lado toda la noche y te protegeré. No dejaré que nada te pase.

Volverá, lo sabes tan bien como yo.

Katherine negó con la cabeza.

–Todo estará bien, *mo ghràdh* –afirmó en voz alta–. No le diremos a nadie. Aún no, no hay necesidad de alterarlas.

Alexandra no parecía escucharla. Quizá era mejor así. Katherine inhaló varias veces antes de incorporarse, luego ayudó a Alexandra. Una vez que estuvo segura de que podía mantenerse erguida en la poltrona frente al hogar, llamó a una de las criadas y le ordenó que quemara las sábanas y las sustituyera por unas limpias. Después mandó traer la bañera y se dispuso a limpiarla. Cuando hubo terminado, pidió que calentaran leche mezclada con vino que ella misma había llevado. Mientras esperaba, cepilló su cabello y la cubrió con una camisola limpia. Luego le dio una cucharada de jugo de amapola para que durmiera.

Katherine también llevaba consigo ramilletes de ruda para protegerla contra los malos espíritus. Pero poca cosa podían

hacer contra lo ocurrido esa noche. Así que se arrancó varios mechones de cabello y, con ellos, con los huesos y ramas en su canasta, comenzó a tejer diversos amuletos de protección. Permaneció al lado de Alexandra la mayor parte del día. Nadie las interrumpió, pues los sirvientes respetaban y temían a la *mademoiselle* Katherine. Más de una vez los había encontrado persignándose y haciendo la señal de los cuernos cuando creían que ella no los veía. Más tarde se enteró de que Beatrix y sus hijos menores se habían marchado desde temprano a Santander. Al caer la noche, envió a su *familiar* a vigilar la arboleda donde se apostaba su hogar. Alexandra no despertó en ningún momento. Exhausta como estaba, apenas y reparó en la presencia de su sobrina e Iana en la casa. Pronto volverían al bosque, donde estarían seguras. Su *familiar* las acompañó sin que ellas notaran que volaba a su lado.

Katherine cumplió su promesa, permaneció al lado de Alexandra toda la noche. Nada irrumpió en la habitación. Se había ido. Katherine lo sentía en los huesos del mismo modo en que notaba que algo comenzaba a cambiar en su amante. Beltane estaba cerca, su útero ya era fértil esa noche, al igual que la anterior. No había sangre en la cama, no lo había perdido –su última esperanza–. Estaba encinta. Podía ir al soto y llamarlas. A lo mejor y ellas lograban detenerla. «No –pensó–. No debía molestarlas». Entonces la decisión recaía en Alexandra. Cuando los primeros rayos del sol se filtraron en el cuarto, emprendió el camino de regreso a la fronda. No había nada que pudiera hacer por ella.

«Protégela, prométeme que la protegerás».

Beltane le sería propicio para renovar el pacto que sus ancestros habían hecho con el bosque.

Bealtaine

1 de mayo. Luna de flores

*L*a madrugada previa al primero de mayo, una fina llovizna cayó sobre Esles, realzando el aroma resinoso de la floresta y despertando de su letargo a las enormes aves que la habitaban: búhos, lechuzas y cuervos sobrevolaron las copas de los árboles atraídos por la energía que exudaba la tierra.

Tras la bendición de los panes en Lammass, Beltane era una de las fechas más importantes en el pueblo. Se ataban cintas rojas en las colas del ganado para evitar que los *trentis* los robaran y se colocaban flores, ramas de fresno y madreelva en puertas y ventanas contra la visita de los *sidhes*. Ese día, la iglesia cerraba sus puertas, pues la cosecha poco tenía que ver con ella. A la punta del palo de mayo se sujetaban cintas de diversos colores para que las muchachas solteras bailaran a su alrededor y en torno a la plaza principal se encendían enormes hogueras para honrar a Belenos. Las mujeres se afanaban durante la semana previa, preparando refrigerios con huevo, bollos de avena,

leche, cerveza y natillas. Por la mañana, los hombres conducían el ganado a las afueras de la aldea, hacia los pastos verdes, como bendición de los campos. Al mediodía, presentaban a la Reina de Mayo: la muchacha más bella del pueblo, a quien llenaban de flores. Algunos jóvenes probaban su valía saltando tres veces sobre el fuego. Y al caer la noche, cuando todos estaban borrachos y atiborrados de comida, los más viejos se marchaban a dormir y los mozos dejaban atrás sus inhibiciones y se unían a los ritos de Bealtaine, a la unión que fecundaba la Tierra.

Al ascender el collado en compañía de Katherine e Iana para preparar la hoguera de mayo, no pude evitar sentir que algo iba mal. El día era cálido, aunque bajo aquella pátina bochornosa podía notar un ligero regusto pútrido que no hizo más que inquietarme. A diferencia de los aldeanos, Katherine había matado una cabra para derramar su sangre alrededor del terreno y verterla en las llamas. Además, a lo largo del último mes nos dimos a la tarea de juntar un montón de ramas para crear una fogata tan grande que se vería a varios metros a la redonda. Durante años había evitado los ritos de apareamiento, aunque siempre participaba en la fiesta de los fuegos. Los evitaba, no por temor, sino porque sabía que los oráculos debían mantenerse inmaculados hasta alcanzar la madurez sexual, cuando copulaban con los dioses. Sin embargo, aquel era el Beltane previo al Samhain en el que alcanzaría la plenitud de mi cuerpo. Mientras pensaba en eso, recordé la pregunta que le había hecho a Katherine tres años antes:

–¿Cómo sabré a quién elegir?

Mi tía sonrió, como si mi pregunta le resultara graciosa.

–No es necesario, *a nighean* –respondió finalmente–. Tu instinto te guiará a su encuentro. Aunque, si decidieras aparearte con un hombre después de Samhain, ya nada sería igual. Él vertería su semen en tu interior y te llenarías con su

aura y sus secretos; pero puedes no sentir placer al hacerlo, sólo hambre.

–¿Y qué pasará con él? –inquirí luego de un rato, durante el cual cavilé respecto a lo que acababa de decirme.

–Nada. No recordará lo que le robaste. Ni siquiera se acordará de tu rostro si tú lo prefieres.

En todo ese tiempo había visto a varias muchachas perder su virginidad durante la noche de las hogueras. Algunas enfermaban –al descubrir su agravio o contraer la sífilis– y otras parían nueve meses después. Los niños engendrados esa noche se consideraban especiales y bendecidos, aunque pocos lo eran en realidad. Yo no corría tal riesgo, aun cuando mi sangrado había terminado medio mes atrás y mi cuerpo fuera fértil, puesto que había seguido las instrucciones de Iana al masticar semillas de saúco.

La mañana de Beltane me levanté temprano y fui al río a lavarme. Después me puse un vestido blanco que había pertenecido a mi madre y solté mi cabello para que cayera libremente a mi espalda. A lo largo de la última semana habíamos preparado pan con miel y queso de cabra, además de odres de vino y jarras de leche para saciar el apetito de los amantes exhaustos.

Abandonamos el caserío tras el crepúsculo, cuando los árboles se convertían en sombras ignotas. La luna estaba casi llena y sus rayos dotaban el bosque de una luminiscencia plateada semejante al mercurio. Atravesar el soto era como adentrarse en un mundo distinto, subacuático. Aquella impresión se disipó cuando percibí el aroma de las flores y las maderas dulces que se consumían en lo alto de la colina. Al igual que en la visión del Gran Matrimonio, alguien tocaba la flauta, cuyas notas se entremezclaban con el ritmo pausado de los *bodhráns*. La música se elevaba por encima de las parejas que bailaban alrededor de la hoguera. No sabía de dónde habían salido esas personas, pero no importaba; la mayoría eran descendientes del pueblo blanco.

A la mañana siguiente olvidarían que estuvieron en la colina y sólo recordarían el placer vivido durante la noche. Al llegar a la cima, una mujer de mediana edad a la que no conocía nos ofreció guirnaldas de distintos colores. Luego de aceptar una, rodeé la hoguera hasta encontrarme con Iana. Una sonrisa se dibujó en su semblante al tomarme de la mano para hacerme girar en un círculo bajo su cuerpo, en el que sólo había espacio para las dos.

Después de un rato, alguien nos ofreció vino para saciar nuestra sed, pero, al poner el pellejo contra mi boca, se derramó sobre el escote de mi vestido, donde mi corazón parecía a punto de estallar. Rápidamente el alcohol y el deseo que consumían nuestros cuerpos transformó aquel baile en una danza descaradamente sensual. Me sentía libre como un ave a punto de remontar el vuelo y armada de un valor del que no me conocía poseedora, acaricié el cabello de Iana hasta sus clavículas y luego descendí hasta su pecho. Mis dedos parecieron fundirse con el latido desbocado de su corazón.

No dejamos de bailar ni siquiera cuando un muchacho nos entregó un muñeco de paja ni cuando lo arrojamos al fuego antes de lanzar un deseo silencioso a la Madre. La música comenzaba a sofocarme y el fuego parecía reptar entre mis muslos. Katherine cogió mi mano justo en el instante en que todos los bailarines formamos varios círculos concéntricos alrededor de la hoguera. Sentí el ardor de las cenizas contra las plantas de mis pies, pero, en lugar de dolerme, enardecieron el calor de mi cuerpo. Conforme pasaban las horas, la colina se iba llenando de risas y cantos cada vez más obscenos. Las parejas comenzaron a desaparecer entre los arbustos. Iana me dio un último apretón antes de tomar la mano de un joven de cabello rubio.

«¿Estarás bien?», pareció preguntar.

Asentí y liberé sus dedos. Hacía rato que Katherine se había marchado con un romaní de ojos verdes.

La oscuridad continuó ascendiendo. Pasada la medianoche, la música dejó de sonar, dando paso a un silencio tan denso que

parecía antinatural. Sólo los ocasionales ruidos de los amantes a nuestro alrededor rompían aquella quietud. Casi todos se habían marchado, únicamente quedábamos un par de muchachas, unos cuantos jovencitos y yo. El viento acarició la colina, erizando la piel bajo mi vestido. Ya no me sentía borracha y sabía que poco faltaba para que me quedara sola en el centro de la montaña. Aburrída, eché a andar alrededor de la hoguera, cada vez más consciente del deseo palpitante entre mis piernas.

«Seré un hombre para ti».

Los recuerdos del Gran Matrimonio empañaban mi visión cuando me topé con la mirada torva de un hombre que me observaba desde el otro lado de la fogata. Se trataba de un esclavo joven y robusto, cuya aura vagamente azul brillaba contra el cielo. Su pecho desnudo estaba cubierto de sudor y deliciosamente cincelado en abenuz. El muchacho rodeó la hoguera con la elegancia propia de un predador al acecho. Apenas y reparé en los pasos que di para ir a su encuentro cuando me sujetó por la cintura. Al notar el contacto de sus manos contra la punta de mis pezones, no pude evitar sentirme como un conejo asustado, como la niña que aún era. De repente, apretó sus labios suaves y llenos contra los míos, haciéndome consciente de la longitud de su cuerpo y de la necesidad de su sexo. En un acto puramente animal, gemí, aferrándome a sus hombros mientras besaba mi cuello. Su piel sabía al almizcle de su deseo, a heno, a tierra y humanidad.

Hablaba en el idioma de los guerreros zulúes, pero sus palabras no significaban nada para mí, sólo su contacto y el color dorado de sus ojos cuando alzó la cabeza para volver a besarme.

«Seré un hombre para ti».

«No así».

No así.

Era Bealtaine y la luna se ocultaba en algún lugar del éter, tras el espeso manto de nubes oscuras. La doncella de cabello castaño

aguardaba la llegada del Ciervo Macho. Esa noche ella era la Diosa que debía unirse con el Hombre Verde. Mas la joven esperó durante horas, pero nadie acudió a su encuentro. La brisa cada vez más fría hizo que rodeara su cuerpo con los brazos. Tembló de anticipación, a sabiendas de que si la Madre la rechazaba, debería servir de alimento. No se atrevía a escapar, aun cuando todos sus sentidos le gritaban que lo hiciera. En lugar de eso, se ovilló en el centro del crómlech para aguardar las primeras luces.

Al cabo, las sombras previas al alba se convirtieron en mujeres. Las mismas que la habían amamantado y educado desde que fuera una criatura de brazos. No luchó cuando cortaron su garganta ni cuando su sangre bañó el suelo. Yacía muerta cuando desgarraron su cuerpo como bestias salvajes. Y una vez que royeron sus huesos, llamaron a los muertos.

Un aullido turbó el silencio del bosque. La muchacha de cabellos negros esperaba, oculta entre los menhires, allí donde sólo la luna y los desencarnados le hacían compañía. Decían que era un dios; un dios olvidado, maldito. Un lobo enorme de pelaje plateado, cuyos ojos encendieron el bosque con su deseo, cruzó la arboleda. Atraído por el aroma fecundo de la hembra, el dios lobo se acercó a las piedras. Conforme se internaba en el claro, adquiría cuerpo de hombre. Aquella era la misma mujer con la que se había apareado un año atrás y de la que no podía separarse excepto durante las noches de luna llena, cuando el fulgor de la Madre dejaba al descubierto su presencia.

Amaris.

Estaba muerta de frío cuando desperté. El joven con el que debí compartir la noche se había marchado. Sentía todo el cuerpo adolorido, pero no por la unión no consumada, sino por el entumecimiento de mis extremidades. La luna había sido sustituida por la niebla del amanecer. Me hallaba cerca de la hoguera, de cuya presencia sólo quedaban los restos ennegrecidos.

Sabía que algo iba mal, pues pese a la salida del sol, el bosque continuaba en silencio. Ni siquiera el trino de las aves rompía aquella quietud.

–Amaris –la voz de Katherine se abrió paso en el mutismo de la colina y en las brumas de mi mente–. Amaris, debemos irnos.

–¿Qué pasa? –inquirí al verla.

Continuaba aturdida, incapaz de procesar la ausencia de vida en el otero.

Están muertos. Me explicó, al tiempo que se detenía a mi lado.

Su ropa se había convertido en un paño mugriento y su cabello era una maraña de barro y hojas. Al igual que yo, mi tía parecía consternada, aunque por un motivo distinto. No obstante, fueron sus manos cubiertas de sangre las que finalmente lograron hacerme reaccionar.

Los tuve que matar. Dijo con tono monocorde mientras extendía la mano para ayudarme.

–¿Dónde está Iana? –fue la única pregunta coherente que logré proferir ante su confesión.

–Ha encendido una pira para quemar los cuerpos. Vamos, debemos marcharnos antes de que la niebla desaparezca.

La seguí a tientas colina abajo. Iana se encontraba en el nacimiento de la montaña, en un pequeño claro que servía para el fuego que se alimentaba de los cuerpos apilados de cualquier modo. No tardé en dar con el joven con el que estuve a punto de copular. Su piel había perdido todo rastro de esplendor y los cuervos le habían arrancado los ojos. Su aura ya no brillaba con aquel peculiar tono añil que tanto me atraía. Comprender lo acaecido no hizo más que tranquilizarme. Al menos el espíritu había perdido a su anfitrión. Aparté la mirada en cuanto el fuego comenzó a devorarlo.

Pronto, el aroma de la carne calcinada inundó la fronda. Aquel Bealtaine la Diosa recibió una ofrenda mayor, como an-

taño hiciera la gente blanca, puesto que una libación de vino y sangre de cabra no era suficiente. Por segunda vez en menos de una semana la tormenta desató su cólera sobre el bosque de Esles. Primero, vino el viento que disipó las cenizas y después, la lluvia que lavó todo rastro del sacrificio.

—En unos días se irán a Inverness. Ya está acordado —la voz de Katherine era apenas un susurro. Mientras la escuchaba, me di cuenta de que aquella madrugada se había sumido en un trance del que incluso en ese momento era incapaz de salir. Hacía horas que el fuego se había apagado y nos hallábamos al resguardo del pórtico del caserío. La luz diurna dio paso al fragor de la borrasca y tanto Iana como yo nos encontrábamos demasiado agotadas para discutir—. Lo he decidido esta mañana —continuó, y tras un leve silencio en el que pareció recordar algo más, añadió a modo de explicación—: Beatrix me dijo que Rebecca deseaba que la acompañaran a Escocia. Creo que es una buena oportunidad para que permanezcan alejadas por un tiempo.

La noche de los fuegos

Era pasada la medianoche cuando la mujer se internó en la ermita. El intenso aroma a humedad se aferraba a cada piedra y listón de madera con el que fuera construida. Otrora sus cimientos habían pertenecido a un santuario más antiguo. Una vez en la nave, se encaminó hacia la estatuilla de la Virgen, encendió una vela frente a la efigie y se arrodilló como si se dispusiera a rezar. Oculta tras un velo oscuro, cerró los ojos y dejó que los recuerdos la arrastraran al fondo cavernoso de su memoria. Lucrecia Castilla siempre había albergado la creencia de que la guerra que libraba era con el pasado. El pasado definía el destino que esperaba inexorable a cumplirse. Ahí estaba, su fallo más grande: el nacimiento de su hija. La única que había podido procrear tras años de intentos fallidos. La fertilidad en su familia siempre fue difícil y la mayoría culminaba en la muerte. Sus entrañas eran débiles, pues no poseían sangre de la Isla Sagrada ni pertenecían a un linaje antiguo como las Antigü, pero eran lo suficientemente fuertes para sobrevivir tras la caída de los Antiguos. Hasta el nacimiento de su hija. María. Como la Santísima Madre.

María, como la Virgen que había alumbrado a un ser mitad hombre, mitad dios. Su hija, quien naciera enferma. Carecía de fuerza suficiente para transitar la senda de la Diosa. De haberlo intentado, habría podido expulsarla de su cuerpo antes del nacimiento. Un ser débil como ella sólo era una carga, pero la había parido y al hacerlo, le entregó lo único que podía darle: la ignorancia. Aun así, la niña sintió la llamada de la Madre y la necesidad de acudir al bosque para bailar desnuda bajo la luna. La crio ajena a la fronda y a sus secretos. A los dieciséis años le concertó un buen matrimonio con un viudo veinte años mayor. Su hija se había desposado a las puertas de la iglesia en la que ahora se encontraba. Con el tiempo, fue evidente que, a diferencia de ella, María era capaz de procrear. Sin embargo, la semilla de su marido era exigua, estéril.

La muchacha estaba desesperada. Los abortos la estaban matando. Ésa fue la razón por la que acudió a su madre como último recurso. Tras oír sus ruegos, Lucrecia le había preparado un paquete de hierbas que debía hervir para fortalecer sus entrañas y retener la simiente de su yerno. Su hija bebió la infusión, pero, en lugar de calentar el lecho conyugal, se internó en el soto y finalmente quedó encinta. Cuatro meses después saltó por la ventana de su habitación y se rompió la cabeza contra las piedras. Ése fue el primer paso. Mientras los restos de su hija servían a modo de ofrenda, su *coven* sufría una pérdida de la que incluso en ese momento, veinte años después, eran incapaces de reponerse. La hija mayor de Vivian había desaparecido; sólo Lucrecia sabía la verdad, pues la había visto en las entrañas de María.

Elizabeth se desvaneció en el aire como si nunca hubiera existido. Su madre buscó por todo el continente, pero fue incapaz de encontrarla. Tras su fuga, la salud de Vivian comenzó a menguar, mas aún le quedaba una hija, demasiado joven e inexperta y que, al igual que su hermana mayor, se marchó ocho años después. Al regresar, se había convertido en una mujer a

cuya mano se aferraba una cría que, les aseguró, se trataba de su sobrina. De cabello azabache y ojos de distinto color, Amaris se comportaba como una criatura salvaje, irascible. Criada por una desequilibrada mental, la niña se negaba a hablar en otra lengua que no fuera la de las montañas, incluso después de demostrar su aptitud para aprender el idioma de los hombres. Sabía leer y escribir, conocía los nombres de las luminarias y sus movimientos y el poder de las plantas y sus lunaciones. A su llegada, fue evidente que la niña estaba enferma; tenía los labios azules y sufría constantes jaquecas que provocaban el sangrado de su nariz, pero se movía como una sombra y sus ojos eran la muestra indiscutible de que lo que la aquejara era distinto a lo que había matado a María. Amaris era un oráculo, el recipiente de los dioses.

Vivian murió un mes después de conocer a su nieta. Tras la muerte de su líder, la decisión fue simple: Lucrecia tomaría su lugar o la vida de la chiquilla. Sabía que no confiaban en ella, que la obedecían sólo porque Katherine así lo decidió, pero ya no importaba. Hacía años que Lucrecia le había dado la espalda a la Madre. Ya ni siquiera se molestaba cuando Katherine ocupaba su lugar en las noches de poder, porque para ella había algo mejor que hincar la rodilla frente a una deidad desconocida para sus ancestros.

Beatrix despertó al sentir la caricia gélida de la muerte instaurarse en sus huesos. Antes de levantarse, se envolvió con una manta y atravesó la habitación hasta la ventana. Desde su posición era fácil vislumbrar el puerto. Esa noche había sido Beltane y por primera vez no asistió a la colina; sin embargo, eso no le impidió unirse a los ritos de fecundidad. Quitó la piel que cubría la ventana para que el viento salino despejara su mente y fijó la mirada en el horizonte, donde el sol continuaba oculto tras las montañas. Lamió sus dedos y con su saliva trazó la runa *Inguz* en el dintel, luego se arrancó un mechón de cabello y lo arrojó

al viento. Tuvieron que pasar varios minutos antes de que notara un ligero parpadeo en sus pensamientos. Cerró los ojos y vislumbró los senderos y caminos nudosos que la guiaron a través de la fronda hasta las brasas moribundas. Rebecca estaba bien, al igual que Alexandra.

Abstraída como se encontraba, apenas y reparó en la presencia de su amante. Él la rodeó con sus brazos erizados por el frío, deseoso de volver a la cama. Beatrix lo siguió con docilidad y una vez que su compañero nocturno la penetró, cortó su garganta y le arrancó el corazón para alimentarse con él. Beatrix cayó a su lado con los ojos en blanco y la boca llena de sangre. La habitación desapareció y en la oscuridad las estrellas formaron un patrón. El aire se impregnó de humo y del aroma de los huesos carbonizados. Sintió el hambre del bosque, la sangre fluyendo a través de las raíces de los árboles que, como venas, alimentaban su corazón. Y las vio a ellas al pie de la montaña mientras los cuerpos humanos se convertían en el combustible del fuego más grande que había contemplado.

Tras mucho pensarlo, Rebecca decidió ascender el collado. En la cima se encontró ante la hoguera y los bailarines a su alrededor. Alguien colocó una corona de flores en su cabeza, pero apenas y notó aquel gesto, pues sólo tenía ojos para Amaris e Iana. No pudo evitar sonreír al verlas besarse y después reír como un par de crías que juegan en el bosque. Siempre envidió su relación; la complicidad y la forma en la que se seguían la una a la otra. Tardó varios años en superar los celos y entender que se amaban no sólo como amantes, sino como hermanas que lo habían perdido todo y que sólo se tenían la una a la otra. El amor era feroz y enfermizo, siempre lo había sabido, pero aquello era distinto.

Sintiéndose como una intrusa, apartó la mirada y volvió sobre sus pasos hasta la habitación de William. Él no se mostró gentil con ella, pero Rebecca no deseaba que lo fuera. Le dolió

abrir las piernas para él y la brutalidad con la que se movía en su interior. Su unión poco tenía que ver con el cariño o el deseo, sólo era dolor e ira. Una vez que acabaron, Rebecca lo rodeó con su cuerpo. Entonces recostó la cabeza en su pecho y dejó que el sueño se llevara los restos de miedo. «Todo ha pasado», se obligó a pensar, tratando de distraer su mente de la sangre entre sus muslos. No soñó con la criatura que durante un par de meses había nadado en su interior y que a menudo imaginaba agitándose como un pez fuera del agua. Su muerte ya no la perturbaría. En su lugar, soñó con el fuego que devoraba el bosque, con las llamas que convertían en antorchas a los árboles milenarios. Fue el aroma de la muerte lo que la hizo abrir los ojos. Afortunadamente estaba vestida cuando se precipitó escaleras abajo.

–Becca.

Se volvió con brusquedad al escuchar su nombre. Alexandra se encontraba en el umbral de su habitación. También ella lo había sentido. Estaba débil, necesitaba de su prima para que la llevara al jardín donde descubrieron el humo que se alzaba por encima de Esles.

Cada vez que creía que ya no tenía más lágrimas para derramar, se sorprendía llorando. Alexandra se hizo un ovillo, protegiendo su vientre, y cerró los ojos. Al atardecer había empezado a sangrar. Apenas una mancha en su camisón, pero lo suficiente para temer por la criatura. No podía ser más que un gránulo en su útero, mas estaba segura de que ya poseía la forma de un humano diminuto. Una lágrima descendió por su mejilla mientras aguardaba el amanecer para intentar levantarse y lavar su camisola. Permaneció despierta incluso después de que la fogata muriera en lo alto del collado. Continuaba despierta cuando la hoguera ardió al pie de las montañas y escuchó el rechinado de una puerta al abrirse.

«Rebecca».

Con un esfuerzo sobrehumano se puso en pie, apoyando una mano bajo su vientre, como si de ese modo pudiera retener a la criatura y mantener el equilibrio al mismo tiempo. Ignorando el dolor y la sangre que continuaba manando y la sensación de inseguridad que le causaba el diminuto ser que habitaba su útero, abrió la puerta. Su prima acababa de descender las escaleras cuando la llamó. Rebecca la ayudó a bajar y la guio hasta el jardín, luego la acomodó cerca de la fuente. Alexandra casi podía sentir el calor de las pavesas contra su piel. En un gesto inconsciente apretó el hombro de Rebecca para captar su atención.

–Ve al bosque y búscalas. Te necesitarán para lo que está por venir.

Su prima no respondió, en su lugar cogió su mano.

–Lo siento –murmuró con voz rota, como la de una niña pequeña–. No te voy a abandonar. Iremos al bosque juntas.

Nueva sangre manó entre las piernas de Alexandra, al tiempo que aceptaba el apoyo que Rebecca le ofrecía.

Donde las luminarias encuentran el caos

Las mujeres Antigü llegaron al caer la noche, después de que la tormenta diera paso a una llovizna constante, cuyas gotas enturbiaban el exterior, convirtiendo el bosque en un espectro sombrío. Sólo había pasado un día desde Beltane, mas era como si hubieran transcurrido meses desde lo acaecido, aun cuando apenas había logrado conciliar el sueño, pues cada vez que cerraba los ojos volvía a oler el humo y la sangre, a ver el destello del fuego sobre la carne oscura y a escuchar los graznidos de los cuervos. El dolor de cabeza, al igual que las sombras negras, seguían ahí, del mismo modo que el sabor de la bilis en mi garganta; pero era fácil ignorarlos. Los rasguños en mis brazos y en mi rostro ni siquiera me parecían importantes. Salí de mi ensimismamiento al comprobar que el cristal de la ventana se empañaba rápidamente con mi aliento; lo froté con la manga de mi vestido para verlas detenerse en el límite del claro. No pasó más de un minuto antes de que la puerta principal se abriera, derramando la luz de su interior sobre las recién llegadas. Katherine salió poco después, yendo

a su encuentro y tras lo que me pareció un breve intercambio de palabras, entraron en la casa.

Desde jóvenes se nos educaba a servir a la Diosa y al *coven* al que pertenecíamos como si de un enjambre se tratara. Se nos permitía alejarnos, pero era imposible darle la espalda a nuestra naturaleza y marcharnos del todo. Y aunque Lucrecia era la líder de nuestro *coven*, hacía tiempo que Beatrix había demostrado su lealtad con Katherine en contra de nuestras leyes. A cambio, mi tía le brindaba la protección de la fronda, por lo que supuse que era esa misma necesidad la que las había llevado hasta el bosque. Tardé un rato en decidirme a bajar. Finalmente, abrí la puerta y me interné en el pasillo. Me encontraba a medio corredor, cuando la puerta detrás de mí se abrió repentinamente, revelando a Iana, quien me miró con sorpresa. Su rostro estaba lívido. Luego de recomponerse, se llevó el dedo a los labios para indicarme que guardara silencio; me tomó del brazo y me llevó hasta el rellano de las escaleras.

Es Alexandra. Me explicó antes de que pudiera formular pregunta alguna. Está encinta. Ha perdido mucha sangre y necesita descansar, por eso la han traído. Le he dado un poco de láudano para ayudarla a dormir, pero, si el sangrado continúa, no pasará de esta noche.

¿Katherine lo sabe?

Iana asintió.

—Ven, Rebecca está con ella.

Bajamos las escaleras y fuimos a la cocina. Iana encendió el fuego del hogar para preparar un cocimiento con hojas de framuesa, ortiga y rosa silvestre que había traído del herbolario. Después, colocó una bandeja de galletas de avena en la mesa.

—¿Estás segura? —inquirí mientras cogía una galleta y la partía por la mitad.

Desde el día anterior sentía un nudo en el estómago que me había impedido comer y aquel era mi primer bocado en mucho tiempo. Una vez que las náuseas cedieron, comí la otra mitad.

Alcé la mirada cuando Iana se sentó frente a mí. A la luz de las llamas pude notar las profundas ojeras que rodeaban sus ojos.

–Todos los síntomas están ahí –respondió, frotándose el rostro con cansancio–. Su olor empieza a cambiar. Le pregunté si quería deshacerse de él antes de que Beatrix la obligara a parirlo, pero... supongo que necesita tiempo para pensarlo. Además, las hemorragias pueden contribuir al aborto.

–¿Crees que sería lo mejor?

Iana se encogió de hombros y tomó una galleta.

–Aún es pronto para saberlo. Todo depende de su progreso y de lo que ocurra esta noche. Sólo tiene una semana y el sangrado debería haberse presentado en un par de días. El crecimiento de la criatura no parece normal, pero podría no ser nada. He visto a mujeres sangrar durante los primeros meses, casi siempre son embarazos complicados y pocos llegan a término. Si el feto está enfermo, su cuerpo lo desechará por sí solo. Sería más fácil así –concluyó, devolviendo la galleta a su lugar.

Rebecca estaba junto al lecho de Alexandra, quien permanecía profundamente dormida. Acostumbrada como estaba a verla siempre resplandeciente, no pude evitar sorprenderme al encontrarla despeinada y con el bajo de su vestido roto y enfangado, dejando al descubierto la desnudez de sus pies. Al igual que Iana, su rostro tenía claras muestras de fatiga. Con las manos en su regazo y la cara vuelta hacia su prima, parecía la estatua de una Virgen. Rebecca estaba tan quieta que por un instante albergué la absurda creencia de que se había convertido en piedra, hasta que pareció volver a la vida al aceptar la taza que Iana le estaba ofreciendo. Al reparar en la piel erizada de sus brazos, cogí una de las mantas del lecho y cubrí sus hombros con ella.

–Gracias –dijo, sujetando la taza entre sus manos.

Asentí en silencio. En realidad no sabía en qué más podía contribuir, así que retrocedí hasta la pared, donde mi presencia dejó de parecerme una intromisión. Al cabo, comprendí que

Iana estaba en lo cierto: el aroma de Alexandra había cambiado, aunque de manera apenas ostensible. No obstante, no pude evitar percatarme del resabio extraño que emanaba su cuerpo.

–No tiene fiebre, eso es buena señal. Al menos podemos descartar que se trate de una infección –Iana apartó la mano de la frente de Alexandra y señaló el té que acababa de darle–. Dale esto en una hora. Despiértala si es necesario.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y Katherine entró, deteniéndose abruptamente al advertir nuestra presencia.

–Rebecca, tu madre me pidió que te dijera que se quedaran esta noche –dijo, como si continuara el hilo de una conversación inexistente–. Pueden dormir arriba si lo prefieren –agregó, como si se le acabara de ocurrir la idea.

Dicho esto, mi tía giró sobre sus talones y se marchó. Vacilé unos segundos antes de resolverme a ir tras ella y una vez en el pasillo, me atreví a llamarla:

–¡Tía!

Katherine no se volvió, tampoco respondió ni noté cambio alguno en su cuerpo que indicara que me había escuchado. Entonces llegó a su cuarto, abrió la puerta e hizo un gesto para que la siguiera. La encontré de espaldas a la puerta, con la mirada fija en el exterior. De pronto, me sentí como una cría que espía a través de un resquicio, pero aquella impresión se disipó en cuanto Katherine se volvió para mirarme. En ese momento estuve segura de que tan sólo un instante antes su cara no estaba compuesta por aquella máscara de inexpresividad. Sólo el ligero temblor de la ventana a punto de romperse la delataba.

–El feto es anormal –dije en voz baja.

La máscara se agrietó cuando sus ojos se detuvieron en mí con fascinación, como si aquella fuera la primera vez que me veía en realidad.

–¿Alguna vez te he dicho cuánto te pareces a ella? –no pronunció su nombre, pero me bastó con ver la sonrisa amarga en su rostro para saber a quién se refería. Aquella era la primera

muestra de vida que daba desde que nos había informado sobre nuestro viaje a Inverness. La ventana dejó de temblar—. ¿Cómo lo sabes? —inquirió, sacándome de mi ensimismamiento—, ¿cómo puedes saber que la criatura es anormal? Es demasiado pronto para estar segura.

Me encogí de hombros, incómoda ante su escrutinio.

«¿Qué es lo que ves, muchacha?», pareció preguntarme, pero no podía saberlo con certeza, pues había cerrado su mente a cualquier intrusión desde Beltane.

—Es un presentimiento.

Katherine inspiró hondo. No me creía, pero tampoco me presionó, se limitó a menear la cabeza como si no estuviera del todo segura de lo que podía contarme.

—Es una posibilidad que no deberíamos descartar, *mo nighean* —contestó finalmente—. De lo contrario, lo perderá.

—El feto —insistí—, ¿es como el hijo de Mireya?

Mi tía no respondió de inmediato. Se sentó en la orilla de la cama y palmeó el lugar a su lado para que la acompañara, después levantó la falda de su vestido y llamó a su *familiar* para alimentarlo. Se trataba de gestos puramente maquinales, carentes de otro propósito que no fuera mantenerse en movimiento.

—Siempre supe que tendría que hablar de esto contigo, aunque creí que contaría con más tiempo para hacerlo —cogió mi mano y la apretó con fuerza. Sus dedos estaban fríos y temblorosos—. No puedo decir que no te entienda, sería absurdo, porque, al igual que tú, fui joven e impetuosa y deseaba saberlo todo, incluso lo que era mejor ignorar. Mi madre tampoco se mostraba comunicativa conmigo, decía que las Ancianas me lo explicarían a su tiempo y cuando por fin me lo contó, preferí que no lo hubiera hecho. Hay cosas que no podré decirte hasta Samhain y otras que deberás averiguar por ti misma, pero *esto* es algo que necesitas saber: tienes razón al creer que la criatura no es normal, al igual que el hijo de Mireya. No es algo que pase con frecuencia, pero a veces ocurre; este, llamémosle

accidente natural, a falta de un concepto más acertado. No formamos parte del árbol genealógico de la humanidad y es algo que no deberíamos olvidar, aunque poseamos su sangre.

Tenía los ojos velados, como los de un ciego, y su voz había adquirido la cadencia hipnótica de quien se abstrae en sus recuerdos más profundos.

—Tampoco lo entendí del todo cuando mi madre me lo explicó. Tuve que verlo con mis propios ojos. Sabía que existían historias al respecto, claro, pero eran sólo eso: leyendas absurdas que ya nadie creía. Sin embargo, hace cinco años, cuando Lucrecia me envió a Marsella sin mayor conocimiento que una dirección y el nombre de una mujer que llevaba un mes desaparecida, pude comprobar la veracidad de las historias por mí misma. Nadie poseía información que contribuyera a mi búsqueda y cuando la encontré, un par de meses después, era demasiado tarde. No puedo decir que haya sufrido un aborto, porque no fue exactamente lo que ocurrió. Según ella, había dado a luz a un monstruo que murió poco después de nacer. No pudo decirme mucho más, así que corté su garganta.

El silencio que se había instalado en la habitación era pasmoso. Me apretó la mano con fuerza, tanta que escuché el crujido de mis huesos; no obstante, no emití queja alguna.

—Como te dije antes, no es algo que ocurra a menudo y tampoco sé cuál es la naturaleza de dichos *abortos*. Quizá se trate de una anomalía natural después de tanto tiempo entre los hombres. Pero cuando pasa, las madres no sobreviven; en el mejor de los casos, los expulsan y la hemorragia termina matándolas.

—¿Y el padre? —susurré, temiendo que dejara de hablar si la interrumpía.

Al escucharme, Katherine parpadeó, volviendo al presente. Bajó la mirada y al reparar en nuestras manos, me soltó y negó con la cabeza.

—Podría tratarse de cualquiera. Un hombre de aura azul que deja preñada a una hembra de nuestro pueblo no es algo extraño.

–No, pero Mireya fue violada y quien quiera que lo haya hecho debía saber lo que iba a pasar.

–Sí y es algo que estoy tratando de averiguar –replicó. Su voz era cortante.

Katherine fijó la mirada en la ventana durante varios minutos, tantos que creí que no volvería a hablar. Al cabo, levantó la mano y acarició mi mejilla.

–Es tarde –dijo con aire distraído–. Te ves exhausta, deberías ir a la cama.

No discutí ante su abrupto cambio de tema. Sabía que era mejor no hacerlo y lo cierto es que tenía razón. Asentí y le di las buenas noches, luego salí de su cuarto, abandonándola con lo que creí eran los secretos que había jurado guardar y los fantasmas que acechaban su memoria.

Así, envuelta por aquel halo mortecino proveniente del exterior, parecía tratarse de un ser feérico que amenazaba con desaparecer en cualquier momento. Como mi madre.

«Elizabeth», el nombre que ninguna de las dos se atrevía a pronunciar en voz alta, ya fuera por miedo, por dolor o por simple costumbre.

«¿Qué es lo que ves, muchacha?».

Vaticinios de guerra

Los tratados de los hombres aseguraban que las brujas podían volar, que usaban las ramas de los árboles para remontar el vuelo durante la tormenta. La niña de cabellos rojos soñaba con poder hacerlo, con surcar el cielo y observar desde lo alto el bosque que la vio nacer, conocer el mundo y sus confines. Soñaba con ver los ríos, mares y lagos más allá de la floresta, así como los grandes asentamientos en el oriente y el sur, tal y como los retrataba su viejo libro de cartografía. Constantemente se encontraba mirando las estrellas, con un anhelo casi doloroso, como si pudiera evocar el tiempo en el que había pertenecido a ellas, antes de la tierra. Pero sólo era una cría incapaz de acordarse de sus vidas pasadas. Por su parte, su hermana mayor sentía el llamado del agua, de las profundidades y de los ríos subterráneos que atravesaban la tierra y cada vez que iban al puerto, afirmaba que podía escuchar a los seres del océano.

Durante años, Katherine había fastidiado a Elizabeth para que le contara las historias de las pobres mujeres que fueran

condenadas al fuego. Con el tiempo, empezó a coleccionar las leyendas y cuentos de brujas que volaban montadas en escobas al amparo de la noche. Sin embargo, fue su madre quien le habló de ellos: de *los hombres espíritu*. Le dijo que habían desaparecido, que era probable que ni siquiera existieran en realidad. No hablaba mucho al respecto, pero cuando lo hacía, Katherine la escuchaba con atención. Según la leyenda, pertenecían al pueblo blanco y al igual que sus ancestros, eran más viejos que las pirámides y la humanidad. Aunque no eran como ellas, sino bestias salvajes, primitivas: mitad espíritu, mitad animal; capaces de imitar la forma humana. Osos, lobos y ciervos.

–La niña que sueña con ser un ave –le decía su hermana siempre que la encontraba observando a las cornejas sobrevolar las copas de los árboles–. ¿Qué haces ahí, *Pajarillo*?

Katherine solía señalar el cielo y a las aves que lo surcaban. Entonces, Ealasaíd se sentaba a su lado y la subía a su regazo.

–¿Sabes lo que son, *piuthar*? –su hermana negó con la cabeza–. Cuervos, pájaros de guerra. Se alimentan con la carne de los muertos al igual que nosotras. Ellos saben cuándo se avecina una batalla.

Después de eso, tomó su mano y la apartó de la ventana. Katherine amaba a su hermana. Le encantaba jugar con ella al escondite y atiborrarse de dulces a escondidas de su madre. Con los años, alguien afirmaría que eran idénticas: una niña pelirroja que miraba las nubes con fascinación y una moza de gran belleza cuya mente empezaba a enturbiarse. Elizabeth era la favorita de su madre y quien heredaría sus responsabilidades. A Katherine nunca le importó, estaba feliz con el papel que le había tocado y no sentía envidia de su hermana ni anhelo por poseer su carácter y gracia. Al contrario, admiraba a Elizabeth, a la muchacha que solía llamarla «Pajarillo» cuando la sentaba en sus piernas y le enseñaba el nombre de los planetas.

Tal vez fue esa misma devoción la que le impidió ver la realidad: que su hermana había enloquecido. A Katherine nunca le importó que Elizabeth se mostrara violenta y distante, ni que a menudo estuviera segura de que no era su hermana mayor quien la miraba a través de sus ojos.

«¿Por qué lo hiciste?», se preguntaba constantemente luego de que su hermana se marchara aquella noche sin luna en la que había despertado cubierta con la sangre del *familiar* de Elizabeth. La sangre destinada a esconder su rastro.

«¿Por qué me dejaste?». La pregunta seguía ahí, clavada en su mente, en sus recuerdos. Incluso después de abandonar su hogar para cruzar el mar céltico.

«Pajarillo».

El viaje la cambió para siempre cuando encontró a su sobrina en el círculo de piedras y fue en el mismo monolito donde descubrió que las leyendas eran reales.

«Protégela, prométeme que la protegerás».

QUINTA PARTE

Eqvos: Sarsgrum

Pós bean ón sliabh agus pósfaidh tú an sliabh.²

Viejo proverbio gaélico

2 «Cásate con una mujer en la montaña y te casarás con la montaña».

Punto de partida

Le Havre, Francia
Junio. Luna de fuerte sol

Dicen que la luna modifica la conducta de las bestias, que fructifica la cosecha, que influye en el ciclo femenino y controla los océanos; que su magnetismo es capaz de hundir barcos y enloquecer a los hombres. Era su luz la que nos guiaba en la oscuridad y por medio de la cual, durante las noches, nos fortalecíamos. Cada cambio, cada giro en ella nos perturbaba. Y era también la luna el único orbe que se negaba a someterse, a dominarse por los designios de los hombres. Por eso debíamos aguardar hasta el plenilunio para emprender el viaje a Escocia, cuando la luna se alineara con la tierra y el sol, elevando la marea.

Amaris.

Me volví con brusquedad, pero la voz sólo estaba en mi cabeza. Aquel aire salino era muy distinto al del bosque que había

dejado atrás. Aún faltaba una hora para que el sol se fundiera con el océano. Estaba consciente de mi olor a sudor y mugre, pero no me diferenciaba mucho del resto de los transeúntes que se paseaban por el puerto. Los murmullos de sus pensamientos eran un molesto ruido de fondo que se fundía con el agudo dolor de cabeza que no disminuía hasta aquella tarde, cuando nos encontramos con Louise, la tía de Rebecca. Entonces me disculpé y subí a dormir en la pequeña habitación que habíamos alquilado. Pronto, los ruidos del puerto enmudecerían cuando los estibadores se marcharan a comer y retozar a las tabernas cercanas, mientras que los navíos continuarían ahí, anclados a la tierra como enormes fósiles que se mecían al ritmo de las olas. En seis días sería luna llena y nuestro barco, al igual que el resto, podría zarpar.

Mi gente solía evitar las ciudades y pueblos cuyos corazones se habían marchitado tras la conquista de los hombres. Ahí donde los árboles que en el pasado fueran nuestros templos habían sido sustituidos por enormes construcciones de piedra, cuyas cruces parecían desafiar el cielo. El olor a fruta podrida y desechos humanos se aferraba al viento marino e incluso el rumor de los desencarnados se veía acallado por las voces de los vivos que abarrotaban el puerto. Las risas estridentes, los gritos y la inmundicia se aferraban a cada rincón de Le Havre. Hacía rato que había sonado la campana del Ángelus. Cerré los ojos e imaginé el rito donde el predicador se encargaba de imitar los rituales arcanos, censurados por las nuevas creencias, si se les podían llamar así, cuando la sangre había sido sustituida por vino y la carne por pan.

«Comed y bebed todos de Él». La nueva religión había robado nuestras tradiciones y demolido nuestros templos, asegurándose de que sólo quedasen las leyendas paganas como remanentes de nuestra existencia. «Alabad a Yhwh, por cuyo nombre se derramó la sangre de los pueblos tribales; sangre que ahogó a los Dioses Antiguos».

–Aquí estás –tardé un instante en comprender que se dirigían a mí y al hacerlo, me giré con brusquedad para encontrarme con Iana–. Deberíamos volver. *Madame Louise* está preocupada por ti.

–Sólo un rato más.

–¿Estás bien? –inquirió, al tiempo que se ponía junto a mí y se volvía hacia el océano, donde el sol comenzaba su descenso.

Tomé aire para afianzarme al presente y a la realidad, a la calidez de aquel crepúsculo de principios de junio. Pronto tendría que volver a la posada para evitar enfrentarme a las voces de los desencarnados. Asentí.

–Es sólo que aquí es imposible escucharla. Es como si todo estuviera muerto.

Iana me tomó del brazo. Sabía a lo que me refería. A mi gente no le importaba el nombre de los países, pueblos o ciudades fundados por los humanos –para nosotros, todos eran iguales–; sólo los bosques. Habíamos aprendido sus nombres porque vivíamos entre ellos, pero lo cierto es que para nosotros no existían las fronteras comerciales o marítimas.

Hacia más de una década que llegué a la península y desde entonces nunca la había abandonado, pero la sensación me resultaba nueva, inquietante y dolorosa en partes iguales. Me sentía desprotegida, como una cría que se dispone a salir de su hogar por primera vez para internarse en la aldea vecina. Conocía a los humanos, pues los trataba esporádicamente, pero el viaje que estábamos por emprender era distinto. Sin árboles para protegerme mientras deambulaba entre sus tortuosos senderos, la ciudad no me era familiar. Para mí, sus callejas estaban muertas: carecían de vida, de color y de una conexión con la Diosa. Finalmente, acepté que Iana me llevara de vuelta a la posada, aunque tardé varias horas en dormirme, pues mis pensamientos iban y venían hacia el bosque que me había protegido durante años, e incluso en el interior de aquel cuartucho maloliente podía sentir las reminiscencias de su palpito.

Amaris.

Partimos a primera hora, cuando los rayos del sol se abrieron paso hasta la cubierta del barco que atravesaría el mar con destino a Inverness, donde nos esperaban los parientes del señor Allanach. Pasado un tiempo, el puerto de Le Havre se convirtió en un manchón multicolor que se fundió con la vastedad del océano. Mi corazón latió con fuerza al reconocer el movimiento bajo mis pies del navío en altamar.

Interludio: *In profundis*

Primero reparó en sus ojos blancos, en la suave membrana transparente que los recubría; después, en sus dedos deformados, reumáticos, semejantes a las garras de un pájaro, de harpía.

«Tú no eres Amaris», pensó Iana mientras contemplaba la frágil figura sentada sobre un viejo tonel con la espalda erguida y las manos descansando en su regazo. Las heridas en sus piernas empezaban a cicatrizar, pero era cuestión de tiempo para que volviera a abrirlas. Incluso desde su posición, a un par de metros de ella, podía oírla susurrar palabras incomprensibles. De algún modo, lo que habitaba dentro de Amaris sabía que Iana estaba ahí, que lo escuchaba.

«¿Quién eres?».

A través del espejo

Inverness, Escocia
Julio. Luna bendita

Comenzaba con un sobresalto; como la sensación de ser arrancado inesperadamente de un sueño profundo y vívido. Al cabo, los pensamientos conscientes se abrían paso a través de mi memoria, dándole lugar a los recuerdos y movimientos físicos. No obstante, la transformación iniciaba cuando cobraba consciencia de poseer huesos y carne recubierta de sudor, así como la pesadez del molesto tejido que los protegía. Mas eran los ruidos los últimos en formarse y convertirse en palabras. Un paso detrás de otro en un proceso que no aceptaba cambios. Alguien había conseguido un espejo para que no me mirara en la superficie del agua, temiendo que pudiera arrastrarme de vuelta al *velo*. Durante el trayecto a Inverness bajé notoriamente de peso. Los huesos de mi cara se marcaban bajo la piel, concibiéndole a mis rasgos un aspecto afilado vagamente inhumano. Sin embargo, eran mis ojos los que sufrieron el mayor cambio, pues había

en ellos una profundidad que no estaba ahí antes. Uno negro y otro gris.

Aparté la mirada, sumiéndome en los recuerdos; tras abandonar Le Havre, la luna continuó llena durante las primeras noches y cuando menguó, empezó la verdadera transición: conforme nos alejábamos de los asentamientos humanos y su influencia, fui perdiendo la noción de los días y de la realidad. Llegada a este punto me entregué al mutismo y al ayuno. Los sueños se convirtieron en visiones: escenas vetustas en las que vi a los Antiguos emerger del océano primigenio y construir los círculos de piedras. Sumida en aquel trance fui testigo de las viejas ceremonias llevadas a cabo en los bosques primordiales, cuyos nombres nunca debían pronunciarse en voz alta, y del fuego que acabó con todo. Permanecí aislada durante la mayor parte del viaje, so pretexto de sentirme débil, y no ingerí otra cosa que no fuera el agua estancada que Iana se empeñaba en ofrecerme. Emergí de aquel estado febril sólo cuando el barco llegó a tierra firme.

—¿Amaris? —la voz de Iana al otro lado de la puerta me sacó de mi abstracción.

Inhalé con fuerza, recomponiéndome lo mejor que pude y abrí la puerta. Al entrar, Iana se quitó la cofia y la capa de viaje y las arrojó sobre la cama.

—Fui con el boticario —dijo, al tiempo que me mostraba un paquetito—. No tiene gran cosa, pero conseguí un poco de lavanda para ayudarte a dormir. Al menos evitará las pesadillas.

—No quiero dormir —afirmé, resuelta.

«Pesadillas» no era la palabra que usaría para describir mis sueños. Era verdad que no deseaba dormir, pues cada vez que cerraba los ojos volvía al mar, a sus voces, a los recuerdos y a la seguridad de su ausencia; a la certeza de que el espíritu me había abandonado a la deriva de mi propio delirio.

–Deberías descansar –insistió–. ¡Bien!, si no piensas dormir, al menos podrías bajar a cenar con los demás para que el señor Allanach abandone la idea de ir a buscar un médico.

Suspiré y acepté a regañadientes. Iana dejó el paquetito de lavanda sobre la mesa y en su lugar cogió el cepillo de marfil. Luego de desenredar mi cabello y hacerme un moño, me apliqué un poco de colorete para ocultar los vestigios del hambre y el insomnio. Una vez que estuvimos de acuerdo en que me veía más o menos presentable, abandoné el cuarto.

William acababa de terminar su cena cuando llegué a la mesa y arguyendo que aún faltaban un par de cosas por hacer antes de reanudar nuestro viaje, se marchó, no sin antes hacer un comentario sobre mi salud y la mejoría de mi aspecto. En la mesa sólo quedaban Rebecca y su tía. Nos sentamos en silencio y tras cortar una rebanada de tarta de cerezas, me la llevé a la boca con la esperanza de no devolverla. Ni siquiera intenté seguir la animada charla que se llevaba a cabo entre tía y sobrina, pero, según pude deducir, Inverness no era nuestro destino final, sino Durness, la tierra de los Mackay. Al parecer, el prometido de Rebecca era el primogénito de una de las hermanas menores del jefe del clan, cuyo esposo poseía una heredad cerca de Sarsgrum. William tenía previsto que abandonáramos Inverness al día siguiente, tras la llegada de su hermano menor.

Me disculpé antes de que la velada llegara a su fin, alegando una jaqueca y volví a la habitación con Iana. Aquella aparición en público, aunque nimia, me había fatigado, así que me apresuré a desvestirme para meterme en la cama, aun cuando me sabía incapaz de dormir. A mi lado, exhausta por el viaje, Iana apagó la vela y se durmió a los pocos minutos. Las sábanas estaban frías y mis pies se sentían helados. Evitando pensar, me concentré en la respiración de mi compañera, en el suave murmullo del océano y en el delicado aleteo de las polillas que revoloteaban alrededor de la ventana, atraídas por la luz mortecina de la luna. No estaba segura de si finalmente había conciliado el

sueño o si me hallaba despierta, o quizá en un punto intermedio de la duermevela, cuando escuché que algo impactaba contra la ventana.

Impulsada por la curiosidad, me incorporé y tras asegurarme de que Iana continuaba profundamente dormida, abandoné el lecho, me dirigí al único ventanuco del cuarto y quité el trozo de cuero que lo protegía. La golondrina debía de haber chocado con la pared, puesto que su cuello estaba roto. Tras de sí sólo quedaba un guñapo de plumas y sangre, cuyo corazón pugnaba por detenerse.

Amaris.

Una exhalación, mas no la quimera que había alimentado mis pensamientos. Alcé la mirada, pero ahí no había nadie, salvo la golondrina y yo. Estábamos solas. Me volví hacia las estrellas e identifiqué al Cazador en el horizonte y también a las Siete Hermanas, apenas visibles en el cielo nocturno. Guiada por un impulso irracional, cogí la golondrina entre mis manos y la llevé al interior de la habitación.

Amaris.

El ave se retorció entre mis dedos una vez más antes de morir. Me senté con ella en la orilla de la cama y pasé los dedos temblorosos por sus alas. Era hermosa con aquel plumaje albo que empezaba a teñirse de carmín. Finalmente, la deposité en mi regazo, como si de esa forma pudiera retenerla.

Observé a una solitaria gaviota sobrevolar el puerto y lanzarse en picada para atrapar algún pez que nadaba cerca de la orilla. El viento litoral, ante la proximidad de la borrasca, revolvió mis cabellos. En las Tierras Altas llovía intempestivamente. Ése era un recuerdo que atesoraba en mi memoria: la constante humedad que perduraba en los árboles, en los caminos y en las casas de piedra. Paseé la mirada por el puerto hasta las bodegas, una de ellas albergaba a los pasajeros que habían sobrevivido a la travesía a través del Canal de la Mancha, con viruela

como única consecuencia. La Muerte Negra hacía años que había desaparecido, pero aún podíamos conjurarla; mas no buscábamos llamar la atención. Aquellos desdichados partieron en el mismo barco que nosotros a principios de junio, pero un súbito temporal nos impidió subir a cubierta durante tres días. Algunos afirmaban que era culpa del *Cirein Croin*. Si ése fue el caso, sólo las vidas humanas aquietaron su cólera.

Me arrebuqué en mi capa, intentando mantener el calor de mi cuerpo. La luz empezaba a cambiar, abriéndose paso a través de la bruma. Decidí salir de la posada antes del amanecer para atestiguar aquella transmutación luminosa apenas perceptible a los ojos humanos, en la que la noche y la profundidad del mar daban paso al astro rey; ese espacio intermedio entre la oscuridad y la luz, cuando los desencarnados volvían al *velo*. De pronto, el aroma del brezo y la turba, y la imagen de los barcos y sus trabajadores se vieron sustituidos por un océano más viejo, por una época remota en la que no existían puertos ni barcos, en la que la isla era habitada por mi pueblo y aún no era profanada por el nacimiento de los hombres. Tenía que reconocer que, pese al empeño de la humanidad por mancillar las montañas que eones atrás fueran habitadas por las razas antiguas, continuaban poseyendo un aire sagrado y atemporal. La isla ocultaba arcanos que sólo eran percibidos por aquellos sensibles a su magia.

Lejos de la influencia de las grandes ciudades, como Londres o Edimburgo, en las Tierras Altas, los fantasmas, duendes y hechiceras todavía caminaban entre su gente, habitando montañas y bosques, así como ríos y valles. Aunque le rezaran a la cruz, era evidente que los montañeses aún creían en los viejos poderes. Ahí, la voz del nuevo dios se mezclaba con el idioma del viento y el murmullo de los dioses sibilinos.

—¡Amaris! —la voz de Iana me devolvió a la realidad.

Al verla acercándose, oculté mis manos, cubiertas de sangre seca, entre los pliegues de mi capa.

–El hermano del señor Allanach acaba de llegar –dijo en cuanto se detuvo a mi lado–. Me pidieron que te dijera que nos marchábamos al mediodía.

La miré de soslayo y saqué una de mis manos para estrechar la suya. Iana se sobresaltó al percibir la frialdad de mi piel, pero no hizo ademán por apartarse. Al contrario, apretó mis dedos gélidos entre los suyos cálidos por el fuego de la posada.

–¿Lo sientes? –inquirí tras permanecer en silencio por varios minutos.

Iana no dijo nada, pero su mutismo me bastó.

Son nuestros recuerdos.

–Es mejor que regresemos –respondió en cambio.

Asentí, incapaz de soltar su mano.

James Allanach era cinco años menor que su hermano William y a diferencia de él, poseía un aura primitiva que captó mi interés de inmediato. El parecido entre ambos era evidente, aunque el hermano menor era más alto y corpulento, su cabello era pelirrojo en lugar de rubio, además de poseer unos rasgos cincelados con destreza para emular la arrogancia de los nórdicos. Donde William parecía el jefe de un barco vikingo, su hermano era un guerrero. James usaba el atavío tradicional de las Tierras Altas: un kilt y una camisa de hilo sobre cuyo pecho cruzaba el tartán de su clan, asegurado con un sencillo broche de plata; una casaca de cuero completaba el conjunto.

El muchacho acababa de llegar de Edimburgo para conocer a su futura cuñada. Cuando me saludó, no pude evitar notar cierta vacilación en sus ojos azules, rasgados como los de un gato. Estaba segura de mi aspecto, pues había mejorado notablemente al encontrarme en la intemperie; lucía más o menos como una muchacha humana, aun así, sabía que cuando los hombres como James me miraban, no veían a una moza, sino a una criatura proveniente del reino del *Aes Sidhe*.

El aguacero se desató justo en el momento en el que la diligencia se detenía frente a la posada. Una vez que Rebecca y su tía estuvieron cómodamente instaladas en su interior, el más joven de los Allanach me ofreció la mano para ayudarme a subir.

–¿Cuánto tardaremos en llegar a Durness? –inquirí en cuanto el carro emprendió la marcha.

–Sí el tiempo sigue así, día y medio –respondió su hermano.

Para cuando abandonamos Inverness, la lluvia se volvió prácticamente incontenible y todo intento de plática se vio obstaculizado por el constante repiqueteo del agua.

–No hay posadas hasta Durness –comentó pensativo el menor de los Allanach, como si continuara con nuestra anterior conversación.

–¿Podemos acampar? –sugerí, en un intento por congraciarme con él.

–Ni hablar, el bosque es peligroso, señorita Moray. Hay bandidos en cada esquina y durante la noche es fácil perderse. He sabido de viajeros más experimentados que siguen la música de los *sidhes* y terminan muertos.

–¿*Sidhes*?, ¿se refiere a los duendes?

James meneó la cabeza.

–Sí, todo el camino está plagado de los seres verdes, pero también hay brujas. Suelen reunirse en Sarsgrum. No debe confundirlas con el pueblo *draoidheil* –aunque los sabios habitaron nuestros bosques cientos de años atrás–, porque no lo son, sino hechiceras malignas que viven en los árboles y dejan que los *sidhes* roben a los recién nacidos.

–James, basta, por favor –lo interrumpió su hermano con exasperación.

–No importa, señor Allanach. Me gustaría seguir escuchando a su hermano –repliqué, forzando una sonrisa–. Por favor, continúe.

Ambos hermanos eran hombres instruidos, eso era evidente, pero también y al igual que todos los escoceses, eran

supersticiosos. No era una trampa, pero había otra razón por la que James deseaba hablar de duendes y brujas. ¿Una advertencia, tal vez?

–No hay mucho más que decir, señorita Moray. Salvo que cuando estén en Sarsgrum no deben alejarse de la casa ni internarse en la fronda. Algunos de los arrendatarios más viejos suelen dejar una gallina o un cordero en el bosque para impedir que los *sidhes* se acerquen a sus granjas.

Su voz fue perdiendo fuerza conforme hablaba, como si al hacerlo estuviera revelando más de lo que debería.

–Hablar de eso en medio del bosque es de mala suerte –lo interrumpió William, santiguándose–. Lamento si mi hermano las ha asustado con sus cuentos de viejas.

–Está bien –afirmé, restándole importancia.

Tras esa breve charla, el interior del carro se sumió en un incómodo silencio. Sólo Rebecca y su prometido intercambiaban alguna frase suelta de vez en cuando y conforme la oscuridad se alzaba por encima de la arboleda, la sensación de ser observada se volvió más evidente. La lluvia no disminuyó durante el día y pronto el camino se sumió en la penumbra, aunque eso no pareció perturbar el constante traqueteo de nuestro avance.

Bien entrada la noche, cogí la mano de Iana, quien, al igual que yo, fingía dormir profundamente y en su palma dibujé el mismo patrón que había visto en el cielo nocturno varios días atrás. No podía ser coincidencia que nos dirigiéramos al lugar donde había vivido durante años con mi madre. Iana me devolvió el apretón, luego emitió un suave ronquido. Estaba a punto de cerrar los ojos cuando algo captó mi atención al otro lado de la diligencia. El menor de los Allanach estaba despierto y me miraba fijamente. Con embeleso, sí, pero también con desconfianza. Le sonreí para indicarle que lo había descubierto, mas en lugar de apartar la mirada avergonzado o devolverme la sonrisa, continuó observándome con impasibilidad.

La bean ruadh

El eje de la rueda se rompió a eso de las ocho de la mañana, cuando la tormenta finalmente amainó, dejando a su paso una espesa cortina de niebla que nos impedía ver más allá de nuestras manos. Según los hermanos Allanach, nos encontrábamos a trece kilómetros de nuestro destino, pero, desorientados como estábamos, era imposible que salváramos dicha distancia a pie. Al no ver otro carro a lo largo del camino, el cochero decidió abandonar la diligencia para dirigirse a la granja de los Allanach y pedir ayuda, no sin antes desenganchar a los caballos para que pastaran hasta su regreso.

Sarsgrum era un imponente monolito de piedra que no podía encontrarse a más de una hora a pie. Iana, Rebecca y su tía resolvieron quedarse en el cálido interior del carro, pero, inquieta como era y aunado al sofoco y el aroma a transpiración, el encierro comenzaba a incomodarme, por lo que decidí dejarlas, con la promesa de permanecer cerca. Ambos hermanos estaban afuera, inspeccionando la rueda, cuando me interné en la niebla, atraída por la curiosidad y por el constante rumor de

los recuerdos que acosaban mi mente. A tientas, seguí el suave murmullo de los espíritus a través de la bruma, hacia donde sabía que encontraría el círculo de piedras. Era como una niña que persigue un hada hasta el mundo subterráneo y que, demasiado tarde, se percata de que es imposible regresar.

Reconocía el sendero de venados y el otero al que me dirigía. Un par de kilómetros al sur debían encontrarse los restos calcinados de la cabaña donde había nacido. La jaqueca inició cuando, tras una suave pendiente, me encontré al pie de la colina, donde según James se reunían las brujas. Incapaz de recorrer la distancia que me separaba del crómlech, permanecí inmóvil, dejando que el presente se sobrepusiera a los recuerdos. El pueblo blanco encontró un hogar ahí, donde se habían unido y amado. Pero de aquel remoto pasado no quedaba nada, salvo los círculos de piedras y sus descendientes diseminados por la tierra. Hubo un tiempo en el que corrió el rumor de que mi gente había perecido a la llegada de los pictos. Pero las estrellas contaban una historia distinta: los sacerdotes tribales adoraban a mi raza. Mi gente era el origen de los mitos que se extendían por la isla y más allá del mar. Tomé aire y finalmente me decidí a ascender la colina. Cada paso parecía costarme un esfuerzo sobrehumano. El círculo me repelía y atraía en partes iguales. Sabía que él estaba cerca, pues, al igual que yo, se sentía irremediablemente cautivado por el lugar donde todo comenzó.

Tal y como James había afirmado, la voz de los *sidhes* me acompañó hasta el monolito. Los sentía tocándome, halándome hacia todas partes, empeorando el dolor de cabeza. En el instante en el que atravesé las piedras, un escalofrío recorrió mis vértebras. Cerré los ojos, no necesitaba ver para imaginar a los Antiguos bailar al ritmo de la música tejida por los seres que no pertenecían a este mundo y la pira ardiente que bañaba sus cuerpos; el retumbo del *bodhrán* y las flautas, sus canciones que controlaban el océano y el movimiento de las luminarias que detenían el corazón de los hombres y hacían florecer los campos.

La gente del pueblo le llamaba *Cearcall Buidsichean*, «el círculo de las brujas».

Amaris.

Venía de todas partes y de ninguna: de las rocas, del piso, de la niebla y del cielo. Coloqué mis manos contra la piedra más cercana y crucé el *velo*. Las voces de los desencarnados iban perdiendo fuerza conforme me internaba en las grietas que separaban los mundos.

La mujer me esperaba en el centro del crómlech. Ella, que fue engendradora durante Beltane y había nacido a la orilla del mar, se encontraba de espaldas, pero cuando se giró, pude comprobar que estaba ciega. Aun así, pareció notar mi presencia. Sus ojos eran del color blanco de los fiordos en los confines del mundo. Una sonrisa recorrió su semblante, realzando las marcas en sus cuencas. Supuse que fueron removidos y luego vueltos a colocar, concediéndole así una apariencia sobrenatural que no hacía más que resaltar su belleza.

La mujer me tendió la mano y, sin detenerme a pensar en lo que estaba a punto de ocurrir, la estreché contra la mía. Temblé al comprender que hablaba en mi mente, en el idioma antiguo. Sus dedos, suaves como el toque de una pluma, recorrieron las líneas de mi mano mientras me mostraba sus recuerdos: había sido alumbrada la tormentosa noche del solsticio, en la que Aldebarán gobernaba el éter. La Noche de Invierno, Yule. Más viejo que Belén y que Dendera, cuando el Astado desandaba el camino a través del inframundo, al tiempo que los campos y el ganado perecían.

La arrebataron de su madre antes de que fuera capaz de acordarse de su cara, de su voz, de su tacto, pues pertenecía a los desencarnados, a la noche. En los años que siguieron descubrió que su madre se había arrojado al acantilado después de perderla. La educaron para que, llegado el momento, sobreviviera sin ojos ni lengua en el vientre de la Tierra, donde debía entregarse a los espí-

ritus. Nos hallábamos de vuelta en el círculo de piedras. La mujer se llevó el dedo a los labios y señaló el bosque.

«No hables, pueden escucharte».

De vuelta en el presente, supe que ellos debían encontrarse cerca, pues más de una vez los escuché pronunciar una palabra ignota: *mi nombre*. La niebla había desaparecido y el calor del verano se instaló en la colina. Alcé la vista: a unos palmos de mi posición se encontraba un hombre. Una aparición. La silueta de las rocas era visible a través de su cuerpo incorpóreo. Mientras tanto, yo era incapaz de articular palabra alguna, pero le bastó con leer mis pensamientos para responder a mi pregunta antes de desvanecerse. Él acababa de ver lo mismo que yo.

Fue James quien me encontró bien entrada la tarde, temblando de frío y «ligeramente trastornada», según sus palabras. Iba descalza, estaba cubierta de barro y había perdido mi capa en mis correterías por el bosque, así que el muchacho me arropó con la suya. Me llevó de vuelta a la diligencia en silencio, aunque era consciente de su inquietud mientras me daba un trago de whisky para que entrara en calor. No me presionó para conocer la razón de mi huida y se dio por satisfecho con mi escueta explicación: «Me perdí en la niebla. No, en ningún momento corrí peligro, probablemente estuve dando vueltas en el mismo lugar». Después me dejó en paz. Mientras retomábamos el viaje me dispuse a pensar. En el crómlech, el tiempo era distinto, al igual que en el *Saoghal Eile*. Cuando en el mundo de los hombres pasaban horas, días e incluso años, ahí sólo transcurrían unos minutos. Para mí fue una hora, pero para ellos había pasado un día entero.

Llegamos a la granja varias horas después del anochecer. Le llamaban *Àite nan Clach* por su cercanía con Sarsgrum. La pequeña heredad contaba con un silo y un establo, además de una

cervecería junto al granero, una huerta y una capilla en desuso. Dentro nos aguardaba una suculenta cena que constaba de pastel de conejo y ciruelas y vino traído de Francia. No obstante, cuando la criada nos indicó la dirección del comedor y que debíamos esperar a su señora que se encontraba en su habitación arreglándose, James se apresuró a intervenir en mi nombre, arguyendo que necesitaba descanso y que con un poco de sopa para mí sería suficiente. Mientras la sirvienta atendía a los recién llegados, el muchacho me mostró mi habitación: un cuarto cómodamente amoblado en el piso de arriba, donde el ajetreo de la granja no podría perturbarme. También ordenó a una de las criadas que encendiera el fuego de la chimenea.

—Les diré que suban su cena. Vendré más tarde —afirmó solícito antes de abandonar la habitación.

A Iana le asignaron el mismo cuarto, por lo que permaneció en silencio observando la puerta que James había dejado cerrada tras su marcha, hasta que pareció reparar en mi escrutinio. No dijo nada mientras me levantaba e iba hacia el aguamanil para lavarme y limpiarme el lodo seco de mis pies. Tampoco pronunció palabra alguna cuando me deshice de la capa de James y me cambié la ropa por un vestido limpio antes de volver a ponérmela.

—Regresará en cualquier momento —comentó, luego de que la criada entrara y colocara una bandeja con nuestra cena caliente en una mesita al fondo del cuarto.

Aquella era la primera oportunidad que teníamos de hablar a solas desde que abandonamos Inverness.

—Eso parece —respondí mientras cogía la taza humeante de té—. ¿No me preguntarás adónde he ido?

—Si lo hiciera, ¿me responderías? —inquirió en cambio, sentándose para comer conmigo—. ¿O debo adivinar? No, no necesito preguntártelo para saber. ¿Es como recordabas?, ¿encontraste algo que valiera la pena?

Sacudí la cabeza, incapaz de responderle. Ni siquiera para mí aquel galimatías tenía sentido.

–No ha cambiado mucho, eso es evidente –repliqué, cogiendo un pan.

–Estuviste en el círculo de piedras durante horas, Amaris. Te arriesgaste demasiado para no ver nada.

Iana tenía razón, pero no me atreví a hablarle de mi visión ni de la mujer ciega. Cenamos en silencio y antes de que la vela que marcaba las horas llegara a otro círculo, James llamó a la puerta.

–¿Cómo se siente? –preguntó nada más entrar.

El muchacho, consciente de que era indecoroso presentarse en la habitación de una dama en plena noche, dejó la puerta abierta antes de sentarse. Iana se había arrellanado en un rincón, cual carabina apropiada para tales circunstancias.

–Bien, gracias –respondí con toda la sinceridad que fui capaz de reunir.

–Me alegro. No, no, quédese. Mañana le pediré a mi padre una de sus chaquetas –dijo en cuanto hice ademán de quitarme su capa para devolvérsela.

El silencio se alargó hasta volverse incómodo.

–Perdone mi falta de tacto, pero ¿en qué puedo ayudarle? –dije, después de verlo pasear la mirada por la habitación con aire avergonzado por tercera vez.

James también se había aseado, aunque, por su aspecto, pude notar que lo había hecho mucho mejor que yo. Su cabello goteaba y la barba de tres días había desaparecido después de afeitarse.

–Estoy preocupado por usted, señorita Moray –respondió finalmente, sonrojándose.

Clavé la mirada en mi regazo como sabía me correspondía hacer.

–Lamento los inconvenientes que he causado, señor Allnach. Soy consciente de que, si no fuera por usted, probablemente seguiría vagabundeando entre la niebla.

James negó con la cabeza.

–Me temo que me ha malinterpretado. No me molestó buscarla, sabíamos que estaba perdida. Claro que nos preocupó

que se encontrara con algún asaltante o se cayera en una zanja, pero no debe preocuparse, lo ocurrido fue un infortunio. Sin embargo, a cambio de traerla sana y salva, deseo pedirle un pequeño favor.

Me tensé de inmediato.

–Si está en mis manos, lo haré con gusto –dije, sin ocultar mi recelo.

–Mi hermano y yo nos sentiríamos más tranquilos si se abstiene de volver al bosque.

–Le doy mi palabra de que lo haré –acepté maquinalmente, clavando la mirada en el fuego.

–Bien. Bueno, una vez aclarado ese tema, me gustaría hacerle una pregunta. ¿Qué fue lo que vio? –La brusquedad de sus palabras me tomó por sorpresa.

–¿Qué le hace creer que he podido ver algo en medio de la bruma? –Inquirí, fingiendo desconcierto.

–Sé que vio algo, Amaris –replicó con paciencia, como si hablara con un niño–. Lo he notado en su semblante. ¿Qué fue lo que vio?

Lo miré a los ojos, tratando de dilucidar lo que deseaba oír. Desde que lo vi por primera vez supe que, al igual que su hermano, su aura era azul, por lo que sus secretos eran impenetrables. Asentí, comprendiendo que debía decirle la verdad para que estuviera conforme o al menos en parte.

–Una mujer –respondí con sencillez antes de tragar saliva y volver a intentarlo–. He visto a una mujer de cabellos negros y vestido blanco.

James palideció ante mis palabras. Tomó aire y, una vez recompuesto, se santiguó.

–No debe regresar al bosque –repitió con un hilo de voz–. Las brujas viven cerca de Sarsgrum y se dice que el diablo de las montañas es distinto al demonio que habita el continente.

–El demonio, al igual que dios, es el mismo aquí y en el continente o en las colonias, señor Allanach –repuse, fingien-

do frialdad-. Empiezo a creer que es partidario de las viejas creencias. Hay lugares donde lo colgarían por eso –agregué, reprimiendo una sonrisa.

–No me malinterprete, señorita Moray. Mi fe está con dios y con el deseo de que el día del juicio final me absuelva de mis pecados, pero no puede juzgarme por preocuparme por su seguridad. Rebecca me ha hablado de su estado de salud y comprendo que es demasiado delicado para ir al bosque, a riesgo de toparse con ladrones o con brujas.

–¿Alguna vez se ha encontrado con una de ellas? –pregunté con el corazón en un puño.

–No. Sólo he oído historias de la *bean ruadh*. «Una mujer roja». Por lo que sé, era algo más que una simple hechicera: era una mujer pálida como un muerto y con el cabello rojo, como el demonio. Los arrendatarios de mi padre decían que vivía en las profundidades del bosque, cerca del círculo de piedras. –Elizabeth, pensé, luchando por ocultar mis sentimientos. Ajeno a la lucha que se libraba en mi interior, James continuó hablando-. En las noches de luna nueva se encontraba con un demonio. Dicen que ha vivido aquí desde antes de que existiera el pueblo o la granja y que era una simple curandera; otros creen que era una mujer sabia.

–¿Y usted qué cree?

James se encogió de hombros.

–Pienso que se equivocan. Nada bueno puede venir de la magia que requiere sangre y sacrificios humanos.

Lo contemplé con atención. Tenía edad suficiente para haber vivido en Sarsgrum mientras mi madre también lo hacía.

–¿Cómo sabe que la mujer hacía eso?

–Porque marcó a mi hermano mayor. La bruja le cantó una noche y nadie, ni siquiera los ruegos de mi madre ni las plegarias de mi padre pudieron detenerlo cuando se sumergió en el océano.

–Tal vez deseaba morir –sugerí en voz baja.

–El suicidio es un pecado mortal; además, era sólo un niño
–replicó con hosquedad.

Asentí sin atreverme a hablar. Aunque era incapaz de adentrarme en su mente, podía ver la confusión en su semblante. La lucha entre la ira y el dolor. Al cabo, inhaló con fuerza y relajó el rostro, ocultando su enojo.

–Lamento si lo he ofendido –dije, estirando mi mano para colocarla contra la suya, inmóvil sobre la mesa.

Levantó la mirada al reparar en mi roce, pero en lugar de alejarse repelido por mi tacto, cogió mi mano entre las suyas.

–No es eso, es sólo que ir en su búsqueda me ha recordado la pérdida de mi hermano.

–Estoy aquí –dije, forzando una sonrisa compasiva. Sus dedos se sentían cálidos contra mi piel–. No se atormente. Como usted mismo ha dicho, fue sólo un infortunio.

El muchacho asintió y me soltó.

–Aun así, debo advertirle que mi padre pretende que salgamos de caza mañana temprano. Le sugiero que permanezca en la casa con las demás mujeres. La neblina es densa y los hombres estarán ebrios.

–Está bien.

–Es tarde y debería descansar –dijo, levantándose del asiento–. Buenas noches.

Dicho esto, se marchó.

–Parece sincero –comentó Iana después de un rato.

Asentí y solté el aire que había estado conteniendo desde que James se había ido.

–Aun así, hay algo que no quiere decir –respondí levantándome para quitarme el vestido.

–No es una coincidencia que estemos aquí, Amaris.

Negué con la cabeza. Al igual que antes, Iana llevaba razón. Los hombres de poder eran escasos y haber viajado miles de kilómetros para ser instaladas cerca de Sarsgrum tampoco podía ser una casualidad. Era evidente que algo se movía a nuestro alrededor como una tela de araña dispuesta a asfixiarnos en el momento indicado.

Uróboros

Las mujeres como ella solían evitar los nuevos templos. No por la razón que la mayoría de las supersticiones humanas creían. No ardían al poner un pie en la casa del nuevo dios y tampoco se veían obligadas a descubrir su presencia. Lo hacían porque el aroma de la sangre, el dolor y los huesos de aquellos que habían precedido a la cruz las repelía. Lucrecia recordaba haber escuchado decir a la sobrina de Katherine que la nueva fe adoraba a un dios muerto. Quizá tenía razón y toda aquella parafernalia estaba hecha para exaltar al vacío y la desesperación. Después de todo, los cristianos solían disfrutar las osamentas de los vagabundos para clamar que eran los huesos de sus santos.

Sea como fuere, Lucrecia acudía a la ermita con regularidad. El sacerdote no reparaba en su presencia cuando se movía entre sus pasillos y encendía una vela frente a la Virgen. Mas esa noche era distinta: el orbe que guiaba a su raza crecía, su *coven* se debilitaba y el poder de sus brujas menguaba. No eran las mujeres del bosque las que retenían su atención, sino las

niñas que habían ido a la isla por orden de Katherine. Estaban indefensas, eran demasiado jóvenes e ignorantes para entender. Katherine cometió una imprudencia al enviarlas a Escocia, al igual que la cría humana que llamó a su puerta la noche anterior, cuando la luna aún era nueva; la misma cuya sangre robó después de que muriera en sus brazos.

Era poco más que una niña, probablemente la hija de algún borracho del pueblo que la había usado como mujer. Estaba tan delgada que a Lucrecia le sorprendió que pudiera mantenerse en pie. Al principio creyó que la buscaba para vengarse de quien la había ultrajado, después comprendió que era algo más que eso. Estaba encinta. La joven no tenía nada más que dos monedas de plata recién acuñadas que contrastaban con sus dedos cochambrosos. Seguramente las había robado. Lucrecia las aceptó y la hizo pasar a su consulta. En cuanto palpó su vientre supo que estaba enferma; la fiebre todavía no llegaba, pero era cuestión de días. La muerte la había reclamado. Le dijo que debía quitarse los andrajos que llevaba por ropa y que se acostara sobre el jergón de paja. Los piojos saltaban entre sus harapos. Lucrecia le entregó un recipiente con jugo de amapola, suficiente para aturdirla, pero no para matarla. La necesitaba viva para lo que estaba a punto de hacer. La joven hizo una mueca tras acabarse el contenido de la taza. Mientras bebía, la anciana dama acariciaba su rostro lozano.

Recolectar la sangre no fue una tarea agradable, como tampoco lo fue limpiarla. Colgó el enclenque cuerpo y dejó que la sangre cayera en un cubo y cuando no quedó gota alguna, la llevó a la fosa, donde la naturaleza haría lo propio. No deseaba llamar la atención, por eso se marchó con el cubo de sangre fresca al bosque, hasta encontrar un claro de luna. Se desnudó entre los árboles, dejando al descubierto la piel flácida y arrugada de sus caderas, de sus pechos y vientre. Invocó a la luna, como otrora hicieran las hechiceras de Kemet y al poder primigenio de *Maddi*, al tiempo que se bañaba en la sangre de la muchacha. Cayó al

suelo, convulsa. El cambio fue lento y doloroso: su cabello largo como cuerdas blancas comenzó a colorearse, adquiriendo el tono azabache de su primera juventud. Sus anchas caderas y grandes pechos se contrajeron hasta devolverle el aspecto turgente de una ninfa. No debía aparentar más de veinte años. El efecto no duraría lo suficiente si no robaba la semilla de un macho, pero aún quedaban cosas por hacer. Abandonó el bosque y se internó en la iglesia, donde los ojos vacuos de los ídolos contemplaron su nueva fastuosidad. Mientras se deleitaba con la elasticidad de sus músculos y la belleza de su piel, llamó a la dama de *Mor*.

Varias horas antes del amanecer, Lucrecia atravesó el pueblo siguiendo el rastro que le mostraban los cabellos de la muchacha muerta. Lo encontró inconsciente fuera de un bar. Hedía a vómito y a alcohol barato. Su marido nunca olió así. Aquel engendro era viejo, aunque no tanto como ella. Tendría que servir. Lo llevó detrás de la taberna y ahí lo despertó. Dejó que la llenara con su simiente, que se meciera dentro de ella y después comenzó a cantar.

El miedo llegó demasiado tarde. El instinto de supervivencia le dijo al viejo que la mujer era una aparición dispuesta a arrastrarlo al averno. Una punzada, delicada como el toque de un alfiler, atravesó su corazón. La muchacha sonrió al verlo llevar la mano hasta su pecho, como si así pudiera detener el dolor. Nadie buscaría su cuerpo. Olvidarían su nombre, su existencia y lo que le había hecho a la muchacha, cuya sangre latía dentro de Lucrecia.

La Sìth Baobhan

*S*olía vivir en el interior de un árbol, entre las larvas, las arañas y las polillas que nacían bajo su corteza y revoloteaban entre sus largas ramas. Abandonó su letargo cuando sintió el cosquilleo de una mariposa nocturna que llevaba consigo el fragante aroma de las hembras descendientes de la raza antigua y atraída por el calor moribundo del hogar, atravesó la noche. Al emerger del árbol, cientos de polillas emprendieron el vuelo, pero fue la mariposa la que la siguió a través del bosque. No era una mujer, aunque a menudo lo parecía, sino una sombra que se alimentaba de la desesperación de los hombres, que visitaba sus lechos y robaba su semen para fecundar los árboles del velo.

En Sarsgrum tuve un sueño que me enfermó durante días. Soñé con una mariposa muerta que revivía entre mis manos y con una mujer que era una niña pero que no era ninguna de las dos; la habitante de un espacio liminal del *velo*. Me hablaba de Brigid, la santa cuya capilla se hallaba junto al hogar de los Allannach y que antaño había pertenecido a los Tuatha Dé Danann,

pues era hija de Dagda. En realidad, no era capaz de recordar mucho más, excepto por una frase que poseía una extraña claridad en mi memoria subconsciente: «Él te ha traído hasta aquí con sus dulces mentiras. Te ha reclamado al igual que los dioses y ahora le perteneces».

Los fantasmas del pasado

Era la hora previa al amanecer, el instante más oscuro y frío de la noche; en algunas culturas le llamaban «la hora del lobo»: el momento propicio para cazar, cuando la brisa llevaba el olor de la presa y el mismo en el que Iana sintió los temblores a su lado, despertándola con brusquedad de un sueño superfluo. El fuego en la chimenea estaba apagado y la puerta se encontraba entornada, dejando que el viento se colara dentro del cuarto, provocándole un escalofrío que terminó por espabilarla. En cuanto entendió lo que ocurría, se levantó de la cama y corrió a cerrar la puerta; después se precipitó hacia Amaris.

No pronunció su nombre, pues sabía que no serviría de nada. Retiró las mantas con brusquedad, las arrojó al suelo y observó el cuerpo convulso. Entonces buscó entre sus pertenencias hasta dar con una tiza y dibujó la runa *Thurisaz* bajo la cama, luego colocó sus manos en las sienes de Amaris y comenzó a cantar. Pronto se hizo evidente que sus esfuerzos eran vanos; los miembros de Amaris continuaban sacudiéndose con violencia y el cerebro no reaccionaba, pese a su empeño por

devolverlo al presente. La sangre cubrió el rostro pálido, mezclándose con la espuma que brotaba de su boca. Iana sabía que si llegaba a su garganta, terminaría por ahogarla. La hemorragia en su cabeza, aunque insignificante, no se detenía. Puede que sólo hubieran pasado unos minutos desde que despertó, pero para ella fueron horas antes de que el cuerpo de Amaris se relajara entre sus manos y cayera al colchón con pesadez, respirando con normalidad. Todo había pasado.

Permaneció inmóvil por un largo rato. No por miedo a dejarla, sino porque sentía que sus piernas eran incapaces de responder a la necesidad de movimiento. Cerró los ojos, tomó aire y se obligó a abandonar su posición junto al lecho; cogió una toalla y con ella limpió el rostro de Amaris. Después se agachó para revivir el fuego del hogar y arrojó la toalla a las llamas. Un rápido examen la hizo ver que su paciente temblaba con fuerza, que estaba bañada en sudor frío y que sus dedos y labios se habían coloreado de azul. Rebuscó entre su caja de medicinas y vertió unas gotas de ortiga y hamemelis entre sus labios. Una hora después, cuando una sirvienta subió para anunciarles que el desayuno estaba listo, le dio una buena dosis de jugo de amapola para que permaneciera dormida.

Más tarde, Iana se negó a que la criada entrara para atenderlas. Tampoco permitió las visitas luego de anunciar que Amaris había recaído durante la madrugada y que necesitaba descanso. Sólo Rebecca y su tía fueron admitidas en la habitación. El menor de los Allanach insistía en llamar al médico, aunque éste residiera en Inverness, pero su futura cuñada lo persuadió de no hacerlo, asegurándole que Amaris se encontraba en buenas manos. Para la tarde, Iana se sentía exhausta, pero no dejó que nadie más velara por su señora. Abajo, mientras los hombres volvían de una jornada fructífera de caza, las mujeres se pusieron a rezar el rosario por la mejora de la señorita Moray. No fue hasta la noche, cuando Iana se atrevió a salir por una tostada, que escuchó a la señora de la casa hablar con el ama

de llaves respecto a haber encontrado la puerta abierta al amanecer, aunque era imposible, porque ambas estaban seguras de haberla cerrado antes de irse a dormir.

«Ve al círculo de piedras». Aquel pensamiento se adentró en mi mente como el goteo constante que termina por perforar la superficie de la piedra, trayéndome de regreso a la lucidez. Lo primero que hice al volver en mí fue vomitar. No había recibido alimento durante quién sabe cuánto tiempo, pero las náuseas no remitieron hasta que el dolor abdominal las contuvo. Cuando era niña, solía caminar en sueños, a veces iba al bosque y Katherine e Iana tenían que ir en mi búsqueda. Al despertar, siempre estaba manchada de barro y tenía cardenales en los brazos y las piernas, y devolvía el estómago. Sin embargo, hacía años que dejé de caminar dormida, pero la sensación era igual.

Vomitarse era como purificarme. Supe que había delirado porque en mis sueños veía bestias grotescas; mitad hombre, mitad dios. Al principio me costó hablar. Es decir, recordaba el sonido de las palabras y lo que significaban, pero no sentía la necesidad de expresarme por medio de la voz y prefería concentrarme en los sonidos del exterior: en el trino de las aves y el correteo de los críos entre las ovejas, por eso tardé un rato en darme cuenta de que Iana llevaba varios minutos hablando conmigo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunté finalmente.

Iana se interrumpió en medio de lo que estaba diciendo, sorprendida por mi repentina reacción.

—Dos días.

Asentí con calma, tratando de ocultar el malestar que me provocó su respuesta.

—Les dije que habías recaído —continuó— y que no querías ver a nadie.

—Está bien —convine, clavando la mirada en mis manos, inmóviles sobre mi regazo.

Al menos contábamos con una mentira plausible.

–¿Qué ocurrió?

No respondí. En lugar de eso, permanecí con la vista clavada en la chimenea. Iana suspiró con impaciencia, pero finalmente se contentó con asentir.

–Iré a decirles que te sientes mejor y que deseas comer algo –anunció incorporándose.

No tuve tiempo para contestarle. Abandonó la habitación y me dejó sumida en mis cavilaciones. Cerré los ojos, intentando dar orden a mis pensamientos para poder sopesar nuestras opciones, si acaso las había. Afuera, el tiempo mejoraba, trayendo consigo el clima propicio para la cosecha.

Cuando Iana volvió con la bandeja de comida, me encontró a medio vestir. Me temblaban las manos con tanta fuerza que era incapaz de anudar los listones del corpiño. Al verme, dejó la bandeja a un lado y me ayudó a hacerlo.

–No puedes salir así –dijo, después de sentarnos.

Negué con la cabeza mientras deshacía un pedazo de pan entre mis dedos.

–Necesito ir a Sarsgrum –afirmé con obstinación.

–Es demasiado pronto, notarán tu ausencia y alertarán a todos. Algunos sospechan. No es normal que una mujer tenga ojos de distinto color. William y Rebecca decidieron unir las manos ayer, aunque Rebecca no quería hacerlo por respeto a tu estado de salud, pero la madre del muchacho insistió. Dijo que podrías darles la enhorabuena cuando te sintieras mejor.

Compuse una sonrisa lo mejor que pude. La unión de manos era común en las Tierras Altas, donde era difícil conseguir un sacerdote que oficiara el matrimonio.

–No lo entiendes, Amaris –insistió–. Comienzan a presionar para que nos marchemos, han encontrado tres ovejas muertas y creen que tuviste algo que ver. Quieren llamar al doctor. Es

mejor que los convenzas de tu mejoría antes de volver a Francia –aquello sí que captó mi atención.

–¿Irnos a Francia? –inquirí sin comprender.

–Sí, ya han comprado los pasajes de regreso. Nos marchamos en una semana, cuando la luna esté llena.

Asentí pensativa. Siete días, tendría que bastar.

–No puedo marcharme sin ir al círculo de piedras –dije, alzando la mirada para buscar su rostro.

Dejé mi comida y alcancé su mano para darle un apretón a modo de súplica. Iana tomó aire y asintió.

Fue James Allanach quien accedió a llevarme a Sarsgrum pese a sus reservas con el lugar en cuestión. El muchacho me visitó después de la comida; olía a heno y polvo tras pasar todo el día en el establo. Lo recibí con lo que esperaba fuera una sonrisa alentadora. Al principio, se limitó a charlar sobre mi estado de salud y mi evidente recuperación; luego, cuando me atreví a hablarle de mi deseo por salir al aire libre, sacudí la cabeza con incredulidad, seguro de que estaba escuchando mal. Cuando se convenció de que lo decía en serio, me miró fijamente durante varios minutos, evaluándome. Conocía lo suficiente a los hombres para saber que no sólo se trataba de la preocupación por mi salud lo que lo había llevado hasta la habitación y que tampoco era el motivo de su sonrojo.

–Está bien –aceptó finalmente, apartando la mirada de mi rostro–, pero con la condición de que me deje acompañarla. Puedo llevarla a donde usted quiera, siempre y cuando acepte que vaya con usted.

–Si eso lo hace sentir mejor –accedí.

El muchacho se levantó, listo para despedirse.

–Ah, lo olvidaba. Le he traído esto –dijo, tendiéndome un paquetito envuelto con esmero–. Rebecca me ha dicho que le gusta leer y yo... –se aclaró la garganta, repentinamente tímido–... pensé que le gustaría tenerlo.

Se marchó precipitadamente, dejándome con un pequeño volumen que más tarde descubrí era un libro de poesía griega. Al cabo, me preparé para bajar a compartir el rato con el resto de las mujeres. Estaba previsto que partiéramos a primera hora del día siguiente.

El aire del amanecer era frío y brumoso, por lo que me alegré de que pronto pudiéramos abandonar la granja. James nos esperaba fuera del establo, donde un muchacho preparaba los caballos. Al vernos, se acercó a saludarme y nos indicó una banqueta para que esperáramos. Al cabo de unos instantes, vino a mi encuentro y se sentó a mi lado sin mediar palabra, salvo por algún comentario suelto respecto a nuestras monturas.

—Cuando cumplí dieciocho años, mi padre me envió a París para estudiar —dijo súbitamente, como dándole voz a un pensamiento que parecía tener algo que ver con el mozo de cuadra que ensillaba al último caballo, a quien James miraba con cierta nostalgia—. En ese tiempo creía que todo lo que necesitaba saber del mundo estaba en la guerra. Él deseaba que sus hijos fueran hombres instruidos, como él y su padre. Si bien, yo no puedo heredar todo esto, deberé abrirme camino en el mundo por mi propio mérito o al menos es lo que se espera de mí —sonrió mientras hablaba, como si se tratara de un tema recurrente en sus noches de insomnio—. De vez en cuando comparto el trabajo con Will en el puerto y he empezado a labrarme un nombre propio, por lo que paso la mayor parte del tiempo en Francia, pero mi madre deseaba que volviera y sentara cabeza. Creía que tal vez, inspirado por el compromiso de mi hermano, me inclinaría a hacer lo mismo.

—¿Y usted qué quiere hacer? —pregunté por educación.

—Aún no estoy seguro —respondió, no sin cierto rubor en el rostro, antes de que el mozo le indicara que los caballos estaban listos.

Tal y como Iana me había advertido, los sirvientes se negaban a mirarme, guiados por la aversión que les provocaba mi persona y solían persignarse después de cruzarnos en algún pasillo o en las escaleras, así que fue James quien tomó las riendas del caballo castrado que había elegido para mí y me ayudó a montarlo.

–Su nombre es *Gaoth*, aunque es manso como un corderito –afirmó, entregándome las riendas.

Pocas veces tenía la oportunidad de montar y no estaba familiarizada con el movimiento del caballo, con su nerviosismo y con el entumecimiento que me provocó en las piernas después de estar horas sentada sobre su lomo. James conocía bien el terreno por el que nos movíamos, por lo que le resultó fácil guiarnos a través de la niebla. No hubo oportunidad de hablar, así que me limité a dejar que los recuerdos me envolvieran, que el olor del brezo trajera a mí viejas memorias empolvadas. Como todos los niños de las montañas, James creció con el miedo reverencial a los lugares habitados por los *sidhes*, pero en ese momento parecía ser llevado por una necesidad ajena a él, atávica y dolorosa que lo orilló a internarse hasta el corazón del bosque, a pocos kilómetros del crómlech.

Luego de un par de horas, nos detuvimos a la vera de un río para descansar y que los caballos pastaran a su antojo. James nos ayudó a desmontar y se tumbó sobre la hierba, aguardando a que hiciéramos lo mismo. Aquella zona era típica de las Tierras Altas, entre páramos y acantilados que parecían solitarios, cuando en realidad guardaban cientos de secretos. Podíamos pasar junto a un animal oculto entre los brezales y nunca reparar en su presencia.

–Iré a refrescarme –dije en cuanto mis rodillas dejaron de temblar.

El muchacho hizo ademán de levantarse, pero lo detuve con un gesto.

–No se preocupe, no pretendo ir muy lejos, además, nos gustaría recoger algunas plantas –alcé la canasta que habíamos llevado con nosotras a modo de ilustración.

Seguro de que un par de mujeres no podrían ir muy lejos sin montura y con desconocimiento del terreno, James aceptó a regañadientes. En cuanto estuvimos lo suficientemente lejos para que dejara de escucharnos, me quité los zapatos y las medias y eché a andar siguiendo el rumor del agua. El camino me era familiar: cerca había una colina y más allá de ella un pequeño brezal que se abría a un enorme claro.

Habían pasado alrededor de doce años desde que el *broch*, la cabaña que mis ancestros construyeran al abrigo de las montañas, ardiera con su dueña en el interior. La casita contaba únicamente con dos habitáculos, un herbario y un corral. Yo no estaba ahí cuando el fuego había comenzado. ¿Qué esperaba encontrar? No estaba segura. Tras el incendio sólo quedaba un montón de piedras chamuscadas, expuestas como lápidas donde antes hubo una casa. En la tierra crecían nuevos árboles. La tumba de una bruja siempre se convertía en un lugar de poder. Iana se quedó atrás. Era el mismo claro, o al menos lo parecía; el mismo del que le había hablado durante años con la precisión de una memoria precaria que a menudo revivía los gañidos de mi madre mientras el fuego la envolvía.

«He vuelto», pensé, quebrando el silencio que reinaba en el claro y en mi mente, pero no obtuve respuesta.

Permanecí clavada en el mismo lugar, observando el vaivén de las hojas en los árboles y la luz que se colaba entre sus ramas, ajena a nuestra presencia.

–No está aquí –murmuré, más para convencerme a mí misma que a Iana–. Debemos irnos –me arrodillé frente al montículo de piedras, luego corté mi mano con el athame que llevaba sujeto a mi cintura, embarré la sangre sobre la roca y me levanté–. No

hay nada aquí para mí –las palabras sonaban huecas incluso a mis oídos; aun así, me giré y me acerqué a Iana.

Estábamos por ascender la colina, cuando un sonido captó mi atención: un lloriqueo demandante que provenía del otro lado del claro. Moviada por la curiosidad, hice un gesto hacia Iana para que me siguiera hasta la cañada. Hedía a muerte y leche agria. Los cuerpos aún estaban tibios. Eran siete, al menos hasta que la hembra tomó la decisión de ocultarse en el claro, donde un rayo debió de alcanzarlos. La madre sucumbió primero; probablemente se había alejado en busca de alimento y terminó muriendo al volver a su madriguera tras una caza infructuosa. A veces ocurría que las hembras en celo escapaban de las granjas y se apareaban con los lobos de las montañas. Aquella en particular era un ejemplar magnífico: una lebrél escocés de gran tamaño y con una espesa pelambreira oscura entre la que se adivinaban sus mamas todavía hinchadas de leche. Una mostraba mordidas recientes, como si uno de los cachorros hubiera sobrevivido durante el tiempo suficiente para intentar succionar la leche de su madre. De ser así, era probable que continuara con vida. Como para confirmar mi suposición, volví a escuchar el gimoteo desesperado de la criatura.

–Deja que muera –dijo Iana, al ver que me hincaba en busca de su origen.

Sabía que tenía razón; era mejor que la naturaleza siguiera su curso, pero por algún motivo me negué a abandonarlo. Rebusqué en la madriguera hasta encontrarlo hecho un ovillo contra el muro de tierra. Se trataba de una hembra diminuta, de suave pelaje azabache. El animalillo entreabrió los ojos amarillos con desconcierto al notar mi proximidad, pero no intentó huir cuando lo levanté. En un gesto natural, abrió el hocico en busca de alimento. La estreché contra mi pecho para que dejara de temblar.

–Vamos –la insté, luego de meterla a la canasta y enganchar mi brazo al de Iana para evitar que volviera la vista atrás, hacia la tumba de mi madre.

No hablamos durante el camino de regreso, tampoco cuando escuchamos el ruido que hacían los caballos al retozar. Había pasado cerca de una hora desde que nos alejáramos de James, pero el muchacho no parecía haber notado nuestra ausencia. Me senté en la orilla del arroyo para echarme agua en el rostro y en el cuello, como si así pudiera reducir la tensión de mis músculos.

–A veces sueño con ella –dije de repente. Iana dejó lo que quiera que estuviera haciendo para prestarme atención–. Creí que... –sacudí la cabeza–, no sé lo que creí. James me dijo que los granjeros evitaban esta parte del bosque por temor a la *bean ruadh*, a la mujer roja. Tenía que ir, necesitaba verlo con mis propios ojos.

Conforme hablaba, Iana se iba acercando a mí, aunque sin atreverse a salvar la distancia que nos separaba. Un escalofrío me recorrió. Permanecimos en silencio mucho tiempo, ella incapaz de brindarme consuelo alguno y yo sumida en el dolor que me había causado la decepción.

–¿Qué harás con el cachorro? –preguntó con tranquilidad.

Me encogí de hombros, agradecida por el cambio de tema.

–Supongo que llevarla conmigo –respondí con voz rota y me enjuagué las lágrimas.

La loba todavía era una cría que dependía de la leche de su madre. Si la devolvía al bosque, no sobreviviría.

«Ellos encuentran el camino hasta nosotros».

A lo mejor y esa criatura me pertenecía del mismo modo en que el gorrión a Katherine.

Un lugar intermedio

Existían diversas leyendas en torno a los monolitos. La más popular era que los gigantes los habían construido mientras que los seres diminutos poblaban los túmulos y dólmenes. Se decía que los antiguos escoceses bailaban en el interior de los círculos y que su música atraía a los *sidhes*, con quien a menudo se apareaban creyendo que se trataba de hombres y mujeres comunes. En el pasado, la unión entre hadas y humanos era sagrada, pero en ese tiempo se le consideraba una blasfemia contra dios.

Los lugareños creían que los crómlech eran una entrada al mundo subterráneo. Lo cierto era que el pueblo blanco los erigió miles de años atrás para señalar los lugares de poder, los espacios estrechos y por tanto, los puntos medios en las encrucijadas donde el *velo* era más delgado. Los pictos contribuyeron a tallar el mundo tal y como lo conocían en la superficie de las rocas: animales, plantas y criaturas sagradas. Espíritus, demonios y dioses; eso éramos para los hombres. No obstante, los verdaderos dioses no habitaban su mundo, pues se negaban a caminar entre ellos.

Llegamos a Sarsgrum pasado el mediodía. Nos detuvimos en el páramo al pie de la colina porque ningún caballo podía atravesar el bosquecillo de zarzas y matorrales que nos separaba del crómlech. James no ocultó su recelo a la hora de desmontar y encontrarse cerca de un lugar mágico. Aun así, después de ayudarnos a bajar del caballo, se adelantó para despejar el camino.

–Necesito hacer esto sola, *Seamus* –dije, usando su nombre en gaélico para detenerlo.

James parpadeó con desconcierto, después asintió y retrocedió de vuelta hacia los caballos. A lo mejor y creía que había perdido la cabeza y puede que tuviera razón al suponerlo. Me quité la capa y la dejé sobre la silla de montar, luego deshice la trenza con la que llevaba recogido el cabello. La niebla se disipó poco después de que abandonáramos la granja, por lo que nada me impedía cruzar el zarzal para ir a donde aguardaban las piedras. Tomé aire y di un paso, luego otro.

Contuve el aliento al contemplar las enormes siluetas de piedra. Antes de abandonar Escocia había jugado en esa misma colina. Hacía tiempo que dejé de ser la cría que encontró al espíritu atrapado en el crómlech. Sabía que no era la única niña que jugaba con seres invisibles; estos «amigos imaginarios» solían desaparecer con el tiempo, cuando el crío alcanzaba la madurez. Mas aquel espíritu no formaba parte de una quimera infantil. Conforme me acercaba, los latidos de mi corazón se iban convirtiendo en la cadencia del *bodhrán* y las flautas que llamaban al pueblo blanco a unirse a una danza más vieja que la tierra. El rugido de las piedras se volvió insoportable cuando me detuve para inhalar profundamente antes de adentrarme en el mundo de las hadas.

Sabía que él estaba allí, aunque invisible. Al Otro Lado sólo las rocas me hacían compañía. En el lugar del altar habían colocado una piedra de gran tamaño para indicar el centro del círculo; de ahí surgía la música. No me atreví a romper la distancia que me separaba de la roca. Los minutos empezaron a des-

gajarse: uno, dos... diez... quince. Me adelanté varios pasos, alcé las manos y las coloqué contra la superficie del menhir. La música se tornó ensordecedora al unirse con el cántico de los *sidhes*. Entre la maraña de voces pude identificar algunas palabras impronunciables para la garganta humana. La canción hablaba de los sacrificios que darían vida a las profecías del nuevo mundo en el que los dioses hallarían el camino de regreso para gobernar a los hombres.

Reconocí a la mujer de inmediato. Era la misma que vi cruzar el círculo de hadas y ascender el collado para unificar a los pueblos por medio del Gran Matrimonio. Su vestido estaba teñido de sangre a causa del conejo muerto que llevaba sujeto en la cintura. Al alcanzar el altar de piedra, colocó al conejo sobre la superficie y con su athame lo abrió en canal, cuidando que la bolsa que contenía sus entrañas permaneciera intacta; después introdujo la mano y colocó las vísceras en la piedra. Sus dedos, esbeltos y gráciles, se dispusieron a buscar entre los intestinos. Finalmente, los arrojó a un lado con frustración. Los hados la habían abandonado y de no ser así, se negaban a hablarle, a mostrarle el futuro.

El mundo daba vueltas a mi alrededor. Mareada, me apoyé contra el monolito y cerré los ojos. El primer pensamiento coherente que logré devanar fue para la lluvia que se colaba por debajo de mi ropa. Antes de enderezarme, levanté la mano y golpeé la piedra con tanta fuerza que me hice daño y comencé a sangrar.

–Tú me has traído hasta aquí, ¿por qué deseabas que lo viera? –murmuré, pero no obtuve respuesta.

«No dejes que entren».

–Querías que viniera –dije, abriendo los ojos. Al menos el mundo había dejado de girar–. ¿Por qué? Háblame, espíritu, ¿o acaso temes que averigüe la verdad?

Lo vi por el rabillo del ojo, volvía a mostrarse como un hombre que desapareció enseguida.

Aunque aturdida, todavía era capaz de orientarme y recordaba que a un kilómetro y medio se hallaba la playa de Durness; si bien, primero había que sortear los riscos para alcanzarla. Incapaz de permanecer en el círculo por más tiempo, di un paso atrás y seguí el camino hacia el mar. Me sentía entumecida por el frío y torpe gracias a la pesadez de mi ropa. Me ardía la garganta, no sabía si a causa de la fiebre o por los gritos no emitidos. Llegué a la cima del risco diez minutos después. La brisa salada me dio la bienvenida cuando me detuve a la orilla del acantilado y me rodeé con los brazos, tratando de conservar el calor de mi cuerpo. En aquella parte, la costa era rocosa y accidentada. Recorrí la vastedad del océano con la mirada hasta detenerme en un promontorio que se alzaba en medio del agua. Era demasiado pequeño para llamarle isla o para que fuera habitado; una enorme extensión de piedra escarpada, entre cuyas hendiduras se colaba el agua salina. Pocos animales se atrevían a instalarse en ella y de hacerlo, era por breves periodos de tiempo, pues cuando la marea ascendía, cubría su superficie por completo.

–Sé que estás aquí –dije, alzando la voz para oírme por encima del fragor de las olas–, ¿por qué no dejas que te vea?

Eres tú quien desea sentirme y lo hace. Mírame, Amaris, y me convertiré en un hombre. Lejos de ti no soy nada, te necesito para hablar y aprender.

Fui presa de un escalofrío. Los desencarnados no cambiaban; no obstante, aquel ente en particular parecía fortalecerse cada vez que me atrevía a reconocer su existencia.

«No dejes que entren».

–¿Qué quieres de mí, espíritu? –dije con un hilo de voz.

El viento pareció suspirar en respuesta.

–No juegues conmigo, puedo encontrar la forma para desterrarte –afirmé con más vehemencia de la que sentía en realidad– y destruirte.

No lo harás porque me necesitas.

–No puedes ser un hombre –repliqué con mordacidad, usando sus palabras–. Te he visto dentro de cuerpos vivos y pútridos, pero no sería tu carne la que me haría mujer.

No hubo respuesta, aunque no la necesitaba. Me bastaba con acordarme de las absurdas diatribas de los cristianos: el oscuro y alto demonio, el hermoso íncubo que se manifiesta en los sueños de las mujeres para fornicarlas.

«No dejes que entren».

¿Y qué quería yo?, me pregunté. Ni siquiera me atrevía a imaginar una respuesta, pues sería demasiado aberrante para aceptarla. Una punzada en mi vientre me distrajo de mis pensamientos. El dolor descendió por mis piernas junto con mi sangre de mujer.

Kapuzinergruft

Cementerio Imperial
Viena, Austria
Septiembre. Luna de cosecha

Nadie reparó en la presencia de Katherine, ni siquiera aquellos que se jactaban de ver a los seres que habitaban el reino del crepúsculo, demasiado osados para reconocer que eran unos charlatanes autoproclamados videntes. La realidad era que existían pocos humanos capaces de percibir a los espíritus; sólo algunos de los descendientes del pueblo antiguo. Su sangre era valiosa y en opinión de Katherine, debía permanecer en las pocas ramas del árbol que habían sobrevivido.

La señora Moray se había presentado como una joven viuda que siempre iba ataviada de negro y que, además, ocultaba su rostro bajo el ala de un sombrero a juego. Por la noche emergía de sus habitaciones y recorría las silenciosas callejas de Viena, como si se tratara de una aparición: el hermoso fantasma de una mujer pálida de cabellos rojos como una llamarada. Quien

la miraba, notaba algo extraño en ella; quizá la lentitud con la que parpadeaba o la libertad de su andar que provocaba en sus interlocutores la certeza de encontrarse frente a algo más que una mujer de gran belleza. Había atravesado el continente como una sombra, cabalgando durante un mes sin detenerse más que para descansar en los cruces de caminos y en el linde de los bosques ancestrales. Y en aquel estado de vigilia sentía su poder a flor de piel.

Con el pasar de los días, el presentimiento de que algo había salido mal se volvió terminante. Sin embargo, desde la ciudad era incapaz de encontrar las respuestas que necesitaba. Cada noche usaba su sangre y los huesos de su madre, pero siempre obtenía el mismo resultado: el silencio. Ni un parpadeo ni una alteración en la oscuridad. Katherine suspiró y alzó la mirada al cielo, donde las estrellas formaban el mismo patrón que había visto durante los últimos treinta años o tal vez más. La sangre de su pueblo bañaba las callejas de Viena como lo hacía en Praga, Londres, Madrid, Atenas, Milán, Glasgow, París, El Cairo y el resto de grandes ciudades de importancia para los hombres. Mas, para su gente, ciudades y capitales resultaban iguales después de un tiempo; sólo las sinuosas calles de las aldeas y villas remotas tenían importancia. Era más fácil proteger una montaña, un valle o un bosque. Los seres de la Vieja Raza necesitaban árboles y ríos para tejer sus hechizos y en ciudades como esa, donde las calles estaban enfangadas de barro, excrementos y orines y donde el griterío de las plazas y las casas inclinadas ahogaban el sonido de los antiguos dioses, su poder era más débil.

Se sentó en un banco de piedra y paseó la mirada distraídamente por la ciudad de los muertos, como los hombres llamaban al mausoleo imperial; el último recinto para la familia real y sus allegados. Cerró los ojos y dejó que su mente se inundara con los ruidos del cementerio: el murmullo del viento entre los árboles y el rumor de los desencarnados. Se encontraba en

Austria por la misma razón que la había orillado a visitar los otros lugares: perseguía a la muerte, a la oscuridad. Nunca sabía qué debía buscar, pero esa ocasión fue distinta. Si algo aprendieron de las guerras entre los hombres era que no existían límites entre la barbaridad y la civilidad; que la sangre enardecía la matanza y la lujuria. Eran tres, y cada una de ellas fue violada múltiples veces. Todas muertas, excepto una, la que esperaba a orillas del Danubio, donde encontró los cuerpos de las otras. Su nombre verdadero era Leonie. Tenía dieciséis años, largo cabello rubio y ojos verdes. Cuando la encontró, usaba un mugriento vestido de paño rojo que apenas y ocultaba su cuerpo maltrecho. Leonie la miró fijamente, como si fuera incapaz de verla en realidad.

–Mi madre y mi abuela han muerto –le informó, recobrándose de su mutismo.

A Katherine le pareció una muñeca animada únicamente para llevar una existencia maquinal.

¿Cómo? Inquirió sin mover los labios, asqueada por la mugre y los piojos que saltaban entre los harapos de Leonie.

La muchacha parpadeó al sentir la fuerza de su pregunta y se encogió de hombros, antes de mostrarle una sonrisa desdentada. Tenía un hoyuelo en la mejilla.

No podían preñarse. Eran muy viejas para hacerlo.

Katherine asintió a modo de respuesta.

¿Te obligó? La muchacha no pareció escucharla.

Al cabo, Leonie empezó a tararear una cancioncilla infantil que Katherine recordaba haber escuchado antes en los niños que vivían más allá del río. Acarició sus pensamientos, pero, al igual que sus palabras, carecían de sentido. Eran las ideas de una mente corrompida.

¿Qué fue lo que ocurrió, Leonie? Insistió con la voz de la tormenta y el río.

La muchacha parpadeó estúpidamente. Había dejado de sentir, ni siquiera le importó la sangre que manaba de su nariz.

¿*Qué harás con la criatura?* Preguntó, desenfundando su athame, segura de que Leonie no notaría sus movimientos. Demasiado joven, demasiado débil.

–Dijo que debía tenerlo y alimentarlo con mi leche; que me necesitaría para aprender.

Katherine asintió como si estuviera de acuerdo con ella, después se colocó a su espalda y cortó su garganta. La sangre de la muchacha se derramó en las aguas sulfurosas del río cuando se derrumbó entre sus brazos. Leonie no volvería de entre los muertos, por eso la llevó hasta el callejón oscuro y hediondo donde acostumbraba a esconderse desde su llegada, cerca de una pequeña parroquia. Siempre que arribaba a un nuevo lugar, buscaba un templo construido para adorar al nuevo dios; allí se hizo con el corazón de Leonie y lo devoró como meses atrás hiciera con el de Mireya. Después, la abrió en canal, extrajo al ser que vivía en su interior para llevarlo consigo y quemó su cadáver mientras elevaba una oración a la Diosa.

Habían pasado dos lunas desde la muerte de Leonie, pero Katherine no se convencía de retornar a Esles. Sus recuerdos se vieron interrumpidos por el gorjeo de su *familiar*. El gorrión sostenía en su pico un cabello negro, largo y rizado. Katherine lo cogió y se lo llevó a la nariz para olfatearlo. El pardal se posó en la mano que su ama le ofrecía, parpadeó, emitió un ligero silbido y clavó sus ojos en el rostro de Katherine, antes de que ésta le arrancara la cabeza de cuajo. Con el cuerpo aún tibio entre sus dedos, se hincó, y, usando la sangre a modo de tinta, trazó una runa en el suelo; acto seguido, colocó el cabello en su centro para proteger a su dueña.

La hora del diablo

Aún faltaban dos días para llegar a tierra, a Le Havre. Cinco lunas más y volverían a Esles. Iana abrió los ojos cuando una ola de gran tamaño golpeó el barco, aunque no fue la agitación del mar lo que la arrancó de su sueño, sino la certeza de que Amaris no estaba a su lado. En la penumbra sólo veía las siluetas de los objetos que inundaban el pequeño camarote. Se frotó el rostro para despejarse y se incorporó. Mientras sus ojos se ajustaban a la oscuridad, se acordó de las plegarias que su abuela acostumbraba elevar a Oshun, la Gran Madre, la Malvada. Ahora, varios años después, Iana repetía las palabras de su abuela. A ciegas, buscó las escaleras que ascendían hasta la cubierta.

Iana odiaba los barcos. El hedor del encierro, la enfermedad, el sudor y el vómito, aunado al movimiento constante de las olas chocando con el casco le recordaban el buque negrero en el que la habían transportado hasta la península. Entre su gente no importaba quién era su padre, sino su madre; pero para los blancos sólo eran bestias primitivas. Los esclavistas sa-

bían que si soltaban a un hombre de su pueblo, les partiría el cuello con las manos, por eso los sujetaban mientras violaban a sus mujeres. Sacerdotes, madres, guerreros, reyes y reinas fueron sometidos por igual. Lo único que Iana recordaba tener el tino de hacer cada vez que bajaban a la bodega era rezar a Oshun porque no la vieran y si la Diosa decidía lo contrario, al menos que su muerte fuera rápida e indolora. Acababa de cumplir nueve años y era una cría más bien escuálida, pero sabía que había hombres que gustaban de niñas pequeñas como ella.

–Oshun, hazme invisible a sus ojos –rezó once años después, del mismo modo en que lo hizo entonces.

Ya no era una niña negra esclavizada y desnutrida, pero los humanos no dejaban de ser monstruos. Cerró los ojos y subió el primer peldaño. Estaba acostumbrada a convivir con el desprecio de los hombres. Los menos crueles la miraban con recelo; los peores la escupían e intentaban meter la mano bajo su ropa; decían que necesitaba de sus penes para entender su lugar. Amaris no dejaba que nadie se le acercara, pues, al igual que la Diosa, a ella le venía sin cuidado el color de su piel o su lugar de origen. Eran iguales y, aunque Amaris era una muchacha blanca como ellos, también solían mirarla con desprecio; no obstante, procuraban ocultarlo en aras de la nueva racionalidad. Iana probó su fidelidad con Amaris más de una vez, pero aquel viaje había sido un error. Verla entre el brezo, los cardos y el océano, que suscitaban en ella el vestigio de un acento aprendido a esconder diestramente, le dio la certeza de que Escocia era el lugar al que pertenecía. Amaris era un hada perdida en el mundo de los hombres. Con ese pensamiento salvó el último peldaño. El viento le revolvió los cabellos en cuanto alcanzó la cubierta.

La encontró en la proa. El aire agitaba los faldones de su camisón y los rizos que se habían escapado de su trenza. Sentada así, cerca de la barandilla, ajena a su alrededor, parecía una visión. Acababan de dar las tres de la mañana, el momento cumbre que los hombres llamaban «la hora de las brujas»;

bastaba con observar la posición de las estrellas tan cercanas que creaban la impresión de poder tocarlas en cualquier momento. Amaris no estaba despierta, aunque se le veía tranquila mientras hablaba con alguien que no estaba ahí. Un escalofrío recorrió a Iana. No era la primera vez que la encontraba en esa circunstancia y cada vez se sentía como una intrusa, como si no debiera presenciar lo que acontecía ante ella. Iana retrocedió varios pasos y decidió que era mejor volver a su camarote. Al día siguiente, estaba segura de que Amaris no recordaría nada.

SEXTA PARTE

Edrinios: el círculo se abre

*¿Cuándo habremos de vernos, con el trueno, otra vez,
con el rayo o la lluvia, reunidas las tres?*

[...]

Cuando el caos acabe.

William Shakespeare

A nuestra llegada

Esles de Cayón. Cantabria, España
Agosto. Luna de cebada

 El lento traqueteo del carruaje indicaba que continuábamos en movimiento por un camino desigual. El calor resultaba insoportable, sumado al encierro y el creciente olor de la fruta podrida, el pescado y la carne expuestos en las calles por el día de mercado. Fingía dormir mientras intentaba bloquear el malestar que me producía el bullicio de la plaza.

—Amaris —me costó concentrarme en la voz de Iana—. Hemos llegado.

Abrí los ojos con lentitud, poniendo especial cuidado en no mirar al exterior. En ese momento, el carro se detuvo en el jardín de los Antigy. Los gritos, pensamientos y ecos martilleaban mis sienes, provocándome un estado febril que amenazaba con derrumbarme en cualquier momento. Iana apretó mi mano a sabiendas de que la jaqueca no había hecho más que empeorar con nuestra llegada a la península.

«Puedo ayudarte», parecía decirme, pero ambas sabíamos que cualquier intento sería insuficiente.

Un sirviente nos ayudó a auparnos y después nos guio al fresco interior de la casa hasta el salón, donde Beatrix aguardaba para escuchar las buenas nuevas. William se había quedado en Le Havre, enviando sus disculpas, ya que las ocupaciones que relegó durante el viaje a Escocia se habían vuelto en extremo urgentes de resolver y le impedían devolver a su prometida a casa como le hubiera gustado. Aun así, antes de separarse, fijaron una fecha para la boda, próxima al año nuevo.

–*Mère!* –exclamó Rebecca al verla.

Beatrix sonrió con amabilidad, hizo a un lado su costura y se levantó del sofá para recibirla con los brazos abiertos.

–*Bienvenue, ma chère fille* –dijo, tomando las manos de Rebecca entre las suyas; luego hizo un gesto para invitarnos a acompañarla–. Confío en que hayan disfrutado del viaje.

Rebecca asintió y mientras una sirvienta colocaba una bandeja de bocadillos y vino en la mesa, se embarcó en una minuciosa descripción de Escocia y de lo incivilizado que le había parecido todo, aunque pintoresco. Su madre parecía escucharla con atención, pero cada tanto desviaba la mirada hacia nosotras y una vez que su hija hubo terminado su historia, la instó a subir y asearse para ver a su padre; una táctica poco sutil, pero eficiente. Después de que Rebecca desapareciera por las escaleras, Beatrix ordenó a los sirvientes que abandonaran el salón.

–¿Dónde está Katherine? –inquirí en cuanto estuve segura de que nadie podía escucharnos.

–Todo a su tiempo, *chérie* –replicó con tranquilidad–. Hace unos días recibí una carta de Louise, me dijo que tu estado de salud ha empeorado. Supongo que el viaje te debilitó, aunque no debería sorprenderme.

Mi relación con Beatrix se limitaba a comentarios corteses y triviales. Aquella era la primera vez que hablaba conmigo di-

rectamente y que la escuchaba decir algo más que frases insustanciales en mi presencia.

–Sabemos que tu condición es diferente a la de cualquiera de nosotras y que tu salud es precaria. No estamos orgullosas de nuestra forma de actuar –continuó a modo de portavoz entre las Mayores–. Nos encontramos ante algo desconocido. No pretendo que lo entiendas ahora, pero debes saber que conocemos nuestra historia porque nuestras madres nos la contaron. Necesitamos de la memoria de nuestros ancestros para preservar nuestro legado y sobrevivir, sin embargo, tu linaje se perdió con los restos del pueblo antiguo. Todo lo que existe son leyendas y no podemos estar seguras hasta qué punto son verosímiles. Contigo estamos a ciegas, por decirlo de algún modo. Sabemos ciertas cosas, como el precio de ser un oráculo, pero desconocemos hasta dónde llegan tus capacidades. Pensábamos que enviarte a Escocia era riesgoso y no nos equivocábamos.

–Y, aun así, lo hicieron –repliqué con frialdad.

Beatrix asintió.

–Sí. Teníamos que intentarlo. Lucrecia quería un seguro, aunque les dije que eras demasiado joven para hacerlo –apartó la mirada de mi rostro con incomodidad–, que necesitabas tiempo y práctica. Katherine estaba de acuerdo conmigo, creía que debíamos esperar hasta después de Samhain, cuando fueras menos... *impredecible*, pero te necesitamos para lo que está por venir.

–Lo que está por venir –repetí con ironía–. Esperaban a que fuera controlable, es lo que quieres decir, ¿no? Más jóvenes que yo fueron utilizadas como *medios*, ¿o eso no lo dicen las leyendas? –insistí con mordacidad.

Beatrix no respondió a mi provocación.

–¿Por qué nos enviaron a Escocia? –intervino Iana sin previo aviso–, ¿qué era tan importante para correr el riesgo?

–Era una apuesta. Sé que están llenas de dudas y que nuestras palabras no hacen más que empeorar las cosas. Pero ne-

cesitábamos probar a Amaris y aprovechamos la oportunidad para alejarlas de aquí lo más pronto posible. En los últimos meses, la situación en el pueblo ha cambiado; cuatro críos han desaparecido y los humanos empiezan a inquietarse. Los más viejos ya han tomado cartas en el asunto. Hace unos días llegó un ministro de la inquisición y pronto iniciarán las indagaciones. La histeria colectiva es peligrosa y si se desata, ni siquiera nuestro oro podrá controlarlos. No podemos hacer nada para detener los rumores, así que debemos aguardar a que las cosas se calmen. Hace unos meses que Katherine se marchó a Viena, por eso les ofrezco mi hogar hasta su regreso.

La miré con desconcierto; tragué saliva, al tiempo que negaba con la cabeza, y respondí con fingida cordialidad:

–Me temo que deberemos declinar tu ofrecimiento. Si es verdad lo que dices, nuestra presencia no hará más que empeorar las cosas para ustedes.

Beatrix guardó silencio, estudiando mis palabras. Ella sabía que no podía permanecer alejada del bosque, que cerca de los emplazamientos humanos era vulnerable. Finalmente asintió, aceptando mi rechazo con evidente alivio.

–Está bien. Aun así, me gustaría que al menos se quedaran a comer. Luego, pueden irse al caer la noche.

–A todo esto, ¿dónde está Alexandra? –terció Iana una vez llegadas a común acuerdo.

Beatrix se removió en el sofá con incomodidad.

–Ha vuelto. Poco después de que se fueran regresó al pueblo. Desde entonces se ha negado a hablar. Es como si su mente se hubiera dañado. Sé que algo le ocurrió, pero se niega a decírmelo.

–A lo mejor yo puedo ayudar –se ofreció Iana–. Me gustaría verla antes de marcharnos.

–Supongo que daño no le va a hacer y puede que ustedes consigan hacerla hablar.

Será nuestro secreto

La riada de pensamientos humanos martilleaba su cabeza. Giraban en torno al mismo tema: brujas, el diablo y la inquisición. No por primera vez deseó ser incapaz de escucharlos. Lucrecia se estiró en el lecho aún húmedo por su reciente encuentro con Fermín Montalvo, el inquisidor enviado a Esles. Fue fácil localizarlo, no sólo por la elegancia de su atavío y su orgullo al caminar, sino porque todos en el pueblo esperaban su llegada. No obstante, el inquisidor había descartado los ofrecimientos del comité de bienvenida tras su aparición en la plaza para dirigirse directamente a la ermita.

Ella lo esperaba arrodillada frente a la estatua de la Virgen. Al notar su presencia, el recién llegado la miró con evidente descaro. Su arribo resultó ser de más utilidad de la que Lucrecia había creído. El vicario era un hombre viejo y durante las últimas semanas pasaba la mayor parte del tiempo fuera, intentando calmar a su díscolo rebaño. El inquisidor atravesó la nave para detenerse a su lado. No era extraño encontrarse con algún fiel al atardecer, pero éstos solían ser ancianas u hombres de

mediana edad, no mozas. Cuando el hombre se lo preguntó, Lucrecia dijo que era la sobrina de la curandera del pueblo, quien había muerto recientemente a causa de la brujería que acechaba Esles. El inquisidor dejó de escucharla cuando la joven deslizó sus dedos por sus muslos hasta su sexo, rígido de deseo. Era miércoles, no habría servicio y la ermita permanecería cerrada hasta el día siguiente.

Después de su primer encuentro, la anciana le cantó al oído cada noche, aunque Fermín no necesitaba de mayor motivación que la ingesta de su *familiar* para controlarlo. De esa manera, se encargó de que la gente dejara de escuchar al sacerdote y le prestara atención a él. Era la voz del inquisidor la que se imponía en el centro de la plaza, pero las palabras eran de Lucrecia.

En la umbra

Una de las criadas nos guio hasta la habitación de Alexandra, después hizo una leve inclinación y desapareció por el pasillo, dejándonos a solas con lo que quiera que aguardara al otro lado de la puerta. Más que un cuarto, parecía una cueva maloliente. La única fuente de iluminación provenía de los resquicios entre las cortinas fuertemente cerradas y de las brasas en el hogar. Tardé un poco en acostumbrarme a la oscuridad y una vez que lo logré, pude reconocer la silueta de Alexandra, quien se hallaba sentada en una poltrona frente al fuego. El ambiente resultaba opresivo gracias al humo y al constante zumbido de las moscas pesadas y saciadas de lo que fuera su comida, que se arremolinaban por la estancia. Iana hizo un gesto para que aguardara mientras ella se acercaba a Alexandra. La vi arrugar la nariz al notar el tufo de la comida echada a perder y medio oculta bajo el lecho. Más allá, las moscas sobrevolaban lo que reconocí como una bacinilla que no había sido vaciada en mucho tiempo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Iana en voz baja, como si temiera perturbarla.

Alexandra movió la cabeza de tal modo que el reflejo de las llamas iluminó su rostro por un breve instante, tiempo suficiente para percatarme de que había perdido peso y de que su piel lucía amarillenta a causa del encierro. Tenía profundas ojeras y sus labios estaban resecos. Usaba un camión que antaño debía ser blanco, pero ahora se veía tan sucio que acentuaba su aspecto de sibila desquiciada. Sólo sus manos mostraban un rastro de vida al moverse compulsivamente sobre su vientre abultado. En contra de todo presagio, su cuerpo siguió con el embarazo. Pero, a falta de otro nutrimento, el feto continuaba alimentándose de sus huesos y dientes.

—¿A qué habéis venido? —preguntó con voz rota, sin apartar la mirada de la chimenea. Apenas un graznido.

En lugar de responder, Iana se agachó para retirar los mechones de cabello que se adherían a su frente perlada de sudor.

—Nos gustaría ayudarte —dijo, cogiendo las manos de Alexandra para colocarlas a los lados de su cuerpo, donde permanecieron inertes—. Si quieres podemos pedir que limpien tu cuarto y que traigan un poco de sopa.

Alexandra negó con la cabeza.

—El ruido le aterra.

Iana asintió como si comprendiera a quién se refería mientras palpaba su vientre con gentileza.

—Me habla —siguió balbuceando—. Será una niña.

—¿Cómo puedes saberlo?

Alexandra guardó silencio.

—Está bien. No importa. La criatura está sana, aunque crece con celeridad —afirmó Iana, lanzándome una mirada significativa por encima del hombro—. Necesitas comer algo o enfermarás y ambas morirán. Antes de irnos le diré a la cocinera que suba un poco de queso y pan.

–¿Qué harás cuando nazca? –inquirí de pronto, sobresaltándolas.

Alexandra pestañeó con lentitud, como un reptil que prefiriera pasar desapercibido, mimetizado con su entorno, pero no respondió. Al cabo, Iana dejó escapar un suspiro y me indicó con la cabeza que era hora de irnos.

–Puedo sentir el borde de su aura, pero no sé lo que es –dijo repentinamente, como si se le acabara de ocurrir la idea.

–Si te lo dijera, no me creerías –contestó Alexandra con acritud.

Iana volvió a asentir. Retrocedió, cogiéndome del brazo y se giró para salir del cuarto.

Abandonamos el hogar de Beatrix después de una cena frugal. Viajamos con un equipaje ligero: un par de vestidos más o menos presentables con sus respectivos zapatos y medias. Todo lo suficientemente compacto para llevarlo en un hatillo a la espalda que nos facilitara nuestro tránsito por el bosque. Después de deshacernos del polvo del viaje, emprendimos el camino de vuelta a casa. Cuando llegamos al linde, la luna menguante coronaba el cielo. El aroma de los árboles y el fragante perfume de las flores nos dieron la bienvenida en cuanto nos internamos en el soto. Pronto alcanzamos el río, cuya superficie reflejaba una guadaña plateada sobre nuestras cabezas. Nos detuvimos para sentarnos a la orilla del arroyo, con la intención de sumergir nuestros pies luego de lo que nos parecía una travesía interminable. En la cúpula celeste, las Pléyades brillaban tenuemente, mas la luz de Venus refulgía con intensidad, cortejando a la luna. Su conjunción era un augurio, pero no deseaba desentrañar su significado en ese momento.

Introduje los pies en el agua y dejé escapar una exclamación de deleite al sentir su caricia en mi piel. Lejos de la peste de las aguas residuales y el constante clamor de las callejas embarradas y el acre aroma de sus habitantes, me sentía más ligera,

como si el mundo apenas hubiera girado desde el momento en que abandonamos el bosque. Cerré los ojos, pensando en el roce del espíritu deslizándose por mi cuerpo, por mis senos, hasta la humedad palpitante entre mis piernas. El agua era una extensión de su mundo y también una manera de alcanzar el plano material. Aparté esa idea de mi mente y me concentré en el valle que se extendía a nuestro alrededor. Aquel bosque pertenecía a mis ancestros y era su sangre la que se mezclaba con la savia de sus árboles; no obstante, notaba algo distinto, un olor que no había estado ahí antes: el de la muerte. La floresta era una puerta, un umbral, cuyo suelo fue alimentado recientemente.

Cuando abandonamos el arroyo, reconocí los nuevos signos y runas que adornaban los troncos de los árboles que protegían la casa, así como los fetiches fabricados con huesos y ramas de serbal que pendían de sus ramas. En nuestra ausencia, Katherine había renovado el pacto de mis antepasados con el bosque. La casa se hallaba envuelta en tinieblas; una fina capa de polvo y telarañas cubría cada uno de sus rincones, al igual que el frío que rasguñaba sus muros y listones de madera. En cuanto entramos, Iana encendió la chimenea para caldear el interior.

Agotada por el viaje y las emociones vividas en el mismo, me dirigí a mi habitación. Durante nuestra estancia en casa de Beatrix, Iana y yo habíamos acordado compartir mi cama hasta el regreso de mi tía. Conmigo sólo llevaba la canasta en la que viajaba la cachorra de lobo. Al descubrir su presencia, los escoceses le habían llamado *Cù Sith* por su pelaje: el perro de las hadas. Ya en mi cuarto, la saqué de su incómodo refugio de mimbre y la deposité en el suelo. Antes de irnos, dejé la mandrágora bajo mi cama porque no había forma de llevarla, pero ahora que estaba de regreso, volvería a alimentarla como era debido, del mismo modo en que hacía con *Carman*, como había decidido llamar a la pequeña lobezna. Como si acabara de leer mis pensamientos, *Carman* gimió en busca de comida. Me senté en la orilla de la

cama y palmeé su superficie para atraerla, luego la dejé sobre las mantas. Me levanté la camisola hasta la cadera, donde un día después de encontrarla había brotado un pezón y la acerqué para que mamara de mi sangre.

Bajo el roble

Despertó con un grito atrapado en su garganta que acalló por unos momentos el pensamiento velado que acababa de perturbar su sueño; la voz que le suplicaba al viento que la llevara de vuelta. Un presentimiento que se esparcía por su cuerpo en forma de sacudidas apenas ostensibles. Era hora. Amaris había regresado a casa. Katherine se desperezó con parsimonia, como si su letargo hubiera durado más de siete lunas. Escogió aquel roble de aspecto señorial para descansar por la energía que emanaba. Se trataba de un ser milenario que había observado y resguardado a los suyos cuando aún caminaban por la tierra. Ese árbol presenció el levantamiento de los hombres y la caída de las Viejas Razas. Mientras dormía entre sus raíces, aislada de toda vida que no fuera la que habitaba el bosque, escuchó sus voces murmurar palabras en idiomas perdidos que sólo logró comprender tras engullir suficientes corazones, suficientes vidas. ¿Cuánto tiempo tardarían los hombres en encontrar aquel bosquecillo ajeno al tiempo y al dolor para robar a sus guardianes y usarlos para construir sus barcos e iglesias?

Katherine permaneció sentada en el suelo, consciente de la vida que se agitaba a su alrededor, atenta a la presencia de los animales que se ocultaban en sus sombras. A pocos metros, en una madriguera cerca de un río, notó la presencia de un conejo solitario. Lo llamó con la voz del bosque hasta que el animal acudió a su encuentro. Lo cogió entre sus manos, rompió su cuello y se alimentó con su carne. Necesitaba nutrirse con la sangre y los huesos de otros más débiles que ella si planeaba enfrentarlas. Cuando hubo terminado, limpió su barbilla con el dorso de su mano y se incorporó para ir a donde *Týr*. Pasó la mano por el cuello del enorme semental, percibiendo los fuertes latidos de su corazón contra las yemas de sus dedos. Luego lo montó a horcajadas y lo instó a atravesar la noche sin detenerse. Su *familiar* remontó el vuelo, siguiéndola a través de la oscuridad.

Lo que duerme en la oscuridad: la historia de Katherine

El año empezaba a menguar y, con él, la vida del Astado y del bosque. Las hojas en los árboles iban desde el dorado más intenso hasta el carmín más apagado y el suelo de la floresta, antaño verde y musgoso, ahora estaba cubierto de hojarasca seca. Con la agonía del Dios, venía el comienzo de un nuevo año a partir de Samhain. Katherine aún no volvía y era probable que no lo hiciera en mucho tiempo. Sin embargo, su ausencia me permitía ir y venir a la fronda a mi antojo. A *Carman* le gustaba corretear detrás de mí, explorando el bosque que ya había convertido en su hogar y entusiasmada, solía perseguir a las cornejas o a algún roedor perdido, al margen de mis elucubraciones, hasta que el hambre la obligaba a suspender sus juegos para tirar de mi falda; entonces buscaba un lugar donde sentarme para alimentarla.

El espíritu desapareció del mismo modo en que lo había hecho a nuestro arribo a Le Havre y después en Inverness, pero esta vez su ausencia me resultaba apenas tolerable. Si bien no

formábamos parte de la misma sustancia, se había convertido en una parte de mí desde que lo encontré en el círculo de piedras y viajamos a través del mar céltico a un país remoto, cuya lengua y costumbres me eran desconocidas, aunque no difíciles de imitar. Era una forastera en aquel mundo corpóreo y remoto. Movidada por esa nostalgia, abandoné el caserío antes del mediodía y me encaminé hacia el río. Era una fría mañana de comienzos de otoño. Me arrebujé en mi capa, luego me senté en un tocón a la orilla del agua. A nuestro regreso, constantemente me veía asaltada por algún presentimiento, por una ligera sensación de certeza que más tarde se veía confirmada a mi encuentro con el destino. Tal vez fue esa misma intuición la que me guio hasta ahí o simplemente él había encontrado el camino de vuelta.

En el bosque había un hombre vagamente andrógino, cuya presencia hacía que las ramas de los árboles se sacudieran sobre nosotras, provocando una llovizna de hojas secas. Durante mi infancia hacía lo mismo para entretenerme. Aquella era la primera vez que lo veía inmutable, sin claudicar ni amenazar con desvanecerse. Me levanté y me acerqué a él hasta quedar a un palmo de su figura. Estiré la mano con lentitud, casi con reverencia, temiendo que un movimiento súbito pudiera asustarlo. Era como haber cruzado el *velo*, donde lo etéreo adquiría corporeidad. Toqué su mejilla, suave como la seda. Aparté mis dedos apenas unos milímetros, entrecerrando los ojos, como si de esa manera pudiera entrever los minúsculos gránulos que le permitían crear ese perfecto espejismo. Jadeé un poco al imaginar lo que podría hacer con aquel cuerpo.

«Quizá, algún día... pero ¿el qué?», mis pensamientos se parecían al furioso revoloteo de miles de mariposas.

Un graznido quebró el silencio que se había impuesto en el bosque tras su aparición.

Están cerca.

Su voz poseía un ligero acento escocés que no estaba ahí antes. Una súbita luz lo cubrió, volviéndolo transparente hasta hacerlo desaparecer.

Fue aquella noche, mientras daba vueltas en el mismo lugar, que me dispuse a reflexionar sobre lo acaecido en el bosque. Cansada de mi propia inquietud, me levanté y fui hacia la ventana. Venus se había alejado de la luna, ahora coronada por el fulgor de un nimbo rojizo, camuflándose así con el resto de los puntos luminosos que inundaban el cielo. *Carman* dormía profundamente ovillada a los pies de Iana. En silencio, agradecí aquel repentino espacio de soledad. A lo mejor y me hallaba hondamente sumida en mis reflexiones o tal vez comenzaba a adormecerme cuando el ruido de los cascos irrumpió en la noche. Más tarde, fue el gruñido de *Carman* el que me sacó de mi ensimismamiento para concentrarme en los pasos quedos provenientes del piso inferior. Tardé sólo unos minutos en decidirme a abandonar mi lugar frente a la ventana. Bajo mis pies, noté el sonido de pequeñas láminas arañando un rodete de metal. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando Iana me detuvo, cogiéndome de la muñeca.

–No deberías molestarla –dijo.

Tomé su mano y la aparté con más brusquedad de la que me hubiera gustado. Como no volvió a intentar pararme, abrí la puerta.

–Necesito hablar con ella –repuse, al tiempo que salía de la habitación con *Carman* colándose entre mis pies para acompañarme.

Iana no insistió y tampoco hizo ademán de seguirme. Aun así, no pude evitar preguntarme si tendría razón. Todavía podía arrepentirme y regresar a mi cuarto, pero la necesidad de hablar con alguien que entendiera lo que estaba ocurriendo fue más grande.

La puerta estaba entornada; a través de la rendija pude ver el suave resplandor rojizo de la luna bañar el interior de la habitación. Las cartas y libros de cuentas, así como el tintero sobre el escritorio, habían desaparecido y en su lugar, había una vieja caja de música. Fue mientras empujaba la puerta que reparé en la presencia de mi tía, semioculta en el rincón más alejado.

–Elizabeth me la regaló cuando cumplí siete años –dijo, al leer mis pensamientos.

Dentro del cuarto era fácil sentir su vacío, su ira; cruda y primitiva. Tuve que contenerme para no retroceder.

¿Piensas quedarte ahí toda la noche, a nighean? Preguntó en mi cabeza.

–Lo siento mucho, Katherine –repuse en voz alta con más calma de la que sentía en realidad y entré en la habitación–. No pretendía molestarte.

Un movimiento súbito en el piso captó mi atención: el aleteo estertóreo de un cuervo. Por un momento albergué la absurda idea de que era el mismo que había oído esa mañana.

No temas, mo chridhe. No te haré daño.

Una vela se encendió en medio del cuarto; el haz de su flama apenas y alcanzaba la silueta de mi tía. Katherine dio un paso al frente, penetrando en el círculo de luz. Iba vestida con lo que quedaba de una camisola raída, cuyo fino tejido dejaba al descubierto su cuerpo raquíto. Sólo su cabello poseía un rastro de vida: una llamarada revuelta con el bosque que enmarcaba un rostro sin su redondez habitual. Aquel era el rostro de una harpía, mas sus ojos continuaban siendo verdes, como las escamas de una serpiente. Un hilo de sangre descendió por sus piernas, pero ella no hizo movimiento alguno que indicara que había reparado en él.

Sólo es un poco de sangre.

De poder, habría reído, no porque la escena me resultase divertida, sino porque no pude evitar evocar el pasaje de la biblia que afirmaba que las mujeres debían sufrir el dolor de la

menstrua y del parto por la maldición de Eva. ¿Qué sabían los hombres del dolor, de la pérdida y del desengaño?

El resto no es mío. Hace mucho que dejé de sangrar para complacer. Algunas se entregaron voluntariamente. Pueden vivir sin ojos, sin manos o pies, pero no sin corazón. Todo lo he hecho para protegerlas, agregó. Ahora puedo quitarte el dolor y ocultarte. He cumplido con mi promesa, aunque es más que eso. Le juré a tu madre que guardaría el secreto hasta que estuvieras lista, pero ¿qué más da? Elizabeth está muerta. Pronto será Samhain y temo que para entonces sea demasiado tarde.

–Mi hermana no deseaba formar parte de esto –dijo en voz alta–. Se fue después de cumplir diecisiete años. Me hizo prometer que no le diría nada a nuestra madre, aunque ella me azotó hasta dejarme inconsciente. Cuando volvió, Elizabeth estaba encinta. Madre nunca lo supo porque lo perdió al día siguiente de su llegada –su voz había adquirido un ritmo hipnótico que parecía sumirla en la vorágine del pasado–. Nunca supe de quién era la criatura. Mi hermana era una muchacha hermosa y no era extraño que los hombres buscaran su compañía. No tardó en volver a preñarse; el crío parecía ser más fuerte que el anterior, pero no sobrevivió. Le supliqué que dejara de intentarlo; le dije que si continuaba perdiéndolos sus entrañas se secarían.

Los ojos de Katherine se empañaron sin llegar a derramar lágrima alguna.

–No me hizo caso. Supongo que deseaba tener un hijo. Cuando finalmente se marchó, estaba embarazada de ti. Ella te amaba, Amaris –dijo, volviendo al presente para acercárseme y acariciar mi mejilla. Sus dedos estaban fríos–. Yo también lo hice en cuanto te vi.

–¿Quién era mi padre? –pregunté en voz baja.

–No lo sé –contestó–. Tu madre nunca me lo dijo.

Asentí, aceptando su palabra. ¿Realmente me importaba el nombre de un hombre al que nunca había conocido? «No», me dije, agachándome para coger a *Carman* entre mis brazos.

–Beatrix me dijo que estabas en contra de que fuéramos a Escocia –dije, después de un rato. Tenía la boca reseca.

Mi tía asintió, retrocediendo hasta sentarse en la orilla de su cama.

–Fue Lucrecia quien deseaba que fueran. Ella lo arregló todo, hasta el encuentro entre Rebecca y el muchacho Allanach en París. Quería que regresaras a Sarsgrum para probarte –hizo una pausa y cogió mi mano con decisión–. Se hace tarde –comentó, volviéndose hacia la ventana, como si fuera capaz de escuchar algo más allá del bosque–. Ve a por Iana, pero no tardes –me apremió–. Lo que debo contarles es de suma importancia.

Katherine había encendido otra vela antes de nuestra llegada. En cuanto nos vio, nos invitó a sentarnos alrededor de la mesa. Mi tía cerró la puerta, al igual que los postigos de la ventana, como si temiera que alguien más pudiera escuchar nuestras palabras. Entonces se sentó frente a nosotras para presidir la reunión.

–Bien –dijo, tras contemplarse las manos durante varios minutos. Finalmente alzó la mirada–. Lo que estoy a punto de decirles es algo que me contó mi madre tras la partida de Elizabeth. Se supone que no deberían saberlo porque son demasiado jóvenes y sus recuerdos aún no son lo suficientemente claros. Conocen nuestra historia desde hace tiempo, saben que la tercera generación se originó en los bosques y que existen caminos que al encontrarse forman encrucijadas, puentes; lugares liminales que, si bien no siempre llevan al *velo*, pueden ser umbrales de sus *nidos*.

» Para ustedes, la palabra no debe significar nada, pero un *nido* es un refugio, un lugar atemporal distinto del *Saoghal Eile*. Es una fortaleza habitada por las más viejas, por aquellas que nacieron de los árboles y por las Ancianas que caminaron sobre la tierra antes del tiempo. No pueden vivir en el mundo de los hombres porque les es incomprendible. Para ellas, el tiempo, la muerte y el dolor son distintos a como los concebimos en el

exterior, por eso no pueden existir más allá de la protección de su *nido*. Sus almas les pertenecen a los soles muertos eones atrás y sólo poseen hambre, locura y el deseo de copular con los árboles como otrora hicieran sus madres para procrearlas.

» Ellas son el último bastión de los *Antiguos*, las únicas que conocen el verdadero nombre de los días, de los meses y de los planetas que los regentan. Son hijas de las Hadas, aunque muchas murieron durante el alzamiento de los hombres. Algunos de los *nidos* han perdido a sus ocupantes porque eran demasiado débiles para sobrevivir a la Nueva Era.

» Está prohibido adentrarse en el bosque para buscar sus vanos. Ni siquiera nosotras podemos conocer la entrada, pues nos consideran corruptas por tener sangre humana. Los *nidos* son lugares sagrados que resguardan los secretos más viejos del pueblo blanco y nadie debe intentar hacerse con ellos o molestarlos. Lamento no poder decirles mucho más, porque es lo único que sé.

Katherine permaneció de pie en silencio, con las manos en su regazo, atenta a nuestra reacción, a nuestros pensamientos y consideraciones y a lo que quiera que llamara su atención fuera de los muros de la casa.

–¿Por qué nos lo cuentas ahora? –pregunté finalmente.

Mi tía parpadeó, como si al hacerlo volviera a su habitación, donde Iana y yo estábamos sentadas frente a ella. Un amago de sonrisa se dibujó en sus labios.

–Porque son ellas quienes están detrás de todo esto –dijo con sencillez, ladeando la cabeza como si de un pájaro se tratara–. Escuchen, alguien viene.

A modo de confirmación, su *familiar* emitió un chillido estridente desde su lugar frente a la ventana.

–Es Beatrix. Bajen a recibirla, yo las alcanzaré en unos momentos –cogió la tapa de la caja de música y la cerró de golpe–.

Ya habrá tiempo para contestar sus preguntas –agregó, alzando el rostro.

Acabábamos de abandonar su habitación cuando un estremecimiento me recorrió, forzándome a detenerme en medio del vestíbulo. La vela en mi mano resbaló y cayó con un golpe seco cuando la oscuridad tiró de mí, halándome hacia el *velo*.

El bosque, al igual que el interior de los árboles, siempre fue un lugar seguro. Se encontraba cerca del lago, lo sentía en sus huesos. Las leyendas de su tierra decían que los caballos marinos vivían en las profundidades de lagunas como esa. A lo mejor y aquella noche llegaría a comprobarlo.

Su cabello, del mismo modo que su piel, se había teñido de blanco, más parecido a la corteza de un árbol que al cuerpo humano. Sus ojos se habían apagado y era incapaz de retener la luz en su interior. Cada movimiento le costaba más fuerza de la que poseía; tras cientos de años atrapada en el corazón de un tejo, parecía haberse convertido en parte de él. Su cuerpo duro, rugoso, era lo único que quedaba de la mujer que en otro tiempo estuvo segura de conocer. No poseía nombre ni recuerdos ni alma.

¿Qué la había despertado? No se acordaba, sólo sabía que debía ir al agua. Atravesó el bosque en silencio y al llegar a la orilla del lago se detuvo tan sólo un minuto para sentir el aire entre sus cabellos quebradizos. Luego, caminó hacia el agua que le llegó a los tobillos, a las rodillas, al ombligo, al pecho y finalmente, más arriba de la cabeza. Cerró los ojos y se entregó a sus profundidades, aquellas habitadas por seres ignotos de cuerpos enormes. Varios minutos después su cuerpo emergió a la superficie, pero ella se había ido.

–Alguien ha muerto.

Continuaba en el interior del caserío, en medio del recibidor. Temblaba con tanta fuerza que me sorprendió ser capaz de seguir en pie. Entonces reparé en Katherine, quien me sostenía

contra su cuerpo. En el trance había mordido mi lengua; fue el sabor de mi sangre el que me despejó de todo. La jaqueca que inició en su cuarto, en ese momento me provocaba náuseas con cada latido de mis sienes.

–Ahora no importa –murmuró sin soltarme y me llevó al salón, donde me ayudó a sentarme en el sofá para aguardar a que Iana volviera con las recién llegadas. Luego se sentó junto a mí–. ¿Esto te ayuda? –inquirió, ofreciéndome una taza con agua.

Negué con la cabeza, pero igualmente la acepté para enjuagarme la boca. Las manos me sudaban y tuve que sujetarla con fuerza para evitar que su contenido se cayera. Cuando iba por la mitad, Katherine me la quitó y la colocó sobre la mesa. Sabía que estaba preocupada, sin embargo, recompuso su gesto en cuanto Beatrix y su hija atravesaron la arcada al lado de quien tardé en reconocer como su sobrina, apoyada con pesadez en Iana.

–Será mejor que la lleses a su habitación –le indicó Katherine, al tiempo que hacía un gesto hacia madre e hija, invitándolas a acercarse.

Iana obedeció en silencio y me lanzó una mirada por encima de su hombro antes de desaparecer junto a Alexandra. Beatrix se detuvo frente a mi tía y tras rebuscar entre sus ropas, sacó un fardo negro que arrojó a los pies desnudos de Katherine. Se trataba del cadáver de un cuervo, igual al que había visto en el piso de su cuarto.

–Una advertencia –afirmó mi tía, luego de echarle una ojeada–. ¿Dónde lo encontraron?

–En el jardín, afuera del cuarto de Rebecca. Chocó con la ventana y se rompió el cuello. Entiendes lo que esto significa, ¿no, Katherine? Morrigan está en camino. Lo he visto en las vísceras. Las estrellas no mienten, lo sabes tan bien como yo. Estarán aquí antes de Samhain.

Katherine se mordió el labio, meditando, luego asintió.

–Será mejor que tu hija acompañe a Iana por si acaso necesita ayuda –dijo–. Debemos quemar el cuerpo de Mireya antes

del plenilunio. Tú quédate aquí –palmeó mi mano con suavidad para dar énfasis a sus palabras.

–Me gustaría ver a la Anciana –repuso Beatrix una vez que sólo quedamos las tres.

–Está bien. Iré contigo en un rato, primero necesito lavarme –aceptó Katherine, poniéndose en pie.

Al cabo, me quedé a solas en el salón. El único ruido provenía de los ocasionales crujidos de alguna tabla suelta y de la respiración de *Carman*, quien se echó a mis pies antes de dormirse. Cerré los ojos, permitiéndome cabecear por unos minutos antes de recordar que nadie había recogido el cadáver del cuervo. Cogí aire e ignorando el dolor de cabeza me incorporé y fui en busca de Katherine.

Pira de sal

*M*i tía ya se había deshecho del cuervo. Por su parte, el escritorio seguía vacío, salvo por la única vela encendida y cuya cera continuaba cayendo con profusión sobre un montón de hojas de papel en las que Katherine había plasmado una serie de figuras geométricas distintas a las runas, más elaboradas: círculos y triángulos sin orden ni concierto.

No los mires, aún no están acabados.

–Te dije que te quedaras abajo. No estás bien.

Me encogí de hombros y aparté la mirada de la mesa. Katherine se hallaba desnuda en el interior de la bañera. El aroma a lavanda perfumaba el cuarto, incluso cuando el agua estaba enturbiada por la mugre y la sangre seca.

–¿Qué son? –señalé los dibujos.

–Todavía es pronto para saberlo –respondió–, pero supongo que no fue eso lo que te trajo a mi habitación.

Me senté en la orilla del lecho.

–¿Qué pasará con Alexandra?

—No lo sé. Si continúa negándose a comer, es probable que muera.

—¿Y no te importa? —insistí, apretando los dientes cuando el dolor se instaló detrás de mis párpados.

Katherine sacó su mano del agua y la observó con detenimiento. Al igual que ella, la línea que los quiromantes conocían como la de la mente en la palma de mi mano se negaba a cicatrizar del todo, pues continuamente necesitábamos del dolor y la sangre para conjurar.

—Aunque me importara, ¿qué puedo hacer? Alexandra tomó su decisión y debo respetarla.

No era un secreto que durante años fueron amantes y que más de una vez habían usado aquel vínculo sexual para los rituales; la magia de ese tipo era fuerte.

Estamos lejos de ser lo que éramos hace un mes o un año atrás. Esto —señaló las hojas sobre el escritorio—, lo que sea, nos está cambiando. Debemos aprender de nuestros errores y de... nuestras decisiones.

Enséñame. Le supliqué, tendiéndole la mano. Katherine la observó con atención, pero se negó a aceptarla.

Aún es pronto, mo nighean. Eres demasiado joven. Me temo que lo que pueda mostrarte te enloquezca. Sin embargo, hay algo que quisiera que me contaras. Sé que las has visto y que no te resultaron desconocidas cuando Beatrix las mencionó. Las olí en ti en cuanto llegué a la casa. Háblame de su encuentro.

Cerré los ojos y aparté el rostro del fulgor de la vela que teñía mis párpados de rojo, empeorando considerablemente la jaqueca. Sabía que Katherine se refería al sueño que tuve en *Àite nan Clach* y que, a pesar de que habían pasado varios meses desde lo ocurrido en Sarsgrum, su aroma continuaba adherido a mi piel, ya fuera como una garrapata o como una advertencia.

Deja que te ayude con el dolor. Dijo, acariciando mi rodilla, la única parte de mi cuerpo que alcanzaba desde la bañera.

Hice un movimiento imperceptible para negar con la cabeza. Hacía tiempo que aprendí a vivir con el dolor, con su brutalidad.

No hay razón para sufrir, mo chridhe.

–No importa –repliqué en voz baja.

Entonces inhalé con fuerza y comencé a hablar. Al principio me resultó confuso y un tanto caótico, pues debí poner mis pensamientos en orden antes de pronunciarlos en voz alta. Le hablé de Sarsgrum, del hogar de los Allanach y de lo cerca que se hallaba del lugar donde viví cuando era niña, de que no podía concebir que aquello fuera una coincidencia. Entonces, con un ritmo más pausado y meticuloso, le platiqué de mi sueño, de la capilla de santa Brigid, aunque puse especial cuidado en omitir los detalles que involucraban al espíritu. Si Katherine se dio cuenta, no dio indicios de que le importara.

–Está bien, muchacha –dijo cuando terminé de hablar–. No podrán tocarte mientras permanezcas en el interior de la casa.

Para entonces, la vela se había consumido considerablemente. Entre nosotras se hizo el silencio, roto por el movimiento de mi tía al salir de la bañera y mientras buscaba entre sus ropas. Al contemplar las gotas de agua que resbalaban sugestivamente por su piel desnuda para finalmente caer sobre los tablones de madera, mi mente volvió a Alexandra.

–El feto es distinto a su madre –dijo Katherine, luego de leer mis pensamientos–. Para explicarlo hace falta algo más que los términos médicos de los hombres. Si ellos conocieran su existencia, le llamarían un «nacimiento monstruoso». Pero lo que para ellos es obra del diablo, para nosotros es una anomalía en la naturaleza –si tal cosa existe–; un niño débil y enfermo, deforme. Aunque esta criatura es otra cosa. Podemos fornicar con humanos a pesar de que el resultado siempre es el mismo: hemorragias que terminan secando nuestros úteros. Por eso sólo nos apareamos en ocasiones especiales y cuando los machos poseen aura azul. Este *ser* es diferente, pero similar a nosotros.

—¿Qué significa eso?

Que la criatura es igual al hijo de Mireya y que si Alexandra insiste en parirlo, terminará matándola.

El vestido que Katherine eligió le quedaba demasiado grande, por lo que precisó de mi ayuda para ajustarlo a su cuerpo. Por lo demás, no había mucho que se pudiera hacer, salvo coserlo para amoldarlo a su nueva delgadez; pero eso tendría que esperar. Ya vestida, sacó un peine de marfil de la cómoda y se dispuso a desenmarañar su cabello. Siempre admiré su paciencia y su facultad para fingir normalidad. Katherine me había enseñado a ejercitar el control sobre mis capacidades, su retención y también —aunque en menor medida— el de la apariencia; lo que los hombres llamaban *glamur*. No obstante, no me veía capaz de alcanzar su parsimonia.

Hacia rato que habíamos dejado de hablar: de Alexandra, de Sarsgrum, de las Ancianas, de todo en general; pero ambas sabíamos que todavía quedaban asuntos por resolver.

—Tenemos que incinerar a Mireya antes de Samhain —dijo de repente, como si acabara de llegar a la misma conclusión que yo.

—Dijiste que podía regresar —contesté—, ¿o era mentira?

—No, pero, por si no lo recuerdas, también te dije que Mireya tomó varias vidas que no le pertenecían. Además, ya no tiene corazón que pueda traerla de regreso.

—¿Qué hiciste con él?

—No podía correr el riesgo de equivocarme.

Improvisamos un lecho a base de ramas, hierba, musgo y savia seca en la cima de una colina, alejada del caserío. La pira estuvo lista antes de que la aurora coloreara el bosque y acariciara la mortaja que envolvía el cuerpo de Mireya. Sobre su pecho colocamos una bandeja de barro cocido con un trozo de pan y una pizca de sal, además de un cuenco lleno de vino. Katherine cogió la antorcha de las manos de Beatrix y la arrojó sobre los tron-

cos. El lecho prendió enseguida, alcanzando hojas y zarzas. Las llamas atraparon rápidamente a Mireya y la envolvieron, abrasando su sudario. Cuando nos llegó el olor de la carne quemada, mi tía recitó una oración para que la Madre acunara el alma de Mireya. Luego, elevó la mirada al cielo, donde las estrellas volvían a formar un patrón que ya me era conocido; cerró los ojos y entonó un cántico agudo, ululante. Se trataba de una canción antigua; un aullido estremecedor más viejo que la tierra y los árboles. Conocía aquel lamento, aun cuando no lo había escuchado antes y, sin embargo, me fue fácil imitarlo hasta sentir que mi garganta se desgarraba.

Al amanecer, el día se tornó frío y el aire sopló con fuerza, llevándose consigo el humo y avivando la danza de las llamas: crecientes espirales que amenazaban con descontrolarse en cualquier momento y abrasar el otero. La lluvia comenzó poco después; gélida e inclemente. Tuvo que pasar cerca de una hora antes de que el primer cuervo hiciera su aparición en la cima del collado. Era un ejemplar de gran tamaño y brillante plumaje que emitió un graznido funesto e inmediatamente alzó el vuelo para desaparecer en medio de la borrasca. Katherine lo siguió con la mirada, incluso después de que se convirtiera en un punto irreconocible en el cielo plomizo.

—Ya deben saberlo.

Tenía la cara congestionada por el cansancio y grandes ojeras azules. Sus ojos verdes teñidos de sangre brillaron al encontrarse con la mirada de Beatrix.

Para el mediodía, el fuego se había consumido por completo, instalando el silencio en el cerro. El manto gélido de la muerte recorrió la fronda, llevándose consigo a cualquier criatura indefensa y enferma que encontró a su paso. Cenizas y fragmentos de huesos demasiado calcificados para desaparecer del todo, así como su delicada osamenta fue todo cuanto quedó de Mireya. Katherine guardó los restos en un saco, cuyo destino final sería un hoyo profundo en el bosque, cerca de nuestro hogar.

Ménade

*K*atherine se hallaba despierta cuando Beatrix entró en su habitación. Tras el funeral se había visto incapaz de conciliar el sueño, mas no de recordar. Aquello se parecía mucho a un momento suspendido en el tiempo, a un estado de gracia y contemplación. Mientras volvían a su hogar, los acontecimientos continuaban con su curso. Siempre había sido así, desde tiempos inmemoriales en los que no existían los hombres ni sus ciudades y aldeas, ni su dios. Fue ese mismo pensamiento el que la llevó por reflexiones más funestas y vetustas. Sabía que Beatrix tenía razón: las estrellas continuaban con su camino inexorable y lo que otrora parecieran simples vaticinios de pitonisas dementes, ahora se mostraban como hados perfectamente factibles. ¿No era lo que afirmaban los augures? Oráculos silenciosos y oscuros nacidos antes de que la Luna se transformara en un ojo, en una anciana vidente y sus movimientos guiaran a las hijas del pueblo blanco. Antes de que la tierra se dividiera por los grandes mares, ellas predijeron

que los Antiguos renacerían. Quizás faltaban siglos, incluso milenios, pero no había duda de que el tiempo estaba cerca.

—Al fin se han dormido —Beatrix se detuvo detrás de ella—. Están inquietas.

Katherine no se volvió. Permaneció absorta en el movimiento de las luminarias y en la luna que en ese momento desaparecía tras un manto de nubes blancas y resplandecientes. Faltaba poco para el plenilunio.

—¿Tú no lo estarías? —replicó—. Hace no mucho yo era igual de joven e impaciente que ellas, *mo charaid*. Claro que están inquietas. Dudan y eso las llevará a hacerse preguntas, cada vez más grandes y peligrosas.

—No podremos ocultárselo para siempre, *ma fille*. Tu sobrina empieza a sospechar, es fuerte... e impredecible.

Katherine sonrió ante la descripción de Beatrix.

Es posible que se revele. Aceptó. Pero aun así temo que la oscuridad la consuma y acabe con ella.

Ésa era la primera vez que se atrevía a compartir sus pensamientos, sus miedos.

Las jaquecas ya le están afectando, ma chère. Si la próxima vez no actuáis a tiempo, la muerte de su cerebro será irreversible.

Katherine cerró los ojos. Aquella conversación empezaba a cansarla.

Tengo la confianza en que el dolor desaparezca después de Samhain.

Querrán conocerla, estar cerca de ella. No podrás esconderla por más tiempo.

Katherine no contestó, pero estaba de acuerdo. Más de una vez había pensado en eso, hasta agotar todas las opciones posibles.

¿Y cuando la conozcan? Entonces ya no les quedará duda y desearán probarla. Por eso están aquí.

Tu sobrina es un oráculo excepcional, ma fille.

Sí. Amaris era disciplinada y desde joven reveló sus capacidades. Beatrix la conoció poco después de que Katherine la sacara de Escocia. Entonces apenas era una niña, pero ya poseía la altivez y la locura de las sibilas. Hubo un tiempo en el que al delirio de las pitonisas se les consideró sagrado, pues nacía de los dioses, pero afirmar tal cosa era una aberración y también una herejía.

Katherine ladeó la cabeza en un gesto que compartía con su *familiar*. Beatrix sabía que la menor de las Moray era astuta y despiadada, sin importar lo joven que pareciera.

–Cuando vengan, no harán nada –dijo finalmente–. Se quedarán aquí.

–Si intentan hacerles daño, no podremos ayudarlas.

Katherine la miró a través del cristal.

–No desean lastimarla, sino controlarla.

La reunión: el oráculo negro

La tierra posee su propio latido, sin embargo, los humanos son incapaces de notarlo; ellos existen a su ritmo. Hacía poco menos de tres siglos que descubrieron que el mundo no era plano, cual hoja de papel y como si de una plaga se tratara, infestaron las tierras salvajes con su ignorancia y mezquindad. Hacía poco más de mil años que empezaron a llamar «ciencia» a lo que antes bien nombraban «magia». En la actualidad, su descubrimiento más reciente comenzaba a bifurcarse y a adquirir distintas posturas filosóficas. Y mientras los humanos se empeñaban en concederle un nombre a todo lo que los rodeaba, incluso a aquello que siempre les sería incomprendible, las luminarias continuaban su curso, ajenas a sus diatribas. Si el futuro era una razón cósmica o mera predestinación, era algo que nunca llegarían a comprender.

Por años había aceptado las palabras de Katherine sin dudar, del mismo modo en que evitaba poner en entredicho sus escuetas explicaciones y verdades a medias. Pero ahora que tres días después del funeral llegara un mensaje a través de

la sangre de su *familiar*, al que mi tía había encontrado medio muerto y con las alas rotas en el alféizar de su ventana, tenía la convicción de que lo que quiera que ocurría, iba *in crescendo* en busca de un punto culminante. El mensaje era claro: debíamos ir a *su* encuentro cuatro días antes de Samhain, aunque era imposible adivinar quién lo había enviado: no poseía aroma identificable ni rastros a los que aferrarse, sólo la certeza de la inminente reunión.

Durante las últimas lunas, apenas y probé bocado; tampoco dormí mucho. Solía matar el tiempo tratando de leer el libro que James me había regalado en Sarsgrum con una vela a la mano si era de noche, pero casi siempre me descubría incapaz de concentrarme en sus líneas. Cuando aquello ocurría, mi mente terminaba dando derroteros a los recuerdos de mi infancia, como cuando mi madre me habló de las *selkies*, las mujeres foca que a menudo iban a tierra y se desprendían de su piel animal para convertirse en hembras humanas. Era así como los pescadores y marinos se empeñaban en robar sus pieles para secuestrarlas y convertirlas en sus esposas, pues se decía que una *selkie* siempre sería una buena madre. Con el paso de las estaciones, las criaturas se volvían rencorosas, amargadas e incluso suicidas, pues se encontraban ancladas a una tierra a la que no pertenecían, lejos del mar que las reclamaba, lejos de su mundo.

Fue ese mismo recuerdo el que vino a mí durante la luna señalada. Era cerca de la medianoche cuando la puerta de mi cuarto se abrió repentinamente y entró Iana para comunicarme que Katherine me esperaba en el pórtico. En ayunas y medio insomne asentí y abandoné mi lugar frente a la ventana para reunirme con mi tía. La luna aún no se encontraba completamente llena, sino tres cuartos creciente. En los próximos días, durante el plenilunio, habríamos de marchar a las montañas, hacia las cuevas, pero en ese momento debía seguir a Katherine a través

del bosque. El aire acarició mi rostro al emerger de la casa, revolviendo mis cabellos. Sirio brillaba con intensidad, alumbrando las copas de los árboles. La cara de mi tía estaba medio oculta por su capucha. Permanecimos un rato en silencio, observando el resplandor de las estrellas, semejantes a fuegos fatuos que en ese instante parecían demasiado lejanas. Pese a conocer sus nombres, por primera vez sentí que sus caminos me eran tan desconocidos como sus designios.

–Se hace tarde. Debemos irnos –la voz de Katherine parecía provenir de muy lejos, de un lugar remoto más allá del pasado.

Asentí, me cubrí con la caperuza de mi capa y eché a andar detrás de ella a través de la floresta, por un camino que, a pesar de que lo conocía a la perfección, por un momento me pareció siniestramente desconocido. No hablamos, como si al hacerlo pudiéramos revelar demasiado. Tampoco era necesario; durante los últimos días, Katherine me explicó lo suficiente para entender qué debía esperar a nuestra llegada. Mi corazón comenzó a latir con fuerza cuando atisé la silueta del altar a Cantabria y después, cuando reconocí los glifos emborronados en su superficie derruida. Katherine vaciló antes de cruzar el bosquecillo de castaños que nos separaba del ara. Se bajó la capucha y dejó al descubierto un rostro impávido como el mármol; ojalá yo poseyera el mismo control sobre mis expresiones. Entonces tomó aire y penetró en la hondonada. La seguí apenas unos pasos por detrás.

El claro continuaba igual que la última vez, salvo porque en aquella ocasión la luna era apenas visible y ahora bañaba de plata los árboles. Al cabo de unos instantes, noté que no nos encontrábamos solas. Medio oculta por las sombras, había una mujer de rasgos ligeramente andróginos, o al menos una criatura que se parecía vagamente a una hembra mortal. Sus ojos, al igual que su cuerpo, no eran humanos. Tenía el cabello largo y negro como el mío. Con un sobresalto me percaté de que, al igual que yo, poseía un acentuado aire picto que la delataba como perte-

neciente al pueblo bárbaro. No era hermosa ni delicada, mas el resplandor que emanaba de su cuerpo era casi equiparable al de las estrellas y la dotaba de una belleza ultraterrena. Estaba segura de que se trataba de una hembra antigua, de un hada, si se le podía concebir como tal. Sus ojos eran azules, pálidos y fríos, sin contraste con el color níveo de su piel, casi transparente, bajo la que se adivinaba el entramado de sus venas añiles. Al verla, no pude evitar pensar en las leyendas; las que afirmaban que debíamos entregar un pedazo de pan a los seres del bosque a modo de ofrenda, pues, al igual que nosotros, no comían otra cosa que no proviniera de la tierra: bayas, raíces, hierbas, frutas y semillas. La carne les era profana; empero, se permitían consumirla durante las grandes celebraciones. Mas aquella mujer hedía a sangre y muerte.

–Vienes de muy lejos para permanecer en silencio –fue Katherine quien habló primero.

La mujer sonrió apenas, como si no estuviera acostumbrada a aquel gesto, como si se tratara de una estatua que se niega a cobrar vida.

–Eres muy hermosa –mi piel se erizó al escucharla. La mujer se volvió hacia mí sin prestar atención a mi tía. Su voz era profunda y melodiosa, y no hablaba en la lengua de los hombres–. No eres lo que esperaba –no sabía si estaba decepcionada o, por el contrario, complacida–. ¿Recuerdas alguna canción, muchacha?

Miré de reojo a Katherine, quien contenía el aliento, y asentí con lentitud.

–Fui yo quien ordenó su encuentro en Sarsgrum; me dijeron que poseías una voluntad tan fría como salvaje –dijo, y añadió–: *Aon sùil ghlas agus aon dubh*. «Un ojo gris y otro negro».

–Me gustaría escucharte y saber de lo que eres capaz. Canta para mí, niña –me ordenó con la voz de la tormenta.

Obedecí porque no podía hacer otra cosa, estaba a merced de su voluntad. Abrí la boca y murmuré el fragmento de una

canción que, aunque extraña y chirriante como el chillido de las aves, me resultaba sumamente familiar. Una melodía fría y húmeda que me recordó a los seres que habitaban las profundidades del océano.

–Es una canción de las Asradi –pronunció el nombre con suavidad, haciendo un gesto de reconocimiento–. Conoces su lengua. La canción es tuya y debes atesorarla, pues ya casi nadie las recuerda. Con el tiempo te acordarás de más cosas; te acordarás del Abismo y querrás volver a él.

» Yo soy demasiado vieja; ya ni siquiera recuerdo lo que se siente tener tierra bajo mis pies ni el aroma de las flores ni la luz del sol en mi rostro. He vivido en las sombras durante muchos años, pertenezco a los árboles, pero tú todavía eres joven y aprenderás. Deseo probarte después de Samhain y enseñarte otras maneras y cuando estés lista, servirás a los hados, que es para lo que naciste. Retomarás el contacto con el *velo* y lo controlarás. No estoy aquí para declararles la guerra, sería absurdo y una pérdida que no podemos permitirnos. No importa que descendan de los hombres, pertenecen a nuestro pueblo.

–Quieres que me convierta en tu sierva, *mo bhean* –afirmé cuando hubo terminado con su explicación–, al igual que las sibilas de antes. A eso te refieres cuando insinuas que planeas enseñarme; pero yo no soy la sirvienta de nadie.

–Cuidado, muchacha, no dejes que la imprudencia hable por tí. Te necesitamos, pero podemos esperar. Ya habrá otras como tú –afirmó con disgusto. Era la primera vez que revelaba un deje de emoción, apenas un atisbo, aunque sus palabras eran mentira–. Siempre has sido una sirvienta. Sirves a la Diosa y a los espíritus que te hablan. Es normal que temas, sólo eres una cría; pero conozco tus anhelos. A menudo te convences de que desearías dejar de ver y sentir, pero ambas sabemos que si tuvieras la oportunidad, no lo abandonarías. Te pertenece, la videncia es tuya y quizá todo cuanto tienes. Deseas caminar sobre los huesos de los hombres y alimentarte de los corazones

de sus hijos. Tu destino, como el de las otras, es ser el oráculo, el *medio* para escuchar a los desencarnados y aprender a interpretar sus designios para encontrar nuestro camino de vuelta.

Hasta ese momento noté que Katherine había dado un paso hacia enfrente; lo suficiente para captar la atención de la mujer.

–Como bien dices, *mo bhean*, mi sobrina es sólo una cría. Ni siquiera ha alcanzado su madurez –la interrumpió con brusquedad, sosteniendo su mirada–. No puedes llevártela, juré a su madre que la mantendría conmigo.

–*Tu sobrina* no nació para revolcarse en la inmundicia de los hombres, sino para contemplar el resplandor de los dioses. Ahora, márchense antes de que la luz del amanecer las alcance.

La desconocida tenía razón; llegamos al caserío apenas unos minutos previos al alba. Temblaba, aunque no estaba segura si de frío o de algo más. Ni siquiera el grueso tejido de mi capa lograba calentarme. Durante el presuroso camino de regreso, Katherine se negó a mirarme y permanecía en silencio, encerrada en sus pensamientos. Por eso sufrí un sobresalto cuando de pronto, antes de que llegáramos al pórtico, me tomó del brazo para detenerme. Deseosas como estábamos de volver a casa, ninguna de las dos volvimos a ponernos la capucha y sus cabellos cobrizos emitían un suave fulgor bajo la niebla matutina. Katherine acarició mi mejilla con suavidad antes de hablar en mi cabeza.

Escúchame bien, a nighean. No tenemos mucho tiempo y tal vez sea la única oportunidad que tengamos de estar a solas. Ella no descansará hasta que accedas a marcharte. Tenía razón cuando dijo que era vieja, ni siquiera he sido capaz de robar su nombre. Son fuertes y están desesperadas, si no, no habría venido. Nuestra raza ha sido diezmada y con cada generación nos volvemos más débiles. No puedes permitirte un momento de vulnerabilidad ni de duda.

¿Quieres que vaya con ella? Pensé, al comprender lo que trataba de decirme.

Sí. Volverá después de Samhain y, cuando lo haga, deberás ir con ella. Aprenderás lo que quiera mostrarte. Ella no puede entrar al velo ni conoce el camino de sus vados, pero tú sí.

—¿Qué pasará con ustedes? —pregunté, incapaz de contenerme por más tiempo.

—Estaremos bien, *mo nighean*. Oíste lo que dijo, no desea hacernos daño, no es su propósito —era una mentira floja y ambas lo sabíamos, pero no importó, mientras colocaba un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Sé que tienes miedo, pero es nuestra única oportunidad.

¿No es peligroso hablar de esto en voz alta? Inquirí en silencio.

Se ha ido, no la siento en el bosque. Cuando regrese, harás lo que te diga, sin discutir ni rebelarte. Alzó la mirada al cielo, cuando las primeras luces alcanzaron el claro. *Vamos, mo chridhe, se hace tarde y deben estarse preguntando por qué tardamos tanto.*

En el que Katherine hace un trato

*K*atherine encontró un lugar para invocarla al otro lado del río, cerca del Gran Roble, cuyas raíces se aferraban a los *velos* de los mundos. Para llamarla, usó su sangre y la de los árboles antiquísimos que la rodeaban. En el suelo trazó un círculo lo suficientemente grande para atarla y pronunció un nombre que, aunque no le pertenecía, sabía que la llevaría hasta el bosque. Cantó durante horas con la voz de las *ceasg*, de quienes descendía y cuyas canciones eran sagradas, hasta que su garganta empezó a sangrar y perdió la voz. Sólo entonces comprendió que nadie acudiría al bosque.

A pesar de no conocer su nombre verdadero, sabía que la mujer a cuyo encuentro había acudido era una Anciana y su existencia se remontaba a Eras anteriores a la prehistoria humana, que había vagado por la tierra durante evos, limitándose a observar los cambios en la luna y en las mareas. Era una de los Antiguos; no la única, pero sí formaba parte de las últimas.

Tómame en su lugar. Suplicó en la soledad del bosque.

No obtuvo respuesta, pero tampoco la esperaba, aun cuando estaba segura de que la mujer la oía, rechazando su ruego. Entonces, Katherine tomó aire y se acercó al círculo que acababa de trazar: usando la magia ponzoñosa que había robado de las mujeres de las que se alimentara completó el sello y llamó a otra entidad, más oscura, pero que quizá estuviera dispuesta a escuchar sus plegarias.

SÉPTIMA PARTE

Samonios: la sombra de Érebo y Thanatos

Los demonios los enredan. Por medio de criaturas formadas, no por ellos, sino por Dios, y con diversos deleites coincidentes con su propia versatilidad; y no como a los animales, con alimento, sino como a los espíritus, con signos, por diversos tipos de piedras, hierbas y árboles, animales y amuletos y ceremonias.

Heinrich Kramer & Jacobus Sprenger

En las entrañas de la Tierra

Los recuerdos de aquel día permanecieron durante años grabados con una extraña precisión en mi memoria. No podía adivinar qué tanto cambiaría ni en qué medida, aunque sabía que, con el paso de los años, las reminiscencias previas a Samhain se podían tornar vagas e imprecisas. Cuando abandonamos el caserío era una mañana clara de otoño; el cielo lucía despejado y los rayos del sol acariciaban tímidamente las copas de los árboles; las hojas color fuego y oro relucían entre sus ramas y a nuestros pies, cubriendo cada centímetro del bosque y concediéndole un halo mágico. La temperatura había empezado a bajar esa madrugada, precediendo la agonía del Astado.

Descendí los escalones del pórtico no sin cierta reticencia, como si en lugar de la montaña me dirigiera al patíbulo. Del mismo modo en que hice la noche que acudimos al claro donde se encontraba el altar de Cantabria, me detuve a contemplar la floresta para hacer un inventario de cada árbol y posible nuevo brote. Aspiré el perfume de las flores otoñales, mezclado con el inequívoco aroma de una tormenta tardía y cuyas nubes se ne-

gaban a juntarse. No por primera vez me pregunté si a mi regreso percibiría el mundo del mismo modo en que lo hacía en ese momento. Elevé la mirada al cielo, donde la luna era un orbe incluso visible a plena luz del día. *Carman* emitió un resoplido para atraer mi atención. Katherine me permitió llevarla únicamente porque era demasiado pequeña y necesitaba de mi sangre para alimentarse con regularidad, pero llegado el momento, habría de dejarla con ella.

Una vez que tanto Iana como Rebecca salieron de la casa, seguidas por mi tía, iniciamos el lento camino hacia la ladera de la montaña. Era una procesión y Katherine la lideraba, caminando por delante de nosotras y deslizándose entre las hierbas que acariciaban su falda, con la seguridad de quien conoce el camino varias veces recorrido. No obstante, en algún momento de la marcha aligeró el paso para situarse a mi lado. No hablamos mucho, pues necesitábamos del aire que entraba a nuestros pulmones y nos impedía entablar plática alguna. Las tres más jóvenes sabíamos adónde nos dirigíamos, aunque nunca habíamos estado ahí; a un cráter natural en medio de la montaña, donde las leyendas afirmaban que vivía la Ojáncana y los hombres se negaban a acercarse por temor a desaparecer.

Anduvimos durante horas siguiendo el rumor del río paralelo a nuestro camino hasta que éste se vio reducido a un remanente que desaparecía en las profundidades de la tierra. Alcanzamos la falda de la montaña al mediodía. Por el otro lado del promontorio, a menos de diez kilómetros, se hallaba el océano, tan cerca que podía imaginar el clamor de las olas a través de las rocas y los árboles. El punto al que nos dirigíamos se hallaba a unos trescientos metros por encima del bosque y sólo se podía acceder a él a través de un camino empinado que a menudo nos obligaba a caminar de una en una para no tropezar. Permanecíamos ajenas a los cambios erráticos del aire, a las arañas y cochinillas que correteaban entre las piedras; encerradas en nuestros propios pensamientos. En aquella parte no existía camino visible

que pareciera haber sido transitado en los últimos cien años y si existía, era sólo el sendero de los animales.

Llegamos a lo que parecía ser la cima un par de horas antes del crepúsculo. Ahí las enormes rocas que nos rodeaban parecían ruinas de una ciudad antigua y primitiva, quizá incluso sumergida bajo el agua millones de años atrás y agrietada por la inclemencia del tiempo y los cambios en el clima, cubierta por miles de helechos que habían encontrado un punto de apoyo entre las piedras. Desde donde nos encontrábamos, las nubes cargadas de lluvia parecían estar al alcance de nuestra mano; iban desde el tono pálido de la perla hasta el cobre del azafrán. Cuando Katherine se detuvo frente al enorme monolito que se alzaba delante de nosotras, marcando el final de nuestro camino, me permití contemplar con mayor detenimiento el ancho descanso donde nos hallábamos. Aquel lugar me recordaba al claro del Dios, a la par que me provocaba el mismo sobrecogimiento, como si me encontrara en un lugar sagrado. No necesité de una confirmación para saber que aquella estatua, más vieja que la ocupación humana, era vestigio del pueblo blanco.

Mi tía desapareció de nuestra vista para internarse más allá del monolito, entre un par de piedras el doble de altas que un hombre y que estaban alineadas una frente a la otra, a modo de pasaje hacia la apertura de la caverna a la que nos dirigíamos. Al cabo de un rato, Katherine volvió, afirmando que el interior del cráter estaba listo. Se le veía abochornada, tanto por el ascenso como por la fatiga de la que todas éramos presas tras caminar durante casi un día sin probar bocado alguno desde el desayuno. Iana fue la primera en coger el cuchillo de obsidiana que Katherine le tendía. Con él, cortó la palma de su mano concienzudamente y marcó la entrada de la cueva con su sangre, luego se adentró en la oscuridad. La siguió Rebecca, cuyas manos temblaban con tanta fuerza que traicionaban la máscara de entereza bajo la que se ocultaba desde su llegada al bosque. A diferencia nuestra, ella había sido criada como una

señorita de alcurnia, a la periferia de nuestra vida y alejada del efluvio del bosque. Sin embargo, en aquellos días la vi demostrar más determinación de la que la creíamos poseedora.

Al final, sólo quedamos Katherine y yo. Tomé el cuchillo con seguridad y siguiendo la línea de la mente, dejé que su filo penetrara en mi carne y con mi sangre sellé la entrada de la cueva. Antes de entrar en ella, humedecí mis labios y volví la vista atrás, apenas unos segundos, tiempo suficiente para notar que él estaba ahí, invisible incluso a mis ojos. Giré sobre mis talones y me adentré en las sombras.

La cueva se extendía invisible varios metros por delante, de modo que aquel pasadizo parecía infinito aun cuando pronto desembocó en una enorme cámara, cuyo techo se alzaba varios metros por encima de mi cabeza. Pese a carecer de iluminación natural para contemplar su esplendor, era fácil adivinar su impresionante tamaño. Más allá, se escuchaba el agua corriente de un río subterráneo que alimentaba el manantial, cuyo reflejo era una réplica perfecta del techo abovedado. Allí la humedad era más intensa que en el pasaje, así como el frío que se colaba entre las grietas de piedra.

Rebecca e Iana nos esperaban en la orilla de la laguna, donde una pequeña hoguera ardía de distintas tonalidades, como si la madera que la alimentaba proviniera del lecho marino, presumiblemente encendida por mi tía antes de nuestra llegada. Una vez que mis ojos se ajustaron a la oscuridad, reconocí los tonos ocre, ambarinos y marrones del techo, a través del cual se filtraban pequeños rayos de luz que se descomponían en colores indefinibles al contacto con el cuarzo y la roca de arcilla erosionada.

–Pueden desvestirse, aquí no necesitan esconderse –la voz de mi tía detrás de mí me provocó un ligero sobresalto.

Katherine rodeó la fogata y se dispuso a descargar nuestras pertenencias. Lentamente deshice los listones de mi vestido y dejé que los pliegues de la tela cayeran en un círculo alrededor

de mis pies desnudos, después pasé por mi cabeza la fina camisola y cuando ésta cayó al piso, los hice a un lado con una patada. Mi piel se erizó en cuanto quedé completamente desnuda.

–No comerán ni beberán nada que no sea el agua de este manantial, por grande que les parezca la tentación –continuó, al tiempo que se colocaba cerca del fuego para que pudiéramos verla.

Rebecca se acomodó frente a la hoguera. Acto seguido, rodeó su torso con los brazos, en un intento por conservar el calor de su cuerpo. Mientras Iana se sentaba cerca de ella, me dispuse a observar con detenimiento los muros que formaban la cámara y fue entonces cuando las vi. A primera vista había creído que se trataban de simples formaciones en la roca, pero, al acercarme, descubrí que se trataba de criaturas plasmadas en la piedra, con maestría tal que me fue fácil reconocer ciervos, aves y criaturas marinas distintas a las que transitaban la tierra en la actualidad. Los más viejos y toscos, sin embargo, parecían una mezcla entre hombres y bestias. Estaban trazadas sobre las líneas de la roca con pigmentos negros, rojos y marfileños, de modo que bajo el claroscuro de las sombras era fácil imaginarlos vivos: respirando, andando, existiendo. Levanté la mano para rozarlos con la punta de mis dedos, para asegurarme de que efectivamente formaban parte de la cueva, pero Katherine me contuvo.

–No las toques –posó su mano en la mía y me apartó con delicadeza–. Lo que puedas ver en ellas seguramente no será de tu agrado.

De inmediato entendí a lo que se refería y el estremecimiento que recorrió mi columna no hizo más que confirmar mis temores. Aun así, algo en las pinturas me atraía sobremanera; tanto, que tardé en desistir y volver junto al fuego.

Nunca estuve en un lugar como aquel, donde los humanos no hubieran puesto sus pies. Conforme el tiempo se deslizaba en la oscuridad, empecé a inquietarme. Incluso entre las sombras me parecía percibir a los seres que antaño habitaron la cueva, las mismas criaturas que habían arañado sus muros con garras más mortíferas que las de un lobo o un oso. Fue esa sensación de congoja la que me hizo incorporarme del suelo, donde dormíamos Rebecca, Iana y yo, una junto a la otra. Cuando me paré, ambas continuaron dormidas, inmutables al ruido que hacía al caminar. Katherine estaba inmóvil al otro lado del fuego, su sombra se alargaba hasta tocar el techo de la cueva. Alertada por mi inquietud, *Carman* me siguió y se echó en mi regazo luego de que me sentara al lado de mi tía.

¿Qué clase de lugar es este? Pregunté en silencio, por temor a perturbar a lo que quiera que habitara entre las rocas más allá de nuestra presencia.

Mi tía me miró de una manera extraña, como si fuera incapaz de verme.

Hubo un tiempo en que fue un santuario. Respondió. En la penumbra, sus ojos parecían completamente negros. *Hasta que ellos llegaron y lo convirtieron en algo parecido a las puertas del infierno.*

Permanecí en silencio, evocando el viejo y manoseado ejemplar que Alexandra solía llevar consigo. No era frecuente que nos hiciera leerlo durante sus lecciones, pero a veces lo hacía y en una ocasión mencionó el infierno de los cristianos: una poza de alquitrán hirviente, creada para aquellos que en vida habían obrado en contra de los designios de su dios.

Muchas hembras del pueblo antiguo murieron aquí. Katherine cerró los ojos, como si fuera capaz de escuchar sus lamentos.

¿Quién lo hizo?

Mi tía alzó la palma de su mano para que su *familiar* se posara en ella.

Aquellos de los que no hablamos. Algunas los llaman los Otros.

Un nuevo escalofrío me recorrió, aunque esta vez nada tenía que ver con la frialdad de la cueva. Sus palabras resonaron en mi memoria, trayendo hasta su superficie recuerdos atávicos que creía perdidos.

¿Qué son? Insistí, pese a conocer la respuesta.

Ahora no importa. Ve a dormir, necesitas descansar para lo que está por venir.

Negué con la cabeza.

Los he visto, piuthar. Le expliqué, señalando el muro más cercano.

Katherine suspiró pensativa y posó la mano que tenía libre en mi pierna desnuda.

Lo sé, a nighean. Pero no debes preocuparte por ellos. Dijo, y cogió mi brazo, al tiempo que su *familiar* emprendía el vuelo. Luego sacó de debajo de su cuerpo el cuchillo de obsidiana. *Guarda silencio, acabaré pronto.* Me ordenó y cortó mi piel con una precisión casi violenta. La obsidiana podía quemarnos y obligarnos a revelarnos donde no queríamos que nadie nos viera. Apreté los dientes para tragar el grito que pugnaba por escapar de mi boca cuando el filo alcanzó mi hueso. Entonces, se hizo un corte en la palma de la mano y lo llevó hasta mis labios para que lamiera la sangre, del mismo modo en que ella hizo conmigo.

Shhh, mo chridhe. La herida no estará abierta por mucho tiempo, yo te quitaré el dolor. Colocó la mano sobre el corte y la sangre desapareció por completo, como si nunca hubiera estado ahí. *Todo ha acabado, ahora duerme.* Dijo, acariciando mi cabeza para que la recargara sobre su pierna. Mientras empezaba a dormirme, la oí tararear la misma melodía que meses atrás me había recibido en el saloncito donde se hallaba el clavicordio.

Tres lunas antes: misterios primordiales

—  scúchenme con atención: a partir de este momento deben desconfiar de todo cuanto crean ver y percibir, pues sus sentidos habrán de traicionarlas. Verán y sentirán cosas que nunca han estado ahí y les parecerán tan reales como la montaña que nos rodea. Si obedecen a sus engaños, serán incapaces de recobrar la cordura y terminarán atrapadas en un estado latente del que es imposible escapar.

» Una vez que pase Samhain, poseerán la capacidad para controlar las energías y los poderes que emanan de la Tierra, y les serán dadas las runas que deberán trazar en los umbrales si desean proteger sus secretos de los intrusos.

» Deben saber que hubo un tiempo previo a la existencia de los humanos en que las hembras de nuestro pueblo tenían que yacer con un Antiguo si deseaban conocer los Arcanos Primi-genios. Antes de morir y renacer eran guiadas a la encrucijada por las Ancianas. Toda cópula era sagrada y esa noche su primera sangre lunar era fortificada. Sólo las hembras del Pueblo Antiguo eran capaces de convocar las fuerzas del caos; mas

necesitaban de los machos para abrir las puertas de la Percepción. Ahora, sin embargo, las cosas han cambiado: ya no existen machos de la vieja raza con los que aparearse, así que hemos aprendido a entregarnos al fuego, como antaño hicieron nuestras antepasadas. El proceso es más lento, pero igual de efectivo.

» Cuando el amanecer toque el bosque y estén listas para abandonar la cueva, les daré una mezcla especial que he preparado durante los últimos trece años. Luego tendrán que dibujar un círculo en el suelo y en el centro construirán su propia pira funeraria. A los maderos llevarán un objeto que les sea de valor y que las acompañará al Otro Lado; elegirán una ofrenda que sea del gusto de la Gran Madre. Recuerden que los espíritus menores se conforman con vino y flores, pero los verdaderos dioses se alimentan de sangre.

» Antes de entrar al fuego, enterrarán su athame en algún punto sensible de su cuerpo. No se limiten a un corte superficial, pues no servirá de nada. Necesitan perforar hueso y músculo para que funcione y que su dolor alimente la hoguera. Las llamas las guiarán a través del *velo*. Durante tres noches sus almas se verán obligadas a vagar a través de sus meandros y lo que ahí ocurra y vean nunca deberá ser expuesto. Si son fuertes, volverán al término de la última luna; si no, habrán de permanecer atrapadas en el cruce de los mundos.

» Cuando regresen, la Diosa les habrá concedido tres vidas. A cada muerte vendrá el renacimiento; se volverán más fuertes y les será más fácil ocultarse y controlar las mentes de los hombres. Sus memorias de existencias pasadas se tornarán más claras y por momentos querrán regresar a ellas. No dejen que las dominen. Cada vez que retornen, lo harán envueltas en dolor, tendrán hambre y frío, estarán perdidas y sus recuerdos serán lo único que parezca real, pero con el tiempo volverán a ustedes si saben mantenerse alejadas de la demencia.

» Con el paso de las estaciones perderán todo rasgo humano que ahora poseen. Huyan del hierro, pues más que nunca podrá hacerles daño y someterlas. Y si llegan a morir, habrán de buscar en los bosques primordiales un árbol de poder, pues sólo entre sus raíces habrán de renacer.

Samhain

En el interior de la montaña no existía un arriba, como tampoco un abajo. Las noches –no podía estar segura de cuántas– daban paso a nuevos días, aunque dentro del cráter era imposible registrar el paso del tiempo. Al final de nuestra estancia, Katherine nos llevó a la salida de la cueva, pues nos hallábamos demasiado débiles para mantenernos en pie y orientarnos de vuelta al exterior al mismo tiempo. Tropezábamos y a menudo estábamos seguras de que las paredes se inclinaban y de que en cada recodo había una sombra que nos observaba. Antes de emerger del vientre de la Tierra, mi tía nos dio a beber un fermentado de artemisa, cuyo regusto a ajeno estaba apenas disimulado. Sólo teníamos un día para concretar el ritual. En lo alto de la montaña había un gran roble, cuyas raíces abrazaban el centro del otero y se abrían paso hasta el Otro Lado. Era ahí donde debíamos morir por primera vez. El árbol era un intermediario que nos llevaría hasta el *velo* y aseguraría nuestro camino de regreso.

A pesar de hallarme desnuda, me sentía extrañamente inmune a las corrientes de aire que se precipitaban desde lo alto de la

montaña. Renqueé a través del bosque sin que me importara la suciedad de mi cuerpo ni los arañazos que cubrían mi piel. Más de una vez caí de rodillas, completamente desorientada, cual animal enfebrecido; ciega por el fulgor del día y medio enloquecida, pues aquellos parajes me parecían desconocidos, aun cuando no hacía mucho los había transitado. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquello? Ni siquiera era capaz de acordarme. La piel me ardía y en algún punto de mi descenso me vi obligada a detenerme para rasguñarme hasta sangrar, porque sólo así la molestia remitió.

Tal vez fue ese mismo delirio instintivo el que me llevó por la floresta hasta la orilla del arroyo donde la encontré. Todavía era joven y su corazón latía con el vigor concedido por la seguridad de su supervivencia. No podía estar sola; el resto debía encontrarse cerca, aunque invisible a mis sentidos. Era una bestia hermosa, de gran tamaño para tratarse de una hembra, con espeso pelaje gris. Los músculos de sus patas estaban hechos para emprender la cacería en pos de la presa, cuyo aroma fuera llevado hacia ella a la menor de cambio en el aire. Pero en ese instante bebía apacible del lecho del río.

No luchó, tampoco intentó escapar cuando arremetí contra ella. Dócil, como si estuviera preparada para su encuentro con la muerte, la loba se entregó y su sangre bañó mi cuerpo cuando enterré mi athame en su vientre para rebuscar entre sus órganos. En una obscena parodia de vida, su corazón palpitó entre mis manos cuando lo llevé hasta mi boca. Había algo marcadamente grotesco en su forma, en su sabor, en su dureza que se negaba a desgarrarse de una sola mordida y en la sangre aún tibia que se escurrió entre mis labios.

Todavía no deseaba marcharme, así que cerré los ojos y recargué la cabeza contra sus restos. Era consciente de cada latido de sangre que emergía de mi corazón e iba hasta mis sienes y las puntas de mis dedos, a la humedad de mi sexo que anhelaba ser llenado. Presa por aquella bruma de somnolen-

cia, recordé lo que Katherine había dicho respecto a la unión con los Antiguos y me pregunté qué se sentiría ser poseída por un macho ancestral, capaz de alcanzar la sensibilidad de mi útero; para saber, para *conocer*. Mis dedos estaban pegajosos y no deseaba tocarme por miedo a lo que podría pasar después, sin embargo, sabía que él estaba ahí y en lo que creí era un sueño, dejé que me penetrara. Ahogué un grito cuando lo sentí estallar en mi interior. Una convulsión que me hizo abrir los ojos, aun cuando nada había ocurrido. Estaba sola y el sol empezaba a cambiar.

Me levanté con las rodillas temblorosas, cogí la cabeza cercenada de la loba y emprendí el camino de vuelta hacia lo alto de la montaña. Actuaba guiada por una percepción atávica cuando oculté la cabeza tras una roca de gran tamaño. Acto seguido, me dispuse a recoger maderos, hojas secas, ramas ambarinas y tierra que encontraba a mi paso para construir la hoguera que me vería perecer. El sol decaía cuando cogí mi athame y limpié su filo meticulosamente para deshacerme de los restos de sangre y músculo que se habían adherido a él. Encendí una pequeña fogata y lo introduje en su interior hasta que se hubo tornado rojo –del color de las cerezas maduras–, del mismo modo en que ocurrió cuando lo forjé cuatro años atrás. Al terminar, mis manos estaban llenas de ampollas. Había tardado más de treinta lunas en dominarlo y ahora sería su filo el que me concedería el primer paso hacia la muerte.

La mayoría de lo que Katherine dijo en la caverna era un sinsentido. Si bien podía aplicar para las otras, para mí era un simple recordatorio de que la locura me pertenecía en la misma medida en que lo hacía la comunión con los espíritus que habitaban las entrañas del mundo, el lecho de las aguas y las estrellas. Si en algún momento sentí miedo, no lo recuerdo, pero sí me acuerdo de haber trabajado en la cabeza de la loba hasta convertirla en una careta, cuyo aroma a sangre reciente embotó mis sentidos en cuanto la coloqué sobre mis hombros. Armada

únicamente con mi athame y los órganos de la bestia, me encaminé hacia la hoguera.

Me detuve fuera del círculo y elevé la mirada al cielo, que en ese momento estaba teñido de carmín. Las estrellas refulgían impávidas, trazando los hados en el éter. Tragué saliva al ver la luna investir la noche, tan grande que podía distinguir las sombras en su superficie. El aire soplaba con suavidad y los espíritus, cuyas voces se mezclaban con su rumor, se removían inquietos, a sabiendas de que los mundos habrían de fundirse cuando la Gran Dama alcanzara su cénit.

Si había alguien más en el claro, apenas y noté su presencia; sólo percibí el chasquido de la hoguera al encenderse repentinamente. El calor acarició mi piel sin llegar a tocarla. En ese momento creí que realmente estaba hecha de barro, aun cuando poseía sangre de las estrellas y de los primeros océanos. El siseo del fuego atrapó mi atención, pues entre sus llamas comenzaban a formarse distintas figuras: espirales, runas y cuerpos danzantes a su alrededor. Al cabo, los bailarines se transformaron en dos amantes encontrándose en el círculo de piedras.

«Amaris».

Katherine se encontraba atrás de mí.

Fuil m 'Fhuil.

Cerré los ojos por unos instantes de lucidez, de cordura. Sabía que existían dos funciones para el fuego: purificación y destrucción. Era un elemento impredecible, iracundo y despiadado; sólo el agua podía contenerlo, pero eso no significaba que pudiera reparar el daño que dejaba a su paso. Unirse a él, decían las Ancianas, era como montar un caballo salvaje. Abrí los ojos y di otro paso hacia la hoguera. Primero arrojé los órganos al fuego, luego cogí el mango de mi athame y lo enterré con fuerza en mi muslo, cerca del pezón con el que alimentaba a *Carman*. Y tal y como mi tía nos había indicado, lo hundí hasta sentir la superficie de mi hueso. Mi sangre salpicó el suelo y la pira. Estaba lista.

Di un paso más. Si no me apresuraba, el humo terminaría por asfixiarme y me desangraría antes de entrar en el fuego. La imagen de la doncella entregada al cazador durante el Gran Matrimonio me devolvió la mirada, restallando en la hoguera. Sus ojos, al igual que sus largos cabellos, semejantes a los de una gorgona, eran tizones y resplandecían ante el fuego gestado en su interior. No pertenecía a las llamas, como tampoco lo hacía al calor que me atraía a sus entrañas, sino a las profundidades marinas. Mas necesitaba incendiarme para recordar. Al penetrar en el fuego, empecé a cantar, no la melodía quebrada de las As-radi, sino la invocación de los soles que ardían en el universo. Si alzaba la voz, mi canción alcanzaría al pueblo y los humanos que lo habitaban caerían al piso completamente enloquecidos.

Un grito se elevó por encima del rugido de las llamas, desgarrando el silencio y llamando a la tormenta que estalló colérica sobre el bosque. Una sonrisa triste se dibujó en su semblante cuando el fuego la atrapó. Se habían llevado sus ojos, su lengua, su corazón, pero aún tenía a su Diosa, cuya rabia se alimentaría con su vida. Que así fuera. Que el fuego se nutriera con su carne, con sus huesos, hasta que sus cenizas se desperdigaran por la isla. No obstante, sabía que no lo permitirían; extinguirían las pavesas antes de que su cuerpo fuera consumido en su totalidad. Que el fuego abrasara su vida y la de su hijo, que los devorara hasta que no quedara rastro alguno de su existencia.

Volví en mí durante el tiempo suficiente para sentir la agonía de mi cuerpo; la necesidad primitiva de gritar y correr cuando el fuego se aferró a mi piel, derritiendo nervios y tendones por igual, cuando las llamas abrasaron mi sangre y alcanzaron mi corazón y las terminales nerviosas de mi cerebro. Sin embargo, hacía rato que mi voz se había perdido al colapsar en un mar de lava y dolor.

La hija de Olokun

«**P**rotégela, prométeme que la protegerás...». ¿En qué momento dejó de parecerle una promesa para convertirse en un impulso propio y visceral? No estaba segura. Katherine debía invocar a la tempestad, pero no aún. Las muchachas habrían de quemarse, primero, hasta que sus cenizas se fundieran con la montaña, con el bosque, con el cielo. Un colapso estelar, cuyos fragmentos serían sepultados bajo tierra porque ésa era la única forma de volver. Mientras observaba el fuego, recordó las palabras de su madre: «Existe la realidad que habitamos y el inframundo. Los umbrales son el punto intermedio que accede a los vados del *velo*; algunos son apacibles y otros aterradores. Ahí es a donde va nuestra alma cuando nos internamos en la encrucijada para renacer».

Tras pensar en su madre, Katherine evocó la noche en que ella misma se entregó al fuego. Tenía miedo, sus piernas temblaban y sus lágrimas se evaporaban al contacto con las llamas. Recordaba el dolor en las plantas de sus pies, ascendiendo por sus piernas y aferrándose a sus huesos y la necesidad de huir.

Cerró los ojos porque si los mantenía abiertos sabía que no soportaría permanecer dentro del fuego. No obstante, su sobrina se había portado con estoicismo; sin gritos ni chillidos. No tenía miedo de morir ni a la oscuridad ni al dolor. Los sabios afirmaban que los oráculos tenían que estar locos y al borde de la muerte, porque sólo así serían poseídos por los dioses. *Manía*, demencia, le llamaban. El éxtasis sibilino.

«Las cenizas nutren la tierra. Y la Diosa agradece el regalo que se le entrega».

En los últimos días había pensado más en su madre de lo que lo hizo desde su muerte, como quien repite sus plegarias a un santo hasta que las palabras se tornan ininteligibles. A lo largo de su infancia, Vivian apenas y le había prestado atención. La quería, sí, pero no como a Elizabeth, cuyo destino era ser su heredera.

«Fuil m 'Fhuil».

Katherine se sentía como una impostora, una *usurpadora*, pues debía ser su hermana quien guiara a Amaris, no ella. Pero el destino había querido que fuese precisamente ella quien le mostrara el mismo camino que Elizabeth habría recorrido varios años antes y que ahora su sobrina habría de transitar décadas después. Esa noche, los astros dibujaban el mismo patrón que habían formado la noche en que Katherine se entregó al fuego, el mismo que iluminó la noche en que su hermana decidió desaparecer, el mismo que había aparecido noche tras noche desde que Vivian le enseñó a leer las estrellas. Susurraba un secreto, una profecía velada: «Comerán de su carne y huesos, y sólo entonces la oscuridad habrá de caer sobre el mundo».

La lluvia vino poco antes del amanecer para consumir lo que quedaba de las piras. El aroma de la carne quemada y las cenizas solían asquearla, pero hacía años que Katherine aprendió a controlar cualquier emoción al respecto. Impasible, se afanó en rebuscar los restos de las jóvenes. Beatrix había ascendido la

ladera de la montaña poco después de que el fuego ardiera y había contemplado con ojos vidriosos la muerte de su hija mayor. Entre las dos terminaron de recolectar las cenizas y pedazos de huesos secos, y cavaron un hoyo lo suficientemente profundo y ancho para cada una bajo el roble.

Repentinamente le asaltaron las dudas sobre lo que ocurriría una vez que su sobrina abriera los ojos. ¿Reconocería el mundo que había abandonado?, ¿continuaría siendo la misma cría altiva y delicada que con tanta seguridad se había unido al fuego? Por un segundo claudicó: ¿y si no volvía?, ¿qué pasaría si aquellos ojos tan extravagantes como hermosos se cerraban para siempre? Negó con la cabeza, aquello era imposible. Amaris era fuerte y ésa no era la primera vez que transitaba el *velo*. Contuvo un estremecimiento y arrojó las cenizas a la fosa, aferrándose a la promesa que había hecho varios años antes en una tierra lejana: «Protégela, prométeme que la protegerás...».

Cuando el fuego estalló en sus venas, se alzó la oscuridad. Sólo entonces se atrevió a abrir los ojos y volver al horror, al sabor del miedo en su garganta.

–La muerte a veces es un alivio –afirmó su abuela, mientras observaba el horizonte sanguinolento que se apagaba entre las cataratas de fuego.

Pero eso fue antes, cuando el mundo era nuevo y los latidos del corazón de su tierra se elevaban al ritmo de los tambores tribales. Matumba era su nombre, como fue el nombre de su madre y el de su abuela antes de ella. El nombre que hacía caer de rodillas a guerreros y sacerdotes, pues creían que eran descendientes de Olokun.

Iana nació en un mundo primitivo, lleno de colores y matices. Era la séptima nieta de la orisha de la tribu. Su madre había parido seis niñas antes que ella, cada una de un padre distinto: guerreros cuya sangre, creían, era celestial. Ninguna de sus hermanas representó valor alguno para su abuela; a la mayor

la desposaron al cumplir doce años con el mismo hombre que había preñado a su madre de una de sus hermanas menores. Su abuela solía decir que cada uno de los amantes de su madre era poderoso, mas no divino, como afirmaban, pues su aura era del color indicado. La anciana Sharika amaba a su hija, pero cuando la parió, supo que era débil; con suerte, sólo un conducto para alumbrar a una hechicera más fuerte que ella, la que los augures decían que cruzaría el océano. La madre de Iana era una hembra débil, una princesa hermosa de largos cabellos rojos y ojos azules. Jamás contrajo matrimonio, pues le estaba prohibido. Su destino era ser madre y llorar de pena por no poder engendrar un hijo varón.

Con los años, Iana aprendió a alejarse de la melancolía de su madre. De ese modo, se aferró a la compañía de su abuela, a sus enseñanzas y a su Diosa. La madre de Iana se negaba a seguir la senda de sus antepasadas, aun cuando su abuela le había explicado que era capaz de escuchar a los espíritus de los muertos. No era fuerte, pero poseía un don natural. Fue Sharika quien la instruyó sobre los secretos de las plantas, de los huesos y del humo; quien la enseñó a observar el cielo y reconocer los vaticinios en sus estrellas.

«Si sabías tanto, ¿por qué no lo viste venir?», Iana solía preguntarse en el interior de su habitación cuando se acordaba de las manos arrugadas, dulces y temblorosas de su abuela. Pero se equivocaba. Sharika lo había sabido mucho antes del nacimiento de su madre y así se lo dijo a través de la muñeca de hueso; era el destino de Iana presenciar su destrucción. «¿Qué destino?», pensaba, al recordar la llegada de los esclavistas. La primera vez le parecieron demonios de rostros pálidos y cabellos rubios. Ahora sólo le recordaban a los cerdos que se comían entre sí.

Su abuela murió primero, rogándole porque le quitara la vida antes de que la encontraran. Iana era una niña y aún no se sentía capaz de cumplir con tarea semejante, así que se limitó

a contemplarla mientras se cortaba su propia garganta con el cuchillo que solía usar para los rituales. Luego fue su madre, quien se había marchado al lecho del río para parir a su último hijo. Un varón, afirmaban las mujeres de su pueblo. Primero vio correr la sangre de su niño nacido muerto y después la de su corazón. Iana lo presenció todo, oculta cerca del arroyo. Después sobrevino el caos. La encontraron y la sujetaron con cuerdas. La hicieron andar durante días enteros hasta la costa, donde la embarcaron rumbo a la península. Conoció rostros, nombres y lenguas que acabarían en el fondo del océano, comidos por peces carentes de ojos. Más tarde se enteró de que había sido comprada por el propietario de un burdel en las Antillas. Sería llevada como esclava y si algún cliente se interesaba en ella, la entregaría cual ramera; si no, esperarían a que fuera lo suficientemente mayor para usarla como hembra de crianza.

Fue en ese momento que hizo aparición la mujer de cabellos rojos, quien pagó con una bolsa de oro —una suma más que considerable por una niña débil, pequeña y escualida— por ella. Iana apenas y entendía el idioma de los hombres que comerciaban con su gente, pero la mujer de cabello rojo era distinta. Conocía la vieja lengua, hablaba el idioma de los muertos. Su nombre era Katherine, una dama de sangre antigua que la llevó consigo y que no la trató como a un animal ni como a una sierva, sino como a una niña que perdió demasiado. Durante varias lunas se encargó de lavarla, de alimentarla y vestirla. La mujer también procuró aliviar sus dolencias, a pesar de saber que el dolor del alma sólo el tiempo lo puede sanar. Al principio, Iana caminaba con miedo, sin atreverse a sostener la mirada de quien la observaba con horror, hasta que una tarde, en una pequeña diligencia, Katherine le dijo que debía verlos a los ojos.

«¿Alguna vez viste al león esconderse de la cebra?». Iana negó con la cabeza. «Tú tampoco debes hacerlo. Míralos a los ojos y cuando lo hagas, serán ellos quienes aparten la vista primero».

Después de eso, su mundo cambió drásticamente. La selva desapareció tras el océano y fue sustituida por las sombras y el misticismo del bosque. Piel y huesos fueron reemplazados por runas y vestidos de elaborada confección. Sus rizos fueron domados en moños y trenzas que dejaban al descubierto su rostro y, con él, las cicatrices de su pasado; el que le era familiar y aquel que para ella era mejor dejar atrás. La imagen de su abuela comenzaba a consolidarse en los rasgos de su cara, por eso dejó de buscar su reflejo. La única pertenencia que llevaba consigo era la muñeca que Sharika había fabricado especialmente para ella con los huesos de sus ancestros.

Katherine nunca le pidió que olvidara sus costumbres, aunque Iana lo hizo de buena gana e incluso aceptó fingir ser su sirviente frente al pueblo humano. Le había procurado una buena educación, a la par que la alentaba a aprender a tocar algún instrumento. A los trece años ya sabía tocar el violín con maestría y tenía la certeza de que habría sido capaz de aceptar ser tratada como una bestia sólo por estar cerca de Amaris, aquella cría que marcó su vida para siempre. ¿En qué momento se enamoró de ella? No lo sabía. Quizá desde la primera vez que la vio, más alta y frágil que ella.

Katherine solía tratarla como a una hija, pero se negó a llevarla consigo cuando se marchó rumbo a Escocia. Iana había azotado puertas, roto ventanas y gritado durante días, pues tenía miedo de no volver a verla, de que el barco se hundiera o de que la olvidara. Cada noche rezaba por escuchar la voz de Katherine a la mañana siguiente. La mujer volvió cuarenta y cinco lunas después –Iana llevaba la cuenta–, sujeta de la mano de una niña pálida y despeinada; la desconocida le recordaba a las grandes bestias de la selva. De cabellos negros y ojos de distinto color enmarcados por profundas ojeras, Amaris le pareció una criatura extraña y peligrosa que clavó los ojos serios en su rostro. La niña hablaba el idioma de los humanos con fluidez y se comunicaba con Katherine a gran velocidad. Más tarde,

Iana supo que Amaris era algo más que una criatura antigua; a diferencia de ella, se desenvolvía con la soltura de una damita, ocultando así sus ademanes imperfectos y toscos. Tan pronto como escuchaba a Amaris leer un libro con dicción intachable, la veía arrancarle la vida a un pichón a sangre fría para entregarlo a la Diosa.

Alexandra llegó poco después: una tutora que las ilustró sobre ciencias, modales, artes y lenguas. No obstante, fue Amaris quien le enseñó el idioma de los hombres y a cambio, Iana la instruyó en la lengua de su gente. Juntas aprendieron a leer y escribir. Amaris le enseñó las propiedades de las hierbas que crecían en el continente e Iana le describió a los animales que vivían en su reino. Juntas se enfrentaron a los terrores de su pasado. Pero lo que las unió para siempre fue descubrir el secreto que tan celosamente guardaban las mujeres Moray. Los «terrores nocturnos», como les llamó Amaris al principio, eran en realidad visiones en las que la oscuridad y la atemporalidad se unían, conjuntándose hasta asustarla, haciéndola gritar en medio de la noche hasta sumirla en un estado febril que amenazaba con enloquecerla. La primera vez que la vio transitar *el velo*, Iana no hizo más que observarla aterrada. Los ojos de Amaris se volvieron blancos y su cuerpo había formado un arco imposible, sus vértebras crujieron con fuerza antes de que lanzara un grito que heló la sangre de Iana. La segunda vez la escuchó hablar, pero no era su voz la que emergía de su boca, sino la de los muertos. Amaris era vidente, un *medio*, una puerta. Un oráculo. Su abuela le había hablado de los oráculos; que ya no existían y que nadie era tan viejo para conocer sus verdaderas palabras.

Iana tenía la certeza de que Amaris ocultaba más de un secreto, como lo que hacía cuando iba al bosque y hablaba con seres que sólo ella podía ver o como cuando sus «amigos invisibles» le respondían y le obsequiaban flores o provocaban una pequeña tormenta únicamente para su disfrute.

Al cumplir doce años hicieron un pacto: cortaron la palma de sus manos y prometieron que estarían juntas para siempre. Iana había intentado cumplir con su parte, hasta que Lucrecia reparó en ella. Mientras Amaris desarrollaba una curiosidad insana por los libros, la ciencia, el bosque y la muerte, ella demostró su aptitud innata para la sanación. Lucrecia era la matrona del pueblo e incapaz de rechazar su ofrecimiento, Iana aceptó convertirse en su pupila. Con la anciana perfeccionó sus conocimientos médicos. Lucrecia conocía el cuerpo humano, sabía cómo acomodar un hueso fuera de lugar, suturar una herida profunda y ayudar a parir a un niño, así como expulsarlo antes del nacimiento.

Iana estaba satisfecha con sus progresos, pero a menudo, cuando su mente divagaba mientras cumplía con sus tareas, no podía evitar pensar en Amaris. En los últimos años se habían alejado y desde la distancia la veía perder el rumbo. Las visiones la arrastraban al bosque, donde permanecía durante horas, como si no existiera un mundo fuera de él. Por la noche la oía llorar o ahogar gritos; sabía que las visiones corroían su psique. Iana creía que el abismo que se abrió entre ellas no hacía más que ensancharse. Incluso en Escocia se daba cuenta de que Amaris guardaba sus pensamientos para sí, que se perdía, se quebraba bajo el peso de la videncia. En momentos como ese, recordaba que no era la única intrusa en aquel mundo.

«A donde va, no puedes seguirla».

Iana quería a Katherine, la quería por el amor que le dio desde el principio. Pero lo que sentía por su sobrina era distinto, más profundo y retorcido. Mataría por ella, destruiría el mundo por ella. Quizá fue ese mismo amor el que la despertó. Primero fue un golpe en su corazón, que palpitó con debilidad, como adaptándose a su espacio torácico, luego sus pulmones. Iana emergió de la tierra arañando sus cenizas, después se echó sobre su tumba, ovillada mientras el dolor, el desconcierto y el miedo desaparecían. Cuando finalmente se incorporó tras probar la fuerza de sus piernas, se encontró con la mirada de Katherine.

–¿Dónde está?

No necesitaba pronunciar su nombre. Katherine sabía, siempre sabía. La mujer negó con la cabeza mientras colocaba una manta sobre sus hombros. Luego le ofreció una manzana y una botella de piedra.

–¿Cuánto tiempo ha pasado?

–La última luna está por terminar –fue todo cuanto dijo.

–¿Y Beatrix? –inquirió, al reparar que eran las únicas en el claro.

–Se marchó luego de que su hija volviera.

Iana asintió con lentitud y mordió la manzana. El jugo llenó sus dedos; pegajoso y dulce. Al terminar bebió de la botella; agua únicamente. Entonces contempló el lugar donde Amaris se había inmolado, notando por primera vez a la cachorra negra que dormía sobre la tierra recién removida.

–¿Cuánto tiempo lleva así?

–Desde Samhain. Lloro hasta quedarse dormida, es demasiado pequeña. Si Amaris no vuelve, morirá.

Las brujas se hallaban absortas en su conversación, así que ninguna notó su presencia; la del espíritu que se había convertido en hombre al pie de la tumba y cuyo lamento se enroscaba alrededor del cielo y el océano, trayendo consigo la rabia de la tempestad que pronto azotó la montaña con inclemencia.

Día de Todos los Santos

30 de octubre/1 de noviembre
Luna sangrienta/luna de locura

Fue la violencia en sus pensamientos lo que la despertó. Un río rojo, de sangre; el fuego ardiente y la necesidad de desgarrar, arañar y romper. ¿Así se sentirían sus santos cuando eran idolatrados con el fervor homicida de sus seguidores? El aroma a sal, miedo, sudor y sexo que ensanchó sus fosas nasales la hizo levantarse con el cabello revuelto y la piel cubierta de transpiración. Dejó a su joven amante en el lecho todavía húmedo para asomarse por la ventana que daba a la plaza. Habían tardado, pero finalmente encontraron a la segunda bruja para condenar. El proceso era fácil, alguien había cometido un error pequeño, pero significativo: elevando una oración imprecisa, maldiciendo a su vecino, pronunciando alguna palabra en el idioma antiguo o yendo al bosque para presentar sus tributos. Lucrecia inhaló profundamente y se giró hacia el interior del cuarto. Conocía cada centímetro de la diminuta estancia, aun-

que no se trataba de la misma en la que había dormido durante los últimos cincuenta años, sino de la habitación de su hija.

Tras dejar al inquisidor, Lucrecia volvió a su casa para revolver arcones y armarios hasta dar con los hermosos vestidos apolillados de su hija. Era una pena que la tela se pudriera en el encierro. Sus dedos habían recorrido las cruces de oro que solía usar en las fiestas y reuniones sociales antes de arrojarlas al fuego. En el presente, contempló al muchacho con el que compartiera el lecho durante las últimas lunas con un dejo de hastío. Era un niño, un hombre sano, viril y fuerte y la había renovado noche tras noche. El crío no había estado con una mujer antes y poseía una alegría y torpeza que comenzaban a aburrirla. Lucrecia aparentaba ser varios años mayor que él, pero no pareció importarle cuando ella deslizó la cabeza entre sus muslos.

Era consciente de que tarde o temprano la ilusión habría de disiparse, que no importaba cuánto se alimentara con la semilla de sus amantes, su cuerpo terminaría por marchitarse, devolviéndole la apariencia de una vieja harpía. Para hacerlo permanente, el conjuro debía ser reforzado. Suspiró, volviendo la mirada hacia el pueblo. La historia se había repetido durante los últimos mil años. Esles estaba condenado, los humanos lo presentían. Era un conocimiento heredado de generación en generación y difundido de pueblo en pueblo: las brujas eran reales y se ocultaban en el bosque para fornicar con el diablo. Lucrecia todavía se acordaba del sabor de las cenizas. Hacía más de tres siglos que la caza de brujas se había extendido por la península: Barbastro, Roncesvalles, Zugarramurdi.

«Zugarramurdi». Un escalofrío le recorrió la espalda y se aferró al final de su columna, ahí donde nacería su cola, si poseyera alguna. Su madre escapó del pirineo cuando aún la llevaba en su vientre, alejándola de la idolatría de los clérigos que se empecinaban en perseguir a su pueblo, arriesgándose a morir bajo los influjos de los hombres y el hierro, lejos del valle donde

había nacido. Decenas de hembras humanas habían muerto y ahora esa misma devoción amenazaba con volverse contra Esles, atrayendo la atención de la Iglesia.

Las otras permanecían escondidas en las montañas. Incluso desde ahí, Lucrecia era capaz de oír el entrecrocarse de los huesos que pendían de los árboles que rodeaban el caserío donde se ocultaban. Ofrendas para el bosque. Pasó la mano distraídamente por su cabello. Que el cielo se llenara de fuego y que la tierra se abriera para tragar ciudades y aldeas enteras. Era lo que debía ocurrir; que el mundo construido durante siglos por los hombres sucumbiera en las tinieblas y la desesperación, como hiciera el suyo miles de años antes. Que las débiles continuaran adorando a la Madre; ya ni siquiera importaba. Los hombres les darían caza igualmente y las Ancianas estaban seguras de que la muchacha Moray sólo sería el inicio de lo que estaba por venir.

Sacudió la cabeza y regresó al interior de la habitación, en pos de su athame que estaba segura había dejado entre la ropa de cama. Su amante se revolvió al percibir su movimiento, entonces abrió los ojos, bostezó y como un niño, se restregó la cara.

—¿Qué haces?

—Busco algo, no importa —respondió la muchacha, que no lo era, con una sonrisa.

Él le devolvió el gesto y se incorporó sobre su codo.

—Juguemos a algo —propuso ella, rodeando la cama y subiendo al colchón para arrodillarse a su lado.

—¿A qué? —el muchacho apenas y le prestó atención mientras pasaba la mano por su muslo.

—Ya lo verás, es un secreto.

Aquel crío le gustaba más de lo que quería reconocer, era dulce e inocente y dormía con la tranquilidad de quien no conoce el dolor ni la pérdida; además, creía estar enamorado de ella.

No se parecía al inquisidor; demasiado frío y cruel después de pasar la vida profiriendo sermones lanzados a un Dios que no respondía a sus plegarias.

–Quiero casarme contigo –afirmaría después el muchacho medio dormido sobre su pecho.

Era pasada la medianoche cuando, tomada de su mano, lo llevó al cementerio. Se detuvieron al pie de una tumba que sólo Lucrecia podía reconocer en la oscuridad. En la superficie de piedra derruida se adivinaba el nombre de su hija. Lucrecia había dejado de hacer el largo recorrido desde su hogar hasta el cementerio después de que su esposo se suicidara. El muchacho se mostró divertido en la misma medida que incrédulo cuando adivinó a dónde se dirigían. Lucrecia se recostó sobre la tumba de su hija.

–¿A quién le pertenece? –preguntó él, sentándose a su lado.

–Eso ya no importa.

Decía la verdad. Atraído al muchacho hacia ella, lo recostó en el suelo gélido y se acomodó sobre su pelvis, montándolo a la luz de las estrellas. Samhain le sería propicio como a las brujas del bosque. El *velo* se había levantado y los espíritus caminaban por el mundo de los vivos. Lucrecia percibía la presencia de los desencarnados palpando la piel de su joven amante, cuyo sexo palpitaba en su interior, delirante, colérico. Ya no era un crío humano quien arremetía contra ella, quien arañaba su carne y se sembraba en su interior, ni quien jadeaba y mordía sus pezones con fuerza, haciéndola sangrar.

Lucrecia se unió a los muertos y llamó a los viejos poderes. Cuando el joven hubo acabado, abrió su camisa y con su athame cortó su pecho trazando un pentáculo. Debía apresurarse antes de que recobrarla la consciencia. Con sus uñas, desenterró los huesos de su hija; su niña, quien serviría más muerta que viva. Con sus manos pulverizó los huesos y los revolvió con la tierra del cementerio, luego despertó a su amante. Obligarlo

a comer la mezcla no representó ningún problema. Sus pensamientos eran frenéticos e incoherentes. La imagen del macho que fecundara el vientre de su hija se abrió paso en su mente. Hacía años que a Lucrecia dejó de importarle que la Madre le diera la espalda; a fin de cuentas, había encontrado a alguien más poderoso que aquella anciana remilgada y senil que se negaba a concederle su favor.

Primigenio

Dormía bajo el agua; inmóvil, sorda, entumecida y recordaba. Aquello no era como estar dentro del río, sino en las profundidades del océano. Una vida; o eso afirmaban. Aunque en ese momento no estuve segura de a quién se lo había escuchado decir: que al morir se veía pasar la vida ante los ojos. Mas no fue lo que vi cuando penetré en el *velo*, sino la vida de alguien más, de otra mujer; una conocida familiar, hija de las Asradi y nacida antes de que la Atlántida y el linaje de Nodens se perdiera para siempre, antes de que el reino solar de Mu fuera destruido y ambos fueran olvidados. Una existencia cambiante, mutante, que emerge y finalmente sobrevive en los caudales de la memoria, en contra de todo pronóstico.

Todo terminó con una exhalación, con un suspiro igual al eco de las últimas notas de una canción primigenia perdida en el Abismo. La noche se arremolinó dentro de mí, trayendo consigo la imagen de las estrellas, del mar, de las voces y sus rostros. Llanto, dolor, una invasión. Las garras de un animal, de un ave, que crecían para buscar el camino de vuelta a la superficie.

El recuerdo de las profundidades, del mar y de las ciudades sumergidas; el susurro del viento en la tierra haciendo tintinear los huesos que pendían de los árboles, entremezclándose con el sonido de la flauta de Pan.

Mi corazón dio un tumbo, indicándome que continuaba con vida. El aire se abrió paso hasta mis pulmones, obligándome a reaccionar y a abrir los ojos empañados. Torpe, como una recién nacida y envuelta en una membrana de sangre cual mariposa, necesitaba del viento para acomodarme al espacio de mi cuerpo, para encontrar mis memorias primitivas. El fulgor de la luna me cegó en cuanto atravesé el manto de tierra.

La procesión

Enterré las uñas en el barro que apresaba mi cuerpo, abriendo una brecha entre la tierra y el cielo. Renací en la oscuridad previa a la aurora, con las extensiones de mi cuerpo entumecidas por el frío y cubiertas de sangre. Al principio era incapaz de distinguir algo más que no fueran las sombras danzantes de las hadas arrullándome. Cuando todavía me encontraba encogida en el suelo, empecé a notar los pequeños detalles que de a poco me devolvieron la certeza de materialidad. Tierra firme debajo de mí –había olvidado cómo se sentía–; ahora me enfrentaba a una transformación invisible e indolora –esperaba–. Aturdida, reconocí el llanto apremiante de una criatura débil y temblorosa que se empeñaba en bailotear a mi alrededor. A continuación, hundí las manos en la tierra revuelta con mis cenizas y apretando los muslos traté de levantarme, pero caí con un estrépito, como una niña que aún no sabe andar.

Un sonido distinto al del bosque hizo que levantara el rostro, luego otro ruido diferente. Tardé en comprender que se trataba de voces; estridentes, femeninas, cuya agudeza parecía perfo-

rar mis tímpanos. Me llevé las manos a las orejas. Lo que quiera que trataran de decir, me era incomprensible. Lentamente mis ojos se adaptaron a la oscuridad, descubriendo un nuevo mundo que me devolvió los recuerdos extraviados bajo tierra. De ellos extraje el nombre de la hembra de cabello rojo que corría a mi encuentro para cubrirme con una manta. «Katherine».

La otra, la de piel oscura, me ofreció la boquilla de una botella de piedra. Bebí con ansias hasta ahogarme. Tosí y escupí, fascinada ante los movimientos inconscientes y espasmódicos de mis músculos, de mis órganos. Cuando pude volver a respirar, reparé en que se habían llevado la botella y con ella, el agua. En su lugar, me dieron un trozo de pan que rechacé con vehemencia, a sabiendas de que, si lo ingería, no tardaría en devolverlo. Estaban inquietas, lo notaba cada vez que intentaban convencerme de ponerme en pie. Conocía las palabras que proferían como cloqueos, pero su significado escapaba de mi comprensión. Sólo el rumor de sus pensamientos y las voces de los desencarnados tenían algún sentido para mí. La loba—ahora sabía lo que era—continuaba llorando, al tiempo que frotaba su cuerpo cálido contra mi pierna, en un intento por animarme.

—*Fàg mi!*—gruñí con la garganta adolorida. «Déjenme».

Ambas me miraron como idiotizadas, cerrando la boca y dándole paso a un agradable silencio, interrumpido únicamente por el gemido de los espíritus.

«Por favor, váyanse», pensé con impotencia. El dolor arremetió contra mis sienes, provocándome un ligero respingo.

Mi tía debió captar mis pensamientos, puesto que, después de un rato, asintió y cogió a Iana del brazo para instarla a marcharse. Iana vaciló unos instantes, mirándome a los ojos, luego siguió a mi tía a través de la espesura. Sabía que el camino desde la montaña hasta la casa era largo y que, con toda probabilidad, tardarían un par de horas en alcanzar el río.

Cerré los ojos; ya recordaba cómo poner un pie detrás de otro. Me incorporé tambaleante, apoyándome en mis manos y en mis rodillas; después abrí los brazos para mantener el equilibrio. *Carman* emitió un ladrido de alegría al verme en pie. Al cabo, me derrumbé a su lado, me recargué contra el tronco del roble y permití que buscara el pezón para alimentarse. Contraje las piernas cuando la sentí succionar y agotada, agradecí su silencio antes de cubrirnos con la capa. Dejé que la lenta respiración de *Carman* terminara por arrullarme. Después de un rato, la loba salió de debajo de la capa y se echó a mi lado, satisfecha. Coloqué la mano en su cabeza para rascarla entre sus orejas antes de tomar aire y volver a incorporarme, obligándome a caminar en contra de la fatiga y la somnolencia. *Carman* iba detrás de mí.

El bosque me parecía nuevo; desde el perfume de su savia hasta el rumor del río que fluía invisible bajo mis pies. Observé la fronda con una fascinación que me era desconocida hasta entonces. Los griegos llamaban Gea a la maravilla que se extendía ante mí: el cielo nocturno y la tierra en un silencio pasmoso, suspendido. Todavía era Samhain; había cumplido años bajo las raíces del roble. Guiada por un presentimiento, descendí la montaña hasta llegar al lecho del río, ahí donde estaba segura de que jamás había ido, aun cuando antes de esa noche me jactaba de conocer todo el soto.

El color ensangrentado del crepúsculo matutino tiñó la superficie del agua. Me senté en la orilla y sumergí mis pies, aliviada con el recuerdo de la ligereza del mar. Cada uno de mis movimientos me resultaba nuevo, a la par que conmovedor y extrañamente gratificante. Fue entonces cuando reparé en ellos que, atraídos por el calor de mi aura y el rumor del agua, atravesaban el *velo*: decenas de sombras que cruzaban el sotobosque sin rumbo aparente. La muerte, incluso para aquellos que estamos en constante contacto con ella, suele provocarnos un arrebató de profunda tristeza y soledad. Él estaba allí, oculto

de los rayos del sol que lo convertían en un ser inmaterial e invisible; sólo partículas de polvo que reflejaban su esplendor. Un hombre hermoso que observaba impassible el tránsito de los muertos a los que no podía acompañar.

No estaba segura de cuánto tiempo permanecí en la orilla del río; tal vez un segundo o quizá cientos de años. El sol ya se encontraba en lo alto cuando cogí a *Carman* contra mi pecho. Yule, pensé con un estremecimiento y emprendí el camino hacia donde se encontraba mi hogar. El alivio me embargó en cuanto vislumbré la casa parida por la fronda. Katherine me esperaba en el pórtico.

Rivros: al otro lado del mar

19 de diciembre
Isla de St. Kilda, Escocia
Luna de noches largas

*L*a niebla se alzaba en torno al acantilado; el rumor de las olas golpeando las rocas presagiaba una caída mortal bajo mis pies. Metí la mano en el bolsillo de mi vestido y apreté la raíz seca de mandrágora que llevaba conmigo envuelta en un pañuelo. Alcé la cara cuando la primera gota de lluvia cayó sobre mi mejilla, para descender lentamente por debajo de mi ropa.

APÉNDICES

Nota histórica

Pese a tratarse de una historia de ficción y contar con algunas libertades geográficas, *Pisada de bruja* se desarrolla en una época histórica real previa a la segunda rebelión jacobita –partidarios de la restauración de la Casa Estuardo al trono de Gran Bretaña–, en su mayoría conformada por escoceses de las Tierras Altas que fueron liderados por el príncipe Carlos Eduardo Estuardo en 1745 y que se vio sofocada el 16 de abril de 1746 durante la batalla de Culloden, en la que el ejército del rey Jorge II reprimió de manera terminante cualquier intento de restauración por parte de los Estuardo.

A partir de la llamada «batalla de Culloden», la cultura escocesa sufrió un cambio definitivo tras la abolición del uso del kilt (falda escocesa), la lengua gaélica, la gaita, la religión católica, el tartán y la erradicación del sistema feudal de los clanes de las Highlands.

Glosario de términos gaélicos y celtas

El gaélico escocés, *gàidhlig*, junto al inglés, era el idioma de las Tierras Altas de Escocia, hasta la abolición de su uso, posterior a la batalla de Culloden; además, forma parte de una de las ramas de las lenguas celtas y sus raíces son tanto irlandesas como vikingas, sustituyendo así el idioma de los pictos.

Aes Sidhe: traducido literalmente del gaélico irlandés como «pueblo blanco» y entendido como «el Pueblo de las Hadas o los Duendes».

Aite nan Clach: traducido del gaélico escocés como «el lugar de las piedras».

Ban-sidhe: del folclor irlandés, la «banshee» es un hada verde que anuncia la muerte de los hombres con su llanto o gritos.

Bodhrán: tambor de guerra celta con marco de aproximadamente 35 centímetros, fabricado con una membrana de piel fijada al marco mediante tachuelas. Aunque de origen irlandés, el *bodhrán* es comúnmente usado en países como Escocia, Galicia, Cantabria y Bretaña.

Caol' ait: traducido como «lugares delgados» y entendido como cruces energéticos.

Cirein Croin: perteneciente al folclor escocés, es un enorme monstruo marino, semejante a una serpiente, capaz de caminar por la tierra.

Crómlech: monumento megalítico conformado por piedras, o menhires, que adoptan una forma circular.

Cù Sith: del folclor escocés, es un sabueso mitológico perteneciente al reino de las hadas que deambula por los páramos escoceses como mensajero de la muerte, además de encargarse de llevar a las almas al más allá.

Draoidheil: traducido del gaélico escocés como «druida».

Saoghal Eile: traducido del gaélico escocés como «Otro Mundo» y entendido como el mundo de los seres feéricos.

Sidhes: entendido como hadas o duendes.

Sith Baobhan: conocida coloquialmente como el «hada vampira» de la mitología escocesa, pues se alimenta de sangre, además de tener la capacidad de convertirse en lobo y poseer pezuñas en lugar de pies.

Tannaisg: entendido como espíritu.

Calendario celta y correspondencias lunares

Festividades (o *sabbats* mayores)

Imbolc: Día de Brígida, 1 de febrero.

Ostara: *Albar Eilir*. Equinoccio de primavera, 21 de marzo.

Beltane: 1 de mayo.

Litha: *Alban Heruin, Coamhain*. Solsticio de verano, 21 de junio.

Lughnasadh: *Lammas*. Primera cosecha, 1 de agosto.

Mabon: *Alban Elfed, Herfest*. Segunda cosecha. Equinoccio de otoño, 21 de septiembre.

Samhain: Fiesta de los Muertos, Halloween. Última cosecha. Inicio del año celta, 31 de octubre.

Yule: *Alban Arthan*. Solsticio de invierno, 21 de diciembre.

Hogmanay: periodo que comprende desde el último día del año viejo y comienzo del año nuevo escocés; inicia el 31 de diciembre y finaliza, en algunos casos, hasta el 2 de enero.

Lunaciones (*esbats*)

Conocidas como las lunas llenas de cada mes en el calendario celta.

Enero: (mes del lobo) luna fría, luna de hambre, luna tranquila.

Febrero: (mes del sol o de barro) luna helada, luna hambrienta, luna salvaje.

Marzo: (mes de renovación) luna tormentosa, luna de vientos, luna de cuervo, luna de savia.

Abril: (mes de Eoestre u Ostara) luna de viento, luna de liebre, luna rosa.

Mayo: (mes de leche o de la alegría) luna de flores, luna brillante, luna alegre.

Junio: (mes seco) luna de fuerte sol, luna de miel, luna de fresa.

Julio: (mes de la pradera) luna bendita, luna de haya, luna de trueno.

Agosto: (mes de la maleza) luna de maíz, luna de cebada.

Septiembre: (mes de madera) luna de cosecha, luna de canto, luna de esturión.

Octubre: (mes de vendimia) luna de sangre, luna de cazador, luna de hojas caídas.

Noviembre: (mes de sangre o de sacrificio) luna de luto, luna de nieve, luna oscura, luna de niebla, luna de castor, luna de locura, luna de tormentas.

Diciembre: (mes sagrado o de invierno) luna de noches largas, luna fría, luna de roble, luna de lobo.

Luna azul: dos lunas llenas en el mismo mes.

Luna negra: dos lunas nuevas en el mismo mes.

Del calendario Coligny, o galo

Samonios: Samhain (octubre y noviembre)

Dvmannosios: noviembre y diciembre

Rivros: diciembre y enero

Anagantios: enero y febrero

Ogronios: febrero y marzo

Cvtios: marzo y abril

Sonnocingos: inicio de la primavera

Giamonios: Beltane (abril y mayo)

Simivisonnacos: mayo y junio

Eqvos: junio y julio

Elembivios: julio y agosto

Edrinios: agosto y septiembre

Cantlos: septiembre y octubre

PISADA DE BRUJA

Primera edición 2024
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.